

CI



BELOT

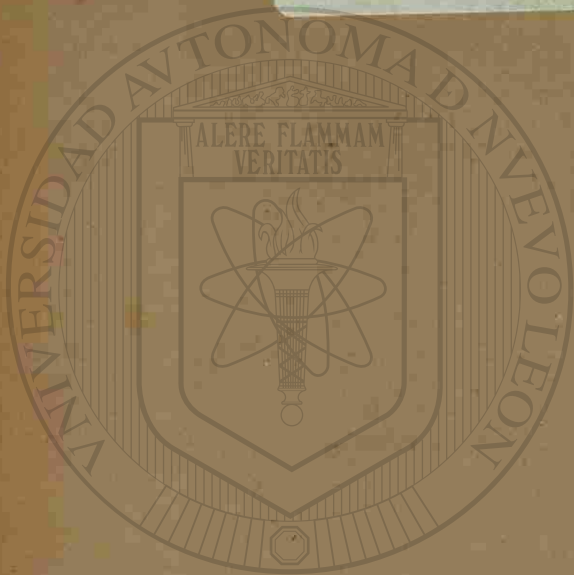
1907

LAS
CORBATAS
BLANCAS

PQ2193

.B7

C68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS CORBATAS BLANCAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	N
Núm. Autor	87522C
Núm. Adq.	29736
Procedencia	-8-
Precio	11
Fecha	
Clasificó	29
Catálogo	

843
B

P. 2193
B7
C. 68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid: 1887.—Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

LAS CORBATAS BLANCAS

PRÓLOGO.

Los precursores de Marchandon.

I.

Los largos gabanes de abrigo, de irreprochable corte y admirable aplomo, dibujan correctamente sus largas espaldas, su elegante busto, su talle esbelto. El pantalón, sin una arruga, cae sobre las finas hotas de becerrillo. La luz de las bombillas de gas hace brillar la seda de sus sombreros, que ambos llevan ligeramente inclinados sobre la ceja. Los dos son jóvenes: no tendrán treinta años; altos, robustos; rubio éste, que lleva toda la barba; moreno el otro, que sólo usa bigote.

De pie en el vestíbulo, junto al hueco de la escalera, presencian el desfile de los espectadores que salen de la Ópera. El rubio intenta ver

843
B

P. 2193
B7
C. 68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid: 1887.—Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

LAS CORBATAS BLANCAS

PRÓLOGO.

Los precursores de Marchandon.

I.

Los largos gabanes de abrigo, de irreprochable corte y admirable aplomo, dibujan correctamente sus largas espaldas, su elegante busto, su talle esbelto. El pantalón, sin una arruga, cae sobre las finas hotas de becerrillo. La luz de las bombillas de gas hace brillar la seda de sus sombreros, que ambos llevan ligeramente inclinados sobre la ceja. Los dos son jóvenes: no tendrán treinta años; altos, robustos; rubio éste, que lleva toda la barba; moreno el otro, que sólo usa bigote.

De pie en el vestíbulo, junto al hueco de la escalera, presencian el desfile de los espectadores que salen de la Ópera. El rubio intenta ver

entre la multitud una mujer, conocida ó desconocida, parisiense ó forastera, alta ó baja, gruesa ó delgada, rubia, morena, de cabellos castaños ó bermejos, elegante ó modesta, casada ó soltera, honrada ó mundana....; poco le importa cuál, con tal que sea hermosa. Una vez vista, no aparta de ella la mirada, la sigue con la vista, la domina, la envuelve; pero si la mujer advierte la persecución de que es objeto, vuelve inmediatamente el rostro, temerosa de que sus ojos cambien una mirada con aquellos otros garzos, de extraño verdor oscuro, de pupilas estrechas, largas y negras, de brillante fijeza; ojos de tigre ó gato, en fin.

La mirada del otro joven vaga también sobre el conjunto de los espectadores que salen, pero no se posa en parte alguna. Espera, sin duda, para fijarse en un rostro conocido, amado, ojos que busquen á los suyos, como éstos los de ella.

Pasan algunos segundos, luego palidece, adelanta la cabeza, y al verla, inmóvil, con la vista fija en un punto, toma el aspecto del soldado que viendo aproximarse un jefe de graduación, se turba, se detiene, y, rígido como un palo, se cuadra para saludarle al paso con todas las solemnidades de ordenanza.

Es que la ha visto al llegar al último rellano de la escalera, envuelta en un espléndido abrigo blanco, cuya capucha cubre la hermosa ca-

beza. Baja poco á poco, apoyándose en el brazo de un hombre que podrá tener cincuenta años, su padre sin duda, que en estas apreciaciones no es difícil equivocarse: lo correcto de sus facciones, la limpidez de su mirada, la juventud que revela su sonriente fisonomía, su manera de andar, todo su aspecto revela que es una jovencita soltera.

También ella ha debido verlo, por cuanto se ha estremecido involuntariamente, y sus mejillas han enrojecido. Él, cada vez más pálido, sigue sus movimientos, que espía con afán y rodea, digámoslo así, toda su figura con su mirada.

Sólo resta que baje dos escalones. Algunas personas median sólo entre unos y otros. Nuestro joven se quita respetuosamente el sombrero y permanece descubierto.

El padre lo advierte, y apretando á la vez el paso y el brazo de su hija, saluda con frialdad y frunciendo el entrecejo. La hija se deja llevar; pero al llegar á la puerta vuelve rápidamente la cabeza, y se queda mirando al mancebo con melancólica sonrisa.

Éste la ve desaparecer, y constantemente inmóvil, prosigue con la vista fija en la puerta por donde ha partido.

—Parece que se espera á los amos, señor mío,—dice á su oído una voz, al mismo tiempo que una mano se apoya en su hombro.

Volvióse el joven, y al ver á su rubio compañero, el de los ojos gatunos, dijo:

—¿Á qué vienen esas bromas? ¿Qué queréis decir con ellas?

—Son lógicas, querido; seguís aquí, en el pórtico, descubierto, sombrero en mano.... Sólo os faltaba, para parecer por completo un criado que aguarda, como los muchos que nos rodean, llevar en el brazo izquierdo el gabán del amo y el chal de la señorita.

—¡Ah, es verdad! ¡Qué distracción!

—¿Amorosa?

—Acaso.

—Pues bueno: la gente acaba de salir, y no serán muchas las hermosas que nos quedemos sin ver. ¿Vámonos?

—Vámonos.

En el momento de salir se reunió á ellos un hombre de más edad, sí, pero aún joven, de rostro que denotaba un prematuro desgaste de la naturaleza, con arrugas y pliegues que no eran propios de su edad; pequeño de cuerpo, de picaresco rostro y de aspecto enfermizo.

—Querido Montbarán,—dijo, estrechando la mano del rubio.

Y volviéndose al compañero de éste, añadió:

—¿Qué tal, señor de Beuvret?

—Muy bien, Marqués.

—No quisiera molestaros, señores. ¿Puedo reunirme con vosotros?

—¿Cómo que si podéis? Nos dais con ello una satisfacción,—repuso Montbarán.

Algunos momentos más tarde llegaban al Boulevard.

Iban juntos, en correcta fila, marchando á compás, con el cigarro en la boca, las manos en los bolsillos y silenciosos. Por fin, el recién llegado preguntó á sus amigos si pensaban pasearse así durante mucho tiempo, siendo como era tarde, y estando en invierno.

—¿Y adónde vamos?—preguntó suspirando Montbarán.

—Al Casino, á falta de mejor sitio. ¿No os sentís atraído esta noche por el *baccarat*?

—No hay en mí nada que pueda ser atraído.

—¿Estáis, pues, arruinado?

—Por completo.

—¿Y de crédito?

—Tampoco lo tengo.

—¿Ideas ó medios de tener cien luises?

—Como no sea....

—¿Pedírmelos á mí? (dijo el Marqués.) Pues no os molestéis en ello, querido, porque mi situación pecuniaria es idéntica á la vuestra. Esta noche, poco antes de reunirnos, he perdido una cantidad que me ha sido tan difícil adquirir, que me parece necesario renunciar á la espe-

ranza de tener un céntimo más en mucho tiempo. Pero (añadió sonriendo, sin que Montbarán advirtiera su sonrisa) podéis dirigir vuestra petición al señor de Beuvret, que no juega, y, por lo tanto, estará mejor de fondos que nosotros.

Esta última frase, que era intencionada, la había dicho el Marqués en voz que pudiera ser oída por Beuvret.

—En efecto (dijo éste); no juego, como vosotros, diariamente por costumbre ó por placer.... pero he jugado esta semana por necesidad. Y, lo que es peor, he perdido, y tanto, que nada me resta ni para mí ni para mis amigos.

—Ya no hay duda (murmuró el Marqués); la ocasión es oportuna.

Y luego añadió en voz alta, con forzada sonrisa:

—Brillante situación la nuestra.

Su risa no obtuvo eco; sin duda los dos jóvenes eran de los que se tornan taciturnos cuando les falta dinero.

Sin embargo, prosiguió hablando, no sólo para interrumpir el silencio en que habían caído, sino tal vez con el fin de provocar más completas explicaciones.

—¿Quién había de pensar, al vernos bien vestidos, con un buen tabaco en la boca, y con el aspecto de caballeros completos, que nuestros

bolsillos están vacíos, y nuestras arcas tal vez lo mismo?

—¡Arcas! (dijo Montbarán.) Ayer me vendieron los muebles. De modo que no poseo más que un baul con algunas ropas salvadas de la catástrofe.

—Pero, querido (repuso á esto el Marqués, cuya sonrisa era cada vez más acentuada): eso no es estar sin un cuarto; es estar completamente arruinado.

—No tengo amor propio; es la miseria; pero ¡qué miseria! La peor de todas; la miseria con frac y botas de charol.

Y lanzó un profundo suspiro.

Si algunos segundos antes la risa del Marqués no había encontrado eco, el suspiro de Montbarán lo obtuvo en una queja de Beuvret.

—¿Cómo, señor de Beuvret, también vos?

—Curioso sois.

—Curiosidad es que haríais mal en no dejar satisfecha, amable colega, porque sólo espero la respuesta para comunicaros una idea que os sea provechosa á los dos.

—¿Una idea, una idea luminosa? Decid pronto qué es ello.

—Pues confesad entonces vuestro estado.

Beuvret vaciló aún un momento, detenido por cierto pudor, un último orgullo, un temor acaso; pero, al fin, dijo bajando la voz:

—Pues bien, sí; mi posición no es mejor que la vuestra. La ruina es tan completa, que raya en la miseria.

—Estáis contestado, Marqués (añadió Montbarán); ahora venga la idea, el plan maravilloso.

—Helo aquí: asociémonos los tres.

—¿Asociarnos? ¿Con qué objeto?

—Con el de recuperar lo perdido para volver á ser ricos.

—Recuperar lo perdido; ¿y con qué? Para eso hace falta algún dinero por lo menos. ¿Lo poseéis vos?

—No por cierto; soy tan pobre como vosotros.

—Pues si todos somos pobres, ¿cuál va á ser nuestro capital social?

—Nuestras inteligencias, nuestras aptitudes, nuestro trabajo. Trabajaremos reunidos para obtener un resultado que individualmente no seríamos capaces de lograr. No hay duda que el asociarse es siempre provechoso. ¿No se fundan todos los días y en todas partes nuevas sociedades ó asociaciones?... Pues sigamos la moda.

—No la moda, cualquier cosa seguiré yo, con tal que me deis la esperanza al menos de vivir del modo que yo creo que debe vivirse.

—¿Y vos, querido señor de Beuvret?

—Yo, Marqués (replicó el interrogado), haré cuanto os plazca, siempre que sea rico algún tiempo, ó pase por tal al menos.

—Entonces, señores (exclamó el Marqués), sólo se trata ya de cambiar nuestras impresiones, y comunicarnos nuestras ideas para optar por la mejor, y uniendo nuestros esfuerzos, sacar el mejor provecho posible para todos.

—Bien está (dijo Montbarán); pero yo os pregunto: ¿qué buenas ideas han de ocurrirsenos en mitad de un boulevard, ahora que comienza á llover?

—Ciertamente. Vamos á cenar.

—¡Cenar! ¿Con qué dinero?

—Si no con mi dinero, con mi crédito, que aún me queda alguno ahí enfrente, en el *Café Inglés*.

—Bueno. Cenémonos vuestro crédito.

Cruzaron el boulevard y penetraron en el *Café Inglés* por la puerta que da frente á la Opera Cómica, puerta que, como es sabido, permanece abierta toda la noche.

Bien pronto se instalaron en un espacioso gabinete y pidieron una cena compuesta de flambres, para que los criados no les molestaran.

Uno de éstos quitó el abrigo á nuestros personajes, que entonces se dieron cuenta de que, habiendo asistido á la función del teatro de la Ópera, estaban vestidos de rigurosa etiqueta.

—Marqués (expuso alegremente Montbarán); si vuestro plan se adopta en definitiva, si nuestra asociación queda fundada esta noche, pro-

pongo que se titule: la *Sociedad de las corbatas blancas*.

El Marqués se apresuró á aceptar la proposición, pensando para sí:

«Justo, la Sociedad de las corbatas blancas, como en otro tiempo hubo una partida de los Fracs negros.»

II.

Servida la cena y cerrada la puerta por los camareros, que recibieron la orden de no entrar sin ser llamados, el Marqués, sentado frente á sus interlocutores, dijo así:

—Creo, señores, que antes de nada debemos comprometernos por un juramento á no repetir una sola de las palabras ni uno de los propósitos que expongamos aquí; á ser discretos por todo extremo, y á no confiar jamás á nadie nuestros proyectos y resoluciones.

—Lo juramos,—dijeron sucesivamente Montbarán y Beuvret.

—Y yo uno mi juramento al vuestro (añadió el Marqués). Ahora (prosiguió), os propongo que aportemos á la comunidad, como primer dividendo social, nuestros antecedentes. Nuestros secretos personales, á partir de hoy, deben per-

tenecer á todos; es decir, á todos tres. Para distribuirnos el trabajo que debamos ejecutar, según nuestras aptitudes, méritos y fuerzas, es indispensable que nos conozcamos á fondo, y sepamos cuáles son nuestros méritos, nuestras necesidades, nuestros defectos y nuestros vicios.

—En una palabra: que pretendéis de cada uno de nosotros una confesión completa ante dos confesores legos.

—Perfectamente. Una confesión completa, en la que el arrepentimiento es lo único que no os exijo; de la que, si me lo permitís, voy á daros el ejemplo.

—Comenzad, querido,—dijo Montbarán, sirviéndose un alón de perdiz.

—Os escucho,—añadió Beuvret, que no comía, pero que se había apoderado del *champagne frappé*.

Con los codos apoyados sobre la mesa, y la vista fija en sus compañeros, el de más edad de los tres comensales comenzó en estos términos:

—Desde luego, señores, cumplo un deber confesándoos que no soy Marqués ni cosa que lo parezca, como vosotros creéis ú os dignáis aparentar creerlo. Me llamo simplemente Marqués, nombre que se prestaba á un error, que por vanidad cuidé de no destruir. También os confieso que contribuí á su propagación, añadiendo á mi primer apellido el nombre de la aldea en que

nací, con lo cual resulté Marqués de Arnage, superchería de la que no estoy arrepentido, porque me ha sido muy útil.

—¿Para con las mujeres?

—Para con los hombres. Las mujeres no se contentan con tan poco; son más prácticas.... Prosigo. La fortuna que se me ha atribuido, que muchos me atribuyen aún, no es más verdadera que mi marquesado. Me lancé al mundo con tres billetes de mil francos por todo porvenir, esperanzas inclusive; pero desde la primera noche que fui presentado en un círculo, en un casino, comencé á jugarme el dinero y á hacer posturas de ciento cincuenta luises con la misma serenidad que si hubiera tenido un millón en mi gaveta. ¡Bien me fué! Algunos meses después poseía un millón. Al año siguiente lo perdí, para volver á ganarlo y volverlo á perder. Así he vivido largo tiempo, rico un día como el que más, pobre al siguiente como el último miserable.... Pero en los malos tiempos, para la escasez, para el hambre, he procurado conservar la sonrisa en los labios, para que la compasión de mi desastre no fuera tan allá que me privase del crédito.

—Muy bien (dijo Montbarán): ¿pero de qué os lamentáis si vuestro crédito existe?

—Pero desgastado.

—¿Y vuestra sonrisa también?

—No, esa no. La conservo por costumbre,

aunque ya no produce el efecto que otras veces, acaso por ser más triste que entonces.

—Y decidme: cuando estabais de buena, los días de suerte, cuando ganabais, ¿no pensasteis en abandonar el juego?

—¡Jamás! ¿Qué había de hacer? ¿Qué hubiera sido de mí? Fuera del juego, nada me distrae, nada me interesa; soy poco aficionado al trato social, el teatro no me divierte, la música me aburre, los buenos manjares y los vinos buenos no despiertan en mí ningún apetito, mi temperamento no me lleva en pos de las mujeres, y las cartas es lo único que ha hecho palpar rápidamente mi corazón.... ¡Y de qué modo! Ellas han sido mi absoluto dueño y representado para mí lo que la más temible concubina. Desde que llegué á París no me han dejado dormir tranquilo una noche, una sola de las noches que he pasado á su vista, junto á ellas. ¿Y cómo resistir á su influencia?... Era mi amor, más ardiente que todos esos amores que jamás he conocido.... Sí (prosiguió, animándose gradualmente, á pesar de su frialdad habitual); la baraja es mi solo goce, mi única pasión. Juego, no por ganar, sino por jugar. ¿Queréis una prueba?

—Con mucho gusto (exclamó Montbarán). Todas las pasiones, aun aquellas que uno no siente, son dignas de estudio.

—Cierta noche del mes pasado (continuó el

Marqués), subí á un círculo sin un céntimo en el bolsillo, y sin esperanza de que la caja me prestara: hacía mucho tiempo que era en deberla dinero. Y, sin embargo, nunca he tenido más gana de jugar; la pasión no satisfecha me hacía sufrir horriblemente, como sufro ahora mismo porque sé que en el piso de abajo están jugando. Me dirigí á varios amigos, que se deshicieron en lamentaciones por el estado de sus fondos, cosa que no creí, porque no hay mejor medio de no dar dinero que lamentarse de no tenerlo. Me dirigí á los mozos de juego: «No tenemos un cuarto», me dijeron: cosa que significa: «no inspiras confianza, estás tronado». Busqué al encargado del restaurant....: se había acostado....: entonces un ser compasivo me habló de un marmitón que hacía valer sus economías prestándolas con usura.... Hallé al mozo de cocina ante un fogón, y á fuerza de habilidad y de súplicas.... ¡sí, de súplicas, porque se descende hasta la súplica!...., logré que me prestara cinco luíses.

—¿Á qué interés?

—¡Qué sé yo! Tenía los cinco luíses: lo demás no me importaba. Subí de las cocinas al salón, y me acerqué á la mesa: ¡gran partida! Sin vacilar arrojé los cinco luíses sobre el tapete....: gané....: no moví la postura del platillo; siete veces seguidas acerté.... los cinco luíses se habían multiplicado de un modo fabuloso: ganaba doce

mil ochocientos francos. «Retiraos» (me dijeron); «Nunca» (exclamé); seguí jugando....

—¿Y perdisteis?

—Gané, gané veinticinco mil seiscientos francos. El banquero se puso en pie, y dijo: «Otro talla». Yo ocupé su puesto.

—¿Para perder cuanto habíais ganado?

—No tal. El juego quebró; la banca, que había perdido ocho veces consecutivas, ganó otras ocho, y yo con ella, puesto que era el banquero. En una palabra: que gané unos ciento cincuenta mil francos.

—Merced á los cinco luíses del cocinero (observó Montbarán); ¡qué suerte de muchacho!

—Escuchadme.... jugué durante la noche entera.... amaneció, y seguí tallando. Á las nueve de la mañana sólo quedaba á mi alrededor una docena escasa de combatientes, pero desprovistos de municiones.... ¡Todo era mío!.... Quisieron partir, y les detuve: «Señores (les dije); es demasiado temprano para que os marchéis; pensad por un momento qué dirían vuestras esposas, vuestras patronas ó vuestras porteras, viéndolos entrar á estas horas en casa». Alegaron la carencia de dinero y de crédito en la caja del círculo. Les presté dinero para jugar en contra mía, y aceptaron. ¡Cómo cambió la suerte! Con mi dinero me ganaron en dos horas la enorme suma que había ganado.... Quise detenerlos, que

á su vez me prestaran dinero; pero se libraron muy bien de hacerlo. Una vez desquitados de la pérdida, y aun gananciosos, se fueron á dormir. Tuve que hacer lo mismo; pero á la puerta de mi cuarto hallé al marmitón, que gemía y suspiraba, pidiendo sus cinco lufes: como no los tenía, tuve que entregarle el reloj para que me dejara dormir tranquilo.

—Podéis enorgulleceros (dijo al Marqués Beuvret) de ser un verdadero jugador.

—¿Verdad, eh?—dijo el Marqués, engriéndose.

La relación de sus aventuras le había excitado; bebió á sorbitos un vaso de agua helada, mientras que Montbarán le decía:

—¿Sabéis, querido, que si habéis sido capaz con cinco lufes de ganar centenares de miles de francos, no puedo menos de asombrarme que nos hayáis traído aquí para buscar un medio de hacer fortuna?... La fortuna vos la poseéis, la disfrutaréis el día menos pensado; quizá os espera ahora mismo, abajo, en el casino.

—Me espera, es posible; no lo dudo. Pero por ahora es muy cruel para mí. Me exige sacrificios; quiere que le confie sumas importantes: las cortas cantidades que diariamente le sacrifico no le parecen bastante....; las devora en un abrir y cerrar de ojos; las veo desaparecer como el hielo que se derrite en esta copa.... Tengo demasiada

experiencia del juego para saber á qué atenerme. La lucha en las condiciones en que vengo manteniéndola es inútil. Seré devorado poco á poco antes de obtener el más pequeño triunfo; es indispensable para éste una repleta cartera, un enorme talego de oro.

—Que vaciaréis por completo en la mesa de juego....

—Si es preciso, sí. Mas pensad en los placeres que eso me ofrece. ¡Tallar durante noches enteras, en vez de jugar como *punto*, del modo que hoy me veo obligado á hacerlo! ¡Tallar de cabeza, ser dueño de la partida, gobernarla á mi antojo, ganar millones acaso, y perderlos otra vez!.... ¿Qué queréis? Esta es la vida para mí; no me la explico de otro modo, y para vivir satisfaciendo mis deseos y mi pasión, me encuentro dispuesto á todo.

—¿Á todo?—dijo Montbarán, mirándole fijamente.

—Sí, á todo; á todo, menos á hacer trampas en el juego; no por escrúpulo, no por delicadeza, no por honradez; no trató de aparentar lo que no soy.... Pero si yo hiciera trampas, no experimentaré placer en el juego, no sentiría emociones. Un verdadero jugador, como yo, es honrado.... con las cartas en la mano.

Calló, fatigado, faltó de aliento; su mirada, que había sido brillante en tanto que había des-

erito todos los horrores de su pasión, fué apagándose poco á poco. Su faz, enrojecida, volvió á palidecer, recobrando aquella coloración pálida, amarillenta, del hombre que hace de la noche día y reemplaza las claridades del sol por la luz de las velas ó del gas. ¡Ah! La baraja, su concubina, como él la llamaba, le había envejecido, le había desgastado, como no hubieran podido hacerlo verdaderas concubinas escogidas entre las más disolutas.

Continuaron silenciosos breve espacio de tiempo. El Marqués seguía bebiendo agua helada, Beuvret champagne por vasos y Montbarán, que había acabado con la perdiz, comenzó á comer una ensalada rusa. Cuando hubo satisfecho su apetito, hizo esta pregunta:

—Está hecha la primera confesión. ¿Á quién le toca ahora?

—Á vos, si os place,—dijo Beuvret.

—Conforme; estoy dispuesto; pero antes de empezar me permitiréis que llame para pedir café.

—¿Necesitáis desvelaros? (exclamó el Marqués.) ¿Os he adormecido?

—No por cierto; es que tengo miedo de producir sueño, y adopto mis precauciones.

Apoyó un dedo en el timbre. El camarero sirvió café, licores y tabaco, y se fué, cerrando tras sí la puerta.

Entonces Montbarán, saboreando el café, dió principio á su relato.

III.

—No me parezco al Marqués; la baraja no reina en mi corazón. Considero el juego como un oficio menos productivo que los demás, á veces vergonzoso, y siempre rudo. Es el peor medio de todos los que hay para procurarse dinero.... á veces.... Yo voy al círculo por la noche, como el empleado va por la mañana á su oficina, el dependiente á la tienda, el diputado á la asamblea.... En pocas palabras: el *baccarat* es para mí un trabajo; el único que sé desempeñar con algún acierto.

Chupó el cigarro, y continuó:

—Pero tranquilizaos; si no tengo el vicio de jugar, poseo otros: soy perezoso, goloso, sensual.... Tengo también una pasión: la de la mujer, ó de las mujeres, como queráis llamarla. Las amo hasta el delirio. No sé ver una muchacha sin que su presencia influya en mí, sin seguirla. Si corre, corro más; mi capricho aumenta, y me arruinaría por satisfacerlo. También yo me he arruinado. Á los veinticinco años no quedaba en mi poder ni un solo franco de los treinta mil

de renta que había heredado de mi familia. Entonces se me ocurrió hacer que me presentaran en un casino para dedicarme al estudio del *baccarat*, y procurar ganar con él lo necesario para vestirme, alimentarme y satisfacer la voracidad de mi vicio.

—¡Cómo! (exclamó el Marqués.) ¿Pero también las mujeres consumen fortunas?

—Vuestro asombro denota que no las conocéis.

—Ya os lo he dicho antes; pero había yo oído que existían mujeres desinteresadas.

—No he tenido ocasión de conocerlas.

—Es asombroso; porque un chico joven, guapo y elegante como vos sois....

Montbarán apoyó los codos sobre la mesa, y se quedó mirando de hito en hito al Marqués.

—¿No os habéis fijado en mis ojos?—preguntó.

—Sí, son magníficos.

—Pero de una magnificencia que aleja de mí las mujeres.

—¡Tiene gracia!—dijeron á la par el Marqués y Beuvret.

—Os agradezco que no queráis creer lo que digo; pero, por desgracia, digo la verdad. No se atribuye uno defectos por el placer de tenerlos; mi mirada, desdichadamente, atemoriza á las mujeres, y huyen de mí.

—Pues si huyen de vos, ¿cómo os cuestan tan caras? No supongo que les daréis dinero en pago de las calabazas que os dan.

—No; pero no siempre huyen. El interés acaba por vencer la repugnancia de algunas, y entonces, claro está que tengo que ser generoso para mostrarme agradecido y conseguir que nuevamente se sacrifiquen por mí.

—¿Y no habéis hallado ninguna mujer que se habituara á ser mirada por esos ojos, que se connaturalizase con su brillo?

—Una; ¡qué hermosa! Positivamente lo era....; casi creo que la amaba.

—Pues ¿por qué no conserváis su amor?

—Nada hubiera preferido á tal ventura; mas no me fué posible. Creyéndola dormida, penetré á obscuras una noche en su alcoba: ¡qué imprudencia!... Si de día, con todos los esplendores de la luz, mis ojos, como los de los gatos, parecen vidriosos y apagados, por la noche, en la obscuridad, ocurre lo contrario; son brillantes, fosforescentes... Mi amante me tomó miedo, y, á pesar de los esfuerzos que hizo por perderlo, no llegó á conseguirlo....: los nervios habían tomado participación en el triste lance.... Me vi precisado á abandonarla: ¿qué había de hacer? Es insoportable vivir con una mujer que cuando se la tiene entre los brazos tiembla, se estremece y suplica que cierre uno los ojos, precisa-

mente cuando más abiertos quisiera tenerlos.

—¿Y esos percances (interrogó el Marqués), no os han curado de la pasión que por ella sentís?

—Pues qué, lo que habéis perdido en el juego, las temporadas de desastre y de no acertar una carta, ¿os han quitado á vos el vicio de jugar?

—No, porque conservaba el recuerdo de mis victorias anteriores y mis ganancias considerables. Si la suerte se burlaba de mí, recordaba el tiempo en que me había sonreído. Pero para vos.....

—Para mí, la mujer no ha tenido sonrisas (repuso Montbarán); precisamente de ahí nace mi mal. El amor propio, la terquedad, la cólera y la desesperación se confunden en una sola fuerza....: busco por doquiera, con tenacidad, sin reposo, sin tregua, la sonrisa que no puedo hallar, la mirada que huye de la mía.... Amo á la mujer actualmente, no como otros, con cariño, sino con todo mi ser, con toda mi imaginación, precisamente por lo inasequibles que son para mí. Su resistencia aviva mi pasión, que ha llegado á ser tan violenta, que, por satisfacerla, estoy dispuesto á todo.

Mientras hablaba de este modo, sobreexcitado, febril, la sangre le había afluído á la frente, á las sienes, á las mejillas, tenía dilatadas las ventanillas de la nariz y los labios amoratados....: estaba pletórico de vida, y, á

pesar de estarlo, su mirada seguía siendo vidriosa y apagada como la de un muerto.

—Señor de Beuvret, (advirtió el Marqués), os ha llegado el turno.

Beuvret vaciló algunos segundos; le repugnaba tal vez abrir su corazón á aquellos desdichados hombres; sin embargo, ¿podía él ocultarles sus secretos después de haber oído los de ellos? El champagne, que no había cesado de beber desde el punto y hora en que se sentó, le había vuelto algo más expansivo, y rompiendo con su indecisión, concluyó por decir:

—Querido Montbarán, yo no padezco la pasión de la mujer en general, como vos, sino por una sola mujer, cosa que, como comprenderéis, es diferente. Ahora bien: puesto que deseáis conocerme á fondo, os haré la historia de mi vida en pocas palabras, porque nada tiene de interesante. Hasta los comienzos de mi juventud, viví en provincias; pero al quedarme sin padres, y con una fortuna de cien mil francos que éstos me habían dejado, vine á establecerme á París, donde durante largo tiempo viví tranquilo y dichoso, pensando más en el trabajo que en el placer.

—¡En el trabajo! (exclamó Montbarán.) Pero ¿qué, ¿eso produce algo?

—Yo no trataba de ganar dinero: la renta de mis cien mil francos era bastante para subvenir á mis necesidades.

—Entonces, ¿trabajabais por diversión?

—Sí, el trabajo entretiene muchas veces.

—¿Y en qué os ocupabais?

—Estudiaba derecho, medicina; cursaba algunas asignaturas, y leía mucho.

—Y ahora, ¿habéis renunciado por completo al estudio?

—No tengo la imaginación tranquila.

—¿Por qué?

—Porque (repuso Beuvret) hace dos años hallé en un puerto de mar á una criatura de la cual estoy perdidamente enamorado.

—¡Hola! ¡hola!—dijo el Marqués.

—Ya sé quién es, sin duda alguna (manifestó Montbarán); es la que esperabais á la salida de la Ópera: os vi saludarla, os contemplé con indiscreta curiosidad, y no se me ocultó por un momento el amor que os inspira. Es alta, flexible, con los cabellos rubios como el oro; tiene los ojos azules oscuros y negras las pestañas; la nariz tan correcta como pudiera dibujarse, y una boca verdaderamente encantadora.... Ya veis si la conozco. ¡Oh! ¡Cuando se trata de una mujer linda, no se me escapa un detalle!.... ¡Y qué sonrisa, Dios mío!; porque se sonrió al pasar junto á vos.

—Sí, ¡pero de qué modo! ¡Si vierais qué mala señal era su sonrisa!

—Qué, ¿no os ama?

—Me creo en el caso de tener esperanzas fundadas...; pero el padre me niega su mano.

—Grave es eso,—dijo el Marqués.

—¿Y por qué esa negativa?—preguntó Montbarán.

—Por lo de siempre; porque no tengo bastante dinero.

—¿Tiene ella un gran dote?

—No tiene ninguno; pero su padre supone que no podremos vivir con mi renta.

—Aquí del trabajo (dijo Montbarán burlonamente); él se encargará de aumentar vuestros recursos.... Hay quien dice que se gana dinero en los negocios.

—Pero es preciso hacerlos buenos, y esos no se hallan tan fácilmente.

—Buscad un destino.

—Un empleo no me produciría nunca los veinticinco mil francos que su padre apetece.

—¡Ah! ¿Conque necesitáis quinientos mil francos de capital?—murmuró el Marqués sonriendo, como si el oír hablar de tan gran cantidad hubiera producido la más deliciosa impresión en su espíritu.

—Sí, quinientos mil francos (repitió Beuvret). Una vez creí ya poseerlos.

—¿De veras? ¿Cómo fué?

—Había yo pensado que, puesto que mis cien mil francos no servían de nada, debía arries-

garlos y perderlos, ó ganar con ellos la cantidad apetecida.

—Excelente idea. Los arriesgasteis al *baccarat*; por cierto que recuerdo haberos visto jugar; pero estoy en la idea de que ganabais, y mucho.

—Mucho gané; pero con el deseo de llegar á la suma prefijada, perdí las ganancias, y mi capital con ellas.

—Lo sé: ¿y no os quedó recurso alguno?

—Ninguno.

—Entonces, adiós matrimonio, y agur esperanzas.

—¡Ah! ¡pues si no tuviera esperanzas!—dijo violentamente Benvret.

—¿De veras? ¿Lo decís formalmente? ¿Y en qué consisten esas esperanzas?

—¡Qué sé yo en qué! Tal vez en las mismas que esta noche me habéis dado. Quiero asirme á una última esperanza.... ¿No decíais hace poco que uniendo nuestros esfuerzos podríamos hacer fortuna?

—Lo he dicho, y lo creo; pero ¿estáis dispuesto á prestarnos completa ayuda?

—¡Dispuesto!—exclamó el joven con ronca voz, sin mirar á sus compañeros.

Y luego añadió, como si hablara consigo mismo:

—Por casarme con ella daría la vida y el honor, como he sacrificado mi fortuna, cuanto po-

seña, los cien mil francos que bastaban para mi sostenimiento.... La amo con entusiasmo, con locura, porque amo por primera vez en mi vida....; antes de conocerla, mi corazón había sido insensible; pero desde que la vi, es dueña absoluta de mí ser...., sólo pienso en ella, sólo á ella veo, y no es mi corazón el único que levanta su voz, porque sólo me inspiraría nobles sentimientos: es también mi imaginación, son mis sentidos, que al fin se despiertan....; y además (prosiguió con voz apagada), sufro, sufro mucho, tengo celos terribles.... Su padre quiere casarla con otro, que es rico, joven y de tan gallarda presencia, que bien pudiera ser que acabara por amarle.... ¡Oh, y antes que eso, la mataría, y sabría matarme!

—No os excitéis más (dijo fríamente el Marqués); calmaos, y busquemos entre todos el medio de satisfacer nuestras pasiones: yo la del juego, Montarán la de las mujeres, y vos la de una mujer.

IV.

Sentados junto á la mesa, desprovista ya de manjares y cubierta solamente por un mantelillo de café, sobre el cual había un candelabro, cajas

garlos y perderlos, ó ganar con ellos la cantidad apetecida.

—Excelente idea. Los arriesgasteis al *baccarat*; por cierto que recuerdo haberos visto jugar; pero estoy en la idea de que ganabais, y mucho.

—Mucho gané; pero con el deseo de llegar á la suma prefijada, perdí las ganancias, y mi capital con ellas.

—Lo sé: ¿y no os quedó recurso alguno?

—Ninguno.

—Entonces, adiós matrimonio, y agur esperanzas.

—¡Ah! ¡pues si no tuviera esperanzas!—dijo violentamente Benvret.

—¿De veras? ¿Lo decís formalmente? ¿Y en qué consisten esas esperanzas?

—¿Qué sé yo en qué! Tal vez en las mismas que esta noche me habéis dado. Quiero asirme á una última esperanza.... ¿No decíais hace poco que uniendo nuestros esfuerzos podríamos hacer fortuna?

—Lo he dicho, y lo creo; pero ¿estáis dispuesto á prestarnos completa ayuda?

—¡Dispuesto!—exclamó el joven con ronca voz, sin mirar á sus compañeros.

Y luego añadió, como si hablara consigo mismo:

—Por casarme con ella daría la vida y el honor, como he sacrificado mi fortuna, cuanto po-

seña, los cien mil francos que bastaban para mi sostenimiento.... La amo con entusiasmo, con locura, porque amo por primera vez en mi vida....; antes de conocerla, mi corazón había sido insensible; pero desde que la vi, es dueña absoluta de mí ser...., sólo pienso en ella, sólo á ella veo, y no es mi corazón el único que levanta su voz, porque sólo me inspiraría nobles sentimientos: es también mi imaginación, son mis sentidos, que al fin se despiertan....; y además (prosiguió con voz apagada), sufro, sufro mucho, tengo celos terribles.... Su padre quiere casarla con otro, que es rico, joven y de tan gallarda presencia, que bien pudiera ser que acabara por amarle.... ¡Oh, y antes que eso, la mataría, y sabría matarme!

—No os excitéis más (dijo fríamente el Marqués); calmaos, y busquemos entre todos el medio de satisfacer nuestras pasiones: yo la del juego, Montarán la de las mujeres, y vos la de una mujer.

IV.

Sentados junto á la mesa, desprovista ya de manjares y cubierta solamente por un mantelillo de café, sobre el cual había un candelabro, cajas

de cigarros y copas de licor, buscaban nuestros personajes, dando vueltas á la imaginación, la fecunda idea de que debía nacer su enriquecimiento.

Hemos dicho mal *buscaban*, porque sólo Beuvret se tomaba este trabajo. Montbarán pensaba para sí:

—El Marqués no se ha reunido esta noche casualmente con nosotros; lo que ha buscado ha sido ocasión de hablarnos, después de haber estudiado nuestros caracteres durante largo tiempo. Por lo tanto, ese hombre tiene un plan que someterá á nuestro juicio muy en breve, sin importársele un ardite de los nuestros. Conocedor como es de nuestra escasez de dinero, de nuestras necesidades y del partido que de nosotros puede sacar, no es posible que este hombre haya pensado ni por un momento que de nuestras calenturientas cabezas pueda brotar una idea que valga millones. Seguramente ha concebido un proyecto completo, que no puede ejecutar por sí solo, y que le obliga á buscar nuestro concurso. Esperemos, pues, los acontecimientos.

Y esperaba, en efecto, en tanto que Beuvret, algo trastornado desde que los licores habían sustituido al champagne, se devanaba los sesos buscando ideas y enjaretando proyectos que eran otros tantos castillos en el aire, que el Mar-

qués se encargaba de deshacer uno por uno.

—Excelente (decía con una sonrisita irónica); no tiene otro inconveniente ese negocio sino que para acometerlo se necesitan grandes capitales. ¿Creéis que podrán encontrarse?

Montbarán, por decir algo, ó acaso por secundar los deseos del Marqués, añadía:

—Transcurrirán bastantes años antes de que el negocio produzca; de modo que la muchacha tendrá tiempo de casarse una docena de veces con el buen mozo rico que tanto os preocupa.

Beuvret palidecía, se mordía los labios con coraje, y proponía seguidamente otro plan que no obtenía mejor éxito. Víctima, al fin, del más profundo abatimiento, quedó silencioso.

—¡Y pensar (murmuraba el Marqués) que hay en París, en este París que tan bien conocemos, tanto millonario, tanto *nabab* que no sabe qué hacer con el dinero que reposa en el fondo de sus arcas, como en este instante reposa en el lecho su poseedor!... La centésima parte de una de esas colosales fortunas, repartida entre nosotros, bastaría para salvarnos.

—Verdad es (objetó Montbarán); ¿pero creéis acaso que esos caballeros piensan en repartir su fortuna?

El Marqués, como si nada hubiera oído, prosiguió:

—Oid: aun no hace mucho, en casa de mi

agente de bolsa (hace dos meses aún lo tenía; hoy me sería perfectamente inútil), vi entrar una mujer pequeña, delgada, enfermiza, vestida de negro y pobremente, tanto, que á haberla encontrado en la calle, me hubiera complacido socorrerla con una limosna. Se acercó á la caja, y dijo con una vocecilla chillona :

—«¿A cuánto asciende mi cuenta?»

El cajero hojeó un libro, y replicó:

—«Tenéis, señora, un saldo á vuestro favor de seiscientos mil francos, producto de la venta de valores.

—«¿Está disponible el dinero?»—preguntó ella.

—«Sí, señora; hemos cobrado esta mañana en el Banco; como hoy es 15 (añadió el empleado sonriendo), esperábamos vuestra visita.

—«Muy bien», contestó ella con sequedad.

Y comenzó á recibir los seiscientos billetes de mil francos, que contó uno por uno con extraordinaria presteza, como persona muy acostumbrada á hacerlo; después guardó los billetes, paquete por paquete, en un saco de cuero sujeto á la cintura con una doble correa, y colgado del cuello por una cadenilla de acero. Cerró el muelle que en la boquilla tenía el saco, y volvió á cubrirlo con su abrigo, una eselavina que no hubiera querido aceptar una mendiga, y después de saludar al cajero con una ligera inclinación de cabeza, se alejó rápidamente.

—«¿Y cómo se llama esa urraca?»—preguntó Montbarán.

—Eso mismo le dije yo al cajero (replicó el Marqués); por él supe que se llamaba señora Le Forestier.

—¡ Ah! (exclamó Montbarán.) ¡ Es la misma, no he debido dudar!

—¿Qué, la conocéis?

—De nombre, como todos; se asegura que posee más de cien casas en los barrios nuevos, y desde luego figura como uno de los primeros contribuyentes de París.

—En efecto, no os equivocáis; eso es precisamente lo que me dijo mi agente de Bolsa al hablarme de ella.

—«No creáis (añadió) que su recolección de billetes ha terminado; ahora subirá á un carruaje que la aguarda á la puerta; pero ¡ un carruaje de alquiler!, que servirá para llevarla de casa en casa á todas las de su propiedad, que por cierto no están mal situadas; tiene una alquilada para almacenes, oficinas y círculo de recreo, que le produce una renta de trescientos mil francos.... Ahora irá percibiendo de los porteros encargados de cobrar los alquileres, los devengados hasta hoy 15 de Octubre, que guardará en el saco, y seguirá su caminata.

—«Sin embargo (observé yo); no es posible que vaya á las cien casas.

—¿Oh! Es mujer muy dispuesta; ya habéis visto cómo cuenta dinero; aún la ha de sobrar tiempo para visitar á otros dos ó tres agentes, porque con nosotros no le basta, y para presentarse en el Banco de Francia...»

—¿Donde dejará depositado el contenido de su talegón?—interrogó Montbarán.

—No tal; donde lo rellenará con el importe de los intereses de acciones é importe de dividendos, de los que cobra un millón ó millón y medio de francos, y á veces más, según dicen, sobre todo cuando, al vencimiento del trimestre, percibe los cupones de deuda del Estado.

—Pero todas esas sumas ¿caben en aquel saco de cuero?

—Sin duda; los billetes dispuestos en metódica colocación, en fajos bien arreglados, no ocupan mucho: un millón en billetes no abulta más que dos tomos de 500 páginas en 18.

—Bien se conoce que habéis manejado millones,—interrumpió Montbarán.

—Pero ya no los manejo, y podéis creer que esto me desagrada.

—¿Y qué hace la señora Le Forestier de los suyos?

—Pasar la noche contándolos, viendo sus libros, tratando de rectificar sus anotaciones ó de ver si ha olvidado alguna, y pensar en lo que debe hacer al día siguiente.

—¿Sólo al siguiente día?

—Sólo. Cuando llega á su casa con el talegón repleto, es porque no hay caja abierta donde poder cobrar, y, por lo tanto, hay que suspender el trabajo hasta el otro día. Después consulta sus proyectos con la almohada, y se duerme, soñando en negocios imposibles.

—¿Se acostará con el talegón?

—¡Ya lo creo! Y le sirve de almohadón; un almohadón muy agradable, que no me haría á mí extrañar la cabecera.

—¿Y no tiene miedo á los ladrones?—preguntó Beuvret.

—Toma precauciones; tiene llena de cerrojos la puerta de la alcoba; por lo demás, no es tan cándida que haya ido á habitar un hotel ú otro edificio aislado. Vive en un piso segundo, bastante modesto, del boulevard Haussmann, donde está rodeada de vecinos, y tiene un timbre eléctrico para poder avisar á los porteros en todo evento.

—Tendrá muchos criados que sirvan de guardianes del tesoro.

—No, por cierto; tiene un criado, una doncella y una cocinera, que duermen en el quinto piso, porque á la señora no le gustan ruidos ni trágán á su alrededor, y sólo se queda con su niño.

—¿Conque tiene un hijo?

—De unos siete á ocho años.

—¿Luego esa mujer es joven?

—La señora Le Forestier no tendrá más de treinta y cinco años, aunque representa muy bien veinte más con sus trajes estropeados, su rostro macilento y su cabeza poblada de canas.

—¡Canas á esa edad!

—¡Ya lo creol.... Desde que murió su marido envejeció muchísimo. Recordaréis de él: era el famoso Le Forestier, el primer hombre que se dió cuenta en París de que la edificación iba á recibir gran impulso por los barrios del Oeste comprendidos entre la Magdalena y el Parque Monceau. Compró los mejores terrenos, y considerad los miles que eso valió. Su mujer, que indudablemente le amaba por su golpe de vista é inteligencia para los negocios, en los que era muy arriesgado, quedó inconsolable á su fallecimiento; después se retiró del trato social, y vive casi con escasez, ocupada solamente en aumentar su fortuna y educar á su hijo.

—¿Será rico el monigote?

—Tendrá de cinco á seis millones de francos de renta; pero como rentas tan elevadas no se gastan en un dos por tres, sobre todo cuando están en poder de una señora Le Forestier, claro es que sirven para acumularse al capital.

Montbarán, que había estado oyendo con suma atención al Marqués, le preguntó de súbito:

—¿Y cómo sabéis todo eso, amigo mío?

—Como lo sabe todo París.

—Ya; pero todo París habla del capital de esa mujer, sin fijar su cuantía, mientras que vos lo precisáis, así como los detalles íntimos de la madre y del hijo, de los vecinos, la habitación y las costumbres.

—Porque tuve un ayuda de cámara que había servido en su casa (es mujer que cambia de criados con frecuencia), y como es áspera, descontentadiza y tacaña, el que entra en su casa, por el hecho de ser rica, la abandona muy pronto; así es que siempre se la ve en las agencias de criados.

—Pues es peligroso cambiar de criados con tanta frecuencia, cuando uno vive sin otra compañía que la de sus millones,—observó Montbarán.

—Efectivamente: pudiera ser peligroso (replicó con aparente indiferencia el Marqués). Yo, que tengo siempre la imaginación ocupada (cuando no juego), inventé el otro día una especie de novela ó drama, en el cual desempeñaban los principales papeles la señora Le Forestier y sus criados.

—¿De veras? Contadnos eso,—exclamó Montbarán, cogiendo otro cigarro de una de las cajas que había sobre la mesa.

—Con mucho gusto, pero rogándoos que seáis

indulgentes con los detalles, porque sólo se trata de un sueño, del proyecto de un libro ó el plan de un drama.

—¡Ah! Pues tratándose de un sueño (repuso Montbarán sacando el reloj), es la hora más á propósito, porque son las tres de la madrugada.

—¿Ya? (preguntó Beuvret); y aún no hemos adelantado un paso.

—Pero no dudéis que lo adelantaremos muy pronto. Escuchemos ahora el drama ó la novela del Marqués. ¡Tal vez!... ¿Quién sabe si en su relato hallaremos lo que buscamos? La casualidad suele dar sorpresas muy gratas....

—Bien; escucho, pues.

Entonces el Marqués, con la vasija del agua helada y un enorme vaso delante, siempre sonriente, con voz clara, muy clara, y mirando con fijeza á sus oyentes, para darse cuenta de la impresión que les causaba su relato, comenzó á exponer el argumento de su drama.

Un hombre de nuestro temple, joven, robusto, como vosotros, señores, pero arruinado como nosotros, y decidido á todo por hacer fortuna, deja á París á fin de Diciembre, con objeto de

pasar, según dijo, una temporada en el Mediodía. Hasta ahora no hay misterio alguno. Los porteros y los curiosos lo ven tomar un carruaje, vestido de la manera que corresponde á un hombre de nuestra clase cuando viaja. Su equipaje únicamente deja algo que desear. Este lo constituye una maleta, que había comprado de lance, ó, mejor dicho, que le habían comprado algunos días antes. Se hace conducir á la estación de Lyon, paga el coche, se desembaraza de los objetos propios de viaje, y de pronto, después de meditar algunos instantes, manifiesta á los empleados de ferrocarril que se había dejado en su casa olvidada alguna cosa, y, por lo tanto, que no marchará hasta el tren siguiente. Toma otro carruaje, hace colocar á su lado la maleta, y da al cochero la dirección del hotel de segundo orden que primero se le viene á la memoria. Una vez en marcha, abre la maleta, y saca de ella un gabán de paño basto bastante usado y de corte poco elegante, y le cambia por el que lleva puesto.

—¡Cuánto detalle!—dijo Montbarán.

—Son indispensables, amigo mío, y es necesario que os resignéis.

—Estoy resignado. Continúa.

Al llegar al hotel cuyas señas había dado, se presenta como un criado de provincias que busca colocación en París, alquila una modesta habi-

29736

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO X EL SABIO"
No. 1023 MONTEPEÑE, BURGOS

tación, donde no tarda en metamorfosearse, merced á un traje de sirviente que guardaba en la maleta, y en lugar del cual coloca el que acaba de quitarse. Después de inspeccionar con cuidado la solidez de las cerraduras, sale del hotel, y se dirige á la agencia de colocaciones, de la que es parroquiana la señora Le Forestier.

—¡Ah! ¡Al fin aparece ella!—exclamó Montbarán.

El Marqués, sin hacer caso de la interrupción, continuó:

—Mi hombre, después de manifestar al director de la agencia que deseaba entrar en una casa honrada y tranquila, y de ofrecer recompensar generosamente este servicio, da las señas de su hotel para que le avisen, y se retira.... Pasan algunos días.... Se le proponen diferentes colocaciones. Las rechaza, ó puede ser que las acepte, á fin de conocer bien su obligación cuando entre en casa de la señora Le Forestier.

—¿Creéis que entrará?—preguntó Montbarán.

—¿Por qué no? El criado que ahora tiene ésta no debe estar más satisfecho que sus antecesores. Si se queda en la casa, es porque espera los aguinaldos. Se irá, no lo dudéis, en los primeros días de Enero. Por otra parte, amigo mío, mi suposición es admisible, puesto que se trata de una novela, de un drama, ó de una obra de imaginación.

—Es justo.

—Desde que nuestro hombre, llamémosle Antonio, para mayor facilidad del relato, sabe que el criado se halla dispuesto á marcharse, se dirige á la agencia de colocaciones, y pide que le envíen y recomienden á la señora Le Forestier. El director le entrega una carta para su cliente. Ésta, al ver á Antonio, lo encuentra de buen aspecto y simpático. Le agrada por su discreción y porque no le pide mucho sueldo. Dice que antepone á sus intereses el poder estar en una casa tranquila. La señora Le Forestier lo acepta, y ya le tenemos colocado.

—¿Y qué hace?

—Hasta el 14 de Enero su conducta no deja nada que desear. El día 15 la señora Le Forestier, con su exactitud acostumbrada, sale temprano, con objeto de hacer sus cobros. La casa queda sola; el hijo de la dueña, que está de medio pensionista en un colegio, se va por la mañana y no regresa hasta la hora de comer. La criada siempre acostumbra á ir con su señora cuando ésta va á hacer sus cobros. Antonio, al quedarse solo, se dirige al cuarto de su ama y se acerca al lecho. El timbre eléctrico que pone en comunicación el dormitorio de la señora Le Forestier con el departamento del portero, y el cual cuelga de la pared á manera de cordón de una campanilla, lo corta, á fin de interrumpir la co-

municación, y vuelve á unirlos de tal manera, que no sea fácil advertirlo.

Hecho esto, se dirige á los cerrojos que su dueña acostumbra á correr por las noches. Los arranca uno tras otro, y después, al volverlos á colocar, les pone clavos exactamente iguales á los que antes tenfan, pero sin doblarles las puntas, de manera que no puedan resistir al menor empuje, con objeto de que cuando la señora Le Forestier se encierre en su habitación creyendo estar segura, los cerrojos cedan tan luego como sea empujada la puerta.

—¿Vuestro hombre (dice Montbarán, sin dejar de prestar atención) tenfa el propósito de introducirse el 15 de Enero en el cuarto de la señora Le Forestier?

—Sin duda, y se introduce en el tercer acto de mi obra.

—¿Solo?

—Así quería hacerlo; pero por prudencia se procura compañero.

—¿El autor de la obra?

—No. Éste no tiene tanta ambición como Molière. No quiere ser autor y actor á un mismo tiempo. Se contenta con escribir la obra y que otros la representen.

—¿Por qué?

—Porque no es tan joven y robusto como sus compañeros, y les estorbarfa en lugar de ayudarles.

—¿Cuándo se introduce en la casa el segundo compañero?

—El 15 de Enero por la noche. No hay necesidad de que sea antes. Se esconde en el quinto piso, en la habitación del otro, y espera.

—¿La noche?

—No, la madrugada, la mejor hora del sueño... Bajan los dos sin ruido, desde el quinto piso al segundo; sin hacer ruido entran en el cuarto por la puerta de servicio, y de la cual Antonio, como criado que es, tiene la llave. Escuchan, y no sienten el menor ruido... Después atraviesan resueltamente la antecámara del salón. La alfombra apaga el ruido de sus pisadas. Llegan á la puerta de la alcoba, la empujan de pronto... y la puerta cede.

—¿Y?...—exclama Montbarán, pálido y con temblorosa voz.

—Se dirigen al lecho (continúa con calma el Marqués)... Al ruido, la señora Le Forestier despierta sobresaltada. Pero no lanza más que un solo grito; pues pronto una mano le tapa con fuerza la boca, mientras que otra la sujeta de manera que le es imposible de todo punto hacer el menor movimiento... Es el más fuerte de los dos jóvenes, ó de los dos cómplices, si queréis, el que se habla encargado de dar cuenta de aquella pobre mujer nerviosa, y no destituida de valor seguramente, pero privada en aquella oca-

sión de toda defensa. El otro, á favor de la claridad del día que comienza á penetrar por los cristales, busca el lugar donde debe hallarse el dinero. Lo encontrará seguramente bajo las almohadas, ó tal vez entre las sábanas. Si la señora Le Forestier lo oculta en algún mueble ó secreter, debe tener las llaves á su lado, sobre la mesa de noche, ó debajo de las almohadas. Cuatro ó cinco minutos les bastan para sus pesquisas.... Se apodera del tesoro, y ayuda á su compañero á colocar á la señora de manera que ni pueda gritar para pedir socorro, ni menos que al salir pueda perseguirlos.

—¿Qué le hacen? (preguntó Montbarán, ansioso y conmovido.) ¿Acaso la matan?

—No por cierto. Mi drama no es sangriento. Se limitan únicamente á sujetarle los pies y las manos, y le aplican á la boca un pañuelo de seda, atado fuertemente, el cual, si bien no le deja gritar, no le impide la respiración.... No tardará mucho en poder soltarle; mas los minutos que seguramente ha de emplear en esta operación son suficientes para que tengan tiempo de marcharse sin temer nada. En efecto: salen de prisa de la habitación, después de la casa, bajan por la escalera de servicio, y se dirigen á la habitación del portero.... Antonio avanza solo, mientras que su compañero se dirige hacia la cochera, dispuesto á salir tan pronto como la puerta

se abra. ¿Por qué no habían abierto? El conserje despierta al sentir á Antonio, y creyendo que se había quedado dormido, se apresura á tirar del cordón.... Si abriga sospechas, pronto las desechará viendo al criado de la señora Le Forestier, su propietaria.

Salen; se separan. Cada cuál vuelve á su domicilio, del cual han faltado la noche únicamente. Como tenían fama de trasnochadores, á nadie le puede llamar aquello la atención. Respecto á Antonio, vuelve al hotel, donde aún conservaba su habitación, siguiendo la costumbre de otros muchos criados, que, siempre descontentos de su colocación, tienen reservado un sitio para el día que la dejen.... Se dirige á aquél, y hace lo contrario del día de su llegada; se pone los vestidos buenos, y coloca en la maleta el traje de criado, á excepción del malhadado gabán, que no cambia hasta que está dentro del carruaje; recoge su maleta; sale del hotel, y se dirige á una estación cualquiera; toma un billete para la primera estación que se le ocurre, y hace facturar su equipaje. Mas, como la primera vez, en lugar de marcharse, vuelve á París, se dirige tranquilamente á su casa, y concluye su viaje al mediodía.

—Lo de la maleta (observó Montbarán) puede parecer sospechoso.

—De ningún modo. No da tiempo á que se

registren los equipajes. Deja el suyo en la estación para ir á buscarlo después. Al día siguiente compra una maleta parecida á la otra, la llena de diversos objetos, y la hace llevar por la noche á su casa.

—¿Eso es todo?—preguntó Montbarán.

—No; aún nos queda el quinto acto, que es el más interesante. Será representada una escena, en la cual se repartirán un millón quinientos mil francos ó más, encerrados en un saco.

—¿Y cómo se dividirán?

—En tres partes iguales: la primera será entregada al autor del drama; las otras dos á los que le han representado: á los actores.

Después de beberse otro vaso de agua helada, dirige una penetrante mirada á sus compañeros, y les pregunta con voz tranquila:

—Y bien, señores, ¿qué os parece mi obra?

—Puede (dijo Montbarán) tener éxito; pero es necesario meditarlo mucho antes de ponerla en escena.

—Seguramente; y vos, Beuvret, ¿qué decís?

Beuvret se levantó pálido, agitado, convulso.

—¡Basta de rodeos y de mentiras! (gritó.) ¡Acaso creéis que hace tiempo no os vengo comprendiendo! Venís tramando un crimen, y pretendéis hacerme vuestro cómplice. Pues bien, no; lo rechazo.... lo rechazo....

—¡ Ah! Dispensadme, caballero (dijo el Marqués con su inalterable sangre fría). No consiento que se me atribuyan intenciones que no puedo tener. Repito que todo esto es simplemente el proyecto de una comedia. Únicamente á vos se le ha ocurrido interpretar en mal sentido mi idea. Ésta estriba en un robo, y esto os repugna seguramente. Mas los personajes robados no tienen nada de simpáticos. Únicamente se ataca á una pobre diablo. Se trata de hacer una pequeña brecha en la fortuna ridícula, ultrajante, de una avara; y con ello se salva á tres personas de la miseria, de la desesperación, y hasta del suicidio.... Pero veo, señores, que es demasiado tarde para ocuparse por más tiempo de una simple comedia. Si os ha interesado, ya se continuará.

Y llamó para pedir la cuenta.

VI.

El 16 de Enero de 1862 un criado entró, á las siete de la mañana próximamente, en la habitación del portero de la casa número.... del boulevard Haussmann, y le dijo:

—¿Está enfermo el niño de la señora Le Forestier?

—No lo sé (respondió Thibault, que así se

registren los equipajes. Deja el suyo en la estación para ir á buscarlo después. Al día siguiente compra una maleta parecida á la otra, la llena de diversos objetos, y la hace llevar por la noche á su casa.

—¿Eso es todo?—preguntó Montbarán.

—No; aún nos queda el quinto acto, que es el más interesante. Será representada una escena, en la cual se repartirán un millón quinientos mil francos ó más, encerrados en un saco.

—¿Y cómo se dividirán?

—En tres partes iguales: la primera será entregada al autor del drama; las otras dos á los que le han representado: á los actores.

Después de beberse otro vaso de agua helada, dirige una penetrante mirada á sus compañeros, y les pregunta con voz tranquila:

—Y bien, señores, ¿qué os parece mi obra?

—Puede (dijo Montbarán) tener éxito; pero es necesario meditarlo mucho antes de ponerla en escena.

—Seguramente; y vos, Beuvret, ¿qué decís?

Beuvret se levantó pálido, agitado, convulso.

—¡Basta de rodeos y de mentiras! (gritó.) ¡Acaso creéis que hace tiempo no os vengo comprendiendo! Venís tramando un crimen, y pretendéis hacerme vuestro cómplice. Pues bien, no; lo rechazo.... lo rechazo....

—¡Ah! Dispensadme, caballero (dijo el Marqués con su inalterable sangre fría). No consiento que se me atribuyan intenciones que no puedo tener. Repito que todo esto es simplemente el proyecto de una comedia. Únicamente á vos se le ha ocurrido interpretar en mal sentido mi idea. Ésta estriba en un robo, y esto os repugna seguramente. Mas los personajes robados no tienen nada de simpáticos. Únicamente se ataca á una pobre diablo. Se trata de hacer una pequeña brecha en la fortuna ridícula, ultrajante, de una avara; y con ello se salva á tres personas de la miseria, de la desesperación, y hasta del suicidio.... Pero veo, señores, que es demasiado tarde para ocuparse por más tiempo de una simple comedia. Si os ha interesado, ya se continuará.

Y llamó para pedir la cuenta.

VI.

El 16 de Enero de 1862 un criado entró, á las siete de la mañana próximamente, en la habitación del portero de la casa número.... del boulevard Haussmann, y le dijo:

—¿Está enfermo el niño de la señora Le Forestier?

—No lo sé (respondió Thibault, que así se

llamaba el conserje). ¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque mi amo, que habita el cuarto que se halla debajo del que ocupa ese joven, no ha podido dormir.... Ha oído gritar y llorar.... Unas veces se oían pisadas sobre el pavimento, y otras, golpes en las puertas y en los tabiques.

—El pequeño no se habrá sabido la lección (dijo la portera, mirando á su marido), y su madre tal vez le haya encerrado en el gabinete obscuro que separa, como en vuestra casa, las dos alcobas.

—No es probable (observó el criado); porque á las siete de la mañana no es hora oportuna para castigar á un chico.

—Además (añadió Thibault), no se le castiga jamás. Armando quiere demasiado á su madre para desobedecerla.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer? Mi amo me ha enviado á informarme, y es forzoso que le lleve una respuesta.

—¿Por qué no os dirigís á los criados de la señora Le Forestier? Ellos podrían enteraros mejor que nosotros.

—Nadie ha bajado todavía; apenas es de día; si el señor no me hubiera despertado, aún estaría yo durmiendo de buena gana.

—Digo lo mismo: también á nosotros nos han hecho levantarnos temprano, — dijo la señora Thibault.

—En verdad que hoy nos han levantado más pronto que de costumbre (replicó su marido). El nuevo criado de la señora Le Forestier tiró del cordón hará una media hora, y como yo estuviese algo perezoso, comenzó á golpear los cristales, gritando: «Abrid; soy yo, Antonio, el criado de la señora». He abierto la puerta, y, por más esfuerzos que he hecho, he tenido que levantarme, pues me ha sido imposible volver á conciliar el sueño.

—Y yo he hecho lo mismo (añadió la señora Thibault). Como no me gusta estar sola en la cama.... Pero ¿por qué demonio habrá salido tan de mañana el criado de la señora? Dicen que el niño está enfermo; he visto que han ido por el médico; nada, nada; yo voy á subir á ver lo que hay.

—¡Cómo no habías tú de meterte donde no te llaman! Si la señora Le Forestier hubiera tenido necesidad de nosotros, hubiera llamado, puesto que una de sus campanillas comunica con nuestra habitación.

—Sí, pero es necesario mostrar celo. Es la propietaria.

Y diciendo esto, sale de su habitación, se dirige á la escalera de servicio, y se encuentra en el segundo tramo á Julia, la criada de la señora Le Forestier.

—¿No habéis entrado todavía en las habitaciones de la señora?—le preguntó.

—No : ahora bajo ; ¿ he tardado hoy algo más ?

—No ; pero creí que os hubieran llamado ya. El señorito Armando debe estar enfermo ; parece que llora , grita....

—¡Dios mío!

Metió precipitadamente la llave en la cerradura , y una vez abierta la puerta , se volvió hacia la portera , y le dijo :

—¿Entráis , señora Thibault?

—Sí ; no estaremos de más , si es que ocurre algo.

Al pasar por la cocina , se detuvieron un momento , y se pusieron á escuchar.

Se oían , en efecto , en el fondo de la casa , como gritos de un niño que llora y se queja en voz baja.

Las dos mujeres entraron en el corredor de servicio y se dirigieron hacia donde resonaban los quejidos.

Atravesaron diferentes habitaciones ; Julia entró sin pedir permiso en la alcoba de su señorito. Apartó la cortina como hacía todas las mañanas , y dirigió una mirada al lecho. Estaba vacío. Los gritos , así como las pisadas y algunos golpes dados en el tabique que separaba esta habitación de la inmediata , se oían cada vez más distintamente.

—No me había engañado (dijo la portera).

Habrá cometido alguna falta , y su madre le tiene encerrado.

—¡Mamá , mamá!—gritaba el chico con voz llorosa.

—¿Lo veis? Pide perdón (añadió la señora Thibault) , y su madre no quiere perdonarle todavía. No abráis ; puede enfadarse vuestra ama.

—Tenéis razón.... Pero la señora no puede estar dormida con tanto ruido. Voy á entrar por el salón en su cuarto.

—Si ha descornado los cerrojos , porque siempre los corre.

—Probemos.

En el salón , á consecuencia de estar corridas las cortinas , la claridad era muy escasa ; pero era , sin embargo , la suficiente para poder andar por él.

La puerta de la alcoba estaba completamente abierta.

Julia llega hasta ella , asoma la cabeza , pero no se atreve á penetrar.

—Soy yo , señora (dijo). Si me necesitáis para algo....

Nadie responde.

Entonces , un poco inquieta , se decide á entrar en la alcoba ; abre las cortinas como había hecho en la habitación del joven Armando , y dirige una mirada al lecho.

Los cobertores y las almohadas estaban caí-

dos y en el desorden más completo. Sobre el lecho se veía un cuerpo inmóvil, cubierto con un paño.

—¡Señora! ¡Señora!!—gritó Julia, de pie é inmóvil en medio de la habitación, y sin atreverse á avanzar.

Esta vez tampoco le respondió nadie. Asustada por el silencio, se hallaba dispuesta á retirarse y á huir, cuando entró la señora de Thibault, que por prudencia se había quedado en el salón inmediato. Al verla, Julia se sintió más animada, y cogiéndole las manos, la hizo entrar, al mismo tiempo que la decía con temblorosa voz:

—¡Mirad, mirad esos cobertores, esas almohadas! ¡Y la señora que no responde!

Se retiraba y se tapaba los ojos con la mano para no ver la frente lívida, que era lo que únicamente podía descubrirse de aquel cuerpo completamente cubierto por el paño.

—¡Muerta! ¡Muerta!—no cesaba de repetir Julia.

—Sí, tal vez á consecuencia de un síncope ó de una congestión cerebral..., lo cual seguramente no le ha permitido llamar. Sin duda ha bregado mucho, cuando de tal modo ha revuelto el lecho.

Los gritos que hacía un momento no se oían, volvieron á sonar de nuevo.

—¡Ah, pobre niño! (dijo la portera acercándose

á Julia.) Ha oído quejarse á su madre, y quiere venir en su auxilio....; pero los cerrojos están corridos....

—Descorredlos, descorredlos (contestó Julia). ¡Yo no puedo! ¡No puedo!

La señora Thibault dió un paso, y se detuvo.

—¡No me atrevo!... ¡Cuando vea muerta á su madre!....

En esto llamaron á la puerta de servicio; sin duda era el conserje, á quien comenzaba á llamar la atención la larga ausencia de su mujer.

Julia, con el pretexto de ir á abrir, se apresuró á salir de la alcoba. Le faltaba tiempo para huir.

Entonces comenzaron las quejas y lamentos.

—Mejor es que lo sepa,—se dijo la señora Thibault.

Y con temblorosa mano descorrió el cerrojo.

Entró el niño. Su semblante pálido, rodeado de blondos cabellos, sus espalditas desnudas, su blanca camisita que apenas lo cubría, se destacaron en el fondo obscuro del gabinete.

Ya no lloraba; pero sus grandes y hermosos ojos negros, cuyos párpados estaban enrojecidos por el llanto, dirigían inquietamente miradas en derredor.

—Venid, venid, señorito Armando,—le dijo la señora Thibault con acento cariñoso.

El niño reconoció la voz, y aunque con paso

temeroso, entró en la alcoba, sin dejar de dirigir en torno suyo espantadas miradas, como si temiera ver á cada momento una aparición. De pronto sus miradas se fijaron en el lecho.

Sin que la señora Thibault tuviera tiempo de preverlo, se lanzó á aquél, cogió entre sus manitas la cabeza, y comenzó á besar en la boca á su madre.

El cuerpo de ésta continuaba inmóvil. Sus labios estaban fríos. Debería haberse asustado, pero no se asustó. Comprendió que un accidente había ocurrido en aquella habitación; que su madre no podía hablarle ni devolverle sus besos. Empezaron á entrar varias personas. El portero, algo enterado por Julia, á la que la emoción impedía hacerlo con mayor claridad, había comprendido que se trataba de un accidente, y corrió á buscar un médico. Éste se acercó al lecho. Pero no le era posible ver la persona que reclamaba sus cuidados; el niño, colocado delante, se la ocultaba por completo. Trató de apartarlo un poco, de separarlo. Esfuerzos inútiles; el chico se resistía de una manera prodigiosa. Estaba de tal modo incrustado en su sitio, que se hacía imposible de todo punto el poderlo separar.

El Médico le dijo con acento cariñoso:

—¡Hijo mío! ¿No me dejas que preste mis servicios á tu mamá? Soy el doctor du Chatel, que vive enfrente. Cuando tú has estado enfermo, he

venido, y te he curado; déjame ahora que cure á mamá.

El niño comprendió lo que se le decía. Se volvió, y conociendo al Médico, le echó los bracitos al cuello, como queriendo decirle:

—¡Levantadme, llevadme, haced cuanto queráis!

—¡Bien, muy bien! ¡Veo que eres razonable! Pero ahora déjame para que pueda examinar á tu querida enferma. Pero tienes frío, estás helado, tiembles; anda, hijo mío, ve á vestirme, y que te ayude cualquiera de los que están aquí.

Armando permitió que lo bajaran de la cama, que lo tapasen con un chal, pero no consintió en alejarse. De pie, al lado del lecho, con las sábanas cogidas entre sus manecitas, sólo trataba de ver el cuerpo de su madre.

El médico, inclinado sobre aquel cuerpo, comenzó á examinarlo detenidamente.

Poco después, para poder ver mejor, pidió una luz, á favor de la cual pudo observar despacio la cara, el cuello y las espaldas de la señora Le Forestier, que estaban un poco descubiertas. Terminado su examen, se volvió, y al ver al portero que acababa de entrar, lo llamó aparte, y le dijo algunas palabras al oído.

Cuando se hubo marchado el portero, se volvió al lecho, y se sentó en una butaca; cogió al

niño en sus brazos, y acariciándolo, se puso á esperar.

VII.

Pasó como una media hora. El niño, inmóvil y silencioso, continuaba en brazos del médico, sin dejar de mirar á su madre. Esperaba verla moverse, agitar los labios. Al ver que el médico se acercaba á ella, creyó verla curada. Porque en su joven inteligencia existía ya el sentimiento de la muerte, y se decía:

—Permanecerá siempre así, muda y fría. No volverá á abrazarme. ¡No tendré ya mamá!

Pero no lloraba: permanecía con los ojos secos y con la mirada inmóvil.

En la estancia inmediata se sintió ruido de pasos. El señor du Chatel se levantó, dejó al niño sentado en la butaca, y se acercó á un hombre como de cincuenta años que acababa de entrar en la habitación.

Era el Comisario de policía del barrio, que había sido llamado por conducto del conserje. Se estrecharon las manos, pues ambos se conocían de antiguo: el uno por haber reclamado gratuitamente la asistencia del médico en casos como el presente, en que se trataba de reconocer á

algún infeliz herido, y el otro por las muchas veces que había tenido necesidad de llamar al funcionario.

—¡Ah! (exclamó el Comisario de policía, á quien el Doctor acababa de decir algunas palabras en voz baja.) ¿Estáis seguro?

—Absolutamente. Juzgad vos mismo.

Se acercaron al lecho, y sin levantar la voz, para evitar que el niño pudiera oírlos, el Médico dijo:

—Ese rostro violáceo, marmóreo....

—Una congestión, un ataque apoplético.... yo no sé las palabras técnicas.... ¿no podían producir un efecto semejante?

—Sí; pero notad la mirada; bajo la conjuntiva del ojo, esa especie de puntillo rojo, esa sangre espumosa que echa por la nariz, esa lengua hinchada. Todos esos son signos característicos.

—Además, hay algunas señales en las manos, en los dedos, en el cuello y sobre la espalda.

—En la cara únicamente, sobre la mejilla derecha.... El asesino ha debido poner su mano abierta sobre la boca, y la señal de sus crispados dedos y de sus uñas han quedado en la mejilla y desgarrado la piel. Ved si no esas equimosis, esas escoriaciones. Cuando la examiné por primera vez, estaban rojas. A consecuencia del enfriamiento han tomado ese color azulado y violáceo.

—Sin embargo, yo no veo señal alguna de estrangulación.

—Es que en este caso la estrangulación no es como vos la comprendéis, es decir, opresión ejercida directamente por delante y alrededor del cuello... Yo veo probada en este caso la asfixia por haber detenido largo tiempo la respiración.

—¿Solamente con apretar la mano sobre la boca?—preguntó el Comisario de policía.

—Es suficiente, si la mano cerrada herméticamente se apoyó sobre los labios algunos instantes, y al mismo tiempo oprimió la nariz, interceptando el aire con el dedo índice y el pulgar... Por más que creo que, después de haber conseguido ahogar los gritos con la mano y de provocar la primera sofocación, el asesino haya asfixiado á su víctima con la almohada que habéis visto caída al pie del lecho.

—¿Qué es lo que os lo hace pensar?

El señor du Chatel cogió la almohada, y señaló una mancha que ésta tenía.

—Estas gotas de sangre (añadió); sangre cubierta de espuma, que ha echado por las narices.

—¿No veis además otras gotas de sangre en el cuello y junto á las sienes?—dijo el Comisario.

—Tenéis razón...; pero no es la misma clase de sangre. Esta es mucho más roja, y además no tiene espuma.

—¿De dónde podrá ser?

—De la mano del asesino sin duda. Debe haberse arañado ó herido en la lucha...: miradla.

Y dejando á un lado la almohada, se aproximó á la muerta, y con más atención que hasta entonces lo había hecho, se puso á examinarle la boca, le entreabrió los labios, le desencajó los dientes, y haciendo al Comisario que se acercara, le señaló un punto.

—No me había engañado. Ha mordido la mano que le tapaba la boca, y tiene un pedazo de carne entre los dientes... Mirad.

—Sí, ya lo veo.

—Por eso sin duda el asesino, obligado por el dolor que le causaba el bocado, retiró la mano, cogió la almohada, la puso sobre la cabeza de la víctima, y la tuvo sobre ella, apretando con todas sus fuerzas, hasta que la dejó asfixiada por completo.

—¿La mano del asesino deberá tener la señal de los dientes de esta desgraciada?—preguntó el Comisario de policía.

—¡Oh! Más que la señal. Es una herida que se cicatrizará difícilmente.

—¿Y cómo os explicáis que se haya encontrado la almohada por el suelo?

—De un modo muy sencillo. Pasado algún tiempo, el asesino debió levantarla para ver si la señora Le Forestier respiraba todavía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UMEN

"ALFONSO RAYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

ella no daba ya señales de existir..., arrojó el instrumento de su crimen.

—Sí, es un movimiento natural, instintivo y comprobado con frecuencia. ¿No podéis darme más pormenores, Doctor?

—No, la autopsia únicamente podrá dar alguna más luz. El examen del corazón, de los pulmones y del cerebro, presentarán señales internas que no pueden engañar, y que confirmarán cuanto acabo de decir.

—¿Tendréis inconveniente en darme por escrito todas esas observaciones?

—Ninguno; sobre todo, si han de servir para vengar á esa desgraciada y á este pobre niño.

Las miradas del Comisario de policía se fijaron en aquel momento en el pequeño Armando, el cual permanecía en la habitación, no obstante los esfuerzos de Julia y de la señora Thibault por llevarle á otra.

—¿Es su hijo?—preguntó el Comisario.

—Sí; un niño encantador, á quien yo he curado varias veces. Quería con delirio á su madre, y ella le profesaba verdadera adoración. Era hijo único.

—La señora Le Forestier era viuda, según creo.

—Hace años, y á pesar de los muchos pretendientes que á consecuencia de su inmensa fortuna ha tenido, jamás consintió en casarse,

á fin de poderse consagrar por completo á su hijo.

—¿Se encontraba ya aquí el niño cuando entrasteis en esta habitación, Doctor?

—Sobre el lecho de su madre y abrazado á ella. No podéis calcular la pena que me ha causado separarlo de ahí.

—¿Sabéis si cuando han asesinado á la madre estaba el niño aquí, ó ha entrado después?

—La portera debe saberlo, porque cuando yo entré se encontraba á su lado.

Á una señal del Comisario de policía, se aproximó la señora Thibault.

—¿Cómo habéis sido llamada aquí esta mañana?—le preguntó.

—Señor Comisario, el criado del primer piso fué á decirme que desde las siete de la mañana se oían gritos en la habitación de la señora.

—¿Gritos? ¿Qué clase de gritos?

—Gritos de niño.

—¿Cuánto tiempo hacía que los oían?

—Media hora próximamente.

—¿Y habéis subido?

—Sí, señor, para saber lo que pudiera ocurrir. Encontré en la escalera á la criada Julia, que bajaba del piso quinto, y hemos entrado los dos.

—¿La señora Le Forestier tenía más sirvientes que esa criada?

—Sí, señor. Un criado.

—¿Dónde está que no se le ve?

—Salió esta mañana á las seis y media, y no ha vuelto todavía.

—¡Ah! ¿Dónde creéis se encuentre?

—Yo pensé primero que lo habían enviado á buscar un médico; pero hubiera vuelto.

—¿Hace mucho tiempo que está ese hombre al servicio de la señora Le Forestier?

—No, señor. Hará apenas ocho días.

—¿Cómo se llama?

—No le conozco por otro nombre que Antonio.

—¿Sabéis quién se lo ha recomendado á la señora Le Forestier?

—Sí, señor; el agente de colocaciones de la calle de Saint-Honoré, adonde la señora se dirige siempre.

—¿No habéis adquirido algunas noticias acerca de la conducta de ese criado?

—No, señor.

—Bien. Después hablaremos de eso.... ¿Una vez dentro de la casa, guiada por los gritos del niño, habéis venido directamente aquí?

—No, señor; Julia y yo hemos entrado primero en la alcoba del señorito Armando.

—¿No estaba con su madre?

—No, señor; no podía pasar, porque estaban corridos los cerrojos.

—¡Corridos por quién! ¿Por la señora Le Forestier? ¿Echaba ella el cerrojo en la puerta que la separaba de su hijo?

—¡Oh! No, señor (dijo Julia, acercándose). Las puertas que separaban ambas alcobas estaban siempre abiertas, sobre todo por las noches. La señora se levantaba al menor movimiento que hacía su hijo, para tapanlo, arreglarle el lecho y darle agua.... No tenía más que atravesar el pasillo para entrar en la alcoba de su hijo.... No lo podéis ver, señor Comisario, porque la segunda puerta está también cerrada.

—Abridla para que pueda darme cuenta.

—Bien, señor; pero tendré necesidad de dar la vuelta por el salón.

—¿Por qué?

—Está cerrada por el otro lado. Cuando nosotros hemos entrado en esta alcoba, el señorito Armando no se encontraba aquí.... Estaba entre las dos puertas del gabinete, y el cerrojo lo habían colocado por la otra parte.

—¿Y le habéis abierto?

—No en seguida.... Yo pensé que la madre le había impuesto algún castigo...., y no me atreví.

—He sido yo, señor (dijo la portera), quien le ha abierto algún tiempo después.

—¿Y cuál ha sido su primer movimiento?

—Tuvo un momento de estupor, señor Comi-

sario. Miraba á todos lados. Después se lanzó sobre el lecho de su madre.

—¿Sin hablarla, sin llamarla, sin aparecer asustado al verla fría y sin movimiento?

—No, señor. Se hubiera creído que sabía que estaba muerta.

—Está bien. Quedáis, así como la criada, á mi disposición. Cuando me ocupe de otras cuestiones os haré llamar.

Hizo una señal al secretario que le había acompañado, pasó con él al salón, y dictó dos oficios, uno con destino al Prefecto de policía, y el otro al Procurador de la República. En ellos decía á ambos magistrados: 1.º Que graves indicios le hacían creer que se había cometido un crimen en la persona de la señora Le Forestier, boulevard Maiesherbes. 2.º Que se encontraba sobre el terreno, y comenzaba la instrucción de las primeras diligencias. Cumplido este deber, fué á buscar al médico, quien se hallaba en el salón sentado delante de una mesa, y ocupado en hacer escribir su declaración.

VIII.

—Doctor (dijo el Comisario de policía), según lo que acabo de saber, pueden obtenerse del hijo

de la víctima importantísimos datos. Á su edad, que será de siete á ocho años, si no me equivoco, y siendo listo, como su fisonomía revela que es, debe hallarse en condiciones de responder á preguntas de un interrogatorio claro y concreto. Pero vos le conocéis hace más tiempo que yo, tenéis sobre él ese especial prestigio que tienen los médicos sobre los niños, y, por lo tanto, á vos os responderá más fácilmente que á mí. ¿Queréis dispensarme el obsequio de interrogarle, de preguntarle qué es lo que ha visto y oído?

—Lo haré (contestó el señor du Chatel, levantándose). Comprendo el interés que tiene la justicia en practicar esas averiguaciones que voy á procurar conseguir, pero advirtiéndooos que dejaré de dirigir preguntas al niño en el momento en que note que le impresionan demasiado.

—Estamos de acuerdo, doctor.

Pasaron ambos del salón al dormitorio, donde hallaron á Armando en el mismo sitio, al lado del lecho. El Médico se inclinó hacia el niño para cogerle en brazos; pero la criatura, creyendo sin duda que se trataba de llevarle á otra habitación, rompió á llorar y á hacer esfuerzos por desasirse.

—¡No, no! (gritaba con la voz entrecortada por los sollozos): no quiero irme.

—Si no te irás (le dijo dulcemente el doctor du Chatel), pero sé bueno conmigo y obedien-

sario. Miraba á todos lados. Después se lanzó sobre el lecho de su madre.

—¿Sin hablarla, sin llamarla, sin aparecer asustado al verla fría y sin movimiento?

—No, señor. Se hubiera creído que sabía que estaba muerta.

—Está bien. Quedáis, así como la criada, á mi disposición. Cuando me ocupe de otras cuestiones os haré llamar.

Hizo una señal al secretario que le había acompañado, pasó con él al salón, y dictó dos oficios, uno con destino al Prefecto de policía, y el otro al Procurador de la República. En ellos decía á ambos magistrados: 1.º Que graves indicios le hacían creer que se había cometido un crimen en la persona de la señora Le Forestier, boulevard Maiesherbes. 2.º Que se encontraba sobre el terreno, y comenzaba la instrucción de las primeras diligencias. Cumplido este deber, fué á buscar al médico, quien se hallaba en el salón sentado delante de una mesa, y ocupado en hacer escribir su declaración.

VIII.

—Doctor (dijo el Comisario de policía), según lo que acabo de saber, pueden obtenerse del hijo

de la víctima importantísimos datos. Á su edad, que será de siete á ocho años, si no me equivoco, y siendo listo, como su fisonomía revela que es, debe hallarse en condiciones de responder á preguntas de un interrogatorio claro y concreto. Pero vos le conocéis hace más tiempo que yo, tenéis sobre él ese especial prestigio que tienen los médicos sobre los niños, y, por lo tanto, á vos os responderá más fácilmente que á mí. ¿Queréis dispensarme el obsequio de interrogarle, de preguntarle qué es lo que ha visto y oído?

—Lo haré (contestó el señor du Chatel, levantándose). Comprendo el interés que tiene la justicia en practicar esas averiguaciones que voy á procurar conseguir, pero advirtiéndooos que dejaré de dirigir preguntas al niño en el momento en que note que le impresionan demasiado.

—Estamos de acuerdo, doctor.

Pasaron ambos del salón al dormitorio, donde hallaron á Armando en el mismo sitio, al lado del lecho. El Médico se inclinó hacia el niño para cogerle en brazos; pero la criatura, creyendo sin duda que se trataba de llevarle á otra habitación, rompió á llorar y á hacer esfuerzos por desasirse.

—¡No, no! (gritaba con la voz entrecortada por los sollozos): no quiero irme.

—Si no te irás (le dijo dulcemente el doctor du Chatel), pero sé bueno conmigo y obedien-

te... Tenía que preguntarte una cosa. ¿No quieres contestarme á lo que te pregunte?

—Sí que quiero.

—Bueno; pues entonces, cuéntame lo que ha pasado aquí esta noche en esta habitación.

Armando, á quien el Doctor tenía apoyado sobre el pecho, se retiró rápidamente, y gritó al tiempo de echarse atrás:

—No, no; no lo diré.

—¿Por qué? Entonces no me cumples tu promesa. ¿Por qué no quieres decirlo?

—Porque tengo miedo,—dijo el niño con voz temblorosa.

—¡Miedo!... ¿De qué?

Armando se calló; pero el Médico, acostumbrado á tratar con los niños, á interrogarles sobre sus males y á alcanzar de ellos contestaciones, no se desanimó por tan poco.

—Vamos, responde, hijo mío (le dijo con extraordinaria dulzura); acuérdate de que tu madre te decía: «Es preciso obedecer al médico, que te pregunta por tu bien.» ¿No te acuerdas?

—Sí, sí.

—Bueno; pues entonces contesta. ¿De qué tienes miedo?

—De aquel tunante.

—¿De qué tunante?

—Del hombre malo, del de los ojazos.

El Comisario de policía hizo ademán de aproxi-

marse; pero el señor du Chatel le indicó con la mano que permaneciera quieto: después, mirando con cariño á Armando, y dulcificando la voz todo lo posible, exclamó:

—¡Ah! ¡Conque ojazos! Y ¿cómo son? ¿Grandes, azules, negros ó castaños?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabes que son ojazos?

—Brillan mucho; parecen como luces.

Y como si aún estuviera viendo la aterradora mirada, el niño cerró los ojos.

—Este detalle es muy importante (murmuró el Comisario): proseguid, Doctor; proseguid.

—No; está muy excitado. No obtendremos nada en concreto. Creedme: es mejor dejarlo para otra ocasión.

Besó al niño en la frente, y después le dijo:

—Es necesario que no pienses ya en esos ojos feos, y, además, que tengas en cuenta que ningún peligro te amenaza en mis brazos y rodeado de las personas que están aquí. ¿No las conoces? Mira: tu aya, el portero, su mujer....

El niño fué mirando con sus ojitos, preñados de lágrimas, una por una, á todas las personas que se le nombraban, y quedó en la actitud del que encuentra alguien de menos.

—¿Falta alguna?—preguntó el Doctor.

El niño guardó silencio.

—¿Será el criado?—dijo á media voz el Comisario.

El niño movió la cabeza de arriba á abajo, para indicar que sí.

—¿Estaba anoche aquí?—preguntó el Doctor. Armando contestó del mismo modo.

—¿Pues entonces (manifestó el señor du Châtel) será él el hombre malo de los ojazos?

El niño movió la cabeza de derecha á izquierda.

—¡Ah! ¿luego había otro hombre?...

—Sí,—murmuró Armando estremeciéndose.

El Médico le preguntó entonces:

—¿Y qué hacía el otro hombre?... ¿mal á tu mamá?

—Sí.

—¿Y ella chillaba?

—No.

—¿Pero tú la veías?

—No.

—¿Pero él estaba aquí? ¿Qué hacía? ¿La pegaba?

El niño hizo signos afirmativos.

—Pues si no la veías, ni la has oído gritar, ¿cómo sabes que la hacía daño?

La pobre criatura, que hasta este punto sólo había contestado á duras penas, bien porque fuera animándose, bien porque su imaginación se excitase por la emoción ó por el miedo, ó por-

que los recuerdos se dibujasen más claramente en su memoria, dijo de pronto:

—Debían hacer daño á mamá, porque Antonio gritaba: «No, no quiero.... Me habíais prometido no hacerla daño».

—¿Y el hombre malo seguía lastimándola?

—Sí.

—¿Dónde estaba ese hombre?

—Allí, apoyado en la cama.

—¿Y el otro, Antonio, el criado?

—Revolviéndolo todo, los muebles, los cajones y mirando por todas partes.

—¿Y tú que hacías?

—Lloraba y gritaba mucho, para ver si venían en socorro de la mamá.... La defendía.

—¿Cómo?

—¡Toma, tirando al hombre de la chaqueta y agarrándome á sus piernas!

—¿Y él te dejaba hacer?

—¡Ca! Se volvió y me cogió por el cuello.

—¿Te hizo daño? ¿te pegó?

—No, porque Antonio no quiso, y me separó de él cogiéndome en brazos.

—¿Y qué dijo el otro, te acuerdas?

—Sí; decía: «Nos va á perder este chiquillo. Va á gritar en cuanto nos vayamos».

—¿Y qué más?

—Antonio me metió en el gabinete, y cerró la puerta.

—¿Cómo no saliste por la otra que da á tu cuarto?

—Porque Antonio la cerró también.

—¿Y desde entonces no viste ni oíste más?

—No, nada.

El Doctor volvió el rostro hacia el Comisario de policía, como para interrogar si le bastaban las contestaciones obtenidas. El funcionario entonces preguntó con la mayor afabilidad al pequeño:

—Pero, hijo mío, no nos habéis dicho la razón de estar en este sitio. ¿Os llamó vuestra madre?

—Sí, porque oí que gritaba: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Armando, Armando!»

—¿Y entonces vinisteis aquí?

—Claro.

—¿Y estaban aquí, cuando entrasteis, Antonio el criado y ese hombre malo de los ojos relucientes? ¿Le reconoceríais si lo vieseis?

—Sí, pero no quiero verle,—exclamó el niño, temblando como un azogado.

—Basta (indicó el Médico al Comisario); pudiera traer malas consecuencias el excitar más á esta pobre criatura.

Y poniendo en el suelo al niño, le dejó ir á arrodillarse junto á la cama, donde con las manitas juntas comenzó á rezar. Sin duda recordaba que no había hecho oración aquella maña-

na, ó con cabal conocimiento de la muerte de su madre, rezaba por ella.

El señor du Chatel contempló algunos instantes la interesante figura del pobre niño, mimado, querido, adorado la víspera, y huérfano entonces; y aproximándose al Comisario de policía, le dijo:

—Creo que estaréis satisfecho de lo manifestado por esa criatura, y que los juzgaréis, como yo, datos muy interesantes.

—Sí (replicó el magistrado), porque tienen á la vez el mérito de estar perfectamente acordes con lo que habéis dicho vos y los demás testigos. Ahora es perfectamente posible reconstruir la acción y los hechos que han producido el crimen. Hay dos culpables: el primero no le conocemos aún; pero el hijo de la víctima nos ha dado de él una seña inequívoca, mediante la cual podremos hallarle; en cuanto al otro, no hay duda: es el nuevo criado que había tomado la señora Le Forestier, que debe haber introducido á su cómplice en la casa á cosa de las seis de la mañana. Evidente es que se proponían robar á la desdichada mujer, cuya fortuna inmensa había despertado su codicia, pues que de la declaración de Armando resulta que buscaban por todas partes; pero, ¿qué buscaban? Dinero, valores, alhajas. ¿Se proponían robar ó matarla? El proceso se encargará de decirnoslo. Uno de los dos

delincentes ha juzgado conveniente deshacerse de un testigo peligroso...., y la ha ahogado. El otro, el criado Antonio, se ha limitado á protestar del crimen y á encerrar al chico, acaso para que no sufriera la suerte de su madre; esa podrá ser una circunstancia atenuante en su día, si se da completo crédito á la declaración del niño. pero el caso es que él, como criado, como servidor de la casa, es quien con toda evidencia ha preparado el hecho, lo ha dirigido, y de primera intención es el más culpable. Ahora bien: ¿dónde podremos hallarle? Ya daré yo órdenes para conseguirlo. Y en cuanto á vos, gracias mil, Doctor, por vuestra ayuda, que por ahora no necesito, ni quiero distraeros por más tiempo de vuestros quehaceres.

—En efecto: los enfermos me esperan. No podéis, sin embargo, figuraros el trabajo que me cuesta separarme de ese niño y dejarle en esta habitación junto á ese lecho.

—¿Y no podría avisarse á alguna persona de la familia?

—Creo que no hay más familia, porque recuerdo haberle oído decir á la señora Le Forestier que había perdido poco á poco toda su parentela.... Si yo consiguiera que el niño se viniera conmigo, ¿me permitiríais llevármelo á mi casa?

—El Juez de instrucción no le dirigirá por

hoy ningún interrogatorio, y se contentará, por ahora, con lo que por vuestra mediación hemos sabido, que he tenido cuidado de anotar.

Armando, en aquel momento acababa de ponerse en pie; el señor du Chatel se acercó á él, y le dijo:

—Ya sabes que yo tengo un niño y una niña como tú; ¿quieres que vayamos á verlos?

—¿Adónde?

—Aquí al lado, á mi casa.

—No, no; yo no quiero dejar á mamá,—dijo el niño con aire resuelto.

—Entonces (repuso el Doctor, por ensayar un último recurso), no irás hoy por la mañana al colegio, y ya sabes que tu mamá no quiere que faltes á clase.

Entonces el niño dijo con seriedad impropia de su tiempo:

—Dile á mamá que me mande ir al colegio, y entonces iré.

El Médico miró al niño, cuya mirada parecía decirle: «Bien sabes que mi madre no puede hablarle; si quieres que hable, cúbala y sálvala, como has sabido curarme á mí».

Era preciso, pues, renunciar por entonces á separar el hijo de la madre. Los dos espíritus permanecían unidos á pesar de la muerte. El alma que había abandonado aquel cuerpo velaba ya acaso desde el cielo por el huérfano, y

derramaba sobre su corazón, apenas formado, un recuerdo imperecedero, haciéndole sentir una gratitud eterna.

IX.

Al salir el doctor du Chatel, halló en la escalera á uno de los sustitutos del Procurador imperial y al Juez de instrucción que para la del proceso había nombrado el tribunal del distrito al recibir la noticia del asesinato. Los dos magistrados fueron recibidos en casa de la señora Le Forestier por el Comisario de policía, que les comunicó sus indagatorias, las declaraciones del Médico, y les puso, en fin, al corriente de lo ocurrido desde que había entrado en la casa. Enterados ellos, no vacilaron un momento en creer que se había cometido, con el móvil del robo, un asesinato, y que, de los dos cómplices, uno era el que se había introducido en casa de la señora Le Forestier como criado, y el otro un desconocido; sólo restaba, pues, identificar su personalidad y averiguar en qué punto pudieran haberse refugiado.

El Juez de instrucción manifestó muy pronto su opinión al sustituto del Procurador imperial que le acompañaba.

—Esta causa habrá de ocupar vivamente la pública curiosidad, en razón de lo que ha venido atrayéndola la fortuna de la señora Le Forestier; estos antecedentes harán que en París produzca el acontecimiento grandísima emoción, y para calmarla, nada sería más conveniente que dar con la noticia del crimen la de la prisión de los culpables. ¿Será posible?... Lo ignoro; pero juzgo que debemos intentarlo, y puesto que el Jefe de seguridad está ocupado en Saint-Denis por consecuencia de otro crimen, y no puede prestarnos el auxilio suyo personal, creo que debemos procurar reemplazarle en sus funciones.

Luego añadió, dirigiéndose al Comisario de policía:

—Si procedemos por los trámites ordinarios de citación, comparecencias, exhortos y requisitorias, no acabaremos en mucho tiempo, y los asesinos lo tendrán de sobra para marcharse al extranjero. Os ruego, pues, que os acerquéis á la agencia de colocaciones que proporcionó á la señora Le Forestier su criado, el presunto reo, Antonio, porque acaso obtengáis allí noticias que puedan ponernos sobre la pista; si juzgaseis que estáis en camino de ella, seguidla á todo trance, sin preocuparos por estar fuera de vuestra jurisdicción, que esta es falta que yo me encargaré de corregir. ¿Lo haréis así?

—Sin duda alguna.

—Mil gracias, pues; yo me quedo aquí para proseguir las indagaciones que con tan buena fortuna habéis comenzado. ¡Ah! Una palabra.... Servíos encargar á uno de los inspectores que hay abajo, que se dirija al punto al ministerio del Interior con las señas personales de los reos, para que éstas sean remitidas por telégrafo á las estaciones importantes de las fronteras.

Con objeto de puntualizar mejor tales datos, el Comisario interrogó de nuevo á los porteros y á Julia sobre las señas generales y particulares de Antonio, y sobre si había ó no recibido amigos desde que estaba al servicio de la señora Le Forestier.

—Ayer vino uno á verle, —dijo la señora Thibault.

—¿Á qué hora?

—Por la tarde, á las cinco.

—¿Os preguntó en qué piso vivía Antonio?

—No, señor; pasaba por delante de la portería sin preguntar ni dar las buenas tardes; por eso le pregunté adónde iba, y contestó que á ver al criado de la señora Le Forestier.

—¿Le visteis bajar?

—No, señor; pero tampoco volví á acordarme de semejante hombre, y no hubiera hecho memoria del sujeto, á no preguntarme vos.

—Pero habiéndole visto y hablado, conservaréis idea de su figura.

—Sí, señor, era alto, recio, rubio, con los ojos grandes.

—¿Grandes! ¿Y brillantes?....

—No, señor; al contrario, mortecinos.

—¿Diantre! (pensó el Comisario): pues esto no está conforme con lo manifestado por el chico.

Pero por la premura del tiempo no creyó del caso detenerse en pequeñeces.

—¿Cómo iba vestido? ¿como criado ó como caballero?

—Más bien como sirviente; sólo que compuesto, aseadito...., casi elegante.

—Bien; pues cuidad de no olvidar ninguno de esos detalles cuando el Juez de instrucción os interroge.

En tanto que esto pasaba, el Juez instructor recorría cuidadosamente todas las habitaciones. Una vez llegado al gabinete contiguo al salón que la señora Le Forestier, mujer despreocupada, había convertido en despacho, vió sobre una mesa un libro-registro abierto, y en él estas palabras: «Ingresos del 15 de Enero.» La lista no era corta; ocupaba tres páginas, y comprendía los alquileres cobrados en el día, las anualidades vencidas, y los intereses y dividendos percibidos del Tesoro y de diferentes casas de comercio, que en totalidad ascendían á un millón ochocientos

mil francos. La señora Le Forestier debía haber escrito indudablemente aquella lista la víspera por la tarde, acostándose después para no levantarse jamás. Pero ¿qué había sido de la considerable suma? ¿Dónde estaba? Ningún dato había para suponer que después de verificado el cobro hubiera llevado los fondos á su casa.

No tardó, sin embargo, el Juez de instrucción en adquirir datos precisos, porque interrogó á Julia, la doncella, como compañera que había sido de su ama en todas sus correrías financieras.

—¿La veíais cobrar vos?

—No, señor; yo no entraba en las casas con la señora, pero la esperaba en el carruaje, y por el volumen del saco que usaba comprendía que había verificado el cobro.

—¿Cómo era ese saco?

—Una especie de talego, de cuero negro, del cual se servía, y que, vacío por la mañana, volvía siempre repleto por la noche. Ayer, por cierto, abultaba más que de ordinario.

—¿Y llevó el contenido á alguna casa de banca para constituirlo en depósito?

—¡Quí! ¡no, señor! Vino cargada con él, como podrán decir los porteros, que se fijaron en esta circunstancia.

—¿Lo advirtió el criado?

—Es de suponer, porque nos abrió la puerta.

—Por lo visto, á la señora Le Forestier no le importaba que todo el mundo viera que llevaba en el saco un capital.

—Trataba de llevarlo oculto bajo el abrigo; mas constantemente examinaba á ver si lo conservaba, y como se entreabría el abrigo, se le veía.

—¿Á qué habitación se dirigió cuando vino?

—Al cuarto del niño, que volvía entonces del colegio; le abrazó, y estuvo con él largo rato; después pasaron al comedor, porque ya era hora de comer. Habíamos regresado tan tarde....

—¿Salió á comer sin el saco?

—No, señor; con él.

—¿Al descubierto? Porque se habría quitado el abrigo.

—No, con la esclavina, que no se quitó, porque dijo que tenía frío.

—¿Qué hizo después de comer?

—Estuvo entreteniéndose con el niño, y luego le llevó á acostar, desnudándole por sí, como tenía costumbre de hacerlo.

—¿Y Antonio?

—Subió á su cuarto en cuanto terminó de servir á la mesa, como todos los días.

—¿Hace mucho que servíais á la señora Le Forestier?

—Desde que murió su esposo: tres años pró-

ximamente. Soy la que más ha permanecido á su servicio.

—¿Y para qué os llevaba en el coche cuando iba á cobrar?

—Porque vivía atormentada por la idea de que había de morir repentinamente, y temía que si le sobrevenía un accidente en la calle, estuviera sola y pudieran robarla el dinero.

—Pero, á pesar de la confianza que tenía en vos (dijo el Juez, afectando no dar importancia á este detalle), no os dejaba dormir en el mismo piso.

—No, señor, porque le gustaba estar sola; pero yo me quedaba con la llave.

—También el criado; y, sin embargo, no es de suponer que tuviera confianza con él teniéndole á su servicio desde hace algunos días.

—El criado no tenía llave; yo era la que bajaba por la mañana temprano y abría.

—Pues ¿cómo ha entrado esta noche?

—¡Ay, señor, esa es mi pena! Hace pocos días mandé hacer una llave, porque creí que la había perdido; y ahora caigo en la cuenta de que no debí perderla, sino que ese miserable me la robó con el fin de penetrar aquí por la puerta de servicio de la cocina.

—Pero, ¿y las puertas interiores?

—Todas estaban cerradas con cerrojo por dentro, y la señora las abría al levantarse.

—¿Pues cómo entró?

—Preparándolo todo de antemano en algún rato que debió estar solo, porque la mayor parte de los cerrojos están desprendidos; mirad este que he recogido del suelo.

El Juez examinó el pestillo que le enseñaba Julia, y vió que los tornillos estaban en su sitio, pero cortados á lima por la mitad.

—Conozco el procedimiento,—exclamó el Juez. Y luego, prosiguiendo el interrogatorio, añadió:

—¿De modo que cuando os separasteis de la señora Le Forestier seguía llevando encima el dinero cobrado aquel día?

—Sí, señor.

—¿Tenéis idea de dónde puede haberlo escondido?

—En su cuarto, debajo de los colchones.

—¿Y por qué creéis eso?

—Porque lo tenía por costumbre; á fines de Octubre entré un día, sin que me oyera, y la sorprendí involuntariamente en el momento en que sacaba de entre las ropas de la cama el saco del dinero.

—Una pregunta: la postrera. ¿Sabéis si ordinariamente, esto es, los días que no cobraba sus rentas, tenía crecidas sumas en casa?

—La señora no tenía dinero en casa; pagaba hasta las cuentas más pequeñas en cheques contra sus banqueros.

—¿Y no tenía valores, títulos, acciones?...

—No, señor; los tenía en el Banco, adonde probablemente hubiera llevado el dinero á estas horas si no la hubiese ocurrido esta desgracia.

—¿Poseía alhajas?

—Ninguna, porque consideraba que era tener valores improductivos.

Estos últimos datos parecieron contrariar al Juez: sin duda que las averiguaciones se hacían cada vez más difíciles. Los ladrones, tarde ó temprano, procuran vender los efectos públicos ó las alhajas que roban; pero en aquel crimen no se habían robado sino billetes, y esto era una clase de cuerpo de delito de los que no comprometen.

Una vez terminado el interrogatorio de Julia, ordenó, por si acaso, una minuciosa requisa; sin disputa los asesinos, conocedores de los hábitos y costumbres de su víctima, se habían llevado el millón ochocientos mil francos á primera hora.

Mientras todas estas cosas ocurrían, el doctor du Chatel había regresado con sus dos hijos; dejólos en el salón, y se dirigió al dormitorio, que Armando no había abandonado.

—Vaya, aquí están tus amigos; ven á recibirlos,—dijo al niño.

Después de algunos momentos de vacilación, Armando le siguió; y viendo á la niña y al niño

del Doctor que le tendían los brazos, corrió á abrazarlos. La niñez reclamaba sus derechos; pero, cuando algunos instantes después, deseosos de distraerle, le propusieron jugar, Armando se separó de ellos y fué á refugiarse nuevamente junto al lecho de su madre.

Sin embargo, volvió cargado de juguetes; mas fué para dejarlos en el suelo, y decir con triste entonación á sus amiguitos:

—Para vosotros: os los regalo. Yo ya no necesito juguetes. Ya no jugaré más, porque no tengo madre. Los niños huérfanos no juegan nunca.

Y abrazándoles de nuevo, se volvió al dormitorio con andar reposado.

X.

Poco después el Comisario de policía se presentó en las oficinas de la agencia de colocaciones que le habían indicado, y la cual, por hallarse en su distrito, estaba bajo su jurisdicción.

—¿Esperabais mi visita?—dijo al entrar, dirigiéndose al director de la agencia.

—No, señor Comisario. Ignoro á qué debo ese honor.

—¿Y no tenía valores, títulos, acciones?...

—No, señor; los tenía en el Banco, adonde probablemente hubiera llevado el dinero á estas horas si no la hubiese ocurrido esta desgracia.

—¿Poseía alhajas?

—Ninguna, porque consideraba que era tener valores improductivos.

Estos últimos datos parecieron contrariar al Juez: sin duda que las averiguaciones se hacían cada vez más difíciles. Los ladrones, tarde ó temprano, procuran vender los efectos públicos ó las alhajas que roban; pero en aquel crimen no se habían robado sino billetes, y esto era una clase de cuerpo de delito de los que no comprometen.

Una vez terminado el interrogatorio de Julia, ordenó, por si acaso, una minuciosa requisa; sin disputa los asesinos, conocedores de los hábitos y costumbres de su víctima, se habían llevado el millón ochocientos mil francos á primera hora.

Mientras todas estas cosas ocurrían, el doctor du Chatel había regresado con sus dos hijos; dejólos en el salón, y se dirigió al dormitorio, que Armando no había abandonado.

—Vaya, aquí están tus amigos; ven á recibirlos,—dijo al niño.

Después de algunos momentos de vacilación, Armando le siguió; y viendo á la niña y al niño

del Doctor que le tendían los brazos, corrió á abrazarlos. La niñez reclamaba sus derechos; pero, cuando algunos instantes después, deseosos de distraerle, le propusieron jugar, Armando se separó de ellos y fué á refugiarse nuevamente junto al lecho de su madre.

Sin embargo, volvió cargado de juguetes; mas fué para dejarlos en el suelo, y decir con triste entonación á sus amiguitos:

—Para vosotros: os los regalo. Yo ya no necesito juguetes. Ya no jugaré más, porque no tengo madre. Los niños huérfanos no juegan nunca.

Y abrazándoles de nuevo, se volvió al dormitorio con andar reposado.

X.

Poco después el Comisario de policía se presentó en las oficinas de la agencia de colocaciones que le habían indicado, y la cual, por hallarse en su distrito, estaba bajo su jurisdicción.

—¿Esperabais mi visita?—dijo al entrar, dirigiéndose al director de la agencia.

—No, señor Comisario. Ignoro á qué debo ese honor.

—¿No sabéis que se ha cometido esta mañana un crimen en el boulevard Haussmann?

—Es la primera noticia que tengo.

—Sin embargo, el hecho es bastante comentado, y en todo el barrio no se habla de otra cosa.... ¿No sabéis tampoco quién es una señora llamada Le Forestier, que habita en dicho boulevard?

—Sí, señor: ya lo creo que la conozco. Es una de mis mejores parroquianas.

—Pues si tratáis de tal modo á vuestros buenos parroquianos, no sé cómo trataréis á los malos.

—¿De qué manera los trató? Pues yo, ¿qué he hecho?—preguntó el director con voz turbada.

—Habéis enviado como criado de confianza á la señora Le Forestier á un ladrón y asesino.

—¡Yo! ¡Yo! Eso es imposible.

—¿No habéis colocado la semana pasada en su casa á uno llamado Antonio?

—Antonio.... Antonio.... Sí, ya recuerdo....

¿Y bien, señor?

—Pues bien: ese Antonio acaba de matar á vuestra buena parroquiana, después de robarla.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Pero es cierto lo que me decís?

—No os quepa la menor duda.... Os halláis comprometido.

—Pero, señor, yo no tengo culpa alguna. A

mí vienen á pedirme criados, y yo envío á los que se presentan en mi casa.

—¿Sin tomar antecedentes de ellos?

—Eso corresponde á los parroquianos.

—No me parece mal. ¡Y os atrevéis á llamar á vuestra agencia una casa de confianza! ¿Sabéis, al menos, la procedencia de ese Antonio? ¿No tenía apellido?

—Sí, señor. Yo se los exijo á todos.

—¡Eso es todo lo que hacéis! ¿Cuáles son sus apellidos?

Después de consultar su registro, el director de la agencia contestó:

—Antonio Guiraud.... Está sentado. Podéis verlo, señor Comisario. El registro está en regla.

—El registro no lo dudo.... ¿Y de dónde había venido ese Antonio?

—De Orleans, su país.

—¿No había servido nunca en París?

—No, señor; pero, según dijo, en provincias había servido en buenas casas.

—¿Y satisfecho con lo dicho por él, le habéis colocado en la casa de la señora Le Forestier el mismo día en que se presentó aquí?

—No, señor. Tuvo que esperar más de una semana.

—¿Dónde tenía su domicilio durante ese tiempo?

—En la calle de Provence, número..., hotel....

—¿Después de haberle colocado, lo visteis?

—No, señor.

—¿Cuando se presentó en vuestra agencia venía solo?

—Sí, señor Comisario.

—¿No lo habéis visto acompañado de alguien?

—De nadie.

—No creo tendréis inconveniente en facilitarme algunos antecedentes. Si ayudáis á la justicia á encontrarlo, vuestra situación no será tan comprometida.

—¡Ay, señor! ¡si no sé nada! Únicamente recuerdo que era muy amable y muy fino.

—Y muy generoso también, cuando le colocasteis en la casa de vuestra mejor parroquiana.... Porque él desde luego tenía la idea de entrar en casa de la señora Le Forestier....

—Seguramente, señor Comisario.... Porque ahora recuerdo que él mismo vino á avisarme que el criado que tenía la señora pensaba despedirse.

—No me cabía duda (dijo el Comisario de policía, al mismo tiempo que se dirigía hacia la puerta); gracias á este dato, la premeditación queda probada.... Preparaos para comparecer pronto, quizá mañana mismo, ante el juzgado de instrucción.

Dichas estas palabras, se retiró el Comisario,

dejando al director de la agencia de colocaciones muy asustado.

En el hotel de la calle de Provence, adonde el Comisario se dirigió luego, se sabía que en el boulevard Haussmann se había cometido un crimen, pero no se calculaba que pudiera ser el autor uno de los huéspedes del establecimiento.

—¿Un tal Antonio Guiraud ha vivido en vuestra casa?— preguntó el Comisario al dueño del hotel.

—Sí, señor; pero habéis llegado demasiado tarde si necesitáis hablarle.... Esta mañana se ha marchado.

—¿Cómo esta mañana! ¿Él seguía habitando aquí á pesar de estar colocado?

—Sí, señor; por más que venía con bastante irregularidad, seguía conservando su cuarto número catorce. Esta mañana vino, recogió la maleta, y se dirigió á la estación del ferrocarril.

—¿Á qué hora?

—Á las siete próximamente.... Todavía no me había levantado, cuando uno de los criados me vino á decir que el huésped del número catorce pedía su cuenta.

—¿Entregasteis vos mismo á vuestro huésped la cuenta?

—Sí, señor.

—¿Notasteis si estaba intranquilo, agitado?

—¿Por qué me preguntáis eso?....

—Tengo interés en saberlo.... Soy Comisario de policía.

—Dispensadme, señor...., pero no tenía el gusto de conoceros.

—No pertenezco á este distrito. Además, no trato de haceros un interrogatorio; únicamente deseo algunas noticias, que espero no tendréis inconveniente en darme.

—Pues bien, señor: cuando le hablé, me pareció que estaba inquieto y agitado. Mientras bajaban su maleta, miraba hacia la calle como con cierto temor. Se hubiera creído que temía ver llegar á alguien. Estaba tan asustado, que en el momento de partir, sin duda para reponerse, me pidió le diera una copa.

—Después de bajar la maleta, ¿qué hizo?

—Se subió en un carruaje de alquiler que pasaba en aquel momento, y oí que dijo al cochero: «Estación de Orleans».

—¿Á la estación de Orleans! ¿Estáis seguro?

—Segurísimo, señor.

—Tened la bondad de decirme cómo era la maleta.

—De cuero amarillo, bastante usada, y con dos cerraduras cubiertas.

—¿No tenía iniciales ó nombre alguno?

—No me fijé, pero creo que no lo tuviera.

—Mientras habitó en vuestra casa Antonio Guiraud, ¿vinieron á buscarlo alguna vez?

—Una, señor Comisario.

—¿Cuándo?

—Antes de ayer, á la caída de la tarde, cuando ya oscurecía, me preguntaron por él.

—¿Quién?

—Un hombre como de unos treinta años, alto como él, robusto y rubio.

—¿Con traje de criado?

—De criado sin librea, pero de buena casa.

—Conforme en un todo con las señas dadas por la criada y la portera (se dijo el Comisario). Es el mismo hombre: antes de ayer vino para quedar convenidos en la hora en que ayer debía penetrar en la casa y cometer el crimen.

—¿No notasteis nada de particular en la fisonomía del visitante de quien me habláis?

—¡Oh! Sí, señor. Tenía unos ojos que producían un efecto extraordinario.... Parecía que brillaban como los de los gatos en la oscuridad.... Pero en aquel momento el criado encendió el mechero del gas, y ya los ojos de aquel hombre no producían el mismo efecto. Al encenderse la luz, dejaron de brillar.

Gracias á esta explicación, el Comisario de policía comenzó á comprender los diferentes efectos producidos por el asesino, en la portera que le había visto en plena luz, y en el niño á quien se le había presentado en la oscuridad de la alcoba.

—¿Vuestro huésped y su visitante estuvieron

mucho tiempo juntos?—preguntó el magistrado, después de reflexionar algún tiempo.

—Una media hora próximamente.

—¿Habéis subido á la habitación de Antonio Guiraud, después que se hubo marchado?

—Sí, señor Comisario; he subido.

—¿Y no se ha dejado olvidado nada?

—Nada.

—¿Estáis seguro?

—Sí, señor; lo he mirado todo. Temía, no que se hubiera dejado olvidada alguna cosa, sino que se hubiera podido llevar algún objeto. Tenía un aspecto algo sospechoso.

—Os aconsejo cerréis su cuarto con llave. No obstante vuestra declaración, la justicia ordenará seguramente algún reconocimiento.

—¡Ah! Ya me lo temía yo; ese hombre me traerá perjuicios.

—¡Puede ser! Hasta la vuelta.

El Comisario de policía se dirigió sin titubear á la estación del camino de hierro de Orleans. ¿No desempeñaba en aquel momento las funciones de jefe de seguridad, y no debía obrar como aquél hubiera obrado seguramente?

En la estación, adonde llegó á las once próximamente, se dirigió á varios empleados para preguntarles si no se habían fijado, por la mañana, en un viajero, del cual daba las señas, así como de una maleta que debía llevar.

Dos empleados, encargados de facturar los equipajes, creían haberlo visto. Dijeron que había llegado en carruaje unos cinco minutos antes de la salida del tren de las siete y cuarenta y cinco minutos.

—Se dirigió de prisa al despacho, á fin de sacar su billete, y después se unió á nosotros.

—¿Para qué estación facturó su equipaje?

—Para la de Orleans, señor (contestó uno de los empleados). Lo recuerdo perfectamente, porque sin mí no hubiera podido marcharse. El despacho estaba ya cerrado.

El empleado encargado de facturar los equipajes consultó su registro á petición del magistrado; y, en efecto, la última inscripción hecha para dicho tren, con el número treinta y tres, indicaba un viajero con equipaje destinado á Orleans.

Antonio Guiraud, ¿había de ser tan majadero que se hubiera vuelto á Orleans sin tomar algunas precauciones? Todo inducía á creerlo; y, además, la policía está acostumbrada á ver con frecuencia cometer faltas y torpezas de índole semejante á muchos criminales. Manifiestan gran habilidad para perpetrar los crímenes, y después, cuando llega el momento de escapar, están hechos unos verdaderos tontos. Por lo tanto, el Comisario de policía creyó prudente seguir la pista al presunto reo. Como algún otro negocio de importancia podía presentarse en la Co-

misaría, de la cual no se atrevía á permanecer alejado por mucho tiempo, ordenó á su secretario, un inspector especial de policía que no se había separado de él en toda la mañana, que saliera para Orleans.

—Salid en el primer tren de las once y cuarenta minutos (le dijo, al mismo tiempo que le entregaba algún dinero), y procurad hallar á ese sujeto. Enviaré un telegrama, dando cuenta de vuestra salida de París, al prefecto del Loiret, el cual os prestará cuantos auxilios le reclaméis.

Dadas estas órdenes, el señor X... se volvió al boulevard Haussmann, dió parte de sus diligencias al Juez de instrucción, y regresó á su despacho. Después del mediodía recibió noticias de que el presunto asesino de la señora Le Forestier acababa de ser detenido en Orleans. Al mismo tiempo recibió una nota, en la que se le decía que no se molestará en continuar sus investigaciones, porque el Jefe de seguridad se hallaba de vuelta en París, y, puesto al corriente de todo, se encargaría del asunto.

XI.

El primer cuidado del inspector Merlin, tan luego como llegó á Orleans, próximamente á las

cuatro de la tarde, fué dirigir á los empleados de la estación la misma pregunta que su jefe había hecho por la mañana en París.

Supo esta segunda vez, como lo había sabido la primera, que la maleta, cuyas señas daba, tenía, en efecto, el número 33 y había sido colocada de las primeras en los mostradores desde donde son entregados los equipajes á sus dueños.

—¡Diablo! (se dijo Merlin): ¿y si no vinieran á buscarla, qué hacer entonces? ¿Hacer nuevas investigaciones y ponerme á buscarlo por Orleans ó por otra parte cualquiera? ¿Y si entre tanto viniera á recoger la maleta? ¡Dejaría escapar la mejor ocasión para poderlo prender!

Este último temor, ó tal vez la pereza ó cansancio de su oficio, porque el inspector era ya viejo, y desde hacia tiempo prefería el trabajo tranquilo de las oficinas al de las calles y caminos, decidieron á Merlin á quedarse de centinela en la estación, situándose en la sala inmediata al depósito de equipajes.

No tuvo por qué arrepentirse; bien pronto un hombre joven, alto, robusto, rubio, como todo el mundo designaba á Antonio Guiraud, llegó á la estación, se dirigió al depósito de equipajes, presentó su billete, le entregaron una maleta grande de cuero amarillo, señalada con el número 33, la cargó sobre sus espaldas, y se dispuso á salir.

—Pero apenas había dado algunos pasos, cuando una voz gritó:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Era Merlin, que gritaba al mismo tiempo que corría á detener al hombre de la maleta.

Llegado el momento, se despertaron sus aficiones de veterano de la policía, de cazador de hombres, y se precipitó sin reflexionar sobre la presa. ¿Por qué gritaba «¡al ladrón!», cuando podía gritar «¡al asesino!» Si el robo de la maleta se cometía en Orleans, los agentes de aquella población estaban obligados á intervenir. La acusación de asesino lanzada por un desconocido, si los telegramas ofrecidos no habían llegado todavía, no hubiera producido el mismo efecto. La policía de provincias es más espantadiza y menos servicial que la de París. No le gusta que nadie vaya á meterse en su terreno, y se acobarda ante ciertas medidas. Un agente de seguridad no era ninguna autoridad fuera de su departamento del Sena. Esta especie de rivalidad es digna de verdadera censura, porque en más de una ocasión ha sido causa de que algún criminal haya conseguido escaparse. Á los gritos dados por Merlin acudieron algunos empleados de la estación, varios viajeros y los conductores de los ómnibus.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?—preguntaban por todas partes.

—Hay (respondió con el mayor aplomo el inspector en comisión) que ese hombre me ha robado esta mañana mi maleta en la estación de París... Me han dado sus señas, me han dicho que había salido para Orleans, le he seguido, acabo de encontrarlo, y no pienso dejarle escapar.

—¡Eso es falso! ¡Eso es falso! (gritaba el otro, defendiéndose.) ¡Miente! Esta maleta es mía.

De pronto se le ocurrió una idea; y dirigiéndose á los que le rodeaban, dijo:

—Voy á probaros que lo que yo digo es cierto. Tengo las llaves en el bolsillo. Aquí las tenéis.

—¿Y es eso una prueba? (dijo Merlin sin desconcertarse.) Había puesto mi maleta sobre un banco para sacar de ella un objeto que me era necesario, cuando vi á un antiguo amigo, le detuve, me puse á hablar con él, y mientras tanto, ese miserable ha cargado con todo, con la maleta y con las llaves.

—Pero á mí se me conoce aquí, señor mío; yo soy de este país (replicó el acusado), y en cambio á vos no os conoce nadie.

—¡Vive Dios! Pues yo vivo en París, donde me encontrara todavía si no me hubierais robado tan villanamente. Poco me importa, pues tendréis que abonarme hasta los gastos de viaje.... Vamos, menos palabras, y á casa del Comisario.

—Tiene razón, tiene razón,—exclamaron varias voces entre la multitud.

Entonces se pudo ver que el rostro del acusado palideció; quiso resistir, pero fué arrastrado por la fuerza. La emoción que parecía experimentar daba la razón á su acusador, cuya seguridad y sangre fría había conquistado á los espectadores.

Una vez en la comisaría, Merlin conoció que no había necesidad de llevar adelante la comedia.

El Comisario de policía, que había ejercido ya muchas veces el cargo de inspector en algunos barrios de París, después de haber mirado atentamente á Merlin, le llamó aparte, y le dijo en voz baja:

—¿No sois vos el agente cuya venida se nos ha anunciado?

—¡Ah! ¿Conque se ha recibido el telegrama? Sí, señor; yo soy. Aquí tengo documentos que bastan para identificar mi personalidad. ¿Queréis verlos?

—Es inútil, puesto que os conozco.... Se os ha encargado reuniros en Orleans con un hombre que se sospecha sea el autor del crimen cometido anoche en el boulevard Haussmann.

—En efecto, señor Comisario.

—¿Y vos creéis que?....

El agente señaló con un gesto el individuo que acababa de acercárseles distraídamente.

—Estoy cierto, señor Comisario. Todos los indicios que he recogido desde esta mañana lo dan á entender.... Me he visto precisado á acusarle de haberme robado la maleta, á fin de poder traerle á vuestra presencia, sin que sospechase el verdadero motivo de su venida. Estaba temiendo que se me escapara.

—Muy bien; voy á interrogarle.

—Con vuestro permiso, y mientras le preguntáis, voy á enviar telegramas á París, puesto que así me lo ha recomendado eficazmente vuestro colega y mi superior.

—Como queráis,—contestó el Comisario.

Los despachos dirigidos por Merlin dando cuenta de la detención del presunto criminal llegaron á París en el momento en que el Jefe de seguridad regresaba. Por lo tanto, éste resolvió partir para Orleans. El asesinato de la señora Le Forestier había producido verdadera sensación; así que, con objeto de dedicarse por completo á este negocio, había dejado á otro en su puesto. El expreso de las siete lo condujo en dos horas y algunos minutos á Orleans. Inmediatamente se dirigió á casa del Procurador imperial, á quien estaba obligado á presentarse primero.

—¡Cómo! ¿Habéis venido, no obstante mi despacho?—le dijo, apenas lo hubo visto el magistrado.

—¿Qué despacho, señor?

—El que he enviado al departamento del Sena; sin duda cuando llegó habíais salido ya.

—¿Y tenéis la bondad de decirme lo que decía ese despacho?

—Que el agente que habéis enviado esta mañana de París es un insigne majadero.... El hombre arrestado á sus instancias es un honrado vecino de Orleans.... Ha ido antes de ayer á París con objeto de ver á su mujer que estaba enferma. Esta mañana ha vuelto en el tren de las siete y cuarenta y cinco minutos, el cual estuvo á punto de perder.... Si no se llevó inmediatamente su maleta, fué porque vive en un barrio de Orleans, y antes de ir á su casa quiso hacer una visita á unos parientes que viven cerca de la estación. He hecho yo mismo indagaciones, y respondo de ese hombre.... La policía de París equivoca pronto el camino.

—Yo no soy responsable, señor Procurador imperial (contestó el jefe de policía). El agente á que os referís no ha sido enviado por mí, ni tampoco está á mis órdenes.... Se ha engañado seguramente....; pero respecto al viajero, no en cuanto á la población.... Antes de salir de París he estudiado detenidamente esta cuestión, y tengo la seguridad que el criado de la señora Le Forestier, uno de sus asesinos, se ha dirigido esta mañana á la estación de Orleans. Mis agentes, cuya habilidad es indiscutible, han encontra-

do al cochero que lo condujo esta mañana con la maleta á la estación, donde llegó, no en el momento de partir el tren, sino á las siete y veinticinco minutos; es decir, con veinte minutos de anticipación.... Ya veis, señor, que hay solamente error de personas.

—¿Luego (añadió el Procurador imperial) el asesino está aquí?

—Yo no digo tanto: lo que sí digo es que su maleta debe estar.

—¿Por qué? Hay muchas estaciones en la línea.... Puede haberse detenido en el camino.

—El cochero le ha oído decir á los empleados que facturasen su equipaje para Orleans.

—Eso sólo prueba que lo ha hecho facturar. Puede haberlo abandonado.

—Para eso lo hubiera dejado en París. Mientras yo esperaba el tren, se le ha buscado por orden mía en todas partes. Pero trabajo inútil.

—¿Y qué deducís?

—Que ha tomado su billete, ha hecho facturar su maleta....

—¿Y ha partido?

—No; que su maleta ha partido con él ó sin él, y que la encontraréis en el depósito de equipajes, si queréis ordenar que se busque y se os entregue.

—¿Estoy yo autorizado para proceder á tales operaciones?

—Sí, señor. Yo os autorizo para ello.

—¿No pueden dejarse estas pesquisas para mañana?

—Tengo un gran interés en regresar esta noche á París.

—Sea, pues. Vamos.

Algunos instantes después, el jefe de la estación, prevenido de la llegada del Procurador imperial, se apresuró á ponerse á sus órdenes y á introducirlo como deseaba en la sala que servía de depósito á los equipajes no reclamados.

—Se trata (dijo el Jefe de seguridad) de una maleta voluminosa, bastante usada, de cuero amarillo y con dos cerraduras.

—Aquí está,—dijo en seguida uno de los empleados, llevando una maleta en un todo conforme con la descripción que acababa de hacer el Jefe de seguridad.

—Esta es,—dijo con cierta sonrisa, dando á entender que no se había equivocado.

—¿Hace mucho tiempo que está aquí esta maleta,—preguntó el Procurador imperial.

—Desde esta mañana (contestó el empleado). Ha venido en el tren número 5.

—El expreso partió de París á las siete y cuarenta y cinco, y llegó á Orleans á las nueve y cuarenta y nueve,—creyó deber añadir el jefe de la estación.

—¿Y nadie había venido á reclamarla durante el día?

—Nadie,—respondieron los empleados.

Entonces el Procurador imperial, con arreglo al artículo 35 del Código de instrucción criminal, declaró que se incautaba de aquella maleta para hacer el registro de los objetos que contuviese, y ordenó que se abriera en su presencia. Como no tenía llaves, fué preciso descerrajarla. La maleta sólo contenía un traje, que fué colocado sobre una mesa.

El jefe de policía, después de haberlo examinado, dijo:

—Este es el traje que llevaba Antonio Guiraud en el momento de cometer el asesinato. Una chaqueta, un chaleco de librea, un pantalón, unas alpargatas para no hacer ruido, y una camisa de algodón. Salió con este traje para volver á la calle de Provence, donde cambió de vestido. La maleta contenía sin duda otra ropa, la cual debió ponerse en sustitución de ésta.

—¿Con qué objeto (observó el Procurador imperial) ha llevado la maleta á la estación de Orleans, y la ha enviado aquí?

—Para hacernos perder la pista y ganar tiempo. Y, en efecto, lo ha conseguido, pues estoy aquí, cuando debiera estar en París, de donde seguramente no ha salido.

Mientras decía esto, no dejaba de examinar la ropa, que continuaba sobre la mesa.

—¡Mirad, mirad! (dijo de pronto): no me había engañado. La chaqueta tiene manchas de sangre... ¿Las veis, señor Procurador imperial?

—Sí, las veo, en efecto... Pero ¿de dónde vendrá esa sangre? ¿No me decíais cuando veníamos que, según todos los indicios, la señora Le Forestier había muerto asfixiada?

—Sin duda; todo lo hace creer así.... Pero si la sangre no es de esa desgraciada, será del otro asesino, herido en la mano por una mordedura de su víctima, según declaración de los médicos. Una lucha, de la cual ha sido testigo el hijo de la señora Le Forestier, se trabó entre los dos cómplices, y la mano del herido, al rozarse en la chaqueta, la ha manchado.

Terminadas estas investigaciones, el Jefe de seguridad regresó á París en el tren de la una de la madrugada.

XII.

A la mañana siguiente, á su vuelta del depósito, siguiendo su habitual costumbre de pasar la visita de inspección á los detenidos el día antes, y de disponer lo conveniente respecto á

éstos, después de despachar su correspondencia y distribuir el trabajo del día entre los inspectores, el Jefe de seguridad se dirigió al departamento de los jueces de instrucción en el Palacio de Justicia, y preguntó por el señor X..., encargado del crimen del boulevard Haussmann. No tardó en ser recibido.

—Os esperaba (le dijo el Juez, señalándole un asiento). Estoy al corriente, merced á las notas que me habéis enviado esta noche, de las peripecias de vuestro viaje á Orleans.... Convento en que ese viaje no ha sido inútil. El descubrimiento é incautación de la maleta son sin duda importantes; pero reconoceréis conmigo, que estamos aún lejos del resultado que deseamos.

—Opino de igual modo,—dijo el Jefe de seguridad.

—Conocemos perfectamente (replicó el señor X....) cuál ha sido el móvil del crimen y de qué manera se ha cometido. Tenemos la filiación de los culpables, pero ignoramos por completo quiénes son, cuál es su procedencia y dónde se ocultan. ¿No es eso?

—Justamente.

—¿Habéis ordenado las investigaciones necesarias?

—Sí, las de costumbre, las reglamentarias, por decirlo así; las que se hacen siempre en los

Mientras decía esto, no dejaba de examinar la ropa, que continuaba sobre la mesa.

—¡Mirad, mirad! (dijo de pronto): no me había engañado. La chaqueta tiene manchas de sangre... ¿Las veis, señor Procurador imperial?

—Sí, las veo, en efecto... Pero ¿de dónde vendrá esa sangre? ¿No me decíais cuando veníamos que, según todos los indicios, la señora Le Forestier había muerto asfixiada?

—Sin duda; todo lo hace creer así.... Pero si la sangre no es de esa desgraciada, será del otro asesino, herido en la mano por una mordedura de su víctima, según declaración de los médicos. Una lucha, de la cual ha sido testigo el hijo de la señora Le Forestier, se trabó entre los dos cómplices, y la mano del herido, al rozarse en la chaqueta, la ha manchado.

Terminadas estas investigaciones, el Jefe de seguridad regresó á París en el tren de la una de la madrugada.

XII.

Á la mañana siguiente, á su vuelta del depósito, siguiendo su habitual costumbre de pasar la visita de inspección á los detenidos el día antes, y de disponer lo conveniente respecto á

éstos, después de despachar su correspondencia y distribuir el trabajo del día entre los inspectores, el Jefe de seguridad se dirigió al departamento de los jueces de instrucción en el Palacio de Justicia, y preguntó por el señor X..., encargado del crimen del boulevard Haussmann. No tardó en ser recibido.

—Os esperaba (le dijo el Juez, señalándole un asiento). Estoy al corriente, merced á las notas que me habéis enviado esta noche, de las peripecias de vuestro viaje á Orleans.... Convento en que ese viaje no ha sido inútil. El descubrimiento é incautación de la maleta son sin duda importantes; pero reconoceréis conmigo, que estamos aún lejos del resultado que deseamos.

—Opino de igual modo,—dijo el Jefe de seguridad.

—Conocemos perfectamente (replicó el señor X....) cuál ha sido el móvil del crimen y de qué manera se ha cometido. Tenemos la filiación de los culpables, pero ignoramos por completo quiénes son, cuál es su procedencia y dónde se ocultan. ¿No es eso?

—Justamente.

—¿Habéis ordenado las investigaciones necesarias?

—Sí, las de costumbre, las reglamentarias, por decirlo así; las que se hacen siempre en los

hoteles, las casas de huéspedes. Pero no creo que parezcan.

—¿Por qué?

—Porque esos dos miserables parecen demasiado listos ó demasiado avisados para dejarse coger.... Además, señor Juez de instrucción, no habrá dejado de llamaros la atención en el oficio que he tenido el honor de enviaros, una nota, referente á cierto gabán encontrado en la maleta.

—En efecto.... Desearía saber si erais de mi misma opinión.

—¡Oh! Nosotros debemos hablar con toda franqueza.... Antonio Guiraud, nacido en Orleans.... desde luego se comprende que tanto el nombre como la población son falsos.... El fingido Antonio Guiraud, me he dicho, tan luego como cometió el crimen, esconde sus vestidos de criado, su chaqueta manchada de sangre, su gabán ordinario de paño grueso y usado, vuelve á la calle de Provence, toma un carruaje, cambia por otras las ropas que le delatan, al efecto guardadas en la maleta, y se pone el mismo gabán.... Él quiere que las gentes del Hotel le vean marchar con el mismo traje con que había venido, y le tomen siempre por el criado Antonio Guiraud, natural de Orleans. Mas una vez en el carruaje, donde él ordena le coloquen la maleta, se quita dicho gabán, y lo sustituye por otro más

nuevo y elegante, el cual esté en consonancia con su nuevo traje, y guarda la ropa vieja en la maleta donde yo la he encontrado.... Tan total fué su metamorfosis, que el cochero, al verle bajar en la estación, se hizo esta reflexión, que consigno en mi oficio: «Este no es el mismo hombre. Tiene el aspecto de un caballero». ¿Á qué obedecerá este cambio?

—¿Esa es vuestra opinión?—repitió el Juez.

—Seguramente, y es natural (replicó el Jefe de seguridad): él quería volver á París después de una ausencia de algunos días, vestido de igual modo que se había marchado, para evitar toda sospecha, y poder volver á sus antiguas costumbres, á sus antiguas ocupaciones, interrumpidas por algunas semanas de servicio doméstico.

—Pues bien: esa es también mi opinión (dijo el magistrado); y para pensar así tengo algunos indicios más.

—¿Y cuáles son? Si me los queréis comunicar.

—He visitado ayer, con el mayor cuidado, el cuarto ocupado por Antonio Guiraud, en la casa de la señora Le Forestier. A primera vista no se notaba nada de particular, ninguna carta ó papel que pudiera comprometerle, ni nada que pudiera servir como de indicio del crimen. Los objetos que, unidos á la ropa que contenía la maleta, constituyen el equipaje de un

frac negro para servir á la mesa, un pantalón, un chaleco y algunas corbatas blancas.... Pero un detalle me llamó la atención.... Sobre una mesa de pino, que le servía de mesa-tocador, se había dejado el jabón.... Era una de esas pastillas de jabón finas, que cuestan caras, y que no usan por lo regular los criados.... El bote de pomada era elegante, y aunque no tenía etiqueta, debía ser de alguna perfumería á la moda.... Y, por último, he encontrado al lado del bote de la pomada y del jabón una caja de polvos de arroz.... ¿Qué opináis de esto de la caja de polvos de arroz?

—Demuestra, como el gabán, sus hábitos elegantes, á los cuales no ha renunciado, no obstante haberse hecho sirviente.

—Opino de igual modo.... Después de las declaraciones, interrogué de nuevo á la criada Julia respecto á los hábitos y costumbres de Antonio Guiraud.... La criada me dijo que era muy cuidadoso de su persona, que tenía las manos muy blancas, que se cuidaba mucho las uñas, y que en su manera de hablar parecía un caballero.... Tales fueron sus palabras.

—Cuyas palabras vienen perfectamente con las otras del cochero. «Con ese gabán nuevo parece todo un señor».

—Nos conviene no olvidar (añadió el Juez de instrucción, hojeando el proceso) que su compa-

ñero y cómplice, que fué á buscarle á la calle de Provence la vispera del día del crimen, y que estuvo escondido en la casa del boulevard Haussmann, tenía también buen aspecto. Los criados y el dueño del hotel á quienes pregunté: ¿Qué tal su aspecto? ¿El de un criado? Me respondieron: «Sí, el de un criado, pero de buena casa». Ó, lo que es lo mismo; sus vestidos eran de un criado, pero su aspecto, sus modales y su manera de expresarse denunciaban desde luego que pertenecía á una clase más elevada.

—¡Seguramente! Pero ¿á cuál?

—Es necesario hacer averiguaciones.... Habréis notado (añadió el Juez de instrucción) que nuestros dos desconocidos estaban al corriente de todas las costumbres de la señora Le Forestier.... No me refiero á su vida íntima.... sino á la afición extraordinaria que tenía al trabajo y á la soledad, lo cual ha sido el verdadero origen de su perdición; la manía de ir á cobrar por sí misma todos los trimestres, y llevar el dinero á su casa, sin duda por el placer de pasarse mucho tiempo por las noches contándolo y revisándolo una y otra vez.

—Era un placer de avaro, del cual disfrutaba cuatro veces al año.... ¿Cuánto más natural hubiera sido dejar los fondos en casa de un banquero ó de un agente de cambio, para que le hubieran dado el empleo que les indicara?

—Yo no hago caso (añadió el Juez de instrucción) del famoso saco de cuero que paseaba por todo París, y que por las noches vaciaba en sus arcas. Esas son charlatanerías é indiscreciones de criados, y es un detalle del cual no debemos ocuparnos.... Pero todo el mundo sabe que el 15 de Enero su recaudación era mucho mayor que la de los otros trimestres, porque, no sólo cobraba los alquileres, sino también los intereses y dividendos de una porción de títulos; y antes de ayer, á consecuencia de la venta de unos valores al contado y del cobro de unos créditos, debía reunir más de un millón ochocientos mil francos. Estos detalles constan en sus libros de cuentas, y los prueba una nota que he pedido á sus agentes de cambio.

—Los individuos á quienes perseguimos...., y en esto creo somos de igual parecer...., han sabido escoger el día.... Vos creéis sin duda que esto no es hijo de la casualidad, y que ellos estaban al corriente de todo; por lo tanto, todo hace sospechar que pertenezcan á la aristocracia de los negocios, ó de la Bolsa, donde hay tanta gente sospechosa.

—Se me ocurre la misma idea, y no creo que sea descabellada.

—Y yo me congratulo de que coincidamos en esto, porque así veo indicado el lugar hacia donde debo dirigir mis investigaciones.

—Pero no dejéis por eso de hacerlas al mismo tiempo por otras partes.

—¡Oh! Estad tranquilo: obraré con toda actividad. Desgraciadamente, buscar en todas partes es buscar en el vacío.

—¿Cómo es eso? ¿Habéis perdido la fe?

—Contra mi costumbre, podéis creérmelo. Siempre he tenido alguna confianza en mí y en la gente de una brigada especial que he formado. También he contado con que la casualidad viniese en nuestra ayuda. Pero por esta vez, sin embargo de los muchos antecedentes que tenemos, y de cuantos indicios habéis recogido, de la importancia de ciertos acontecimientos y de las ideas nuevas nacidas en esta conferencia, abrigo el temor de que hemos de recibir un desengaño.

—¡Un desengaño! ¿Luego no pensáis hallar feliz término al asunto?

—Ni vos ni yo, señor Juez de instrucción. Fijaos bien en el principio del asunto. Aquí no nos encontramos, por desgracia nuestra, con asesinos de profesión. ¡Ay! ¡Ojalá fuera así! Los verdaderos asesinos, los asesinos de oficio, se entregan tarde ó temprano, y si ellos no lo hacen, son entregados por los encubridores con quienes viven. Todos estos miserables, que con frecuencia no entran á la parte en el negocio, hacen el suyo vendiendo á sus compañeros: su ambición no

tiene límites.... Pero hoy, señor Juez, es muy distinto... Nos hallamos frente á frente de ladrones y asesinos de azar, de ocasión, si así puede decirse.... Hombres que han sido arrastrados al robo y al asesinato por la fuerza de las circunstancias, atraídos por el cebo de un bonito negocio, y á quienes el temor de ser descubiertos ha arrastrado á cometer el crimen y á derramar sangre contra su voluntad. En la ejecución de su crimen no han dejado tras sí rastro alguno que les haga traición, lo cual demuestra que han conservado su sangre fría en la huida. ¿Cómo queréis que se entreguen ahora que el mayor peligro ha pasado ya?

—Sin embargo (replicó el Juez de instrucción), tengo aún esperanza.

—Vos decís eso para prestármelas á mí, y os lo agradezco.... ¿Tendríais la bondad de decirme, antes de retirarme, si la maleta encontrada en Orleans tardará mucho en ser traída á París?

—He ordenado que la traigan inmediatamente.

—Desearía que se me entregaran los vestidos que contiene. De su examen puede resultar que la ropa no sea nueva, y que acuse un servicio de más de ocho días. En ese caso, y como, según nuestros informes, Antonio Guiraud no ha estado de criado en más casa que en la de la señora Le Forestier, ese traje debe haberse com-

prado en el Temple ó en casa de algún prendero.

—¿Deseáis presentarlos en todas partes con la esperanza de que puedan reconocerlos y recordar al comprador?

—Aunque la esperanza es algo vaga, no creo deba dejar de intentarse.

—Se hará como lo deseáis.... Procurad tenerme al corriente de todas vuestras investigaciones.... Es preciso que pongáis en este asunto vuestros cinco sentidos.

—Así lo haré, con tal que no se presente en estos días otro asesinato de mayor importancia.... Á vuestras órdenes, señor Juez.

Los funerales de la señora Le Forestier se verificaron tres días después del de su muerte en la iglesia de la Magdalena, donde, así como en la Plaza, se reunió una numerosa concurrencia. En ella no se hablaba de otra cosa que de lo concerniente al crimen, del modo cómo había sido cometido, de los pormenores más ó menos extraordinarios ocurridos en él, y que no se había logrado averiguar quiénes pudieran ser los asesinos.

Pero cuando, al terminarse la ceremonia, se abrieron por completo las puertas de la iglesia

para dar paso al cadáver, todas las cabezas se descubrieron.

El hijo de la víctima iba presidiendo el duelo, vestido de negro, con el rostro pálido, rodeado por sus largos y rizados cabellos; sus grandes y negros ojos, arrasados en lágrimas, no se apartaban por un solo instante de aquellos paños bordados que cubrían el cadáver de su madre; y, serio y grave, avanzaba con mesurado paso, como si fuera un hombre.

A su lado, rodeado de parientes lejanos y amigos, el doctor du Chalet iba con sus dos hijos. Acompañaba al huerfanito, por sí, á pesar de sus deseos y esfuerzos, le faltaba el valor.

Á alguno de la multitud se le ocurrió decir:
—¡Y pensar que el asesino puede estar muy bien entre nosotros, quizás contemplando pasar ese cadáver y ese niño!

XIII.

La certeza ó la esperanza del éxito no influyen en ciertos hombres para que, una vez dispuestos á llevar á término un negocio, pierdan ni por un solo momento su actividad y energía. Les basta decirse: «Cumpro con mi deber, y esto debe bastarme».

El Jefe de seguridad, tan luego como recibió la ropa que contenía la maleta y la que se había encontrado en el cuarto de Antonio Guiraud, en el boulevard Haussmann, encargó al más calmoso, y al mismo tiempo de mayor confianza, de los inspectores á sus órdenes, que fuera presentando los trajes á todos los comerciantes de ropas de París, para ver si alguno reconocía aquellos vestidos.

Pasaron dos días sin que el agente diera respuesta alguna. Al tercero por la mañana el inspector se presentó á su jefe, y le dijo:

—Ya lo he encontrado. Un comerciante de Nuestra Señora de Nazareth.

—Tomad un carruaje, y sin pérdida de tiempo traedle á mi presencia.

Media hora después el Jefe de seguridad decía al comerciante:

—¿Habéis dicho ayer que estos vestidos habían estado en vuestra casa?

—Sí, señor.

—¿Por qué los habéis reconocido?

—Por una razón muy sencilla. Los tengo colgados ante mi vista meses y meses, y además, los limpio y los arreglo todos los días; así es que cuando llego á venderlos, aunque pase mucho tiempo, cuando los vuelvo á ver siempre los conozco.

El Jefe de seguridad miró al comerciante, un

joven judío, á través de sus gafas, con suma detención.

Después añadió sonriendo :

—Luego vuestros trajes usados son los amigos á quienes más tratáis.

—Como que esos amigos me han librado de la miseria y hasta de la muerte.... ¡Si supierais en qué estado fué á mi poder ese sobretodo!... Manchado, descosido, roto...: lo limpié, lo cosí, le puse botones, en fin, lo puse como nuevo, y lo colgué de un clavo, en sitio donde se pudiera ver bien... Á las tres semanas lo vendí.

—¿Junto con ese frac, esa chaqueta y ese vestido de criado?

—Sí, señor; á la misma persona. Os convenceréis de que no me equivoco; lo tengo sentado en el libro. Podéis verlo.

—Es verdad... ¿Pero no habéis inscrito el nombre del comprador?

—No, señor.... Él se lleva su compra, y allá él... Yo inscribo únicamente los nombres de los vendedores, como los reglamentos de policía me ordenan.

—Puesto que os es tan fácil reconocer vuestras ropas, reconoceréis también á vuestros parroquianos.

—Sí por algún motivo me fijo en ellos, sí.

—¿Recordáis la persona á quien habéis vendido estas ropas?

—Perfectamente.

—¿Por qué?

—Porque no se me presentan con frecuencia gentes tan bien vestidas y de tan finos modales.

—¡Ah! Un hombre joven, rubio, alto, robusto; ¿no es eso?

—¡Oh! No, señor; como de unos cuarenta años, bajo, delgado y descolorido.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo. No hace mucho tiempo.... Podéis ver la fecha; 29 de Diciembre.

—¿Luego no sería para ese individuo bajo y delgado ese gabán tan grande?

—No, señor. Él dijo que, cansado ya de las insolencias y robos de los criados de París, había resuelto traer de su país un criado robusto, al cual tenia que vestir.

—Debía tener las medidas exactas del criado, porque, de lo contrario, hubiera esperado á que llegara para enviarlo á vuestra casa. ¿No os parece eso natural?

—Seguramente, y esa es la razón por qué hoy me acuerdo de esto perfectamente. Mas en el comercio, cuando un parroquiano paga bien y al contado, no se deben hacer reflexiones.

—¿Vuestro parroquiano se llevó la ropa inmediatamente?

—Sí, señor.

—¿Se la llevó en el brazo?

—¡Oh, no, señor! Me dijo que si por casualidad tendría una maleta que venderle. Y como nosotros tenemos de todo, le pude dar una maleta, que, aunque vieja, le servía.

—¿Recordáis cómo era la maleta?

—Sí, señor; la tenía hacía mucho tiempo; era de la familia. De cuero amarillo, más bien negro que amarillo, y con dos cerraduras cubiertas.... Mi parroquiano examinó mucho las cerraduras: quería que fueran seguras. Estaba en su derecho.

—¿Y qué hizo con la maleta una vez llena?

—Me suplicó que la colocara en su carruaje.

—¿Un carruaje particular?—dijo con viveza el Jefe de seguridad, que acababa de concebir una vaga esperanza.

—No, señor; un carruaje de alquiler.

La esperanza quedó desvanecida. Trató de halagar al comerciante, de refrescar sus recuerdos á fin de obtener las señas más precisas respecto al carruaje.

—¿Habéis sido siempre comerciante de ropas viejas?—le preguntó con amabilidad.

—Siempre, señor; también lo era mi padre. Creo que es herencia de familia. ¿Por qué me lo preguntáis?

—¡Me parecéis inteligente y observador!....

—Lo exige el oficio. Se trata siempre de engañarnos. Es necesario defenderse. Distinguir á

un hombre honrado que vende sus ropas, de un bribón que trata de deshacerse del traje que ha robado.

—¿Supongo que no compraréis nada de eso?

—Algunas veces; pero prefiero lo que trae su marca.

—Mirad que es la policía á quien estáis hablando,—replicó sonriendo el Jefe de seguridad.

—Pues si por esto me castiga, bien puede ir cerrando todas las tiendas del barrio. La policía no debe ignorar que la mayor parte de los criminales se visten allí. El Temple es una especie de madriguera.

—Vamos, ayudadme á buscar á ese parroquiano que habéis indicado; al comprador de la maleta y de las ropas. Ved en el estado en que se encuentran estos vuestros antiguos vestidos.... Están manchados de sangre.

—¡Oh, ya los veo, ya los veo! Pero á mí eso no puede traerme perjuicio alguno. ¿Vos me lo prometéis?

—Yo no os prometo nada.... No me habéis hecho ninguna observación respecto al carruaje que llevaba aquel individuo. Recordad bien. Un observador como vos, debe recordar algo.

—Escuchad.... El cochero era viejo, muy viejo. Yo me acuerdo, porque primero quise que me hubiera ayudado á subir la maleta al carruaje; pero al verle, me dije: «¡Bah! Yo solo la pondré

más pronto que si me ayudas. Tu estás demasiado estropeado».

—¿Y á eso quedan reducidos vuestros recuerdos? ¿No se refieren más que á la edad del cochero?

—¡Ah! Otra cosa, —dijo el comerciante.

—Veamos.

—El carruaje era de cuatro asientos.... Pude colocar la maleta, como me indicó mi parroquiano, en el asiento delantero, que era muy ancho, no una pestaña, como sucede con otros coches.

—Muy bien.... El número de carruajes de cuatro asientos es limitado.... ¿Y la forma, el color del carruaje? ¿Era acaso amarillo?

—No, señor; me hubiera llamado la atención.... El color amarillo me hace reír, á consecuencia de cierta aventura de mi juventud. Era de color obscuro, muy obscuro.

—¿Y el caballo?

—No lo recuerdo; únicamente puedo decir que partió muy de prisa. Era un buen caballo.

—¿Nada más?

—Nada más, señor. ¿Creéis que tendré que ir á presencia del Juez de instrucción?

—Es probable.... ¿Os molesta?

—¡Oh! No, señor.... Ya estoy acostumbrado. Me conoce demasiado la curia.

—Podéis retiraros.

—Está bien, señor Jefe de seguridad.

—¡Ah! ¿Conocéis mi destino?

—Lo he adivinado. Un Comisario de policía me hubiera interrogado de otra manera, con más solemnidad, y un simple inspector con menos cortesía.

—¡Veo que estáis enterado!

Cuando ya se disponía á salir, después de haber colocado en el carruaje los vestidos cogidos, le dijo el comerciante:

—¿No necesitáis alguna cosa, señor Jefe de seguridad?

—¿Y qué diablos podéis ofrecerme? Yo no compro ropas viejas, ni tampoco vendo las mías.

—¡Es una lástima! Un ladrón me las hubiera comprado para tener un recuerdo vuestro. Pero yo no sólo vendo ropas; tengo también buen tabaco.

—De contrabando, ¿no es eso? No lo quiero. Si os lo comprara, me vería en la precisión de arrestarme á mí mismo.

El joven judío se puso á reír como un loco, echado sobre el quicio de la puerta, y todavía seguía riendo cuando regresaba de la calle de Nuestra Señora de Nazareth el Jefe de seguridad. Éste, entre tanto, iba en un carruaje hacia el malecón de l'Horloge, y reflexionaba: su entrevista con el prendero le permitía remontarse al origen del crimen, á la manera que se remon-

ta uno por la orilla de un río hasta llegar al manantial de donde nace.

—El número de los culpables (se decía) ha aumentado.... Son tres seguramente. Los dos primeros, jóvenes, altos, robustos, han desempeñado la parte activa; han robado y asesinado. El otro, de más edad, pequeño, de complexión delicada, los ha aconsejado y dirigido el negocio. Él compró á Antonio Guiraud los vestidos para que entrara en la casa, y lo ha preparado todo, de manera que sus cómplices no se han comprometido y han conservado su serenidad en el momento de la acción; todos los han creído, como ellos deseaban, simples criados. Él no ha tenido necesidad de disfrazarse, de cambiar de condición. Nadie le ha visto, ni en la calle de Provençe, ni en la agencia de colocaciones, ni en el boulevard Haussmann. Ha permanecido tal como es, bien vestido, elegante. Esta diferencia, esta completa discordancia con sus dos cómplices, esta especie de oposición entre ellos, acabarían por engañar á la policía.... Pero se equivocan. La justicia ha adivinado al cabo que los otros dos, vestidos de criados, no lo eran, aunque querían aparecer como tales. Pero siempre el mismo problema. ¿Á qué clase de la sociedad pertenecen? Y una vez descubierta la clase, ¿quién reconoce al individuo?

No obstante tantas dificultades como se le

presentaban, el Jefe de seguridad no desistía de sus propósitos. Se ocupaba en aquellos instantes en hallar el carruaje que había conducido á la calle de Nuestra Señora de Nazareth al nuevo desconocido, para lo cual había tomado sus medidas.

El comerciante judío fué el encargado de buscar al cochero. Apenas llegó á distinguirlo, se lo indicó al inspector. Á éste no le fueron precisos muchos esfuerzos para hacerle recordar su viaje al Temple tres semanas antes.

—Yo esperaba parroquiano, mientras me entretenía en mirar un saco de paño, del cual tenía necesidad, cuando poco después se presentó un caballero.

—¿Como cuánto después? —preguntó el agente.

—Como una media hora.

—¿El parroquiano os despidió pronto?

—Cuando lo dejé en un hotel del barrio.

—¿Cuál?

—No lo recuerdo....; pero se busca....

Se halló el hotel. Se consultaron los libros: Un viajero, cuyas señas eran bastante vagas, había llegado, en efecto, el día 29 por la mañana, pero se había marchado aquella misma noche, y no fué posible por esta vez hallar el carruaje.... Se hubiera encontrado como se había encontrado este otro; pero el desconocido pudo

cambiar diez veces de carruaje antes de llegar al punto de su parada.

El Jefe de seguridad, después de una nueva entrevista con el Juez instructor, adquirió un detalle de verdadera importancia: el de que las miradas de uno de aquellos hombres brillaban en la obscuridad.

— Esperemos que la casualidad quiera protegernos! — se dijo el Jefe de seguridad.

XIV.

La especie de desfile que se hacía otras veces, y que se hace todavía hoy delante del Jefe de seguridad y algunos agentes á su servicio reunidos en el saloncito de la prisión llamado el Depósito, es de una gran utilidad. Las gentes detenidas la víspera eran objeto de una inspección, con objeto de hacer una reseña de ellas al Juez instructor. Se trataba de observarlas, de reconocerlas y de desenmascararlas, por sí, como de costumbre, trataban de demostrar que no había motivo para que estuviesen bajo el poder judicial y que eran objeto de sospechas infundadas, poderlas conocer. El desfile es muy rápido; algunos minutos bastan para observar las fisonomías, y decir: «Este es nuevo; no lo hemos

visto jamás. No ha salido de ninguna prisión. Ese ha estado en Poissy el año pasado. Aquel ha sufrido varias condenas por vagabundo. Aquel otro es un abonado á diario de San Lázaro».

Algunas veces el Jefe de seguridad indica á un sujeto, diferente de los demás, y deja su interrogatorio para más tarde, con objeto de poderlo hacer con más detención y dar de él detalles más precisos. No le hará su interrogatorio referente al delito que se le imputa. Procurará únicamente identificar su personalidad del modo más terminante.

Habían pasado quince días desde que ocurrió el asesinato de la señora Le Forestier.

La causa continuaba en el mismo estado, cuando una mañana, una joven bastante guapa, llamada Clara Mérot, que decía ser oficiala de modista, fué llevada delante del Jefe de seguridad y de sus agentes. Su maestra la acusaba de haberle robado varios objetos, y estaba detenida desde el día antes.

Nadie la reconoció. La delincuente debía ser nueva. Ya se disponían á llevarla al departamento de mujeres, cuando se dirigió llorando al Jefe de seguridad, suplicándole que tuviese la bondad de escucharla sin testigos.

El desfile había terminado. M. X... hizo á sus dependientes una seña para que se alejaran.

— Señor (exclamó Clara Mérot): libradme, os

cambiar diez veces de carruaje antes de llegar al punto de su parada.

El Jefe de seguridad, después de una nueva entrevista con el Juez instructor, adquirió un detalle de verdadera importancia: el de que las miradas de uno de aquellos hombres brillaban en la obscuridad.

— Esperemos que la casualidad quiera protegernos! — se dijo el Jefe de seguridad.

XIV.

La especie de desfile que se hacía otras veces, y que se hace todavía hoy delante del Jefe de seguridad y algunos agentes á su servicio reunidos en el saloncito de la prisión llamado el Depósito, es de una gran utilidad. Las gentes detenidas la víspera eran objeto de una inspección, con objeto de hacer una reseña de ellas al Juez instructor. Se trataba de observarlas, de reconocerlas y de desenmascararlas, por sí, como de costumbre, trataban de demostrar que no había motivo para que estuviesen bajo el poder judicial y que eran objeto de sospechas infundadas, poderlas conocer. El desfile es muy rápido; algunos minutos bastan para observar las fisonomías, y decir: «Este es nuevo; no lo hemos

visto jamás. No ha salido de ninguna prisión. Ese ha estado en Poissy el año pasado. Aquel ha sufrido varias condenas por vagabundo. Aquel otro es un abonado á diario de San Lázaro».

Algunas veces el Jefe de seguridad indica á un sujeto, diferente de los demás, y deja su interrogatorio para más tarde, con objeto de poderlo hacer con más detención y dar de él detalles más precisos. No le hará su interrogatorio referente al delito que se le imputa. Procurará únicamente identificar su personalidad del modo más terminante.

Habían pasado quince días desde que ocurrió el asesinato de la señora Le Forestier.

La causa continuaba en el mismo estado, cuando una mañana, una joven bastante guapa, llamada Clara Mérot, que decía ser oficiala de modista, fué llevada delante del Jefe de seguridad y de sus agentes. Su maestra la acusaba de haberle robado varios objetos, y estaba detenida desde el día antes.

Nadie la reconoció. La delincuente debía ser nueva. Ya se disponían á llevarla al departamento de mujeres, cuando se dirigió llorando al Jefe de seguridad, suplicándole que tuviese la bondad de escucharla sin testigos.

El desfile había terminado. M. X... hizo á sus dependientes una seña para que se alejaran.

— Señor (exclamó Clara Mérot): libradme, os

lo ruego, de la vergüenza de comparecer ante la justicia. Soy inocente del robo que se me acusa.... Es una venganza de la señora.

— ¡Una venganza! ¿Pues qué le habéis hecho?

— He dicho que tiene los dientes postizos....

¡Oh! Y es verdad, señor....; la he visto salir muchas veces, y dirigirse á casa del doctor Diego Miller.... ¡Oh! No me cabe la menor duda.... La señora tiene la dentadura más bonita que puede verse; es una verdadera obra de arte.

— ¿Y por esa bagatela os ha acusado de robo?

— Es que sus amantes, como soy más joven y más guapa que ella, me hacen el amor.

— ¿Y vos los rechazáis?—preguntó el Jefe de seguridad sonriendo.

— No diré tanto; pero no tengo los amantes á docenas como la señora.

— ¡Á docenas! Eso es demasiado.... ¿Y cómo podéis saber eso, porque, según la nota que tengo, no vivís en su casa?

— ¡Oh! Señor, es que á ella no le importa recibirlos en su casa.

— ¿En un establecimiento público y en una calle tan pasajera!

— Hay otras dependencias, señor. En el entresuelo tiene un gabinetito, al cual se sube por una escalera interior, situada en el fondo del almacén.

El Jefe de seguridad escuchaba con atención

suma. Se comenzaba á hablar en París mucho de ciertas habitaciones misteriosas, de las cuales él no tenía las señas fijas, y pudiera serle de utilidad para ciertos y determinados servicios.

— Vuestra ama os acusa de un hecho concreto; veis vuestra desventaja, y para defenderos atacáis su virtud: tratáis de presentarla como sospechosa. Mas vuestras acusaciones son muy vagas. Decís que tiene diez amantes: ¿y cómo lo probáis? Si siquiera citarais uno solo....

— ¡Oh! Puedo citarlos á todos.

— ¿Conocéis sus nombres?

— Sus verdaderos nombres, no, señor. Jamás se los dicen á la señora, á la cual no parece le inquieta mucho eso. Mas cada uno de esos caballeros tiene su sobrenombre ó seudónimo.

— Decidme algunos.

— El Nabab, el Raffalé, el Príncipe, el Joven apasionado, el Caballero de los ojos de gato.

— ¡Eh! ¿Qué decís? ¿El Caballero de los ojos de gato?... ¿De dónde proviene ese seudónimo?

— Parece que sus ojos brillan en la obscuridad.

— ¿Habéis comprobado vos ese fenómeno?

— No, señor; yo siempre he visto á ese caballero de día, ó de noche con la luz encendida.

— Y sus ojos, ¿brillan entonces?

— Todo lo contrario: parece que están muertos.

—Y ese Caballero de los ojos de gato, ¿va con frecuencia al almacén?

—Antes sí, señor....; pero no lo he visto desde hace algún tiempo.

—¿Como cuánto tiempo?

—Un mes próximamente. Poco antes de año nuevo.... La señora dice que tengo la culpa de que no vaya por allí, porque lo recibo en mi casa. Eso es falso. Me gustaba poco.

—¿Es feo acaso?

—No, señor. Sus ojos son hermosos.... Es un hermoso rubio, alto, robusto.

—¡Vamos! Siempre las mismas señas, —se dijo el Jefe de seguridad.

Despidió á Clara Mérot, no sin haberle dado á entender que se interesaría por ella; despachó sus asuntos ordinarios, y á las dos de la tarde próximamente se encaminó á la calle de la Chaussée d'Antin.

La modista, que era una rubia de treinta y cinco á cuarenta años, pero todavía muy hermosa, le dijo, dirigiéndole una sonrisa que seguramente hubiera agradecido el mismo Diego Miller:

—¿Deseáis un abanico?

—No, señora: deseo ocupar vuestra atención algunos instantes en vuestra habitación del entresuelo.

—Caballero, no tengo el gusto de conoceros,

—dijo la comerciante, sin dejar de sonreír.

—Sí, me conocéis; yo soy M. X....

Á este nombre, demasiado conocido en París, sobre todo entre los comerciantes y vendedores, la sonrisa desapareció de sus labios, y con voz grave repuso la modista:

—¿Sin duda venís por el asunto de Clara Mérot, la dependiente del mostrador que me ha robado?

—Es posible; pero subamos; no estamos aquí bien para poder hablar.

Aunque contrariada por tener que dar á conocer los secretos de su casa, mas comprendiendo que no había manera de oponerse, se dirigió al entresuelo, seguida de M. X....

El Jefe de seguridad dirigió una mirada á su alrededor al entrar en el saloncito.

—¿Es aquí donde recibís?

—No, señor.... Aquí es donde vivo.... Porque creo que tengo derecho....

—¿Quién lo duda! Pero de vos depende el que mañana quede cerrada vuestra tienda, ó que podáis continuar vendiendo vuestros abanicos y sombreros.

—¡Cerrarse mi tienda!—dijo con terror.

—Sí; yo me encargo de hacerlo, si no contestáis francamente á mis preguntas.... ¿Cuál es el verdadero nombre de un joven rubio, alto, elegante, que conocéis bajo el seudónimo de el Caballero de los ojos de gato?

—¡Oh! ¡quién os lo ha dicho!... ¿Sin duda esa ladrona?

—Eso no importa.... ¿Queréis decirme su nombre?

—No lo sé, ni lo he sabido nunca.

—¡Cómo! ¿Recibís en vuestra casa á personas cuyos nombres no conocéis?

—Es inútil preguntárselo, señor; siempre me dicen alguno falso.

—Como los parroquianos del ropavejero,—se dijo el Jefe de seguridad, recordando las palabras del judío de la calle de Nuestra Señora de Nazareth.

Y alzando la voz, añadió:

—¡Bueno! ¿Conque no sabéis cómo se llama? Pero sin duda sabréis algo de él.... No me refiero á sus ojos; tengo respecto de él algunos antecedentes. ¿No ha venido aquí alguna vez acompañado de algún amigo á quien conocáis?

—Siempre ha venido solo.

—Debe vivir en este barrio, seguramente.

—Os juro que no lo sé. Podéis estar en la seguridad que no os lo había de ocultar. Si supiera su dirección, os la daría inmediatamente.

—Está en vuestro interés. Vamos á ver: y si llegarais á ver á ese individuo en la calle, en el boulevard, en el Bosque ó en el teatro, ¿lo conoceriais?

—¡Oh! Seguramente.

—Pues bien: estáis obligada á prestarme un servicio, que consiste en que, en vez de permanecer encerrada en vuestra tienda, lo cual no es muy saludable, procuréis por espacio de algunos días pasearos á pie ó en carruaje, y por la noche iréis á los teatros. Venderéis menos, eso es indudable; pero en cambio tendréis la seguridad de poder en adelante continuar vendiendo sin temor de ningún género.

—Muy bien, señor. Pero ¿qué debo hacer en el caso de que llegase á ver á ese sujeto?

—Seguirle con habilidad. Procurar averiguar su verdadero nombre y dónde vive, y avisármelo inmediatamente. En cuanto á la denuncia que habéis presentado contra Clara Mérot, os aconsejo que la retiréis; no creo estaría de más que esa joven os acompañase en vuestras investigaciones.

—En efecto; ella le conocerá seguramente mejor que yo.

Al día siguiente las dos mujeres, á quienes el miedo prestaba actividad, se pusieron en campaña. Por su parte, el Jefe de seguridad procuraba indagar en los *cafés* á la moda, en los *restaurants* de lujo y en los clubs del boulevard. En cuantas personas creía notar tenían alguna particularidad en los ojos, se fijaba; pero después y con más detención no hallaba semejanza

con las señas especiales de aquel en cuya busca tan sin descanso se ocupaba.

Esta imposibilidad de encontrar á aquel sujeto dentro de un círculo estrecho relativamente, tiene fácil explicación. Hay muchas personas en quienes no se fija uno, y que, sin embargo, tienen la mirada triste, apagada, como muerta. Lo verdaderamente extraño es ese brillo que aseguraban tenía á ciertas horas la mirada de aquel sujeto...; pero este fenómeno únicamente había podido ser observado en la obscuridad por un número reducido de personas.

Los paseos por París de la vendedora de abanicos y la oficiala no obtuvieron resultado alguno. El Caballero de los ojos de gato debía hallarse viajando por lejanas tierras, ó por prudencia, y acompañado por sus cómplices, no salía de su casa.

De los tres asesinos, ninguno había llegado á ser detenido. Se habían perdido las huellas del criado Antonio Guiraud en la estación de Orleans, después de haber registrado su maleta. El hombre de los ojos brillantes había desaparecido por completo. En cuanto al tercer asociado,

se había dejado ver por un instante, para preparar y dirigir el negocio, y había vuelto á obscurarse.

Los periódicos de aquellos días, sobre todo los de oposición, tuvieron un pretexto para censurar á la policía. Según decían, ni el Juez instructor, ni el Jefe de seguridad, ni los inspectores sabían cumplir con su obligación. Pasaron algunos días, ocurrieron otros nuevos crímenes, y se olvidó á la señora Le Forestier y á sus asesinos, como se olvida todo en París.

En cuanto á la causa instruida, permaneció en la correspondiente escribanía aguardando turno, ó, lo que es lo mismo, perdida.

Pero alguien se acordaba de ello constantemente; éste era el hijo de la víctima, el huérfano Armando Le Forestier. Había consentido en dejar su casa para irse á vivir á la de enfrente, con los hijos del doctor du Chatel, y con la expresa condición de que le habían de llevar todos los días, durante las dos horas de recreo, al cementerio del Padre-Lachaise, donde estaba enterrada su madre.

Depositaba en la tumba un ramito de flores,

las cuales compraba á una florista del boulevard.

Siempre había flores frescas en aquella querida tumba.

Ante ella, y de rodillas, oraba todas las mañanas largo rato. Había renunciado á los rezos ordinarios. Del *Padre nuestro*, las palabras: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores», se le resistía pronunciarlas.

—No, no; yo no quiero engañar á Dios. Yo no perdonaré á los que han asesinado á mi querida mamá.

Y le dirigía unas súplicas tan tiernas, tan cariñosas, tan llenas de amor, que seguramente debían ser escuchadas en el cielo.

FIN DEL PRÓLOGO.

PRIMERA PARTE.

La pista del crimen.

I.

De algunos años acá es Royat, sin disputa, una de las poblaciones cuyas aguas medicinales recomiendan con mayor frecuencia los doctores, como las más agradables á los enfermos, y la residencia más favorita de turistas, pacientes, hombres corredores y mujeres corretonas. Muchas razones abonan tales preferencias: situada en uno de los puntos más céntricos de Francia, con abundantes medios de comunicación para los provincianos y parisienses, que llegan en ocho ó nueve horas en los trenes expresos; país encantador, pintoresco en cuanto permiten los accidentes del terreno, tiene torrentes y montañas como los Pirineos; valles y lagos como Suíza; bosques, selvas, grutas, curiosos monumentos y ruínas de la histórica Auvernia.

las cuales compraba á una florista del boulevard.

Siempre había flores frescas en aquella querida tumba.

Ante ella, y de rodillas, oraba todas las mañanas largo rato. Había renunciado á los rezos ordinarios. Del *Padre nuestro*, las palabras: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores», se le resistía pronunciarlas.

—No, no; yo no quiero engañar á Dios. Yo no perdonaré á los que han asesinado á mi querida mamá.

Y le dirigía unas súplicas tan tiernas, tan cariñosas, tan llenas de amor, que seguramente debían ser escuchadas en el cielo.

FIN DEL PRÓLOGO.

PRIMERA PARTE.

La pista del crimen.

I.

De algunos años acá es Royat, sin disputa, una de las poblaciones cuyas aguas medicinales recomiendan con mayor frecuencia los doctores, como las más agradables á los enfermos, y la residencia más favorita de turistas, pacientes, hombres corredores y mujeres corretonas. Muchas razones abonan tales preferencias: situada en uno de los puntos más céntricos de Francia, con abundantes medios de comunicación para los provincianos y parisienses, que llegan en ocho ó nueve horas en los trenes expresos; país encantador, pintoresco en cuanto permiten los accidentes del terreno, tiene torrentes y montañas como los Pirineos; valles y lagos como Suíza; bosques, selvas, grutas, curiosos monumentos y ruínas de la histórica Auvernia.

En tanto que dura la temporada balnearia, el paseo es cotidiano en el delicioso Parque, en donde hay estanques, fuentes, baños y un casino respirando siempre alegría. Si las distracciones y el ruido molestan, pueden buscarse lugares amenos y silenciosos, que los hay á corta distancia, y hacer preciosas excursiones á los manantiales de Fontanas, La Pepinière, ó á la garganta de Vaucluse. Si, por el contrario, los médicos opinan que debe suspenderse el tratamiento, ó que el paciente debe reposar algunos días, como si se tratara de viajeros perfectamente sanos que van sólo á pasar el verano en Royat, como pudieran pasarlo en un puerto de mar, pueden las expediciones ser más largas, y llegar hasta el castillo de Pontgibeaud, soberbia ruina del siglo XIII, á Puy-de-Dôme, al templo de Mercurio, á Volvic, al castillo de Tournel, al lago de Aydat, y andando otro poco, á Mont-Doré ó Thiers, un verdadero pueblo de la Edad Media.

Sin embargo, todos esos atractivos y ventajas no bastarían para que la estación termal de Royat tuviera reputación tan notoria, si la virtud de las aguas no estuviera tan acreditada. No curan todas las enfermedades, como quisieran hacer creer algunos de sus fanáticos partidarios; pero contribuyen poderosamente, sin peligros ni dificultades, á la curación de muchas y muy di-

versas enfermedades, tales como la neurosis, la anemia, la dispepsia, la laringitis, el reumatismo, la gota, el asma y la bronquitis.

Antes, para combatir esas diversas enfermedades que en ocasiones se padecen simultáneamente, derivadas las unas de las otras, el enfermo tenía que correr de Vichy á Aix, de Aix á Cauterets ó á Luchón, de Luchón á la Bourboule ó á Lamalou; actualmente, sin salir de Royat puede seguir un tratamiento que obre á la vez sobre todas las enfermedades que padezca, ó sobre una sola cuando no le aqueje mayor desgracia.

Una vez pagada esta deuda de reconocimiento al noble y hermoso pueblo de Royat, como viajero, como turista, y algo también como curado enfermo de otros tiempos, volvamos á nuestro relato.

Si no se hubiera abusado tanto del título *Veinte años después*, y no fuera el que llevan una novela y un drama célebres, diríamos que han pasado veinte años desde los acontecimientos relatados en el prólogo de esta historia. Nos limitaremos, pues, á indicar que el tiempo ha caminado de tal suerte, que la jovencita que vimos en el primer capítulo del libro bajar por la escalera del teatro de la Ópera del brazo de su padre, se ha casado, ha muerto, ha dejado una hija, y revive en ella, por decirlo así, con exacto

parecido en edad, belleza y encantadora figura. El cuadro es lo que ha cambiado, porque no es en París, de noche, y á la puerta de un teatro, como se apareció la madre, como conocemos á la hija.

Alta, esbelta, rubia, con un rubio hermoso, con facciones de irreprochable dibujo y magníficos ojos azules, sombreados por negras pestañas, la vemos á la luz del día bajo el cielo que el sol poniente tiñe de púrpura: está sentada en el jardín de una *villa* situado en la explanada de Saint-Mart, en la mitad del camino de Royat-les-Bains y Royat la Vieja.

A la vista de su padre, que trabaja en el salón de la *villa* que da al jardín, habla con un muchacho de veinticinco á veintiocho años, alto, bien parecido, pero algo adusto de semblante y grave en el aspecto y ademanes. No es un hombre primorosamente vestido, sino un verdadero elegante; su cabeza es hermosa, y su fisonomía, aunque de expresión melancólica, es extraordinariamente simpática; tiene los ojos negros, hermosos y serenos; sus labios carmíneos sonríen de un modo lánguido, y al levantar el negro bigote dejan ver una dentadura blanquísima.

—¡Qué hermosa puesta de sol!—dice ella de pronto, fijando su vista en el horizonte.

—El mismo día y el mismo cielo que cuando llegué hace tres meses, el 12 de Junio.

—Tres meses, ¡vos que venfais sólo de paso!—dijo ella, sonriendo ligeramente.

—Sí, para estrechar la mano de un antiguo amigo en curación en Royat....; os encontramos con vuestro padre allá abajo en la garganta de Vaucluse: mi amigo os conocía; se sirvió presentarme, y.... en lugar de proseguir mi viaje por la Auvernia, me quedé en este pueblo.

—¡Qué! ¿Os pesa tan larga permanencia aquí?—preguntó la joven, siempre sonriendo.

—No, por Dios (repuso él, contemplándola con arrobamiento); aquí he pasado la época más dichosa de mi vida, olvidando junto á vos todas las tristezas, todo el aislamiento y los pesares de mi infancia y de mi juventud; comenzando verdaderamente á vivir al comprender el verdadero sentido de la palabra felicidad.

—Habéis dicho (replicó ella, después de algunos momentos de silencio) las tristezas y la soledad de la infancia; pues qué, ¿no tenfais una madre que os amara?

—¡Oh! (contestó él sombríamente) ¡murió tan pronto!...

—¡Como la mía!

—Pero vos tenéis padre, que habrá sabido no haceros tan sensible su falta.

—Cierto es que no tengo que lamentar tanto infortunio como vos. Mi buen padre me ha educado por sí, y me ha colmado de mimos y cari-

cias, tal como hubiera podido hacerlo mi madre. Ha vencido hasta las inclinaciones de su carácter por no entristecerme. Porque vive triste, preocupado, sombrío, sumergido en amargas meditaciones, y, sin embargo, su mirada se anima, su rostro se llena de placer cuando me ve; yo también le adoro, y si no fuera por ciertas promesas que me habéis hecho, no hubiese consentido en compartir con vos el amor que á él solo le pertenece, para no separarme nunca de su lado.

—Promesas que me complazco en renovar. Vuestro padre no se separará de nosotros, y trataremos entre ambos de hacerle tan feliz como él ha sabido haceros.

—Gracias; habladle. Ahora ha dejado de trabajar.

—Espera que.... ¿lo sabe, no es verdad?

—¡Ya lo creo! Lo sabe hace tiempo. Pues qué, ¿podiera yo tener secretos para mi padre, ni vos aconsejarme que los tuviera?

—No.

—Le he contado nuestra conversación de todos los días, mis impresiones de cada momento, y ha ido viendo cómo se desarrollaba poco á poco vuestro amor por mí, y (añadió bajando la voz) el mío por vos.

—¿Creéis que pueda tener algún inconveniente, ofrecer alguna oposición?....

—Si algo tuviera que oponer, ¿hubiera tolerado vuestras visitas, vuestros paseos y las expediciones que con nosotros ha hecho?

—Es cierto; entonces, ¿queréis que?...

—Sí (replicó ella riendo). La hora fatal ha sonado.

Y dirigiéndose á su padre, que en aquel momento se acercaba á ellos, le abrazó, y le dijo:

—El señor Paul Girard quiere hablarte. Os dejo, pues.

El señor de Beuvret volvió hacia el salón, y ofreciendo asiento al joven, que no se atrevía á hablar, le dijo con cierta brusquedad:

—Venís, amigo mío, á pedirme la mano de mi hija: lo sé, y tengo por hecha la petición. Como esta ingenuidad, tendré la de deciros que la idea de casarla me aterra, casi desde el mismo momento en que nació, de un modo tal como no podéis imaginaros.... Un recuerdo terrible, cruel, me ha torturado ha largo tiempo, y me tortura aún; y cosa es esta que contribuye por gran modo á que mi naturaleza se debilite y á que me sienta prematuramente viejo.... Es posible que muera, ya porque la vida me deje, bien porque yo la abandone; en uno ú otro caso, me complace la idea de que mi hija cuente con una amistad imperecedera, con un verdadero apoyo después de mi muerte.

Hizo una breve pausa, y, pasándose la mano por la frente, prosiguió con voz algo temblorosa:

—En principio, pues, el matrimonio me agrada; ahora, lo que se trata de saber, es si me agrada también el marido. Este marido, ó, mejor dicho, el futuro, sois vos. Os conozco en dos conceptos, por las buenas referencias que de vos tengo y por mi propia observación. Cuando me fuisteis presentado, me dijeron de vos que erais el muchacho más honrado y simpático del mundo; que vuestra juventud estaba limpia de toda mancha, y que podía admitiros en el seno de mi amistad más íntima sin recelo de ninguna especie. Más tarde, cuando le hice observar al mismo sujeto que me parecía que mi hija no os era indiferente, ni vos lo erais para ella, me contestó: —«Tanto mejor para todos, porque es el mejor matrimonio que puede formarse». Nada más se me ha dicho; ningún otro detalle se me ha dado, digo, sí: el de que vuestro capital era modesto, pero suficiente para vivir con independencia.

Paul Girard se inclinó, pero sin despegar los labios.

El señor Beuvret prosiguió:

—Falta ahora mi opinión personal acerca de vos; á mí el trabajo, el aislamiento y los pesares me han hecho fuerte y sereno en el juicio.... Mi opinión es esta: sois inteligente y bueno sin llegar á la debilidad; sois hombre de convicció-

nes bien formadas, y de las que no habéis de volveros atrás; amáis el estudio, y esto ha de aproximarnos más, haciéndome esperar que podremos vivir juntos sin que mi presencia os mortifique, y morir tarde ó temprano en vuestros brazos y en los de mi hija.

—¡Oh, sí, señor! La he prometido algo acerca de eso.

—Nada hubiera supuesto esa promesa, á no haberos conocido yo tan bien. No creo en los juramentos ni en las personas que los hacen. Sin embargo (continuó con una voz apremiante y un tanto febril), abordemos una cuestión delicada.... Yo he amado apasionadamente á la madre de la que queréis hacer vuestra esposa: la amé hasta la locura, hasta el....

Se detuvo bruscamente, y pasándose la mano por los ojos, continuó:

—Yo era pobre y estaba arruinado, y su padre quería por yerno un capitalista. ¿Qué hacer en tal caso? Ya os he dicho que estaba perdidamente enamorado; si yo no me casaba con ella, ella se casaría con otro: ¡era terrible este pensamiento!.... Pues bien; me hice pasar por rico, me procuré la suma apetecida, exigida casi; fui con ella á casa del notario para que pudiera constar que la aportaba al matrimonio; pero más tarde, una vez casado, he tenido que restituir lo que no me pertenecía, y mi hija no posee nada.

Vivimos de mi trabajo. Es deber mío, caballero, haceros esta confesión. ¿Qué opináis de ella?

—Pienso, caballero, que no puede alterar en nada mis propósitos, ni amenguar el gran deseo que tengo de poderme llamar vuestro hijo. Si vos no os habéis ocupado nunca en averiguar mi posición, yo tampoco me he ocupado jamás en averiguar cuál era la vuestra. Se me ha dicho, sin preguntarlo yo, que vuestra hija no carecía por completo de medios de fortuna; vos me aseguráis que nada posee; no había de impedirnos que lo dijérais; pero dignaos creer, caballero, que las noticias de esta especie no me inspiran ningún interés.

—Perfectamente. Veo con placer que no estaba equivocado en el juicio que había formado de vos. Sin embargo, deseo, sin ofenderos, saber una cosa, que dispensaréis, no al amigo, sino al padre, que la pregunte. ¿No os inspira ninguna inquietud el porvenir? Tenéis con qué vivir y medios con que sostener decorosamente una esposa.... El amor noble, el amor digno, no exige sacrificios costosos; pero más tarde.... La familia, los hijos.... ¿Seréis capaz de sostener vuestras necesidades con el fruto de vuestro trabajo?

—Si preciso fuera, no hay duda alguna; pero nunca tendré que recurrir á tal extremo.

—¿Cómo así?

—Porque, como decíais hace un momento, las

noticias que de mí tenéis son incompletas. Mi buen amigo se marchó casi en el momento de presentarme, y no hay aquí nadie que conozca mi verdadera personalidad. Á la confianza que habéis depositado en mí, caballero, á propósito de vuestra fortuna, me permitiréis que corresponda con otra confianza. Perdonadme que la haga, y creed que os lo confieso con temor.... Yo soy rico, pero exageradamente rico....; tengo más de veinte millones de renta.

—¿Vos?

—Sí, yo; y no os admirará así que conozcáis mi nombre.

—Pues qué, ¿no os llamáis Girard?

—Ese es el apellido de mi madre, que uso frecuentemente, cosa que comprenderéis, sirviéndos dispensarme por haberos engañado. Me llamo Armando Le Forestier.

—¡Vos!! ¡Vos!!

Las piernas le temblaron, y pálido, desfallecido, hizo ademán para levantarse de la butaca, y se volvió á dejar caer en ella.

II.

En la sombra, que poco á poco invadía el salón, puesto ya el sol, Armando Le Forestier no

podía darse cuenta de la emoción que su nombre había producido en el señor de Beuvret. Sólo creyó advertir un gesto de sorpresa, que era muy natural en un padre que oye pedir la mano de su hija, que vive en modesta posición, á uno de los hombres que tienen, por su fortuna, universal reputación de potentado.

Como si debiera avergonzarse de haber producido tal sorpresa y de haber descargado la noticia como un escopetazo, se apresuró el joven á disculparse, no precisamente de ser rico, que esto no podía evitarlo, sino de no haber dicho antes que lo era.

—Os ruego perdonéis (dijo) que os haya ocultado este secreto durante tanto tiempo, y que durante él haya consentido en hacer uso de un nombre que rigurosamente no es mío; pudiera decirlos que lo he hecho, y esto no es ofensivo, que he obrado así por temor de no ser tan bien recibido y acogido con menos intimidad. Vivís una vida modesta, retirada, y acaso la notoriedad de mi fortuna excepcional no hubiera sido de vuestro agrado. Muchos hombres desean el trato de los ricos, y otros lo rehuyen: sois de los últimos, y esto os explicará mi temor.... Pudiera añadir que las riquezas dan un tanto de escepticismo, que hacen dudar del amor y las simpatías, y suponer á las gentes con miras interesadas.... Esto obliga á apetecer ser pobre, insignificante, para

ser amado por la valía personal. Yo no he hecho estos cálculos; no he tratado de ponerme á prueba ni de ponerlos; la razón que he tenido para conducirme así es más grave, más seria: os la explicaré después de recordaros que el apellido Le Forestier, no es sólo la enunciación de un gran capital, sino asimismo la de un gran crimen, crimen espantoso.

El señor de Beuvret escuchaba pálido, tembloroso, en silencio, y cada vez más invisible, á medida que la noche acababa de cerrar.

—Crimen (continuó Armando Le Forestier) que nunca podré olvidar. Cometiéndose en la persona de mi madre, ¡y ante mí!.... Sí, fui testigo del horroroso drama, á una edad en que los recuerdos se graban en la imaginación para no borrarse jamás. Los míos son tan vivos, tan indelebles, como hace veinte años. Oigo y veo lo ocurrido como si pasara ahora. Me desperté.... «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Armando, Armando!», gritaba mi madre. Salté del lecho, corrí á su cuarto.... Había dos hombres, uno junto á la cama, y el otro más lejos. Lleno de espanto fui á retroceder; pero mi madre volvió á gritar, y entonces llegué hasta el lecho de mi madre.... Uno de los criminales me rechazó brutalmente....; quiso matarme. El otro me sacó de entre sus brazos, y me llevó á un gabinete contiguo, donde me encerró.... Después...., nada; silencio, mucho

silencio, que sólo interrumpían los golpes que yo daba en la puerta.... ¡Cuando me abrieron y salí del encierro, una hora después, mi madre había muerto, víctima de aquellos dos miserables!

—De uno, del otro....—se le escapó decir al señor de Beuvret con sorda voz.

Armando no se dió cuenta de lo que decía, dominado como se hallaba por sus dolorosos recuerdos, que le emocionaban sobre toda ponderación. El señor de Beuvret, sin embargo, procuró explicar el valor de sus palabras.

—Ese crimen me interesó mucho cuando llegó á mi noticia. Recientemente lo he vuelto á leer en una colección de periódicos viejos. Venía vuestra declaración, según la cual dijisteis: «Antonio, el criado, gritaba al otro, al de los ojos: ¡No la mates! ¡No la mates! ¡No quiero; me habéis prometido no lastimarla!....»

—Sí (dijo Armando); eso dije, y creo que mi madre no murió á sus manos; pero, á no ser por él, por su ayuda, su complicidad, el crimen no hubiera podido cometerse. ¿No introdujo al criminal en la habitación de mi madre? ¿No robó? Restituyó más tarde lo robado; ¿pero qué?... Ninguna necesidad tenía yo de aquella suma, de aquel dinero manchado de sangre. Porque habéis de saber que un día recibí misteriosamente seiscientos mil francos, su parte en el botín, el

precio de su infamia. Á los billetes acompañaba una carta, que decía: «No puedo conservar más tiempo en mi poder un dinero que quema mis manos y consume mi existencia. Os lo devuelvo». ¡Pero no me devolvía mi madre!... No; ¡qué me importan sus remordimientos, ni que me salvara la vida! ¡Ninguna necesidad tenía yo de vivir no viviendo mi madre!

Y se dejó caer en una butaca con la voz enronquecida y los ojos inundados de lágrimas.

—¡Mi madre! Si supierais cuánto la amaba y qué adoración tenía por mí.... Como no he olvidado el crimen, no he olvidado tampoco los detalles de mi vida de la infancia. Me veo en sus brazos, sobre sus rodillas, junto á su corazón, besándome en el pelo, en la frente, en los ojos, en la boca, y en todas partes.... La oigo decir: «Sé bueno, aplicado, ídolo mío, mi bien. Hazte hombre pronto, porque estoy sola en el mundo, y no tengo hermanos, ni padres, ni esposo, y tú tienes que ser mi apoyo, mi guía, mi compañero, el báculo de mi vejez». ¡Oh! con cuánta alegría hubiera sido yo todo eso! ¡Qué placer para ella verme como anhelaba!... Pero no, no ha podido ser, porque tres miserables no lo han querido, y todos esos sueños de felicidad que hubieran sido una realidad, se han desvanecido, y sólo resta de ellos la muerte, el luto y el dolor inacabable mezclado con los recuerdos.

Después Armando se puso en pie, y encarándose con el señor de Beuvret, cuya fisonomía iluminaba en aquel momento un postrer resplandor de luz, exclamó:

—¡Pero he jurado encontrar á esos miserables, castigarlos, y vengar á mi madre y vengarme!

III.

Después de esta exclamación, Armando Le Forestier continuó en voz más baja:

—La idea de buscar al asesino de mi madre la acaricio hace muchos años: desde que la razón me lo hizo comprender todo. Esta idea fué tomando cuerpo en mi espíritu, hasta concluir por ocuparlo todo. Mientras estuve en el colegio, siempre estaba pensando en el día que correspondía venir á verme al doctor du Chatel, á ese noble anciano á quien vos conocéis, y que ha tenido la bondad de presentarme á vos el día de mi llegada.... La muerte de mi madre me había dejado solo en el mundo; no me quedaban más que algunos parientes lejanos. El Doctor me llevó con él á su casa, al lado de sus hijos, y su bondad y cariño no han tenido para mí límites. Su hijo y su hija son mis hermanos de corazón, como él

ha sido mi padre. Nadie mejor que él podía ponerme al corriente del crimen. Él fué el primero que entró en la alcoba de mi madre, y dijo al magistrado: «Esta pobre mujer ha sido asesinada, asfixiada». Fué el primero también que me interrogó, y me ha repetido mis palabras diferentes veces.... Todos los detalles respecto á las investigaciones del Jefe de policía y las diligencias del Juez instructor las conozco también por él. «No, no; no quiero hablarte de estas cosas (me decía); eres demasiado niño. Procura olvidar». ¡Olvidar! ¿Acaso soy yo de los que olvidan?... Le suplicaba, insistía, y él acababa siempre por responder á todas mis preguntas.

»Después me procuré los periódicos que se habían ocupado del terrible crimen. Me decís que la casualidad ha hecho que me enterase. Era que yo tenía verdadero empeño en saberlo.... He conseguido que me dejaran ver el proceso incoado, el cual se hallaba desde hacía largo tiempo olvidado en la biblioteca del Palacio de Justicia. He leído todas las declaraciones recogidas, he leído todos los detalles de la instrucción y las providencias del Juez.

»Una vez que todos estos antecedentes me permitieron formar opinión, pedí una audiencia al ministro de Justicia y otra al Procurador de la República, para suplicarles que se abriera de

nuevo la causa y que se trabajara con actividad é interés. Pero ellos, como el público en general, apenas si conservan una idea vaga de este proceso. Eran sus antecesores los que lo habían formado. ¿Para qué volver á abrir una causa, olvidada por completo, cuando les ocupaban tantos otros asuntos de crímenes cuyos autores no habían podido ser habidos? ¡Si yo les pudiera proporcionar algunos nuevos indicios, facilitarles algunos antecedentes de importancia!... Pero yo no sabía nada.... Tuve que conformarme con esas frases de atención, que por lo regular se le dirigen á un hombre que se encuentra en mis circunstancias.... Por lo tanto, me propuse obrar por mi cuenta. Me impuse la obligación de buscar por mí mismo á los culpables; los he buscado por todas partes.... Aquí tenéis la causa de por qué con frecuencia me veo obligado á cambiar de nombre.

»El nombre de Armando Le Forestier, al ser pronunciado en un salón ó en otro punto cualquiera, podía servir de aviso para las personas á quienes me proponía encontrar.»

Guardó unos momentos de silencio, y, llevado de las influencias que ejercían en su espíritu aquellos recuerdos, continuó:

—Los asesinos de mi madre no me puede haber la menor duda que son tres. Este era el parecer del médico y la opinión que, como más fundada,

se desprende de las informaciones del juzgado de instrucción, cuyas informaciones resumen en sí todos los indicios y todos los testimonios. Uno de ellos, el de más edad, parece que fué el que se encargó de todos los preparativos, pero no llegó á tomar parte alguna en la acción. Sus antecedentes son tan incompletos, tan vagos, que he renunciado por completo á ocuparme de él. El segundo, conocido por Antonio Guiraud, rubio, alto..., de vuestro aspecto casi..., lo he visto en casa de mi madre y en su alcoba á la hora del crimen. Pero con el tiempo su fisonomía se me ha ido borrando poco á poco. Tal vez si le veo hoy, no lo conozca.

»En cuanto al otro miserable, el que mató á mi madre, ahogándola entre sus manos, ¡ah!, siempre me parece estarle viendo, y lo veré toda mi vida.... Era alto, como Antonio Guiraud, el criado, más rubio, más pálido; las facciones más irregulares, los labios fruncidos.... Pero todo esto no sería bastante si yo no me acordara.... Recuerdo perfectamente aquella mirada extraña, aquella mirada que yo reconoceré, si algún día llega á cruzarse con la mía. También recuerdo sus manos, largas, delgadas. Tiene una cicatriz en una de ellas. En la que mi madre le mordió en sus últimos momentos de la agonía. Ese hombre, á quien yo he buscado, y seguiré buscando, tarde ó temprano concluirá por caer en

mi poder. Estoy seguro de que lo he de encontrar..., y el día que lo encuentre, encontraré también á sus cómplices....

—¿Y qué haréis el día que los hayáis encontrado? (dijo, sin poder contenerse y con voz turbada el señor de Beuvret.) La fecha del crimen debe remontarse lo menos á veinte años. Vos erais un niño cuando se cometió.... Y ha prescrito.

—¡Qué importa la prescripción! No la acepto.

—La ley la reconoce..., y la justicia no perseguirá á los culpables.

—¡Pues bien! Los perseguiré mi rencor, mi venganza. Los mataré como ellos mataron.

—¿Sin juzgarlos, sin saber si estaban en su razón cuando cometieron el crimen..., si en ese espacio de veinte años han expiado su culpa, si son dignos de perdón?....

—¡Perdonarlos, jamás!

IV.

Aquella noche, por el camino que conduce de Royat á Clermont, un hombre caminaba con paso precipitado.

Era el señor de Beuvret.

Cuando Armando Le Forestier se separó de

él, salió de su hotel, sin responder á su hija, que deseaba saber el resultado de su larga conversación.... ¿Qué debía decirle? No lo sabía.

Caminaba sin descanso, excitado, calenturiento, recordando en tropel todos los accidentes de su vida, á manera de una larga serie de visiones.

Recordó su niñez, su juventud dichosa, laboriosa, honrada.

Fué á París á continuar sus estudios, los terminó, y emprendió otros nuevos. Desconocía el placer, y no vivía más que para el trabajo. Pero encontró una joven, de la cual se enamoró con todo el fuego de un primer amor; como ha dicho él mismo, con todos sus sentidos, toda su inteligencia; pero con un amor casto y puro, en el que no existía la menor sombra de maldad ó engaño.

La joven concluyó por amarle con todo su corazón, con toda su alma.... ¿Se casaría con ella? No le habían concedido su mano. El padre le había dicho: «Vos aseguráis que pertenecéis á una familia rica de provincias, de la cual seréis un día heredero. ¿Cuándo? ¡Después que mi hija haya vivido en la pobreza, en la indigencia muchos años! No puedo consentirlo. Pedid á vuestros parientes que os aseguren para el presente medios para vivir. Si os aman, si os estiman, si piensan realmente en dejaros su fortuna, os da-

mi poder. Estoy seguro de que lo he de encontrar..., y el día que lo encuentre, encontraré también á sus cómplices....

—¿Y qué haréis el día que los hayáis encontrado? (dijo, sin poder contenerse y con voz turbada el señor de Beuvret.) La fecha del crimen debe remontarse lo menos á veinte años. Vos erais un niño cuando se cometió.... Y ha prescrito.

—¡Qué importa la prescripción! No la acepto.

—La ley la reconoce..., y la justicia no perseguirá á los culpables.

—¡Pues bien! Los perseguirá mi rencor, mi venganza. Los mataré como ellos mataron.

—¿Sin juzgarlos, sin saber si estaban en su razón cuando cometieron el crimen..., si en ese espacio de veinte años han expiado su culpa, si son dignos de perdón?....

—¡Perdonarlos, jamás!

IV.

Aquella noche, por el camino que conduce de Royat á Clermont, un hombre caminaba con paso precipitado.

Era el señor de Beuvret.

Cuando Armando Le Forestier se separó de

él, salió de su hotel, sin responder á su hija, que deseaba saber el resultado de su larga conversación.... ¿Qué debía decirle? No lo sabía.

Caminaba sin descanso, excitado, calenturiento, recordando en tropel todos los accidentes de su vida, á manera de una larga serie de visiones.

Recordó su niñez, su juventud dichosa, laboriosa, honrada.

Fué á París á continuar sus estudios, los terminó, y emprendió otros nuevos. Desconocía el placer, y no vivía más que para el trabajo. Pero encontró una joven, de la cual se enamoró con todo el fuego de un primer amor; como ha dicho él mismo, con todos sus sentidos, toda su inteligencia; pero con un amor casto y puro, en el que no existía la menor sombra de maldad ó engaño.

La joven concluyó por amarle con todo su corazón, con toda su alma.... ¿Se casaría con ella? No le habían concedido su mano. El padre le había dicho: «Vos aseguráis que pertenecéis á una familia rica de provincias, de la cual seréis un día heredero. ¿Cuándo? ¡Después que mi hija haya vivido en la pobreza, en la indigencia muchos años! No puedo consentirlo. Pedid á vuestros parientes que os aseguren para el presente medios para vivir. Si os aman, si os estiman, si piensan realmente en dejaros su fortuna, os da-

rán hoy una parte, cuando les digáis que se trata de vuestro porvenir, de vuestra felicidad, de vuestra existencia, según afirmáis».

Mas esos parientes no existen. Son imaginarios, inventados para ser recibido en casa de la que ama. Si existieran, seguramente que podría contar con ellos. ¿Qué legados de riquezas ha de haceros á su muerte quien no os da ni un solo luis en vida?

No sabiendo qué hacer ni qué pensar, más enamorado que nunca, y con la cabeza perdida, se fué á jugar, donde concluyó por perder todo el dinero que poseía.

Entonces fué cuando se encontró con el Marqués de Arnage y el señor de Montbarán, y fué á cenar con ellos al Café Inglés.

El Marqués le estudiaba desde hacía tiempo, y conocía su lado débil.

De una manera indirecta comenzó á hablar de ciertas empresas que se proponía acometer, las cuales le enriquecerían seguramente.

Comenzó por rechazar ciertas proposiciones con indignación. Mas por una parte el Marqués tenía necesidad de él: Montbarán sólo no era suficiente. Por otra, le había dicho ya demasiado, y como el negocio estaba decidido, resuelto, preparado, por prudencia consintió en que el señor de Beuvret fuera su cómplice.

Después de la comida del Café Inglés, no se

separaba de él, le acompañaba, y se empeñaba en estarse con él.

—Vais á perder á la que amáis. Se habla ya de su casamiento con otro. Vuestros escrúpulos os condenan á una eterna desesperación. ¡Qué hermosa vida pudierais tener si quisierais!... ¿Y de qué se trata? Únicamente de distraer algunos centenares de miles de francos de una fortuna inmensa. De recoger á esa señora Le Forestier lo que ella ha tomado á otros: porque su caudal no deja de tener en su origen algo digno de censura. Lo he preparado todo, y puedo asegurar que lo he preparado hábilmente. No hay riesgo de que podamos ser descubiertos. Vos tenéis que hacer bien poca cosa. Vuestro papel queda reducido á haceros admitir en la casa como criado, introducir á Montbarán, y dejarle obrar... Nosotros os aseguramos que no se ha de hacer ningún daño á esa señora. Suceda lo que suceda, nosotros respetaremos su vida, aun cuando para ello tengamos que exponer las nuestras.

Continuó rechazando, pero con menos violencia, sin tanta indignación. Pero sigue viéndolos todos los días; sin duda siente verdaderos deseos... Ya no va á su casa; se le ha impedido que continúe visitándola, pero la ve por las noches en el teatro, en el Bosque. Ella le sonríe con tristeza; parece que implora sus miradas y siente los obstáculos que los separan; aquellos mudos

diálogos hacen que su pasión aumente cada día.

El Marqués y Montbarán le dijeron al cabo: —Nosotros obraremos solos, si vos no os decidís. El perjuicio causado á la señora Le Forestier será el mismo, y vos perderéis una ganancia segura. No tendréis parte alguna.

Poseído de una verdadera fiebre, escribió á su futuro suegro que salía para su provincia, con objeto de alcanzar de su familia lo que deseaba, y después de seguir al pie de la letra las instrucciones del Marqués, entró de criado en casa de la señora Le Forestier.

Como todas las naturalezas débiles, no estaba todavía decidido. Era un principio de ejecución únicamente, y esperaba que surgirían obstáculos que impidiesen se llevara á cabo.

Llegó el día 15 de Enero. Era el día designado. Aunque no estaba resuelto todavía, ejecutó, sin embargo, las últimas órdenes recibidas. A la llegada de Montbarán, quiso huir. Ya era tarde: sus cómplices le arrastraron á la alcoba.

La señora Le Forestier se defendió con más vigor y energía que era de esperar. Llamó, gritó, dió golpes, mordió. Montbarán se creyó perdido, sintió ira, y la ahogó. Algunos segundos fueron suficientes para que el crimen quedara consumado.

—¿Qué le restaba hacer? Permanecer al lado de la víctima, era la prisión, el patíbulo...

El instinto de conservación trajo á su memoria el plan que se le había ordenado seguir, una vez cometido el crimen. Lo siguió al pie de la letra, aunque maquinalmente; pero el plan era tan hábil, que ni la policía, ni la justicia, no obstante todos sus esfuerzos, pudieron descubrir el paradero de los culpables.

La partición del dinero robado, se hizo. Sus cómplices le entregaron seiscientos mil francos. Nada se oponía ya á su matrimonio. Para olvidar los tristes pensamientos que le asaltaban, para acallar sus remordimientos, volvió á sus amores, á los cuales se entregó por completo. Esto era lo que únicamente le permitía gozar algunos instantes de reposo. Escribió una carta al padre de su amada, en la cual le anunciaba su próximo regreso y el éxito alcanzado. Había conseguido reunir el dote pedido, y lo llevaba, dispuesto á depositarlo en casa de un notario. Volvió, en efecto, y se verificó el matrimonio.

En los primeros momentos de su pasión satisfecha, de su delirio amoroso, se olvidó con frecuencia de aquella triste visión; no veía á su víctima, ni oía sus ayes.

Pronto oyó otros gemidos; los de su esposa, que murió al dar á luz á su hija, y los llantos de la recién nacida. La vida que se va y la vida que comienza, lloran ambas. Desesperado, y no pu-

diendo resistir aquel rudo golpe, pensó en suicidarse.

¿Pero qué sería entonces de aquella niña sin padre ni madre y sin fortuna?

Sí, sin fortuna; un día dijo á su mujer que por casarse había tomado á préstamo los seiscientos mil francos inscritos en el contrato, y que tenía necesidad de devolverlos. Ella dió su consentimiento: una mujer enamorada no se detiene en reflexiones. Restituyó el dinero robado, ó, por lo menos, su parte. Creyó que así se acallarían sus remordimientos.

Aquella niña, acostada en su cuna, tan débil, tan tierna, quedaría completamente sola, sin auxilio de ningún género. ¿Qué vida le esperaba? ¿Con qué apoyo podía contar? La infancia necesita de cariñosos cuidados. Abandonándola, su muerte era casi segura. Creyó que debía vivir: consagrar la vida á su hija.

Pero ¿y sus recuerdos? ¿Sus remordimientos? Creyó que conseguiría hacerlos menos intensos, menos crueles, por medio de la penitencia. Se dedicó sin descanso, con constancia, á la educación de su hija; hizo todo género de sacrificios; sufrió toda clase de privaciones.

—Por mi causa (se decía) ha muerto una persona. Pues bien: yo le daré la vida á otra, desenvolveré su inteligencia, formaré su corazón de tal manera, que pueda decirme: «Hago á la

vida la restitución de lo que antes le he usurpado».

Se condenó al más absoluto retraimiento. Para no llamar la atención, escribió en los periódicos, en las revistas científicas, bajo un pseudónimo. Procuró cultivar la inteligencia de su hija, infundirle sentimientos de la más sana moral.

Trató, en fin, de hacer de ella una mujer digna por todos conceptos de la consideración social.

Sus incesantes trabajos, las incesantes luchas de su espíritu, aquellos para él tristísimos recuerdos que no le abandonaban jamás, concluyeron por debilitarle, envejecerle. Deseaba casar á su hija.

Un joven, digno por todos conceptos de aprecio, se presentó. Amó á su hija, y ésta llegó á amarle. Le pidió su mano, y se la concedió.

Mas de pronto sobrevino aquel inesperado golpe, aquella terrible revelación, aquel nuevo dolor; pues el prometido esposo resultó ser el hijo de aquella desgraciada á quien asesinara en otro tiempo para robarla. El hijo de la víctima no podía casarse con la hija del asesino.

¿Si Armando Le Forestier descubría algún día á los que con tal empeño buscaba, y á los cuales había jurado castigar; si llegaba á saber!...

¡No! ¡Jamás! ¡Jamás!

Clara amaba á su prometido con toda el alma. Lo sabía perfectamente; estaba acostumbrado á ver en lo más recóndito de su pensamiento, á adivinar todos sus sentimientos. ¡Qué dolores, qué sufrimientos tendría que pasar aquella hija adorada, á quien tantas veces se había prometido hacer dichosa!

Pero no. ¡Era imposible!

Y moviéndose sin cesar entre las sombras de la noche, se repetía constantemente:

—El hijo de la víctima no puede casarse con la hija del asesino.

V.

Clara de Beuvret no pudo dormir aquella noche. Estaba inquieta, intranquila.

—¿Por qué habían estado hablando tanto tiempo su padre y el señor Paul Girard? ¿De qué se habían ocupado? Una petición de matrimonio, cuando la contestación está convenida de antemano, dura algunos minutos solamente; había durado más de dos horas la conversación, y debía ser muy interesante, á juzgar por la manera y animación con que hablaban.

Por fin se habían separado. Pero el señor Girard se marchó sin buscarla, sin despedirse

de ella, sin decirle siquiera adiós, y el señor de Beuvret, á quien esperaba ver alegre y satisfecho, parecía preocupado, triste. Á sus preguntas se había limitado á contestar:

—Puedes retirarte; ya es tarde.... Mañana hablaremos.... Necesito reflexionar.... Voy á dar una vuelta, á respirar un poco de aire.

Se separó de ella, y se perdió entre las sombras de la noche.

¿Reflexionar qué? ¿Sobre lo sucedido?...

Mucho tiempo estuvo esperando la vuelta de su padre; pero no pudo verle hasta el día siguiente.

Pasaba el tiempo, y el señor de Beuvret no volvía. Á la madrugada, rendida por la fatiga que produce el insomnio en una naturaleza de veinte años, se quedó dormida.

Por la mañana, apenas despertó, corrió á la habitación de su padre, y llamó. Con esto no alteraba sus costumbres; tenía la de ir todos los días al levantarse á darle los buenos días y besarle. Nadie la respondió. ¿No había vuelto su padre todavía? Sí, pero se hallaba en el salón, donde tenía su gabinete de trabajo. Al verle, corrió hacia él; pero de pronto se detuvo sorprendida, porque en lugar de sonreírle como acostumbraba y tenderle los brazos, permaneció en pie, inmóvil, con los brazos apoyados sobre el mármol de la chimenea.

—¿Qué tienes, padre mío? ¿Qué te pasa?—le dijo.

—Siéntate, hija mía, y escúchame. Quiero ver si eres realmente la joven razonable y valerosa, la mujer que yo he querido hacer y que creo he hecho.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que tienes que decirme?—dijo palideciendo, y con el presentimiento de que se trataba de su matrimonio.

—Tengo que decirte, hija mía (contestó el señor de Beuvret), que tú y yo nos hemos equivocado, tanto respecto al nombre como á la posición del que hace tres meses estamos recibiendo en casa.

—¡Equivocados!

—Sí, no se llama Paul Girard. Se llama Armando Le Forestier. Su fortuna, lejos de ser modesta como habíamos creído, es inmensa.

—Y bien, padre mío (replicó con ingenuidad); ¿eso qué importa?

—Eso establece una gran desproporción entre él y tú. Un matrimonio en esas condiciones, debe despertar nuestra susceptibilidad, herir nuestra delicadeza.

—¡Nuestra susceptibilidad! ¡Nuestra delicadeza! No lo comprendo. ¿Acaso nos hemos ocupado de su fortuna jamás? ¿Por qué hemos ocuparnos hoy? Le amé con tu consentimiento, creyéndole pobre. Es rico, ¿qué se le va á hacer!

Por eso no le he de amar ni más ni menos.

—Debes procurar amarle menos, olvidarle.

—¡Qué dices! ¡Que le ame menos, que le olvide! ¡Oh! ¡Eso es imposible!

—Espero que tu razón concluirá por aconsejártelo. Es preciso que el mundo no pueda acusarnos de haber querido rayar demasiado alto, de haber buscado, acaparado, yo un yerno y tú un marido que no debíamos aceptar.

—¿Cómo podrán acusarnos de tal cosa? Nosotros ignorábamos quién fuese.... Hoy solamente....

—Se dudará de nuestra ignorancia.... Puede ser que él mismo llegue un día....

—¡Él! ¡Él! ¡Ah! Tú sabes que él no es capaz....

—Sin duda; mas....

—¿Es su fortuna la que te asusta de tal modo, la que te sugiere ideas semejantes?... (añadió la joven sonriendo.) Pues bien: ¿quieres que te lo diga francamente? Esa fortuna me ha llenado de gozo. He tenido siempre deseos de ser rica, muy rica. No por mí, sino por los demás.... ¡Cuánto bien puede hacerse! ¡A cuántos se podrá hacer felices!

La joven guardó algunos instantes silencio, y continuó:

—¡Armando Le Forestier! Me parece.... En efecto, recuerdo ese nombre. Se le cita como pudiera citarse el de Rothschild.... Es uno de

los reyes del dinero, como acostumbra á decirse. No tiene el aspecto de ellos. No tiene ese aspecto fiero de los hombres ricos.... Ahora comprendo su conducta.... Ha ocultado su nombre para no cohibirnos.... ¡Lo conozco bien! Cuando nos hayamos casado, querrá figurar más que ahora. Quiero que funde hospitales y hospicios, para poder librar de la miseria á todos los desgraciados. ¡Ah! Lo arruinaré pronto, y tú no podrás rechazar su fortuna.... Vamos, alegra un poco ese semblante, mi querido papá.

Este no pudo menos de sonreír ante tan gracioso candor....; pero la sonrisa no tardó en desaparecer, al continuar diciendo la joven:

—Tengo, además, otras razones para desear ser rica. Tú trabajas demasiado. Tú te estás matando por verme contenta, por satisfacer todos mis caprichos, comprarme ropas.... Quiero que descanses. El padre de Armando Le Forestier (añadió con cómica entonación) no debe trabajar.

La idea de vivir á expensas de Armando Le Forestier le causó horror.

—¡No, no! (gritó instintivamente.) ¡No quiero, no debo escucharte! ¡Ese matrimonio es imposible!

—Vamos (replicó la joven, poniéndose seria); tú tienes motivos más graves.

—¡No, no!

—Sí, lo estoy leyendo en tus ojos, y no puedo engañarme; habla, te lo suplico. Te has dirigido al comenzar á la joven razonable y valerosa, y no debes ocultarle nada. Ella debe saberlo todo.

El señor de Beuvret, después de algunos instantes de vacilación, exclamó:

—¡Sea! Escucha....

VI.

Cuando comprendió que las razones dadas á Clara no eran suficientes para impedir su matrimonio con Armando Le Forestier, se decidió á invocar otras, por más que le causaba verdadero espanto la idea de abordar semejante cuestión. Pero por convencerla resolvió condenarse al más cruel de los tormentos.

Después de hacer un gran esfuerzo para recobrar en parte su sangre fría, le dijo:

—Tú no ves hasta ahora en Armando Le Forestier otra circunstancia que la de ser rico, inmensamente rico.... En mi opinión, este es un obstáculo suficiente para que no se deba verificar tu casamiento.... Pero hay otra razón además, como has adivinado. Hay en su vida un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1623 MONTERREY, MEXICO

drama horrible, que me ha contado ayer, y el cual ocurrió, según recuerdo, hace unos veinte años próximamente.

— ¡Un drama! ¿Qué drama?

No obstante el esfuerzo que hizo por dominarse, respondió con voz turbada:

— Su madre fué asesinada.

— ¡Asesinada! ¡Ah, Dios mío!

— Él tenía ocho años.... y presencié el crimen.

— ¡Mataron á su madre en su presencia!....

¡Oh! ¡Qué infamia!

Precipitadamente, como si tratara de justificarse, dijo:

— Y él mismo debió la vida....

— ¿Á quién?

— Al cómplice del otro.

— ¡Ah! ¡dos para matar á una mujer!

— No; para robarla.... No tenían semejante propósito.... Estaba tratado, convenido, que se la respetara la vida. Pero en la lucha....

— Uno la mató (añadió la joven), y el otro no lo impidió. ¡Ah, miserables!

— El cómplice que había salvado al niño no pudo impedirlo. No lo calculó. ¡Se mata tan pronto á una persona! Pero dejemos esto. Estos detalles son inútiles: te hacen daño; á mí mismo, cuando el señor Le Forestier me los contaba ayer, me causaron fuerte impresión.

— Sí; tienes la voz turbada, mi querido pa-

dre. Dime solamente.... ¿Los asesinos fueron presos, castigados?

— Desgraciadamente no.... Y ese es el punto esencial. Eso es lo que me ha hecho cambiar de parecer, y reflexionar desde ayer...., y por eso quiero consultar contigo.

— Veamos; porque hasta ahora no adivino la causa que haya podido hacerte cambiar de parecer. Hay una honda pena en la vida de Armando, desgracia por la cual está inconsolable; ¡pues bien! yo procuraré consolarlo. Esa es una de las misiones de la mujer: consolar á los que sufren.... Ahora me explico el por qué con frecuencia se le ve ponerse triste.... Ese terrible acontecimiento ha llenado de dolor toda su vida. Yo procuraré....

El señor de Beuvret la interrumpió, diciéndole:

— En vez de hablar, hija mía, debieras escucharme.

— Es verdad; perdóname: ya te escucho.

— La justicia, ya te he dicho, no pudiendo encontrar á los criminales, concluyó por renunciar á buscarlos.... Cuando Armando Le Forestier llegó á ser hombre, se impuso la obligación de buscarlos.

— Cumple con su deber, y apruebo su conducta. ¿Acaso podría vivir, teniendo la seguridad de que los asesinos de su madre quedaban im-

punes?... Yo no podría.... Si alguien llegara á hacerte daño, ¡ah! me ensañaría en mi venganza.... Si tú murieras, y yo me viera privada por un crimen de tus desvelos, de tus caricias, ¡con qué odio no perseguiría yo á tus asesinos!

—Lo sé, hija mía; y es precisamente eso lo que me hace reflexionar. La obligación que te impusieras absorbería tu vida por entero.... No te cuidarías de ser esposa ni madre: serías únicamente mi hija, y no tendrías otra idea ni otro pensamiento que el de vengarme.... Esa es la razón por qué tu casamiento me parece imposible. Armando Le Forestier tiene una idea fija: encontrar á los asesinos de su madre. El no puede ser jamás tuyo.

—Te equivocas, padre mío. Durante el tiempo que ha estado aquí, ha sido nuestro. ¿Por qué razón no lo ha de seguir siendo en adelante? ¿Se te ha ocurrido pensar por un solo instante que nos ocultaba un secreto, que tenía una idea fija? Recuerda los diálogos que ha sostenido contigo sobre artes y sobre ciencias. Y á mí, ¡cómo sabía decirme frases galantes y cariñosas! ¿Ha hablado con respecto á la muerte de su madre alguna vez? No.... Si él no hubiera tenido, como tú dices, más que una idea fija, hubiera concluido por hablar respecto á sus proyectos. No te inquietes por mí, padre querido. Sus recuerdos no le impedirán vivir en la realidad, gozar de la di-

cha del presente. Él amará siempre la memoria de su madre, como es su deber; mas esto no impedirá que guarde á tu hija amada un lugar preferente en su corazón.

¿Qué podía responderle? Cuanto decía era justo y razonable. Ignoraba la verdadera causa que se oponía á la realización de su matrimonio, y por eso continuaba sosteniendo la defensa de un amor que constituía su felicidad. Como su padre seguía callando, interpretó su silencio en un sentido diferente, y creyendo concluiría por alcanzar un triunfo completo, le dijo:

—Tengo un medio infalible para que su alma se identifique con la mía y se unan estrechamente nuestros corazones. Él venera la memoria de su madre; pues bien: yo la veneraré también. Ha jurado buscar y castigar á sus asesinos; pues yo, yo, le ayudaré en su obra.

—¡Tú! ¡Tú!!—exclamó con espanto el señor Beuvret.

—Sí, yo; y le seré de gran utilidad. No ha podido buscarlos bien. Las mujeres son más hábiles, más á propósito para esas cosas. Estudiaré con él de nuevo el asunto. Adivinaré ciertos secretos...., y los dos concluiremos algún día por conseguirlo.... ¡Ah! ¡Qué alegría si yo puedo decirle alguna vez: «He ahí los miserables! ¡Castígalos como se merecen!»

VII.

Todos los instintos de desinterés y de generosidad que el señor de Beuvret había desarrollado en Clara, la fortaleza de ánimo, la virilidad de que había procurado dotarla para que en el gran combate de la vida le sirvieran de armas, eran otras tantas que contra él se volvían, y aun contra ella misma, decidido como estaba á oponerse por todos los medios y con todas sus fuerzas al proyectado matrimonio.

¿Podía él admitir que su hija llegara á ser no sólo la esposa, la compañera, sino el consejero, el guía, el aliado de Armando Le Forestier en el ideal que éste perseguía? ¿Quién no hubiera temblado ante la idea de que los culpables de un crimen hubieran de haber sido buscados y descubiertos por la hija de uno de ellos?

Trató de dar entonación serena á su alterada voz, y dijo, después de algunos momentos de silencio:

—Todo cuanto acabas de decirme, hija mía, es algo novelesco, y se aparta, por lo tanto, de la realidad. La vida que he soñado para ti es más sencilla, más vulgar. No puedo admitir que

la criatura de quien yo he querido hacer una mujer casera, cumplidora de sus deberes, de los deberes tranquilos, reposados, de la madre y de la esposa, para cuyo buen cumplimiento he cuidado de educarla, se lance á las aventuras, y llegue á ser una especie de heroína de causa célebre.

—¡Padre mío!....

—Déjame terminar. Ante ciertos razonamientos que has opuesto á los míos, cuando he comprendido que tú... afecto por el señor Armando Le Forestier era aún más vivo de lo que yo había podido pensar, he vacilado, lo confieso; pero franca, leal, como siempre, me has hecho comprender que le seguirías lealmente en todas las vicisitudes de su existencia, peleando con él....; mas esto es precisamente lo que yo no quiero y una de las causas que, aunque con profundo dolor, me obligan á decirte que con firmísima voluntad estoy dispuesto, ahora y en adelante, á oponerme á tu matrimonio.

—¡Padre mío, padre mío! —sollozó ella con tal entonación, que los ojos del señor de Beuvret se llenaron de lágrimas.

Notólo Clara, y olvidando su propia pena, se lanzó á sus brazos, diciéndole:

—Ves, sufres como yo. Harto comprendes cuán triste y cuán dolorosa es la decisión que has adoptado.

—Si, hija mía (replicó él, estrechándola contra su corazón). Los dos sufrimos... ¿Puedes tú acaso sufrir pesar que yo no sufra también? Pero prefiero los sufrimientos de hoy á los que más adelante pudiéramos tener.

La joven quiso aprovechar el enternecimiento de su padre, y con melosa entonación de voz, mirándolo cariñosamente y acariciándole, le dijo:

—¿No son exagerados tus temores y los peligros que crees pueden amenazar á mi tranquilidad y á mi reposo? ¿De qué se trata? De vivir, de leer y de ser, digámolo así, con el pensamiento, con los ojos y con la vida del señor Armando; conocer el drama de que ha sido víctima en su juventud; estudiar con cuidado aun la menor de las circunstancias que en él concurren; no dejar escapar ni un detalle; poner la mayor atención en lo que hasta la fecha se ha considerado indigno de ella; pensar mucho y pensarlo todo, y si una nueva idea ilumina nuestra inteligencia, poder decir algún día: «Por este punto debieron emprenderse las averiguaciones; el asesino partió de tal parte, tomó tal camino, y en tal otro sitio debe ser hallado».

Su padre la rechazó bruscamente.

—¿Y si obtuvierais el éxito apetecido?

—Nuestra tarea habría terminado. Diríamos á la justicia: esos son los culpables; ahí los tenéis; castigadles.

—No puede castigarlos. Tú lo ignoras, pero el señor Le Forestier lo sabe bien; ya me lo decía ayer. El crimen ha sido cometido hace más de veinte años, y la prescripción legal protege á los que cometieron el crimen. La ley no puede castigarles.

—¡Cómo! ¿Después de haber robado, matado, hasta con ser hábiles para ocultarse á las pesquisas de la autoridad, para después lanzarse al mundo con una impunidad concedida por el tiempo?....

—Sí.

—¡Valiente ley!

—Yo no la he hecho.

—Bien lo veo; pero esa ley ofusca tus sentidos y me permite batirte en regla,—dijo ella sonriendo.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy sencillo. Si el señor Le Forestier y yo hallamos á los culpables, no podremos entregarlos á los tribunales; luego nada tienes que temer por mí, ni aun el ruido que pudiera dar un proceso. ¡Esos miserables se nos escapan!

—¿Pero y si el señor Armando Le Forestier hubiese jurado castigarlos por su mano?

—¡Ah! ¿Pero se ha propuesto eso?...

—Sí, y he aquí lo que me aterra. Porque al fin, nadie tiene derecho á administrar por sí la justicia.

—¡Cómo! ¿Un hijo no puede castigar á los asesinos de su madre?

—No; el Código no ha previsto el caso. No está el señor Armando en un caso excepcional para la ley.

—¿Y qué le harán si los mata?

—Le juzgará una Audiencia de lo criminal como á otro asesino cualquiera.

—¿Qué tribunal osaría condenarle? Y si le condenasen, le absolvería la opinión pública. ¡No serías tú quien le condenara!

—Es posible. Pero no quiero (dijo él con repentina resolución) que te cases con un hombre predestinado á verse tal vez dentro de poco en el banquillo del acusado; no quiero que te sientas á su lado, y tengas que confesar á los jueces que le ayudaste á vengarse, y pedirles que, puesto que á él le condenan, te condenen también á ti. Te conozco harto bien, y sé que serías capaz de hacerlo así.

—¡Oh, es verdad!—se le escapó decir á ella, dejándose llevar de una sensación puramente romántica.

Entonces su padre, deseoso de terminar aquella conversación, que era un torcedor de su alma, la dijo con suma entereza, pero sin atreverse á mirarla:

—Tú misma has dado contestación á tus súplicas. Tengo el deber de defenderte contra ti

misma, y te repito lo que ya he dicho. No puedes casarte con el señor Armando Le Forestier, y no te casarás con él.

VIII.

Por el tono decidido, por el ademán resuelto de su padre, la señorita Clara de Beuvret había comprendido que, por el momento al menos, era necesario renunciar á convencerle; no replicó, pues; pero al cabo de un momento de silencio doloroso para aquellas dos personas, unidas siempre por el solo deseo de hacerse recíprocamente amables, y que se hallaban en desacuerdo por primera vez en su vida, la joven se atrevió á decir:

—¿Entonces, padre mío, en la entrevista celebrada ayer con el señor Armando Le Forestier, le habréis negado mi mano?

—No; aduje solamente que sus confidencias me habían impresionado mucho; que eran de tal naturaleza, que podían influir en mi modo de pensar, y tal vez modificar mis proyectos; y he terminado pidiéndole que me concediera algún tiempo para decidirme.

—¿Y no os ha parecido que le producía eso alguna extrañeza?

—¡Cómo! ¿Un hijo no puede castigar á los asesinos de su madre?

—No; el Código no ha previsto el caso. No está el señor Armando en un caso excepcional para la ley.

—¿Y qué le harán si los mata?

—Le juzgará una Audiencia de lo criminal como á otro asesino cualquiera.

—¿Qué tribunal osaría condenarle? Y si le condenasen, le absolvería la opinión pública. ¡No serías tú quien le condenara!

—Es posible. Pero no quiero (dijo él con repentina resolución) que te cases con un hombre predestinado á verse tal vez dentro de poco en el banquillo del acusado; no quiero que te sientas á su lado, y tengas que confesar á los jueces que le ayudaste á vengarse, y pedirles que, puesto que á él le condenan, te condenen también á ti. Te conozco harto bien, y sé que serías capaz de hacerlo así.

—¡Oh, es verdad!—se le escapó decir á ella, dejándose llevar de una sensación puramente romántica.

Entonces su padre, deseoso de terminar aquella conversación, que era un torcedor de su alma, la dijo con suma entereza, pero sin atreverse á mirarla:

—Tú misma has dado contestación á tus súplicas. Tengo el deber de defenderte contra ti

misma, y te repito lo que ya he dicho. No puedes casarte con el señor Armando Le Forestier, y no te casarás con él.

VIII.

Por el tono decidido, por el ademán resuelto de su padre, la señorita Clara de Beuvret había comprendido que, por el momento al menos, era necesario renunciar á convencerle; no replicó, pues; pero al cabo de un momento de silencio doloroso para aquellas dos personas, unidas siempre por el solo deseo de hacerse recíprocamente amables, y que se hallaban en desacuerdo por primera vez en su vida, la joven se atrevió á decir:

—¿Entonces, padre mío, en la entrevista celebrada ayer con el señor Armando Le Forestier, le habréis negado mi mano?

—No; aduje solamente que sus confidencias me habían impresionado mucho; que eran de tal naturaleza, que podían influir en mi modo de pensar, y tal vez modificar mis proyectos; y he terminado pidiéndole que me concediera algún tiempo para decidirme.

—¿Y no os ha parecido que le producía eso alguna extrañeza?

—No lo he notado, al menos. Su relato y los dolorosos recuerdos que ha tenido que evocar le han conmovido con exceso, y se ha retirado precipitadamente.

—¿Creéis que vendrá hoy?

—Lo supongo, porque deseará conocer mi decisión. Le esperaré, y hablaré con él.

—¿Puedo pedir os una gracia, padre mío?

—Seguramente, hija mía. ¿En qué consiste?

—En recibir yo misma al señor Le Forestier, y decirle vuestra resolución.

—Será muy cruel para ti.

—Pero para él no lo será tanto.

—¿Tienes intención (preguntó Beuvret con cierta inquietud) de darle alguna esperanza?

—No puedo decíroslo, padre mío; porque me dejáis abandonada á mis propias fuerzas.... Os diré, sin embargo, que sólo pienso manifestarle que yo hubiera sido muy dichosa uniéndome á él para dar cima á la en mi concepto buena obra que se propone llevar á cabo.

Beuvret dejó caer la cabeza melancólicamente, y su hija prosiguió, sin darse cuenta de lo que pasaba por el ánimo de su padre:

—No podéis, amado padre, negarme esta satisfacción. El señor Le Forestier no es ya mi prometido, y no podéis, por tanto, negarme el derecho de hacerle presente que me someto en un todo á vuestra voluntad. Lo habéis decidido

así, y me resigno con el mandato; pero no me es posible olvidar en un segundo al que durante tres meses ha sido nuestro asiduo compañero, nuestro querido amigo. ¿Debe separarse de nosotros para no volver nunca á vernos, sin que yo le dé el último adiós por vos y por mí?

—Sea. Recíbele, háblale; pero ten en cuenta que todo lo abandono á tu prudencia.

La joven se retiró silenciosa, dirigiéndose al jardín. Cuando él quedó solo, cuando no tuvo necesidad de toda su firmeza, de toda su sangre fría, desfallecido, trémulo de emoción, se dejó caer en una butaca.

¡Qué lucha acababa de mantener con ella!... ¡con su adorada hija! ¡Y no había acabado; comenzaba entonces!.... No se equivocaba él respecto de la resignación de ella: obedecía por instinto, por consecuencia de la educación recibida, por costumbre, por respeto filial; pero aquel corazón que él había formado, aquella inteligencia que había cultivado, protestaban contra él y le acusaban. Mas, ¿qué ocurriría si á esta resignación, inspirada por una última esperanza de su hija, sucedía la continua melancolía que nada disipa, el dolor constante que desgasta el cuerpo y mata el corazón? ¡Harto conocía él lo que hace sufrir un amor desgraciado, combatido, y las catástrofes que puede producir!

En el jardín, después de haberse separado de su padre, Clara de Beuvret se dirigió á una especie de azotea que dominaba por completo el camino que conducía á la *villa*. Muchas veces sentada en un banco, ocupadas las manos en hojear un libro que no leía, había contemplado desde allí la llegada ó la partida de Armando Le Forestier, entonces Paul Girard. La víspera aún le había visto venir de lejos, de muy lejos, cargado con una cesta de flores silvestres que había ido á coger por sí mismo en Bois-Séjour.

Hoy no la traería flores, que no tenía derecho á ofrecer. Puesto que le quitaban el título de esposo prometido, no era posible ni aun tener la seguridad de que vendría. La vacilación suspicaz y las cavilaciones del señor de Beuvret, que ponían en tela de juicio las razones que pudieran asistir á los amantes y dejaban adivinar una negativa, después de haber dejado entrever, casi prometido, su consentimiento, debían haberle herido, haberle lastimado. Pues qué, ¿había de ser considerado como un crimen, que él, rico cual lo era y en disposición de hallar ventajosos partidos, prefiriera casarse con una señorita sin bienes de fortuna?... Se le reprochaba también, con más fuerza que nada, por haber guardado fielmente en su corazón el recuerdo de su madre y la resolución de castigar á los que la habían asesinado villanamente.... ¡Ah! Sin duda su espíritu

se había rebelado contra tamañas injusticias, y el joven había terminado por renunciar á recibir una respuesta que, cuando menos, debiera habersele dado espontánea é inmediatamente.

Ante la idea de no volver á verle, de no tornar á hablarle, y en la imposibilidad de darle una explicación de los hechos, y de pedirle perdón por una negativa que á ella hacía sufrir más que á nadie, se estremecía la desdichada.

—¿Qué juicio formaría de ella? Creería acaso que se burlaba de su proyecto de castigar á los culpables, que tenía miedo de asociarse á la ejecución de sus planes. ¡Oh! ¡acabaría por creerla incapaz del valor, del agradecimiento y del sacrificio!

No, no; él la conocía demasiado bien. Habían cambiado con frecuencia sus impresiones, habían coincidido muchas veces en la manera de pensar durante aquella intimidad de tres meses, más profunda aún que la de algunas relaciones de muchos años, en que los amantes sólo se ven de tarde en tarde y por corto espacio de tiempo.

A todo esto, no venía. El camino continuaba solitario.

De pronto se oyó ruido de pisadas sobre la arena del jardín.

¡Era él! No lo había visto, pero le había adi-

vinado; había venido por una senda de atajo que conducía directamente á la *villa*.

Le esperó sin salir á su encuentro, como de costumbre, por el temor de que al verla con aparente animación, pudiera creer que le aguardaba una buena noticia.

La había visto muy pronto, y apresuró el paso. Al acercarse, con la vista fija en ella, lo había comprendido todo.

—Que no; ¿verdad?—preguntó sumamente emocionado.

—En efecto (respondió ella, temblorosa de emoción); mi padre se ha negado.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque os juzga demasiado rico.

—Si sólo es ese el impedimento, podía desaparecer fácilmente; cuesta menos trabajo empobrecerse que hacerse rico.

—¿Y consentiríais por mí?...

—¿En dar la mayor parte de lo que poseo?...

¡Pues ya lo creo! ¿Para qué se apetece la riqueza? Para ser dichosos. Pues si es un obstáculo para la felicidad, no sólo es inútil, sino perjudicial, y es preciso suprimirla; razón en virtud de la cual no me ocupo del primero de los óbices formulados por vuestro padre. ¿Cuáles son los otros?

Clara los confesó con completa franqueza, re-

pitando frase por frase cuanto acababa de decirle el señor de Beuvret y cuanto ella le había replicado.

—¿Y no creéis que vuestro padre pueda volver sobre su acuerdo?

—No..., á menos que....

—¿Qué?

Después de alguna vacilación, dijo Clara:

—Que renunciéis por vos mismo á vuestros proyectos.

—¿Mis proyectos de vengar á mi madre, de castigar á sus asesinos?

—Sí.

—¿Y á ese precio pudiera yo esperar?...

—Sin duda; no teniendo mi padre más dificultades que ofrecer, consentiría.

—¿Qué me aconsejáis?

—No quiero daros consejos, sino que hagáis aquello que mejor os parezca.

El joven bajó la vista por algunos segundos, con el ánimo de concentrar mejor sus ideas, ó por el temor de dejarse influir por la contemplación de aquella criatura. Luego, irguiendo la cabeza, dijo resueltamente:

—Sin que á ello me compeliere nadie, he ofrecido sacrificar mi fortuna; pero ese otro sacrificio es superior á mis fuerzas... Á pesar del dolor que me produce perderos, tal vez para siempre, cumpliré la palabra que á mí mismo me he dado.

—¡Bien! (dijo ella cariñosamente, tendiéndole la mano): algo menos os hubiera.... estimado, si me hubieseis dado otra réplica.

Pasaron algunos momentos en silencio.

—¿Qué diría vuestro padre (exclamó él repentinamente), si algún día viniera á decirle: «He descubierto á los asesinos, y los he castigado por mí mismo. La justicia ha renunciado á perseguirme, ó bien, por el contrario, me ha perseguido, y he podido librarme de ella»?

—Me parece que se vería en la necesidad de consentir, puesto que ni yo ni vos hablamos de volver á vernos expuestos á ningún otro peligro.

Sin embargo, la tristeza volvió á apoderarse de su ánimo, y añadió:

—¿Cómo podéis esperar hoy obtener la victoria tan fácilmente, después de tan inútiles esfuerzos?

—Lo ignoro: la casualidad, vuestra suerte acaso.... Confío en vuestra estrella, la que habéis escogido en los cielos y me habéis mostrado á veces; ella se encargará de iluminar mi camino y de guiar mis pasos.

—¿Y si por casualidad (añadió ella) os equivocaraís de estrella, y os dejaseis conducir por una mala en vez de una buena?

—¡Bah! Entonces, después de haber intentado hasta lo imposible, renunciaría á una lucha inútil, y viviendo con el amor á mi madre, que

no os habrá de dar celos, me consagraría á pensar en vos.

Y se separaron, no tan desesperados, no tan desolados como creían haberlo estado, merced acaso á la esperanza que el uno llevaba en la imaginación y conservaba la otra en el fondo de su corazón.

Durante la conversación que había mediado entre ambos jóvenes, sentados en un banco del jardín, el señor de Beuvret los había estado observando desde la puerta del salón.

Durante algunos segundos, su vista no se apartaba de los jóvenes, y obedeciendo á una especie de alucinación, tal vez á esas influencias magnéticas que los hombres de ciencia estudian, hubo momento en que no vió á los jóvenes tales cuales eran.

Su hija le pareció de más edad, con los cabellos grises, descolorida y de espantado mirar, alzando los brazos como para rechazar un enemigo invisible.

Por el contrario, Armando Le Forestier era más joven, era pequeñito, era un esbelto niño, que llevaba una blusita blanca de marinero, sobre la cual caían sus rubios cabellos, y estaba de rodillas con las manos cruzadas.

Á intervalos le parecía oír que con el rumor del torrente vecino le traía el viento estas voces del niño:

«¡Socorro, socorro!... ¡Tened piedad de mi mamá!»

Y entonces se tapaba los oídos para no oír, y cerraba los ojos para no ver; pero la visión le perseguía y los gritos llegaban distintamente á su oído.

A pesar de los veinte años transcurridos, el crimen se reproducía ante su imaginación con todas sus circunstancias, y la hija de uno de los criminales tomaba el aspecto de la mujer asesinada, de la víctima cuya venganza no se había satisfecho aún.

IX.

La residencia en Royat no era ya tolerable, ni para los huéspedes de la *villa* ni para Armando Le Forestier. Las relaciones bruscamente interrumpidas, tras una larga intimidad, dejan una tristeza, un vacío en el corazón, que no permiten la permanencia en el lugar donde se ha disfrutado la dicha que proporcionaron y que ya no ofrecen. Por esto el señor de Beuvret y su hija no tardaron mucho en regresar á París, mejor dicho, á la casita que hacía mucho habitaban, que se hallaba situada entre Passy y Auteuil, lejos del ruido y del gentío.

En cuanto á Armando, fué mayor la prisa por alejarse de los lugares que habían sido testigos de su dicha perdida, ó interrumpida cuando menos.

Al otro día de su última conversación con la señorita de Beuvret, tomó el expreso de la mañana: una vez en París, montó en el carruaje que le aguardaba, y bien pronto se apeaba en el boulevard Haussmann ante la puerta de la casa en que fué asesinada su madre.

El edificio vastísimo, ocupado en otro tiempo por muchos inquilinos, se había transformado, por orden del propietario, en hotel de particular. Sin embargo de las alteraciones introducidas por consecuencia de aquella transformación, la habitación del segundo piso que habitó la señora Le Forestier conservaba su aspecto primitivo. Los muebles estaban en el sitio en que el crimen ó las pesquisas judiciales los habían dejado: sobre la mesa del salón, el tintero y las plumas de que se habían servido las autoridades para recibir las primeras declaraciones; en el dormitorio, las persianas estaban cerradas y las cortinas corridas; los cajones de los muebles abiertos, las sillas en desorden y las ropas de la cama revueltas. Sólo faltaba la víctima en el lecho para creer que no había pasado un día desde el siguiente al asesinato.

Es una gran fortuna reservada á los ricos la

dicha de poder conservar así con todo su aspecto de realidad el lugar que habitó una persona querida mucho tiempo, y donde vino á morir. Los pobres con frecuencia tienen que abandonar su casa, y dejar que el inquilino que les sucede convierta en salón de baile y centro de alegrías la cámara mortuoria testigo de tantas lágrimas.

Armando Le Forestier ocupaba el entresuelo y el principal, que estaban amueblados con extraordinario lujo, y más que nada artísticamente.

Las restantes habitaciones de los pisos altos y de la planta baja, las había convertido en museo de cuadros notables y biblioteca de obras raras. Era la morada de un hombre que goza de una gran fortuna; pero de un hombre de buen gusto, instruído, serio, de costumbres un tanto severas, y amante de las cosas bellas, sólo por su belleza, por el placer de disfrutarla, no por la vanidad de hacer ver que se posee.

Tan pronto como entró en su casa, le anunciaron la visita de Roberto du Chatel, que seguía siendo vecino suyo.

—Buenos días, hermanillo (dijo el joven, abrazándole con efusión). He sabido esta mañana, por tus criados, que llegabas hoy, y como sabía la hora de la llegada del tren, he dejado mi despacho, y he venido á verte. Déjame que te

mire. ¡Guapa cara!... Un poquillo moreno del aire del mar; pero eso no importa; ya blanquearás en París.

—No hablemos de mí, sino de ti. ¿Estás contento?

—Muy contento.

—¿No tienes de qué quejarte?

—No, sobre todo desde que he tenido la idea de establecer un gabinete de consultas. El colegio de abogados es muy severo en ciertas cosas, y no permite que se ejerzan profesiones que no sean nobles. Pero como es preciso vivir, como los pleitos no venían á buscarme, y como, preciso es reconocerlo, yo no tengo eso que se llama el don de la palabra, porque me corto con facilidad y pierdo la ilación del discurso, he tenido que ensayar otra cosa. De consiguiente, ya no soy abogado de los tribunales; soy solamente un abogado que se dedica á evacuar consultas en su bufete.

—¿Y estás satisfecho?

—¡Ya lo creo!

—¿Tienes muchos clientes?

—Muchos: propietarios, bolsistas, comerciantes, gentes de todos pelos.

—¿De qué pelo?

—De todos: de pelo largo, de pelo corto y de medio pelo.

—¿De medio pelo también?

—Sí, muchas veces.

—¿Y dónde está situado ese gabinete de consultas? ¿Te has establecido durante mi ausencia?

—En la Chaussée d'Antin, en un entresuelo muy bajo; no tiene más que dos piezas; no me hace falta más. Una donde yo estoy y recibo, y otra para salón de espera, que está constantemente lleno.

—Muy bien; á tu estudio iré á llevar los negocios que tenga.

—¡Oh! No te molestes (dijo Roberto, como si temiera que su amigo cumpliera su promesa); para clientes como tú, despacho las consultas á domicilio. Además, que te chanceas hablando de eso, porque no eres hombre de esos tratos. Si uno de tus muchos inquilinos no te paga, sé hártó bien que, en lugar de perseguirlo judicialmente, le prestas dinero.... Por cierto que no todos los propietarios de París son como tú.... ¡Los conozco de oro!

—De modo que no te pesa la profesión, y ves con gusto que tu padre te haya obligado á estudiar derecho en lugar de estudiar medicina.

—Con efecto; lo hecho, bien hecho está.

—Acá para *inter nos*: ¿ganas dinero?

—Más del que necesito. ¿Te hace falta?

—¿Y tienes valor de hacerme ese ofrecimiento? Tú, que no has querido aceptar nunca nada de mí (dijo riendo Armando Le Forestier). Vaya,

ocupémonos de los tuyos; voy á ir á abrazarles dentro de algunos segundos. ¿Estarán bien? ¿Y tu hermana?

—Así, así; no muy bien.

—¿Pues y eso?

—Penas de amor.... Deposito en ti esta confianza, porque eres de la familia.

—¡Diantrel! ¡Pues bueno fuera que tuvierais secretos para mí! ¿En qué consiste su pena? Siendo hermosa como es, debe ser amada.

—Lo es; pero se trata de ciertos obstáculos que la separan del Capitán.

—¡Ah! ¿El oficial del invierno pasado? ¡Guapo mozo, y de mucho porvenir! Ya me figuraba yo que acabarían por amarse. ¿Y qué clase de obstáculos son esos?

—Que mi hermana no tiene medios de fortuna, y en el ejército, ya se sabe, si no hay dote, no hay mujer. Esto es reglamentario.

—Es severo el reglamento.... Á propósito: ¿qué edad tiene exactamente tu hermana?

—Cumplirá muy pronto veinticinco años: es más pequeña que nosotros. ¿Por qué lo preguntas?

—Eso no te importa (dijo burlonamente Armando). ¿Qué noticias me das de tu padre?

—No muy gratas: de poco tiempo á esta parte ha perdido mucha vista, y teme verse obligado á dejar de trabajar; y activo, laborioso, como

sabes que él es, comprenderás lo que esto le atormenta.

—Vamos á verle al punto. ¿Me acompañarás, no es así?

—Hasta la puerta sólo; no puedo subir; tengo que volverme al cuchitril. Ya ves....; los clientes me esperan....

—¡Pero qué! ¿No te has tomado vacaciones este año? ¿No viajas? ¿No vas á ninguna parte?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque acaso te necesite.

—Cuando quieras; ya sabes que soy todo tuyo.

—Sí, ya lo sé; dispuesto á hacer todos los favores, y á no aceptar ninguno.

—Porque no los necesito.

—¿Dónde comes?

—En casa.

—Vente á comer conmigo: hablaremos.

—¿Dónde, aquí?

—Sí, estaremos mejor.

—Conformes. Entonces no te espero; no tengo tiempo más que de ir á mi despacho y volver.

—Haz como gustes.

Armando Le Forestier quedó solo en su despacho, donde había recibido á Roberto du Chatel, y abriendo uno de los cajones de su mesa, sacó un sobre grande, encima del cual había escritas estas palabras: «Los documentos que contiene este pliego pertenecen al doctor du Cha-

tel, y deben serle entregados inmediatamente, si yo muriera».

Sacó del sobre tres hojas de pergamino impresas, y después de leerlas, murmuró:

—Esto es, mis cálculos eran exactos. La ocasión se aproxima.

Y volviendo á guardar los pergaminos, cerró el cajón.

X.

Antes de visitar á sus vecinos, Armando Le Forestier quiso hacer otra visita, que le exigía en primer término su corazón.

Tocó el timbre, y preguntó á su ayuda de cámara, que se presentó en seguida:

—¿Está Julia?

—Sí, señor; aguardando las órdenes del señor.

—Di que abra la habitación del piso segundo; que subo al punto.

Julia era la antigua doncella de la señora Le Forestier, la que la acompañaba en sus correrías cobratorias, y que no la había abandonado el 15 de Enero de 1862. Cuando el pequeño Armando, después de la muerte de su madre, fué á vivir á casa de los du Chatel, se encargó de servir al

entonces niño. Le vió crecer, desarrollarse, y se hizo para él una especie de aya, de mujer de confianza, que como ama de llaves transmite órdenes á los demás criados, y tomando las cuentas se ocupa de aquellos detalles que á los hombres en general son desconocidos.

Muchas veces, en la época en que Le Forestier hacía por sí indagaciones sobre la muerte de su madre, había interrogado á Julia acerca del criado Antonio Guiraud. Nadie podía conocerle mejor que ella. ¿No habían vivido juntos, sirviendo, durante una semana, la que precedió á la comisión del crimen? ¿No había declarado ella primero al Comisario de policía, y luego al Juez de instrucción, las interesantes noticias que conocía acerca de las costumbres y modales del delincuente? «Es muy cuidadoso de su persona; tiene las manos blancas, las uñas bien cortadas, y su conversación es la de un señorito.» Además, Julia había dicho muchas veces: «Me parece estarle viendo; creo que su fisonomía no se borrará jamás de mi memoria». Y, con efecto, á pesar del tiempo transcurrido, la mujer proseguía diciendo que si le viese le reconocería.

Conservando á Julia á sulado, y creándola una posición no soñada, superior á su primitiva condición, Armando se había propuesto recompensar á la fiel servidora de su madre, y tener continuamente á su lado la testigo que pudiera ayu-

darle al descubrimiento de uno de los criminales.

Armando halló en la meseta del segundo piso de la escalera á Julia, que le aguardaba. Dióla la mano, como suelen darla los hombres que encuentran, después de una larga ausencia, á un criado antiguo de su casa.

—¿Nada de nuevo, Julia?

—Nada, señor Armando.

—¿Ha estado bien cuidada la habitación de mi madre?

—Por mí sola; no ha entrado nadie, con arreglo á vuestros deseos.

—¿Y las flores?

—Las he renovado cada dos días, y esta mañana me ha tocado hacerlo.

El entonces entró en la habitación con cierto recogimiento y con la cabeza descubierta, atravesó el salón, que examinó de una ojeada, y se dirigió lentamente hacia el dormitorio.

Flores de otoño, colocadas en grandes jarrones, perfumaban aquel santuario, que iluminaban los últimos rayos del sol poniente. Se aproximó al lecho, se arrodilló, y rezó como lo hacía cuando era niño; después contempló largo tiempo una fotografía que representaba á su madre algunas horas después de morir, con los ojos cerrados, la faz inmóvil, con un crucifijo sobre el pecho, y éste cubierto por un paño blanco lleno de flores.

Algunos minutos después de aquella piadosa visita, fué á ver á sus vecinos los du Chatel.

Le abrió Juana, que estaba bien segura de que no tardaría en ir á saludar á sus mejores amigos, y que le había visto llegar.

Educados juntos, y profesándose un verdadero cariño fraternal, se abrazaron con entusiasmo. Después la señorita du Chatel condujo á Armando al salón, y le dijo:

—Tendrás que esperar un poco para ver á mi padre. Se ha dormido en una butaca.... Roberto ha ido á tu casa.... ¿Te ha dicho?...

—Sí, me tiene inquieto. ¿Es verdaderamente grave?

—Demasiado grave. Nuestro padre está amenazado por el peligro de perder la vista, si no renuncia á trabajar para siempre, ó al menos por mucho tiempo.

—¿Qué médico ha consultado?

—A un especialista, el doctor X....

—Me dejarás leer la nota de su consulta y me la prestarás.

—¿Para qué?

—Quiero que la vea otro especialista de toda mi confianza. ¡Ah! ¡Di, hermanilla mía! ¿Y papá no gana algo trabajando?

—No, ni es posible mientras se cuida más de los pobres que de los ricos.

—Es cierto, y si prosigue de ese modo, ter-

minará por no tener un enfermo á quien asistir, comprometiendo de esa manera, no solo el porvenir, sino el presente, la vida cotidiana.

—Lo estoy temiendo,—articuló apenas Juana.

Luego en voz alta dijo:

—Pero tú no irás de ningún modo....

—¿Á ofrecerle mis servicios? (repuso Armando.) Me libraría bien. Me trató muy mal un día, y dijo: «No aceptaré nunca nada de ti, ¿entienes? Nada. Entre nosotros no debe haber más que una buena amistad. Las cuestiones de dinero privan de expansión al ánimo. Los deudores y acreedores no se hallan bien juntos, y yo no quiero pasar por estos tormentos. No lo olvides, hijo mío, si en algo tienes mi cariño.» Más me dijo; muchas cosas que ya no recuerdo.

—Tenía razón mi padre.

—Razón, razón.... En fin, vuestra posición es de lo más triste. Sólo tenéis una esperanza: el trabajo de Roberto, que felizmente parece que obtiene algún resultado.

—¡Éh! ¡Si no gana un céntimo el pobre!

—¿Sí?—exclamó sorprendido Armando, por la contradicción que resultaba entre lo que Roberto le había dicho y lo que acababa de oír.

Luego añadió:

—¿Qué es lo que necesita para hacerse una posición? ¿No es inteligente y laborioso como nuestro padre?

—Sí, pero como nuestro padre, no sabe palabra de las cosas del mundo... El uno dice á los enfermos: «¡Si me llamáis para una niña! Eso se curará sólo, sin visitaros yo». El otro, Roberto, dice á sus clientes: «Tenéis un mal negocio; no quiero encargarme de él, porque sé que habéis de perder», ó, por el contrario: «El negocio es excelente; pero no os enredéis en pleitos, porque os costarán más dinero de lo que vale el objeto del litigio; debéis arreglaros bien con el contrario». Y de este modo que te explico, el médico y el abogado trabajan sin ganar dinero.

—Sí, lo comprendo. Sin embargo, si Roberto tuviera medios para comprar un bufete acreditado, ya no tendría más remedio que seguir hasta la conclusión los pleitos comenzados, y acaso se aficionara. ¡Como no poseo nada!...

—¡Eso!—contestó la joven, sin darse cuenta de que hablaba con el dueño de una fortuna colossal, generoso y espléndido cual ninguno.

—¿Y tú eres dichosa, hermanilla?

—Muy dichosa.

—¿Has vuelto á ver á aquel oficial tan guapo del año pasado?

—No. Decididamente el matrimonio no me conviene.... ¡Tengo que cuidar á mi padre! Hasta prefiero ser solterona.

Armando había previsto esta contestación.

Hacía largo tiempo que había querido ayudar á sus amigos con sus fuerzas poderosas; mas eran ellos tan discretos, tan delicados, tan dignos, que temían, puede decirse, la ayuda de aquel amigo. Aseguraban á todas horas que eran completamente felices: sólo cuando Armando preguntaba á Roberto por su hermana, le confesaba que era desgraciada, y al interrogar á ésta por Roberto, sabía la situación del muchacho.

Respecto al padre, al doctor du Chatel, los escrúpulos iban más lejos. Según el buen Doctor, todo iba bien para él y para sus hijos; á creerle, se hubiera pensado que la casa, arruinada por su desprendimiento y su generosidad, disfrutaba de prosperidad envidiable.

—¿Ya has venido, hijo mío? (dijo el buen du Chatel, entrando con aire complacido, pero con andar incierto y vacilante.) Me pareció oír tu voz desde mi despacho, y vengo á darte un abrazo.

—¿Estáis bien, padre mío?

—¡Perfectamente!... Estos muñecos, que son unos charlatanes, te habrán dicho tal vez que estaba mal de la vista; pero es cosa de poca monta. ¡Con ocho días de reposo, curado! ¿Y tú, qué tal? Moralmente se entiende, porque lo que es de salud, con una mirada me sobra para ver que estás exuberante. Me escribiste diciendo que estabas enamorado de la señorita Beuvret, á quien tuve el placer de presentarte.... Tienes

buen gusto, muchacho; la chica es encantadora, modesta y digna. No la conozco más que de algunos días; pero basta y sobra. Me parece que le fuiste simpático. Te casas con ella.... porque, ¿quieres que sea franco?; pues debes casarte. Vives muy solo, muy retirado: ¡cásate con ella, hijo mío!

—No deseo otra cosa; pero ¿y si no me aceptan?

—¡Qué tontería!

—Pues, sin embargo, me rechazan.

—Imposible. ¿Quién? ¿ella?

—No; su padre.

—¿Con qué pretexto?

Armando contó al señor du Chatel lo ocurrido.

—Es absurdo (exclamó éste, después de oír á Armando con suma atención). ¡Rechazar una proporción como tú por tan fútiles preocupaciones! No debe haberte dicho los verdaderos motivos. Ahí hay algo más.... Á un médico viejo como yo no se le engaña así como así. Somos gente mal pensada los médicos.... Ya iré yo á ver al señor de Beuvret, á ver si le saco el secretillo. ¿Comerás con nosotros?

—No; como en casa. He convidado á Roberto.

—¡Hola! ¿Crees que nuestra comida no es tan buena como la tuya? Pues, amiguíto, estás equivocado de medio á medio; hoy precisamente...

El buen Doctor no pensaba como exponía; pero deseoso de ocultar á Armando su triste situación, quería engañarle hasta en lo baladí, para que les juzgara felices.

XI.

Terminada la comida, servida en un comedor rodeado de aparadores antiguos y las paredes cubiertas con ricos tapices; cuando los criados hubieron servido el café y traído cigarros y licorres, los dos jóvenes, Armando Le Forestier y Roberto du Chatel, quedaron solos y pudieron hablar con libertad.

Armando comenzó por confiar á su amigo sus proyectos de matrimonio, que ya había confiado al Doctor. Le contó las razones que el señor de Beuvret había dado como motivo para oponerse al casamiento; la última entrevista habida con su amada, y la resolución tomada en ella de redoblar sus esfuerzos para descubrir los criminales, castigarlos y dedicarse entonces por completo á su prometida esposa.

—Pero (dijo Roberto) los has buscado hasta hoy sin descanso. ¿Cómo no habiéndolos podido encontrar hasta ahora, crees podrás hallarlos en adelante? Á medida que el tiempo pasa, las difi-

buen gusto, muchacho; la chica es encantadora, modesta y digna. No la conozco más que de algunos días; pero basta y sobra. Me parece que le fuiste simpático. Te casas con ella.... porque, ¿quieres que sea franco?; pues debes casarte. Vives muy solo, muy retirado: ¡cásate con ella, hijo mío!

—No deseo otra cosa; pero ¿y si no me aceptan?

—¡Qué tontería!

—Pues, sin embargo, me rechazan.

—Imposible. ¿Quién? ¿ella?

—No; su padre.

—¿Con qué pretexto?

Armando contó al señor du Chatel lo ocurrido.

—Es absurdo (exclamó éste, después de oír á Armando con suma atención). ¡Rechazar una proporción como tú por tan fútiles preocupaciones! No debe haberte dicho los verdaderos motivos. Ahí hay algo más.... Á un médico viejo como yo no se le engaña así como así. Somos gente mal pensada los médicos.... Ya iré yo á ver al señor de Beuvret, á ver si le saco el secretillo. ¿Comerás con nosotros?

—No; como en casa. He convidado á Roberto.

—¡Hola! ¿Crees que nuestra comida no es tan buena como la tuya? Pues, amiguíto, estás equivocado de medio á medio; hoy precisamente...

El buen Doctor no pensaba como exponía; pero deseoso de ocultar á Armando su triste situación, quería engañarle hasta en lo baladí, para que les juzgara felices.

XI.

Terminada la comida, servida en un comedor rodeado de aparadores antiguos y las paredes cubiertas con ricos tapices; cuando los criados hubieron servido el café y traído cigarros y licores, los dos jóvenes, Armando Le Forestier y Roberto du Chatel, quedaron solos y pudieron hablar con libertad.

Armando comenzó por confiar á su amigo sus proyectos de matrimonio, que ya había confiado al Doctor. Le contó las razones que el señor de Beuvret había dado como motivo para oponerse al casamiento; la última entrevista habida con su amada, y la resolución tomada en ella de redoblar sus esfuerzos para descubrir los criminales, castigarlos y dedicarse entonces por completo á su prometida esposa.

—Pero (dijo Roberto) los has buscado hasta hoy sin descanso. ¿Cómo no habiéndolos podido encontrar hasta ahora, crees podrás hallarlos en adelante? Á medida que el tiempo pasa, las difi-

cultades son mayores. Los semblantes varían; los trajes tienen forma diferente, y todo, en fin, contribuye para que á quien tal vez les hubieran podido ser conocidos, hoy no se lo sean.

—Te equivocas. Los ojos no cambian ni de color ni de expresión.

—¡Ah! ¡Los ojos! Siempre la misma idea; encontrar á aquel cuyas miradas te impresionaron tanto.

—Sí... es posible....; porque hasta ahora no lo he buscado bien.

—Lo has buscado por todas partes.

—Á excepción de aquellas que él debe frecuentar.

—¿Cuáles son?

—¿Te acuerdas...., puesto que has leído y releído conmigo los legajos que me fueron entregados por la justicia...., de la declaración de la comerciante de abanicos de la Chaussée-d'Antin y de su señorita de mostrador?

—¿Respecto al parroquiano que conocían por el Caballero de los ojos de gato? Sí, me acuerdo.

—El Jefe de seguridad calculó desde luego que éste era uno de los culpables...., y se fundaba en que el sujeto en cuestión, que visitaba con frecuencia á la abaniquera, dejó de visitarla en la época del crimen, en los últimos días de Diciembre, que era cuando se estaba tramando, y en la

primera quincena de Enero, que fué cuando se verificó.

—Pero sus suposiciones no sirvieron de nada. Las dos mujeres que se pusieron en su busca, no pudieron encontrarle.

—Lo cual prueba que las suposiciones eran fundadas. Seguramente él se ocultó después de cometer el crimen. De otro modo, ellas hubieran concluído por verlo, en el barrio por donde pasaba y en donde vivía seguramente, en los paseos que acostumbraba á frecuentar, ó en otra cualquiera parte. Recuerda que las señas dadas por ellas están en un todo conformes con el retrato trazado por mí cuando era pequeño, y con lo dicho por todos.

—Bien, estamos conformes (dijo Roberto, encendiendo un cigarro); pero si no has podido encontrarlo hasta hoy, ¿cómo lo vas á encontrar en adelante?

—Hasta ahora no he sabido emplear los medios de que me debía valer para encontrarle.

—Sí; pero los sentimientos, como los semblantes, cambian mucho en el espacio de veinte años. Pudo amar á las abaniqueras, y hoy tal vez las aborrezca.

—Su amor era de cierta índole... Creo que el sujeto de que nos ocupamos tendrá ahora, cuando más, de cuarenta y ocho á cincuenta años.... y á esa edad no se abandonan todavía los placeres.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ser menos torpe que lo he sido hasta ahora.... ¿En qué lugares lo he buscado? En los lugares públicos, en los boulevards, en las calles, en los teatros; siempre de día, y por las noches en parajes relativamente claros.

—¿Y dónde quieres encontrarle por la noche, á menos que consigas introducirte en su alcoba, lo cual no me parece cosa fácil?

—Para ti y para mí no lo es seguramente; pero para otros que lo han hecho antes, debe serlo.

—¿Y quiénes son esos otros? ¿Sus antiguas queridas y las que hoy tenga?

—Precisamente. Se trata de explorar ese mundo, visitar esos salones de contrabando á que ellas concurren, y frecuentarlos por algún tiempo. Se trata, sobre todo, de interrogar hábilmente á las antiguas, cuyos recuerdos pueden muy bien ponernos en la pista, y decirles á las otras: «Si descubrís, si sorprendéis ciertos fenómenos, cierto brillo en las miradas de una persona con quien estéis en relaciones, avisadme. Esta confidencia os reportará mucha más utilidad que su amor. El solo aviso, os será pagado espléndidamente».

—En una palabra (replicó Roberto sonriendo): ¿tratas de organizar una policía de mujeres de mala conducta?

—¿Crees acaso que no será tan buena como otra cualquiera?

—Al contrario: creo que será superior á todas. El más hábil diplomático, el agente más listo, son niños de teta comparados con una mujer que sea un poco astuta. Tienen un instinto maravilloso y un golpe de vista que jamás les engaña.

—¿Luego te gusta mi nuevo plan?

—Sí; pero desconfío del éxito.

—¿Por qué?

—Primero, porque me parece difícil de ejecutar.

—¿Y además?

—Ya te lo he dicho: han pasado veinte años, y es posible que ese sujeto haya desaparecido, cambiado de vida. Puede haberse casado ó muerto.

—¿Es verdad! Pero me lo daría el corazón.

—¿Y cuándo piensas comenzar tus pesquisas?

—No pienso hacerlas por mí mismo, mi querido Roberto. No he frecuentado jamás, tú lo sabes, esos lugares donde trato de penetrar. Se notaría que era un advenedizo, que desconocía por completo aquellos usos y costumbres. No quiero que por una torpeza mía puedan tener mal éxito nuestras averiguaciones; mas hay otra razón....

—¿Dudas confiármela?

—No, ciertamente. El cariño verdaderamente fraternal que te profeso, no me permite el que tenga secretos para ti. La verdadera causa que me impide el poner en ejecución el plan por mí mismo, es mi amor.... El amor sincero, puro y profundo que profeso á Clara. No podría respirar en aquella atmósfera, sin creer que mancillaba el idilio que constituye el único encanto de mi vida; no creo deber tener contacto con....

—¡Desiste de tus proyectos!

—¡Jamás!

—¿Cómo piensas entonces realizarlos?

—Las causas que me hacen no llevar á cabo por mí mismo la empresa, no existen para todos. Un hombre puede emprenderla sin comprometerse.

—Sin duda; pero....

—Lo que yo no puedo hacer, un amigo, un verdadero amigo, puede hacerlo; sobre todo si yo se lo pido como la mayor prueba de amistad que puede darme, como el mayor de los servicios que prestarme puede.

—Creo comprenderte.... Has contado conmigo.

—¿Acaso me he equivocado?

—No te digo eso. Pero piensa un poco. Reflexiona.... Si hay algún hombre poco á propósito para desempeñar una misión como esa, ese hombre soy yo. Mi juventud, tú lo sabes, ha sido

en un todo igual á la tuya. No soy mejor que otro cualquiera; he tenido algunas aventuras insignificantes, prosaicas, que no han llegado á distraerme de mis estudios, de mis trabajos. Ignoro por completo lo que es ese género de vida alegre y borrascosa; mi existencia se ha deslizado siempre en la mayor calma y tranquilidad.

—Eso es un error.

—¿Acaso censuras mis hábitos de laboriosidad?

—No; pero censuro tu aislamiento, tu misantropía. Has seguido demasiado mi ejemplo. Vives retirado, separado por completo de la sociedad, del ruido, del movimiento parisién. Hablemos con formalidad, Roberto.... Estás al frente de una agencia de negocios. Pretendes tener una numerosa clientela, ganar mucho dinero. Quiero creerlo para no contrariarte.... ¡Sea! Mas lo conseguirías, y lo conseguirías seguramente más pronto y con más seguridad, si comenzaras por modificar tu manera de vivir. En la sociedad que nosotros frecuentamos, la vida es tranquila como la nuestra, y no hay disputas, ni litigios, ni procesos. En las otras, por el contrario, están siempre en constantes luchas y querellas. Por lo tanto, en éstas es donde hay causas que defender, intereses que salvar y derechos que hacer valer.... Aquí es donde podrás

ver acreditarse tu agencia y aumentar el número de tus clientes.

—Tienes razón, tienes razón... Gracias por tus consejos, que voy seguidamente á poner en práctica: mi fortuna está hecha.... Gracias.

—¡Oh! No cambies de semejante manera los papeles. Soy yo, Roberto, el que debe quedar obligado. No trates de quitarme esa satisfacción.

Obedeciendo á un mismo sentimiento, se levantaron ambos, y se estrecharon las manos en silencio.

XII.

Al día siguiente, como á las diez de la mañana próximamente, al llegar á su gabinete de consulta Roberto du Chatel, el pilluelo, como de unos quince años, que le servía á un mismo tiempo de ordenanza y portero, se le presentó con ademán azorado.

—¿Qué ocurre?

—Señor, han venido á buscarle.

—¡Parece imposible!— murmuró sonriendo du Chatel.

Y levantando la voz, añadió:

—¿Y quién ha sido?

—Una señora.

—¿Eh? Debe haberse engañado; sin duda me ha confundido con algún pariente mío.

—No, señor; era seguramente á vos á quien buscaba, y la prueba es que ha venido tres veces.

—¡Tres veces!

—Sí, señor; tres veces. Ha dicho que os buscaba para un negocio de suma importancia.

—¡Diablo! Vengo después que han estado á buscarme.... Para una ocasión que se presenta.... Vamos, se ha concluido.... Déjame trabajar.

—Señor (replicó el pilluelo), no se ha concluido, como decís. Esa señora ha dicho que volvería.

—Decididamente es constante.... ¿Y cómo es esa señora?... ¿Joven?

—¡Oh! No, señor.... Pero es muy elegante y muy fina. Me ha dado diez sueldos de propina.

Y como semejante fortuna no se presentaba todos los días, el pilluelo se retiró muy alegre, después de recibir la orden de anunciar á la señora en cuestión tan pronto como se presentara de nuevo.

La llegada de una cliente á su gabinete de consulta era una cosa tan imprevista, tan extraordinaria, que á Roberto le costaba trabajo creerlo, no obstante las reiteradas afirmaciones de su ordenanza y portero.

—No es probable (se decía); parece imposible. ¡Un pleito, un buen pleito!... ¡Esa señora debe venir equivocada!... Sin embargo, ha venido tres veces.... Su equivocación no había de durar tanto tiempo.... ¡Quién sabel!... Esperemos.

Para matar el tiempo, se puso á reflexionar en los proyectos de Armando Le Forestier, y en la conversación que había tenido con él el día antes. ¿Cómo se introduciría en aquel mundo de contrabando, donde tenía una misión que cumplir? ¿Quién lo introduciría, lo presentaría? No encontraba á nadie. Sus pocos amigos, sus conocimientos, no vivían en él, ni estaban en su marcha. Mientras que pensaba sin encontrar solución posible, el ordenanza dijo con voz misteriosa, asomando la cabeza:

—Señor, ya está ahí.

—¿Quién? ¿La señora en cuestión?

—Sí, señor.

—Pues bien, hazla pasar, y retírate.

El pilluelo se retiró, cediendo el paso á la persona que acababa de anunciar.

Era una mujer vestida con suma elegancia, con demasiada elegancia para la hora que era todavía. Parecía como de unos cincuenta años, y á través de los afeites y del blanco perla, se dejaban adivinar restos de su pasada belleza. Su aspecto noble y sus modales distinguidos impe-

dían juzgar si era una mujer galante, una marquesa auténtica, ó, por el contrario, una persona en la que todo era ficción y fingimiento. ¿Á qué sociedad pertenecía? ¿Cuál podía ser su procedencia? ¿En qué esfera de la sociedad se encontraría? Tales eran las preguntas que se hacía Roberto, sin poder darse respuesta alguna.

La señora tomó asiento en el sofá que le ofreció éste, y como contestando á sus miradas, dijo con cierta coquetería:

—He venido, caballero, á pedir os consejo y á confiaros un asunto bastante delicado.

Estas palabras sublevaron la modestia de Roberto du Chatel. ¡Confiarle un negocio delicado! ¡Á él! Creyendo, como había creído en un principio, que aquella señora se había equivocado, y seguramente lo tomaba por otro, la interrumpió, diciéndole:

—Por Dios, señora; me lisonjeáis demasiado, con lo cual sin duda os prometéis haga por mi parte cuantos esfuerzos me sean posibles para justificar la opinión que decís os merezco; pero permitidme os pregunte las razones que os han inducido para que hayáis resuelto dirigiros á mí. Esto me parece extraño, y no puedo admitir que, tratándose de una equivocación... Hay muchos du Chatel, y tal vez penséis dirigiros á alguno de mis parientes.

—No, caballero; me he dirigido al señor Ro-

berto du Chatel, á quien conozco hace ya algún tiempo.

—¿Me conocéis?—contestó Roberto con extrañeza.

—De vista solamente. Soy vecina vuestra; vivo enfrente. En el segundo piso de esa casa, con seis balcones á la calle, que me cuesta cinco mil francos, sin contar los impuestos. Por las mañanas, á eso de las diez, os veo llegar á vuestro estudio, donde hay que confesar que no acuden muchos clientes. Para distraeros, abris las ventanas. Os paseáis. Miráis vuestros libros. Después fumáis algunos cigarros, á fin de pasar el tiempo. En vista de esto, me he dicho: « He ahí un joven activo, trabajador, seguramente con talento, y que no tiene ocasión para manifestarlo. Si yo le facilitara esa ocasión, confiándole la defensa de mis intereses, tal vez esto le podría servir como de base para comenzar su carrera». Además, caballero, yo adoro la juventud: ¡es tan hermosa! ¡Ah, la juventud! Además, estoy convencida de que vos no abandonaréis mis asuntos. Os ocuparéis de ellos con asiduidad. Esos hombres de negocios, conocidos, de nombradía, de gran reputación, están por lo general preocupados con sus cuestiones particulares, y no se cuidan de nada. Pero tengo todavía otra razón, que considero la principal. Permitidme que os explique mi pensamiento.

—Con mucho gusto, señora.

—Pues bien, querido vecino. Sois joven, y al trabajar, lo hacéis sin duda para labraros una fortuna: ¿no es así?

—Seguramente, señora; mas debo advertiros que no soy ambicioso.

—¡Perfectamente! ¿Pero acaso es posible vivir en París sin fortuna?... Es preciso que os hagáis rico; creedme, ¡es preciso! Pues bien; yo os ayudaré.

—No deseo otra cosa (replicó Roberto sonriendo); pero es necesario que yo sepa....

—¿De lo que se trata? Es muy justo, y ya veréis cómo la cosa es sencillísima. Se trata..., ¿cómo diré yo?, de que os encarguéis de una misión.

—¿De una misión!.... ¿No se trata de un pleito?

—Los pleitos vendrán después. ¡Oh! Estad tranquilo. Debemos por ahora limitarnos á una averiguación; una averiguación acerca de nuestros enemigos.

—¿Qué enemigos?

—Ya lo sabréis. Tengo en mi casa varios paquetes de cartas curiosas, ¡oh!, muy curiosas, que pueden comprometer seguramente á los que las han escrito. Si yo pudiera sacar partido de ellas..., ahora que los tiempos que atravesamos están malos....

Roberto se levantó, y con voz firme dijo:

—No continuéis, señora.... Ya sé lo que deseáis.... Pero os habéis engañado al dirigiros á mí. Yo no me encargo de negocios semejantes.... Quiero creer que no habéis sin duda meditado bien vuestras palabras, y que no ha sido vuestra intención ofenderme; pero no prosigamos.

Lejos de desconcertarse, la señora dirigió todavía una seductora sonrisa á Roberto du Chatel, y se quedó mirándole.

—Sois un niño (le dijo): os espantáis sin motivo, sin el menor motivo. He venido para pedir un consejo, para saber qué conducta debo observar, y ni siquiera me dais tiempo para poderos explicar de lo que se trata. ¡Á mí, que me habíais parecido tan bien; que me habíais sido tan simpático! Cuando pensaba deciros después que hubiéramos hablado de nuestro asunto: «Íd á verme, no os aburriréis en mi casa. Mi casa es muy divertida y alegre. Siempre tenemos fiesta. Se come, se canta, se baila y se cena. Algunos hombres galantes...., distinguidos...., y algunas señoras....; ¡oh!, la flor y nata de la juventud y de la belleza. Algunas señoras casadas, varias solteras, muchas extranjeras, sí, muchas extranjeras. Por supuesto, todas personas bien educadas». Yo no consentiría en mi casa, en mis salones, la menor ligereza, la menor palabra in-

conveniente.... Mas esto no impide el poder divertirse, yo os lo aseguro.

Mientras hablaba, sin dejar de sonreír, dejando entrever una dentadura verdaderamente hermosa para una mujer de sus años, Roberto du Chatel reflexionaba por su parte. Aquella casa hospitalaria que se le ofrecía, ¿no era precisamente una de aquellas donde él deseaba penetrar, y buscaba los medios de ser introducido, á fin de poder cumplir el ofrecimiento hecho á su amigo? ¿Podría encontrar mejor ocasión para ponerse en contacto con aquella sociedad donde se proponía hacer sus investigaciones?

Después de algunos instantes de lucha entre sus principios y creencias y la amistad por Armando, dijo:

—Vamos, señora, explicadme con claridad vuestro asunto.... No debo haber comprendido bien.

XIII.

Mientras enumeraba con cierto orgullo el lujo que tenía en su casa y los placeres que en ella seguramente encontraría, la nueva cliente del joven abogado no dejaba de observar el efecto que en éste producía su relato. Así que, cuando

éste se mostró dispuesto á seguir escuchándola, no pudo reprimir un movimiento de alegría, y sonrióse llena de satisfacción.

—Ya eres mío (se dijo); ya eres mío. Ya puedo estar tranquila, y hablar con toda claridad. Te gustan las mujeres guapas, lo comprendo. ¡Ah! Si tú me hubieras conocido en otros tiempos, hace veinte años, hasta hace diez. Sí; y estaba guapa todavía. Entonces nos habiéramos visto.

Se quedó meditando algunos instantes, como si dudara todavía; después, como resolviéndose:

—Señor Abogado (le dijo); yo no sé si me sabré explicar. Las palabras no siempre expresan bien el pensamiento. Pero os suplico tengáis el convencimiento de que mis propósitos son honrados, y puras mis intenciones.... Quiero únicamente que se me haga justicia; que mis legítimos derechos sean reivindicados.

Roberto se limitó á inclinarse.

—Por supuesto, yo confío me guardaréis el secreto.

—El deber profesional me obliga á ello.

—Bien: comienzo, pero llamadme la atención si llevo á extraviarme. Vos habéis oído hablar sin duda del conde de X...., uno de los primeros elegantes de París, muy rico, y que era buscado para toda clase de diversiones.

—En efecto...., me parece (dijo Roberto) que

no me es del todo desconocido el nombre de ese Conde.

—Pues bien (añadió, bajando los ojos y con aire confuso): yo he sido el último capricho del Conde. ¿Qué queréis? Era joven. El era seductor, me juraba un amor eterno. También me lo juraba por escrito, en frases apasionadas, llenas de amor, de locura.... ¡Ah! Ya veréis sus cartas algún día, joven, y comprenderéis mi falta.

—Vamos á los hechos,—creyó deber decirle Roberto, algo cansado de tanta verbosidad.

—Tenéis razón (replicó sin desconcertarse). El tiempo es precioso.... He aquí los hechos: una mañana el conde de X.... me abandonó villanamente para casarse.

—Eso ocurre con frecuencia,—observó du Chatel.

—Lo comprendo; mas también ha ocurrido con frecuencia que se hayan vengado.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada.... He esperado.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta ahora.

—¡Tenéis paciencia para la venganza!

—Cuando tengo interés en reprimirme.

—¿Qué interés?...

—El Conde, cuando tenía amores conmigo, no tenía gran fortuna. Su mismo matrimonio

tampoco le ha enriquecido. Únicamente, después de varias herencias, es cuando ha llegado á reunir una fortuna considerable.

—¿Y bien?—contestó Roberto, que parecía no comprender.

—¡Pues bien! Ya lo veis.... Pido al primer hombre que he amado...., sí, el primero, os lo juro....; los otros no los recuerdo, que repare el mal que me ha hecho, los daños que me ha causado...., porque, si no hubiese sido por su causa, yo sería hoy una mujer honrada, una buena madre de familia.

—¿Lo creéis?

—Sin duda. Yo tenía todas mis virtudes en flor, y él las segó.

—Comprendido (dijo Roberto, á quien el mismo disgusto le hacía burlón). Pero, ¿cómo queréis que el conde de X.... repare los perjuicios de que me habláis?

—Asegurándome un porvenir para mi vejez, con una renta que me permita vivir. Total: que haga hoy lo que no ha hecho antes.

—¿Y si no consiente?

—Hay cartas (respondió con calor), las cuales le obligarán seguramente; porque pueden, en un momento dado, destruir por completo la tranquilidad, el reposo y la dicha de su vida conyugal.

Roberto ocultó un movimiento instintivo de disgusto.

—¿Y qué efecto puede causar á su mujer esa correspondencia, cambiada antes de su matrimonio?

—Nada prueba que sea antes ó después. Esas cartas no se fechan jamás; el día de la semana, algunas veces el mes, pero nunca el año. Además, que eso no importa. He tomado antecedentes. La Condesa conserva todas sus primeras ilusiones para con su marido. Éste le ha hecho creer que no había amado jamás antes de conocerla; que ella ha sido su primero, su solo, su único amor.... Las famosas cartas destruirán esa creencia, como también la absoluta confianza que le inspira su querido Evaristo: el Conde se llama Evaristo.

Roberto reflexionaba. Todos sus sentimientos de honradez, de nobleza y de generosidad se sublevaban oyendo á su cliente expresarse de aquella manera cínica y desvergonzada. Varias veces estuvo tentado de mandar arrojar de su casa á aquella bribona. Pero seguidamente se decía que, de no tener el suficiente valor y prudencia para sufrir aquello, para escucharla y asociarse con ella, no podría ir á su casa, ni encontrar en ella las personas que podían indicarle lo que tanto deseaba Armando Le Forestier; y de ese modo los culpables, ocultos por espacio de tantos años, continuarían siendo perfectamente desconocidos. Por lo tanto, procuraba ocultar su indignación, y seguía escu-

chando, sin manifestar el menor desagrado.

Animada por el silencio del joven, y no pudiendo calcular lo que pasaba en su interior, continuó hablando de su negocio, cada vez con mayor animación.

—Es preciso (continuó diciendo, con acento afectado y algo pretencioso) tomar la vida tal como ella es; hay que aprovecharse de las circunstancias favorables, y no dejar cerrada la puerta á la fortuna cuando á ésta se le ocurra llamar á ella.... Sí, sí; la fortuna que veis me espera, y la cual también os alcanza. El negocio del Conde de X...., si lo manejáis con habilidad, si llegáis á alcanzar la justa reparación que pido, los intereses del capital que yo le entregué en aquel tiempo...., porque la pureza de la mujer es un capital, como ha dicho muy bien Alejandro Dumas, hijo.... Este negocio, os aseguro, no sólo os dará utilidad, sino que os traerá tantos otros, que concluiréis por poneros rico.

—Ciertamente, —contestó Roberto, dispuesto á ver hasta dónde era capaz de llegar su nueva cliente.

—No lo dudéis (replicó ésta). Tengo otras muchas cuestiones, además de ésta. Se trata de poner en práctica un sistema que voy á explicaros, si me lo permitís.... ¡Oh! Por supuesto, es moral.

—Veamos ese sistema moral.

—Ser honrado, no practicar jamás el mal, pero estar en observación constante de aquellos que lo practican; estudiar todos los vicios, descubrir el motivo de los crímenes y las causas que los originan.... ¿Qué inconveniente hay en todo esto? Ninguno, puesto que en nada se falta á las leyes de la honradez y de la virtud. Se trata únicamente de sacar utilidad á este espíritu de observación, á estos estudios, á estos trabajos. Eso es justo. Todo trabajo merece su recompensa.... ¿No es así?

—Seguramente.

—¡Vamos! ¡Veo que nos entendemos! Al principio os pusisteis de tal manera, que no pude menos de decirme: «¿Si este hermoso y distinguido joven será tonto? ¿Si me habré engañado al juzgarle? Pero, gracias á Dios, ahora veo que no. Sois el hombre que yo había adivinado. Haréis vuestra fortuna, y contribuiréis á la mía. Mas, entretanto, no quiero...., no puedo consentir, señor Roberto (añadió sonriendo con coquetería), que viváis en una salvaje soledad. Es necesario que salgáis, que os presentéis en el mundo; id á verme con frecuencia. Para ello no tenéis más que atravesar la calle. Os daré buenos consejos. Os haré verdaderamente irresistible. ¿Aceptáis?

—¿Que me hagáis irresistible?

—No, porque eso ya está hecho; pero á que

miréis mi casa como vuestra. Como ya os he dicho, en ella se pasa el tiempo de la manera más agradable.... Esta misma noche, si quisierais, podríais venir. La concurrencia será mayor que de ordinario. He hecho algunas invitaciones.... De amigos solamente, pero de los más escogidos; lo que constituye la verdadera flor y nata. Por ejemplo, el señor de Montbarán. ¿Le conocéis?

—No, señora.

—¡Ah! Es todo un caballero, que ha heredado todas las aficiones de su padre.... Un Lauzun ó un Richelieu.... moderno; un joven á la moderna, y el mayor aficionado á mujeres de cuantos han existido. Por eso viene precisamente á mi casa. ¡Oh! Se encuentran lindísimas.... Id esta noche, y veréis precisamente á la bella Rachel de Nicia, una criatura seductora.... Pero ahora recuerdo. Os conoce, y se ha fijado en vos.

—¿En mí?

—Sí; desde mi cuarto segundo se domina perfectamente vuestro entresuelo.... Como vuestras ventanas están casi siempre abiertas.... No hace muchos días sorprendí á Rachel que os estaba contemplando. Es casada; pero su marido se encuentra viajando; creo que ahora se halla en Turquía.... Me fué presentada por el marqués de Arnage, que le sirve de pretexto.... Ya vale poca cosa.... Cincuenta años, bastante cascado, y además arruinado por el juego.... ¿Vos jugáis?

—Jamás.

—Tanto mejor, y os felicito por ello. En mi casa no tendréis que cambiar por nada vuestras costumbres.... Alguna que otra vez se forma una partida, por pura distracción solamente, y en la cual no se atraviesa casi nada. Pero el Marqués, después que se separa de nosotros, se marcha por su desgracia al círculo, donde se ha dejado la mayor parte de su fortuna.... Es un hombre que es muy útil conozcáis. Preocupado en la actualidad, perseguido por sus acreedores, os encargará, tan luego como se lo indique, el cuidado de todos sus asuntos. ¿Conque cuento con vos para esta noche, mi querido caballero?

Se dirigió hacia la puerta; pero de pronto se volvió, diciendo:

—¡Jesús! ¡Qué aturdida soy! Me olvidaba deciros mi nombre.... Señora de Fontenay-sous-Roches....; Prudencia de Fontenay para mis amigos. Hasta después.

Y salió, dejándole aturdido, no sólo con lo mucho que había hablado, sino con las cosas que le había dicho, al mismo tiempo que con el deseo de poder ver todo aquello por sí mismo.

XIV.

Eran las diez de la noche. La calle de la Chaussée-d'Antin, todavía muy animada por el lado de los boulevards y alrededor de los Vaudevilles, lo estaba menos al llegar á la encrucijada de Lafayette y en las inmediaciones de la Trinidad, que se encontraban tranquilas y silenciosas. La mayor parte de los establecimientos se hallaban cerrados... Los transeuntes eran cada vez menos. Por algunos instantes el rodar de un carruaje hizo trepidar los edificios. El carruaje pasó, el ruido se perdió á lo lejos, y la calle volvió á quedar como pocos momentos antes. Algún tiempo después, delante de una casa de buena apariencia, se detuvo un coche. Un hombre bajó de él, y mientras el coche se volvía á poner en marcha, se abrió la puerta para dar paso al recién llegado, volviendo á cerrarse inmediatamente. Era Roberto du Chatel, que acudía á la invitación de la señora de Fontenay-sous-Roches. Subió dos pisos, y un criado vestido de negro con la mayor corrección, lo introdujo en una extensa antesala, donde la lámpara que en medio

de ella se encontraba, así como todo el adorno que en ella se veía, indicaban que la dueña deseaba seducir á las visitas desde el momento en que ponían el pie en su casa. El criado levantó un portière, y suplicó á Roberto pasara al salón. Éste era una espaciosa habitación, cuyo techo tenía forma de cúpula. Del centro de ésta pendía un grupo del Amor. La luz de las bujías, que se hallaban colocadas con verdadera profusión á los lados de los espejos, y las de los grandes candelabros, hacían aumentar el brillo del dorado de los muebles, forma Luis XV, cubiertos de tapicería imitación de Beauvais, representando asuntos de Watteau y de Boucher.

El salón estaba lleno; algunas mujeres hermosas, unas con vestido de baile, otras, que no habían tenido sin duda noticias de la improvisada fiesta, se encontraban en traje de paseo. Los hombres, todos de frac y corbata blanca, paseaban de un lado á otro sin afectación, dirigiéndose á las personas con quienes tenían más confianza y familiaridad. Al entrar Roberto du Chatel, una mujer se levantó del sofá donde se hallaba sentada, al lado de la chimenea. Era su cliente de la mañana. Su pronunciado escote dejaba ver sus espaldas, todavía demasiado hermosas, y el nacimiento de su pecho demasiado indiscreto, pues parecía decir á todo el mundo que el cuerpo de la señora de Fontenay no había

envejecido tanto como su rostro. Ésta se dirigió á su huésped sonriendo.

—Sois un hombre de palabra (le dijo, alargándole la mano). Os lo agradezco. Venid á que os presente.

Cogida de su brazo le hizo dar la vuelta al salón, deteniéndose delante de todas las mujeres, cuyos nombres daba á Roberto, al mismo tiempo que algunos antecedentes respecto á su vida pasada y presente.

—Esa hermosa criatura de limpia tez, de formas firmes y acentuadas, es la rubia Teresa: una soberbia flamenca, digna de figurar en los cuadros del gran pintor de Amberes.

»Tiene amores con Leo X..., una de las cabezas más ligeras del mundo parisién. Está enamorado perdido de ella... No la dediquéis vuestro tiempo, porque lo perderéis miserablemente.

»La que está más allá, morena, de aspecto petulante, es Margarita, natural de Provenza. Llegó una mañana á París sin un sueldo y con un marcado acento marsellés. Ha ganado una fortuna, y ha perdido el acento.

»Su vecina, de la que ya os ha impresionado su belleza escultural, es rusa, y condesa auténtica: la condesa Tampeska. Es morena, y cuando le parece se pone rubia. Hoy está de color de caoba. Por eso Lea, que no carece de gracia, dice

que la Condesa tiene el cabello del color que mejor le acomoda.

»Aquel grupo es de artistas, ninguna carece de talento: C....., homónimo del célebre profesor de la Sorbonne: la hermosa Vivian siempre en lucha con los directores. No ha trabajado todavía; pero procura hacerlo, y seguirá procurándolo.

Sin dejar de hacer sus elogios, la señora de Fontenay continuó haciéndole la presentación de las señoras á quienes recibía. Pero respecto á los hombres, sus alabanzas no tenían límites.

—Es de lo más distinguido,—decía de cada uno en particular.

Roberto, que no hacía mucho caso de los antecedentes de la señora de Fontenay, procuraba formar por sí mismo la opinión que aquellos caballeros debieran merecerle. Procurando verlos á través de aquella máscara de impasibilidad con que se presentaba cada uno, los observaba con suma atención. Hubiera querido poder descorrer el espeso velo en que seguramente se envolvían todos, á fin de averiguar la historia de cada uno, su verdadero origen y procedencia. De entre todos, fijó especialmente su atención uno que parecía ser el más íntimo de la casa, y del cual le había hecho grandes elogios aquella mañana la señora de Fontenay. Éste era el marqués de Ar-

nage, y en el cual fijó primeramente su atención. Tendría como unos cincuenta años, bajo, macilento; con el rostro apegaminado y el cansancio pintado en el semblante, tenía el aspecto de un vividor. Sin embargo, sus nervios, siempre excitados, parecían darle cierta apariencia de vigor y juventud.

El señor de Montbarán, algunos años más joven que el Marqués, era alto, fuerte todavía y robusto. Pero sus cabellos rizados y algo encanecidos, y sus ojos apagados y vidriosos, le daban cierto aire de vaguedad. Daba vuelta entre todas las mujeres, mirándolas con cierta codicia, y murmuraba en sus oídos palabras que, aunque parecían no escucharlas, las oían, sin embargo, perfectamente. Esta conducta del señor de Montbarán no agradaba sin duda á la señora de Fontenay, cuando se permitió hacerle algunas observaciones que él no dejó de tomar en consideración.

¿Tendría algunos derechos sobre él? En todo caso, serían derechos adquiridos mucho tiempo antes.

El marqués de Arnage y el señor de Montbarán saludaron con exquisita cortesía á Roberto du Chatel al serles éste presentado; pero no manifestaron ningún género de inquietud ó extrañeza por su presencia en casa de la señora de Fontenay.

Ésta no cesaba de prodigar á su nuevo huésped todo género de atenciones. Le obsequió con te, dulces y galletas, y no se separó de él ni por un solo instante.

—Y bien (le dijo): ¿qué tal encontráis mis reuniones de confianza? ¿Os agradan sin duda? Aquí sólo se reúnen gentes del gran mundo y mujeres hermosas. Pero no os he enseñado todavía á la perla más hermosa de mi colección. Vedla, ahí viene.

Una mujer de una hermosura arrebatadora entró en aquel momento. Alta, esbelta, de formas esculturales y arrogantisima figura.

Á la corrección de las líneas de su rostro se unía la expresión profunda y melancólica de sus hermosos ojos azules. Un aderezo de brillantes adornaba su hermosa cabellera. Sobre el guante con que cubría sus manos llevaba en las muñecas dos soberbios brazaletes.

La nueva aventurera, con los ojos entornados y sin contestar á los cumplimientos que le dirigían de todas partes, se dirigió adonde se encontraba la señora de Fontenay, y después de estrecharle la mano, tomó asiento á su lado, y se puso á hablar con ella en voz baja.

Una hora después, muchos invitados se disponían á retirarse, sin cumplidos ni ceremonias, á la inglesa; algunos hombres sentados alrededor de una mesa de juego, terminaban su parti-

da de un verdadero *whist* de familia. Todos estos detalles sorprendían á Roberto du Chatel, hasta el punto de trastornar sus ideas. ¿En qué sociedad se encontraba? ¿Qué clase de casa era la de la señora de Fontenay? Por un momento pensó que se encontraba soñando.

Continuaba haciéndose reflexiones, cuando la señora de Fontenay le dijo en voz baja:

—¿Qué os parece Rachel?

—¡Ah! ¡Se llama Rachel!

—Sí, Rachel de Nicia, como os dije esta mañana...; es judía por parte de madre, y católica é italiana por la de su padre.

—¿Y es casada, según me habéis dicho?

—Un poco...; pero eso no importa. ¿No bailaréis?

—¿Soy un mal valsador?

—No lo creo; pero la señora de Nicia valsará rabiando, y os podrá dar una lección.... Id á invitarla.

Roberto aceptó gustoso, aunque no sin cierta especie de temor, porque aquella mujer desconocida, de tan deslumbradora belleza y rara hermosura, le producía cierta impresión inexplicable. Aceptó sonriendo su invitación, como si le hubiese estado esperando, y se levantó con un gracioso ademán, se apoyó ligeramente en su brazo, y se lanzaron al baile. Cuando el vals se hubo terminado, la condujo á su asiento. No

se habían dicho una sola palabra, y sin embargo Roberto sentía ya separarse de la señora de Nicia, la que por su parte no le miraba como una pareja vulgar. Al inclinarse Roberto para darle las gracias, creyó adivinar cierta especie de emoción en su semblante. La *soirée* había terminado. Á excepción del marqués de Arnage, del señor de Montbarán y de Rachel, los últimos invitados se dirigieron á la antesala. Roberto du Chatel, después de haber cambiado la última mirada con su pareja, creyó que debía retirarse.

XV.

Después de la marcha de Roberto du Chatel, cuando sólo quedaban en el salón Rachel de Nicia, el marqués de Arnage y el señor de Montbarán, la dueña de la casa llamó, y seguidamente apareció un criado.

—Apagad las bujías y dejad solamente las lámparas encendidas. Podéis retiraros todos. No os necesito.

Tan luego como sus órdenes fueron ejecutadas, Prudencia de Fontenay fué por sí misma á cerrar las puertas, á fin de que los criados no pudieran oír desde las habitaciones inmediatas lo que hablaban. Como los cerrojos de la puerta

principal, echó las llaves en las cerraduras, y después de tomadas estas precauciones, tomó asiento cerca del fuego al lado de sus amigos.

—Estamos completamente solos (dijo), y no hay peligro de que nos escuchen; podemos hablar con toda tranquilidad.

—¿Será muy larga esa conversación?... (preguntó Rachel, que se había tendido en un sofá...) Os prevengo que estoy rendida. Me caigo de sueño.

—Nada te impide acostarte y dormir cuanto quieras, contestó la señora de Fontenay. Ya sabes que tienes una alcoba á tu disposición.

—Pues la acepto por esta noche, —dijo la hermosa judía, levantándose perezosamente.

Cuando ya se encontraba en la puerta del salón:

—Una palabra antes de marcharte, —dijo de pronto el marqués de Arnage, con frío y punzante acento.

Se detuvo inmediatamente, y esperó con el candelero en la mano.

—¿Qué te ha parecido (añadió el Marqués) ese joven que ha venido aquí esta noche por primera vez y que ha valsado contigo?

—Me parece (contestó al Marqués) como todo el mundo..., ni más, ni menos...: un poco más desmañado únicamente.

—Sí, pero su desmañamiento debe haberos

gustado seguramente (añadió el señor de Montbarán); le habéis mirado con cierta complacencia..., cuando de ordinario afectáis no fijar en nadie vuestra atención.

—Pues bien: no lo volveré á mirar más, si es que eso os molesta... ¿Es eso lo que teníais que decirme?

Ya había desaparecido, cuando el marqués de Arnage la llamó de nuevo, diciéndole:

—No, no te marches; quédate algunos instantes más. Después podrás dormir todo el tiempo que quieras. Á tu edad se puede muy bien pasar una noche en vela. Hace cuarenta años que yo me las paso, y no me va del todo mal.

Sin replicar, obedeciendo como si fuera una esclava, dejó la palmatoria sobre una consola, y volvió á sentarse en el sofá.

—Acabas de decirnos (replicó de Arnage) que no volverás á mirar al joven de esta noche... Te quieres burlar de nosotros, ¿no es eso? Tú has comprendido que es necesario lo enamores con tus miradas más incendiarias, que lo enloquezcas lo más pronto posible, que lo pongas por entero bajo nuestro dominio, á fin de arreglar nuestros asuntos.

—¿Los vuestros, querréis decir?

—Es posible, chiquita (exclamó la señora de Fontenay, que hasta entonces no había pronunciado palabra). Nuestros negocios son nuestros

negocios, y tú no tienes para qué mezclarte en ellos.

—Bien os mezcláis vos en los míos..., y desde hace mucho tiempo, ó, mejor dicho, desde siempre,—contestó la joven con reconcentrado acento, levantándose.

—¡Una sublevación! (dijo de Arnage en tono desdeñoso.) Vamos: veo que hemos hecho bien en detenerte. Es preciso que nos entendamos, mi querida Rachel, sin tardanza, esta noche misma, y concluyamos de una vez.... Ya no es la primera vez que has manifestado conatos de insubordinación.... También el otro día.... Tú has olvidado la situación en que te hallas respecto á nosotros, y voy á recordártela.

—No, no; la sé, la sé,—dijo con aspecto sumiso y temblorosa voz.

—Si la supieras, no hablarías como acabas de hacerlo.... Es conveniente recordarte tu pasado, porque lo olvidas con demasiada frecuencia en el presente, y es necesario que estés convencida de que cualquier intento de insurrección sería inmediatamente reprimido.

—¡Vamos, amos míos!—dijo, dejándose caer sobre el sofá, mas con sus hermosos ojos azules muy abiertos y fijos en el Marqués, en Montbarán y en la señora de Fontenay.

—¿Tú te acuerdas (comenzó diciendo el Marqués, dirigiéndose á Rachel) en qué circuns-

tancias te encontré hace tres años? Tú llegabas de Italia. Habías perdido á tu padre y á tu madre. Te encontrabas sin dinero. ¿Qué digo sin dinero? Sin un sueldo, sin recursos de ninguna clase.... No conocías á nadie en París, adonde habías venido á hacer tu fortuna.

—Sí, quería ganarme la vida trabajando,—interrumpió Rachel.

—Sin duda; pero con tu natural indolente y perezoso, tus aficiones á gastar, habías comenzado por comerte en el camino y en Monte-Carlo, donde te detuviste para jugar á la ruleta, y después en París, los pocos billetes de Banco que traías de Italia.... En tu completa desnudez, sin recomendaciones de ningún género, ni relaciones de ninguna clase, no hubieras podido encontrar colocación alguna.

—Una colocación es posible; pero ya hubiera encontrado otros medios.

—No, no los hubieras encontrado. Tu juventud, tu belleza, estaban muy mal ataviadas.... En París se mira la ropa, la compostura, antes que el semblante.... Un cuerpo mal vestido pierde todo su mérito, sean cuales fueren sus formas y su hermosura. ¡Oh! Tú hubieras tenido amantes; pero ¿qué clase de amantes? Seguramente que no te hubieran enriquecido. Por el contrario, te hubieran condenado á la mayor obscuridad y pobreza...., ó, lo que os lo más probable,

te hubiesen arrojado entre el fango, entre los vicios más asquerosos.

—Tiene mucha razón (dijo la señora de Fontenay-sous-Roches). Yo también, como tú y por fortuna, no llegué á caer en esas últimas capas sociales, si en un principio no hubiere comenzado con buen pie. El comenzar bien, es el todo. Tú debes agradecersele al Marqués, que, comprendiéndolo..., te ha vestido, te ha alquilado una hermosa casa, y te da una pensión bastante... Y todo por tus lindos ojos...; es decir, por nada.

—¡Oh! ¡por nada!—dijo Rachel con acento de protesta.

—¡Ciertamente! ¿Te he hecho acaso la corte? (replicó de Arnage.) ¿Me he permitido nunca darte un beso, un apretón de manos?

—¡Oh! No hablo de eso; pero vos tenéis desde algún tiempo á esta parte ciertos proyectos respecto á mí. Me destináis un papel cerca de vos, á vuestro lado.

—Podéis rechazarlo ahora (observó Montbarrán), y el Marqués se quedará tan fresco.

—En efecto, chiquita (añadió la señora de Fontenay); ninguno de nosotros te ha impedido que seas honrada.

—Yo mismo te busqué (replicó de Arnage) una manera de vivir de las más decorosas, y que podía haberte conducido tal vez hasta el matri-

monio..., en una casa como la de la duquesa de X..., una señora conocida y apreciada de todo París. Pero apenas hubiste entrado, gracias á mi recomendación, en calidad de lectora y profesora de italiano, cuando le robaste los brillantes.

—¡Eso es falso! ¡Eso es falso! (gritó Rachel, poniéndose en pie de un salto.) ¡Yo no quería robarlos! Yo le hubiera devuelto todos sus aderezos..., pero su vista me había enloquecido, fascinado. No pude resistir al deseo de adornarme una noche, una sola noche; de presentarme cubierta de brillantes á aquel baile adonde vos me invitasteis..., no me explico para qué...

—Es posible, hija mía (dijo la señora de Fontenay, interrumpiéndola); pero la desgracia quiso que la duquesa de X..., que se encontraba de viaje, volviése antes de lo que tú esperabas. Se le ocurrió mirar sus estuches, y se encontró que no estaban donde los había dejado.... Se asustó, naturalmente; interrogó á su servidumbre..., y no tardó en saber que durante su ausencia habías entrado tú en su gabinete de tocador... Seguidamente se avisó á la prefectura de policía... Afortunadamente no te encontrabas en tu casa... Supiste que se te buscaba..., y tuviste la feliz idea de avisarnos, con fiarnos tu falta, y nosotros te salvamos. ¿Por qué medios? Es inútil que lo sepas. Únicamente, como

eres algo frágil de memoria, me permitirás que te recuerde una vez más que, si no hubiera sido por nosotros, serías hoy la más linda pensionista de la casa central de Clermont.... Conozco aquella mansión (añadió la señora de Fontenay), por haberla visitado...., acompañada de un perfecto amigo mío. ¡Ah! ¡si supieras qué vida llevan aquellas desgraciadas! El trabajo, siempre trabajando en aquellos inmensos talleres, con frío en el invierno, con calor en el verano, y el silencio.... Sí, está prohibido á las prisioneras que se dirijan la palabra.... ¡Cuidado si esto es duro para una mujer!.... Durante el día, un paseo de una hora, alrededor del jardín, por un corredor cubierto, y todas las detenidas obligadas á marchar una detrás de otra, sin volver la cabeza.... He aquí todas sus distracciones. Me equivocaba. Las hermanas que las vigilan y dirigen las suelen leer libros piadosos.... ¡Cómo te gustaría á ti, que deliras por las novelas! ¡Y el traje! En invierno una falda de lana gruesa, un jubón, un corset, unos escaarpines de orillo para andar por el interior, unos zuecos para cuando tienen que salir á los patios, y sobre la cabeza un pañuelo que las cubre por completo los cabellos. No se puede ver si aquellas pobres criaturas son rubias, morenas ó blancas. ¡Ah! Me olvidaba. Como los condenados, no tienen más nombre que un número cosido en un pedazo de tela de la

manga del brazo izquierdo. ¿Qué te parecen esas costumbres, querida, á ti, á quien ha perdido la coquetería?

Rachel continuó en silencio, dirigiendo miradas vagas á su alrededor. La señora de Fontenay, poseída de sus recuerdos y satisfecha de su elocuencia, continuó:

—¿Y la comida, hermosa mía, tú que eres casi tan glotona como coqueta?... Una sopa compuesta de pan y legumbres secas. Un potaje de lentejas con nabos.... Los jueves y domingos solamente caldo y setenta y cinco gramos de carne, ¡y qué carne! En cuanto al vino, no ha entrado jamás en ninguna casa de corrección. Así que, todas acaban por ponerse linfáticas. ¡Esto hubiera sido una lástima para una sangre tan hermosa como la tuya!.... Si por casualidad no se muestran conformes con este régimen, con aquellas distracciones, con aquel género de existencia, si reclaman ó se alborotan, la privación de cantina, la clausura en la celda...., y algunas veces el calabozo y la camisa de fuerza.... Ahí tienes, querida mía, el género de vida que te esperaba, y que te hemos evitado en ese hermoso establecimiento, en cuya fachada se leen estas palabras: *Casa central de fuerzas y corrección.*

XVI.

Cualquiera hubiera dicho que Rachel de Nicia comparecía ante un tribunal compuesto de un presidente y dos magistrados. Con la diferencia de que, contra los usos establecidos, los jueces la interrogaban por turno, y á ninguna de las preguntas que cada uno la dirigía se encargaba de ayudarla en las respuestas el defensor, de que carecía.

El presidente...., marqués de Arnage, había hecho el resumen de hechos: otro magistrado, el señor de Montbarán, había tomado parte al punto en la discusión, y en seguida la señora de Fontenay-sous-Roches, el otro magistrado, había hecho una terrible pintura de las faltas del acusado.

Acababa de detenerse, interrumpiendo un punto su discurso, cuando, sin suspender el juicio que se celebraba, el presidente Arnage dijo, dirigiéndose á Rachel:

—Tu vida, desde el día en que fué presentada una querrela criminal contra ti, no tiene la más pequeña relación ni el más pequeño parecido con la existencia en un presidio correccional de que hablábamos hace poco. Tú no has oído

hablar de jueces ni de policías, porque se te ha dejado perfectamente en paz. Nosotros hemos tenido, como habrás notado, la delicadeza de no dirigirte ni un reproche; nos hemos permitido darte algunos consejos, tales como que cambiases de nombre, por ser el tuyo muy conocido en casa de la duquesa de X.... y en la prefectura, por el de la señora de Nicia, ó bien por el de la condesa de Nicia, si te parecía mejor....; que te hicieras pasar por mujer extranjera, casada con un diplomático que ejerce su misión en lejanos países....; que te instalaras en habitación mejor que hasta entonces, más apropiada á tu nueva situación, y, por último, que encargaras de vestirte á una gran modista, capaz de darte distinción y aspecto que no te eran propios y de trocar á la pobre maestra de lengua italiana en elegante dama, que no careciera ni aun de extravagancias de buen gusto.

—La verdad es que todo eso no tenía nada de desagradable.

—Tanto menos desagradable (añadió Montbarán), cuanto que nos encargamos de todos tus gastos, y pagamos, sin dirigirte la más pequeña observación, los alquileres, cuentas y facturas que te vino en voluntad dirigirnos. ¿No es así?

—Cierto es.

—También reconocerás (manifestó el Mar-

qués) que nos hemos conducido con el desinterés más completo. Además, has añadido, y esta es la verdad en todas sus partes, que, por mí al menos, he sabido permanecer ante ti con la más completa discreción. Cosa es esta que no tiene mucho mérito, porque una mujer, la más hermosa de las mujeres, tú, por ejemplo, no significa nada para mí....; pero á Montbarán no le pasa lo mismo. Tal vez tu belleza no le ha sido siempre indiferente. ¿No es así, querido?

—¡Que no conteste!—dijo Prudencia de Fontenay con cierta autoridad.

Y luego añadió, volviéndose á Montbarán:

—Ernesto, te prohibo que contestes. No quiero conocer á fondo tus ideas; sólo quiero saber una cosa: que Raquel no ha sido nunca tu querida, porque os he vigilado mucho.

Montbarán no pudo reprimir un suspiro, cuya significación, afortunadamente para él, no pudo comprender Prudencia.

—Luego (dijo el Marqués), nada tenemos que echarnos en cara ni los unos ni los otros. ¿Qué quejas tienes de la señora de Fontenay? ¿Se le ha ocurrido jamás aconsejarte quiénes debían ser tus amantes? ¿Te ha dicho: prefiere éste á aquél, porque el uno es pobre y el otro rico, y podrá ayudarte, subvenir á tus gastos y disminuir ó evitar los nuestros, sustituyéndonos en esto algún día? ¡Jamás lo ha dicho! Has sido

libre para amar á quien te ha gustado y para hacer lo que te ha dado la gana.

—Excepción hecha (dijo Prudencia), de recibir á Ernesto de Montbarán, no estando yo delante. Y, francamente, es natural que me defienda, dada mi edad, contra ti, que eres una muchacha, como es natural que quiera conservar lo que poseo hace veinte años.... ¿No es así, Ernesto?

—Muy natural, querida,—contestó Montbarán, un tanto pesaroso de que se hablara de aquella especie de esclavitud moral á que estaba sometido.

El Marqués prosiguió en esta forma, dirigiéndose á Rachel:

—En cambio de nuestra discreción y de nuestro silencio tan razonables, de la completa libertad que te dejamos, de nuestros sacrificios para proporcionarte primero una subsistencia decorosa, después una vida de placer, casi de lujo, ¿qué hemos pedido de ti? Veamos. Cuando entraste en casa de la duquesa de X...., que nos pusieras al corriente de sus costumbres, de sus entradas y salidas, de su conducta, de todos los secretillos de su vida pública y privada. Queríamos saber cómo se llevaba con su marido, á quién recibía; si tenía preferencia por alguno de sus amigos; si coqueteaba con éste ó el otro; si su reputación de virtud era cierta ó innere-

cida, porque tuviera alguna aventura ignorada de todo el mundo, y que tu perspicacia femenina adivinara todo esto tan pronto entraras en su casa ó hicierais algo de vida común.

—Sí, me habéis convertido en una espía,— exclamó Rachel.

La palabreja excitó los nervios de la señora de Fontenay-sous-Roches, ofendiendo su delicadeza.

—En todo caso (dijo), el papel que desempeñabas era mejor que el que hubieras hecho en otro caso. Yo, en tu lugar, hubiera preferido quedarme en espía, como tú dices, mejor que hacerse una....

El marqués de Arnage la interrumpió. No era hombre partidario de las frases inútiles ni de las palabrotas. Con aquella calma, aquella sangre fría que no había perdido con los años, dijo á Rachel:

—Nos das, hija mía, una nueva prueba de tu ingratitud, reprochándonos por habernos valido de ti para conocer la vida y milagros de la Duquesa...., que, eso sí, nos la has contado con pelos y señales; te repito por ello las gracias....; pero reconocerás que nos costó trabajo salvarte de comparecer ante un tribunal. En fin, adelante: prosigamos....

—Y sobre todo (dijo Montbarán), procurad no interrumpir.

Sin duda que esto, dicho con alguna dureza, no tenía otro objeto que el de agradar á la señora de Fontenay, demostrando que ningún interés le llevaba hacia Raquel.

—El segundo servicio que exigimos de ti (continuó el Marqués), y podemos irlos contando, porque no han sido muchos, fué que aceptaras la visita de un hombre de buen tono que tú conocías, que no te desagradaba, y á quien tú parecías muy bien; que le admitieras en el seno de la intimidad; que le dejaras entusiasmarse, conservando tú la serenidad para que él la perdiese, y cuando la hubiera perdido, cosa que no podía menos de suceder, hacer lo que te viniera en voluntad, según se te antojara y te conviniese. En una palabra: enloquecerle primero con la resistencia, ó enervarle después con la felicidad de la victoria, del triunfo, del placer satisfecho. ¿No es así? ¿No fué eso lo que exigí de ti?

—No es eso todo (contestó Rachel). Mi deber era, según vuestras instrucciones, conducirme de tal suerte, que el sujeto en cuestión, hombre casado, me escribiera cartas que le comprometieran.

—Bueno, ¿y qué? (interrumpió la Fontenay); toda mujer que es amada, da y recibe cartas....: yo las tengo por cientos.

—Pero os las habéis guardado (replicó con

viveza Rachel); nadie os ha obligado á entregarlas á una tercera persona. Y yo tengo tres terceros....: vos, señora, el marqués de Arnage y el señor de Montbarán.

—Bien: ¿qué cosa más natural? (contestó la señora de Fontenay.) No debías tener secretos para nosotros, tus mejores amigos, tus protectores; ¡y qué protectores! Busca alguien que se nos parezca.... Has recibido cartas, nos las has dado á leer, como debías hacerlo, y nosotros no nos hemos acordado de devolvértelas: esto es todo.

El marqués de Arnage, que se había levantado, murmuró:

—Acabemos.

Y acercándose á Raquel, la dijo, mirándola fijamente:

—Tus palabras y tu actitud, desde hace una hora, demuestran á las claras que no te das cuenta exacta de tu situación; no de tu situación con respecto á nosotros, que he tratado de hacerte comprender, y que creo habrás comprendido. Se trata de la duquesa de X.... y de la justicia ordinaria. Hace algún tiempo, y de ahí vienen todas tus insubordinaciones y resistencias, estás echando cuentas galanas, y juzgas que no tienes nada que temer, porque la querrela criminal interpuesta contra ti fué retirada. Este es tu error; esa especie de querellas no

tienen más remedio que tramitarse, prosperen ó no. La Duquesa lo que consiguió, merced á sus relaciones, fué que el tribunal no desplegara gran actividad en las averiguaciones, y dejara dormir el asunto para sobreeserlo provisionalmente. Pero bastaría una palabra, una sola, para volver á abrir la causa, y no dudo que la policía, á pesar del cambio experimentado en tus hábitos y costumbres, en tu nombre y en tu figura, te reconocería con facilidad, é irías á dar bonitamente con tu cuerpo en la cárcel. La palabra fatal se encargaría de pronunciarla la Duquesa, y nosotros no lo impediríamos; lo que no podría menos de producirle el placer de vengarse de tu doble traición, y de volver á ver sus diamantes que tú te permitiste guardar.

—Yo quise restituirlos (dijo Rachel); pero me lo prohibisteis vosotros.

—Claro; si los hubieras restituído desde el primer momento, los jueces se hubieran mostrado más indulgentes para ti, y nosotros no te habiéramos tenido tan sujeta. Ya ves que jugamos á cartas vistas. Pues bien: has acabado por creer que los brillantes son tuyos, y los usas cuando te parece; ya ves: la aguja que llevas en el pelo y los brazaletes que tienes puestos, forman parte de la colección. Si ahora, acometida de pronto por los remordimientos ó con el deseo de escapártelos, restituyeses lo robado, la restitución sería tar-

día y no te salvaría de la pena correccional. ¿Has comprendido, verdad? Pues no hablemos más; perdona que te haya molestado tanto tiempo. Ahora puedes, si te conviene, marcharte á tu cuarto, porque nada más tenemos que decirte.

XVII.

Obedeciendo á un gesto del marqués de Arnage, la señora de Fontenay había seguido á Rachel á su cuarto. Á los pocos momentos entró, diciendo:

—El pájaro está en el nido, es decir, en la cama. He temido que se le antojara volar por aquí, y sorprender en el revoloteo lo que no le importa saber. De modo que he echado la llave á la jaula.

—Tanto mejor hecho, cuanto que deseo que hablemos formalmente. Es preciso que examinemos nuestras respectivas posiciones, como he examinado la de Raquel relativamente á nosotros.

—¿Para qué? (observó Montbarán.) ¿No las conocemos ya?

—Acaso; pero conviene que no se nos escapen ciertos detalles esenciales para el desarrollo de la acción en nuestro drama.

—¡Nuestro drama, nuestro drama! ¿Cuándo vais á renunciar á valeros de esas frases?

—Nunca, amigo mío; soy fiel á mis costumbres. Hace veinte años que una noche, á las tres de la madrugada, como ahora, en uno de los salones del Café Inglés, os presenté al señor de Beuvret y á vos cierto plan, bajo la forma de argumento de una obra dramática que debíamos escribir en colaboración. Esto permitía que si uno de mis oyentes se indignaba al comprender mi verdadero pensamiento, protestara yo, y le hiciese presente que no se trataba más que de un drama. Ahora mismo, querido Montbarán, podría afirmar que sólo desenvolví á vuestros ojos el argumento de un melodrama ó de un drama de los apodados judiciales, y que juzgasteis ambos que era mejor vivir el drama que escribirlo, y representarlo que hacerlo representar.

—Olvidáis (repuso Montbarán) que procurasteis el vestuario de la obra, toda vez que fuisteis al Temple para adquirir la maleta, y comprar las ropas que debía usar Beuvret, ó, mejor dicho, Antonio Guiraud.

—¡Bah! Eso es un detalle insignificante, una complicidad muy discentible y acaso imaginada por vos, para descargar un tanto la conciencia.

—De estar tan tranquilo, no hubieseis aceptado la asociación que luego os propuse.

—Perdonad.... Lo hice, la acepté, porque me

día y no te salvaría de la pena correccional. ¿Has comprendido, verdad? Pues no hablemos más; perdona que te haya molestado tanto tiempo. Ahora puedes, si te conviene, marcharte á tu cuarto, porque nada más tenemos que decirte.

XVII.

Obedeciendo á un gesto del marqués de Arnage, la señora de Fontenay había seguido á Rachel á su cuarto. Á los pocos momentos entró, diciendo:

—El pájaro está en el nido, es decir, en la cama. He temido que se le antojara volar por aquí, y sorprender en el revoloteo lo que no le importa saber. De modo que he echado la llave á la jaula.

—Tanto mejor hecho, cuanto que deseo que hablemos formalmente. Es preciso que examinemos nuestras respectivas posiciones, como he examinado la de Raquel relativamente á nosotros.

—¿Para qué? (observó Montbarán.) ¿No las conocemos ya?

—Acaso; pero conviene que no se nos escapen ciertos detalles esenciales para el desarrollo de la acción en nuestro drama.

—¡Nuestro drama, nuestro drama! ¿Cuándo vais á renunciar á valeros de esas frases?

—Nunca, amigo mío; soy fiel á mis costumbres. Hace veinte años que una noche, á las tres de la madrugada, como ahora, en uno de los salones del Café Inglés, os presenté al señor de Beuvret y á vos cierto plan, bajo la forma de argumento de una obra dramática que debíamos escribir en colaboración. Esto permitía que si uno de mis oyentes se indignaba al comprender mi verdadero pensamiento, protestara yo, y le hiciese presente que no se trataba más que de un drama. Ahora mismo, querido Montbarán, podría afirmar que sólo desenvolví á vuestros ojos el argumento de un melodrama ó de un drama de los apodados judiciales, y que juzgasteis ambos que era mejor vivir el drama que escribirlo, y representarlo que hacerlo representar.

—Olvidáis (repuso Montbarán) que procurasteis el vestuario de la obra, toda vez que fuisteis al Temple para adquirir la maleta, y comprar las ropas que debía usar Beuvret, ó, mejor dicho, Antonio Guiraud.

—¡Bah! Eso es un detalle insignificante, una complicidad muy disintilible y acaso imaginada por vos, para descargar un tanto la conciencia.

—De estar tan tranquilo, no hubieseis aceptado la asociación que luego os propuse.

—Perdonad.... Lo hice, la acepté, porque me

pareció provechosa. En resumidas cuentas no era más que mi plan, una idea exclusivamente mía, que vos os encargabais de pedirme que pusiera en práctica. Estaba aquella idea definida en tres palabras, en el título ó razón social que pretendía yo darle: *Las corbatas blancas*, ¡las corbatas blancas!; es decir, los hombres de buena sociedad asociados para poner en hechos las ideas, llenar un fin, y no admitir entre ellos sino á personas de su altura social, trabajando por sí y para sí....: encargarse de representar un papel, que, como está dentro de sus costumbres, lo desempeñan con soltura, porque lo han estudiado á conciencia, cosa en que no puede reemplazarle ningún otro actor que no estuviese á la altura del papel. Claro es, que *actores* de esta especie no se comprometen nunca con los inferiores, que pudieran, por envidia, hacerles traición tarde ó temprano, no por la voluntad, sino porque lo bajo de su condición haría despertar sospechas en la autoridad. Los agentes de ésta, por buenos que sean, cuando se trata de perseguir á un criminal, corren que se las pelan por las calles y plazas, concurren á los cafés, á los espectáculos, á las casas de pupilos, á todos los escondrijos del vicio, pero jamás les viene á las mientes la idea de subir á los grandes salones, á los casinos ni á otros sitios tales, donde acaso pudieran tropezar con el

delincuente. No ignora la policía que, á ser más rica, á no estar perpetuamente reduciéndose su presupuesto, podría crear otra clase de inspectores, compuesta de hombres aptos, de distinguidos modales, reclutados con suma facilidad entre los arruinados por su gusto y los tronados de todas clases.... Mientras la policía establece este nuevo servicio, que no será muy pronto, *las corbatas blancas*, como nosotros, en tanto que la usemos sin una mancha que perjudique á su blancura, no corremos ningún peligro.

Prudencia de Fontenay, como todos los que hablan mucho y gozan hablando, no podía escuchar mucho tiempo seguido. Toda oración larga la aburría, por la especie de competencia que resultaba á su afición. Por esto tomó la palabra de este modo:

—Está bien, Marqués; pero creo que habéis anunciado que.... Podéis serviros exponerlo.

—Quería (dijo el Marqués) hacer un resumen de nuestra vida y de los hechos que se han sucedido desde que nos conocemos, al modo que el que escribe una novela recuerda á veces los hechos anteriores para que el lector comprenda mejor los que han de sobrevenir. Os ruego, Montarán, que perdonéis esta nueva comparación, y paso á considerar lo ocurrido en los días inmediatamente subsiguientes á la muerte de la señora viuda Le Forestier.

—¿Y por qué hablar de aquello?—dijo la Fontenay.

—Para acabar hablando de vos, querida (repuso el Marqués), que es un delicioso asunto de conversación. Eráis por entonces vendedora de abanicos, establecida en la Chaussée-d'Antin, y en cierta trastienda, elegantemente puesta, recibíais, por capricho de entretener el tiempo, á vuestros numerosos amigos, entre los cuales se contaba Montbarán. Una señorita de aquellas se dejó escapar ciertas frases, y un día el Jefe de seguridad del distrito se presentó en vuestra casa, y descubrió el misterioso asilo, que no tenía nada de lo reglamentario. En consecuencia de aquellas cosas, os visteis obligada, á cambio de la discreción del funcionario, á prometerle una eficaz ayuda para encontrar al que habíais tenido la imprudencia de apodar el Caballero de los ojos de gato.

—¡Dios mío, cuánto tiempo hace de eso!—dijo la señora de Fontenay.

—Recuerdos de la juventud que creo agradeceréis os traiga á la memoria. Al cabo de algunos días de pesquisas, hallásteis á vuestro amigo en los Campos Elíseos. Iba en un soberbio carruaje, con un gabán de pieles y con un buen tabaco en la boca. Yo le había aconsejado que no alterara en nada sus costumbres, persuadido como estaba de que era el único medio de evitar

sospechas... No podía adivinar yo que visitaba abaniqueras, que éstas habían sorprendido en la obscuridad el brillo de sus miradas, que esa misma circunstancia había sido observada y señalada á la justicia por el hijo de la víctima, y que andaba buscando, no al señor de Montbarán, cuyo nombre continúa siéndole desconocido, sino al individuo de los malos ojos, como decía el niño... Algún tiempo después fué cuando los periódicos, siempre indiscretos, dieron todos los detalles. Yo los ignoraba todavía.

—Nosotros los supimos mucho tiempo después, y...

—Permitidme; llegaré hasta el fin, si me lo permitís. Vos estabais en carruaje, bella señora, cuando os cruzasteis con ese querido amigo. Disteis inmediatamente á vuestro cochero la orden de regresar y seguir á un cupé que le indicasteis. El cochero obedeció; Montbarán entró en su casa sin desconfianza. Vos sabíais de antemano sus señas y su verdadero nombre, el cual os había ocultado cuando se lo pedisteis.

—¡Oh! No me gusta andar con tantos rodeos (dijo con cierta impaciencia la señora de Fontenay). Ernesto me gustó, le encontré original..., ¿cómo diré?..., voluptuosa... su mirada..., que asustaba á las demás; por lo tanto, me decidí á aceptar su trato.

—Muy bien, querida; porque él estaría segu-

ramente muy comprometido, si vos hubieseis hablado. Se le presentó al niño, para que lo reconociera, y yo creo firmemente que Beuvret y yo, no obstante todas nuestras precauciones, hubiéramos corrido sin duda gran peligro.... Por parte de Beuvret, que se ha portado mal, me es indiferente; pero por lo que á mí corresponde, os lo agradezco.

La señora de Fontenay se inclinó.

—Entre tanto, mi querida amiga, y una vez pagada esta deuda de gratitud, permitidme os diga que vuestro silencio no ha sido enteramente desinteresado. Vos comprendisteis que erais poseedora de un secreto de verdadera importancia, que no se trataba de encontrar á un criminal vulgar, sino á un criminal á la alta escuela. Por aquellos días se habló mucho del suceso del boulevard Haussmann. Vos os dijisteis tal vez: mi hombre está mezclado en el asunto. Y con una extraordinaria habilidad, no prometiendo ser discreta sino á cambio de una franqueza absoluta, obtuvisteis á la larga una confesión terminante.

—Y bien; ¿no me la he reservado?—preguntó la señora de Fontenay.

—Sí, y la habéis aprovechado también.

—¿Cómo?

—De todas maneras. Montbarán es vuestro esclavo desde hace veinte años. Aquel enamo-

rado impenitente, que andaba siempre en pos de mujeres nuevas, se contenta ahora con una sola.

—Supongo que no ha perdido nada en ello.

—En algún tiempo sí; pero ahora, francamente, querida,—dijo mirándola cara á cara....

—¿Qué! ¿vais á insultarme?

—No por cierto; lo único que me propongo es aconsejaros que deis un poco de libertad á vuestro esclavo, porque podría si no rebelarse, y nuestra asociación quedaría deshecha.

—¿La encontraréis muy buena, según eso?

—¿Pues y vos, que de abaniquera os veis convertida en la señora de Fontenay, mujer que tiene grandes trenes, lujosos trajes, un salón concurridísimo y la satisfacción de todos sus caprichos?... Á nosotros nos debéis todo eso, amiga mía; ó, mejor dicho, á mí, que después de haber perdido al juego mis seiscientos mil francos de participación en el negocio, procuré enriquecerme y enriqueceros por caminos menos peligrosos que el que primeramente seguimos. Verdad es que la idea me la disteis vos; pero yo la acepté, convirtiendo á las corbatas blancas en timadores por todo lo alto.

XVIII.

Entre tanto que el Marqués de Arnage hablaba, la señora de Fontenay no quería interrumpirle ni hacerle advertencia alguna, no obstante extenderse demasiado al relatar lo pasado. ¡El pasado! ¿A qué volver sobre él? Lo hecho, hecho estaba.... El día en que el legislador creyó deber introducir en el Código la prescripción en materia criminal, aseguró la impunidad de ciertos malhechores, y hasta disminuyó sus remordimientos. Ellos, en cambio, se habían dicho: si la justicia renuncia á juzgarnos, se muestra indulgente con nosotros, y no piensa ya en nuestro crimen, nosotros no debemos pensar tampoco; alejémosle para siempre de nuestro pensamiento, como lo hace la justicia; desinteresémonos como ella se desinteresa; gocemos las dulzuras de la prescripción moral, como gozamos las ventajas de la prescripción legal.... Pero no era del crimen pasado y olvidado tanto tiempo ha del que hablaba el marqués de Arnage. Refería á sus cómplices crímenes ó delitos que su imaginación extraviada, corrompida, pero fecunda todavía, había concebido y ejecutado en los últimos

años. Gracias á sus invenciones, todos habían disfrutado los goces de una vida de libertinaje y de lujo. Tratábase ahora de hacer continuar estos goces, llevando á término las concepciones nuevas que escuchaban.

—¿La asociación (preguntó) que fundamos bajo el título *Las corbatas blancas*, con el fin de explotar los errores, las faltas ó los crímenes de nuestros semejantes, prospera? ¿Tiene porvenir? ¿Nos da por ahora rendimientos? He aquí lo que debemos examinar; pero como Director de la sociedad, quiero desde el principio decir su origen y su historia. Figuraos que sois accionistas del consejo de vigilancia, y escuchadme.

—Por mi parte, no perderé una palabra de cuanto digáis.

—Pues yo (añadió Montbarán), os escucho religiosamente, como siempre.

—La principal idea de nuestra asociación (continuó diciendo el Marqués) se funda, como ya he dicho, en *cantar claro*. ¿Qué es *cantar claro*? Obtener aquello que deseamos, ya sea dinero, favor ó cualquiera otro servicio, valiéndose para ello de la amenaza de revelar algún hecho escandaloso. El Código no ha previsto este hecho, ó, por lo menos, no lo ha definido de un modo preciso, y con frecuencia se escapa á la acción de la ley. Por lo tanto, y por ahora, se puede poner en práctica sin temor de ningún

género; tal vez con el tiempo será objeto de alguna ley que acabará por reprimirlo. Cuando dicha ley se promulgue, nuestra sociedad debe disolverse; pero, por fortuna, todavía no ha llegado ese caso.

—¡Oh, no!—dijo la señora de Fontenay, sin duda para atestiguar que escuchaba con atención.

El Director de la sociedad *Las corbatas blancas*, continuó en estos términos:

—¿Sobre quién debe ejercitarse más eficazmente la acción de *cantar claro*? ¿Sobre la clase media? No, porque apenas se sacaría para vivir. Por otra parte, esa clase no tiene más que algo de miedo al escándalo. Además, los estatutos de nuestra sociedad, de los cuales soy fiel guardador, nos prohíben comprometernos con gentes de poco.... No debemos pensar más que en el gran mundo, en lo mejor. ¡El gran mundo! Sea; estudiémosle, escudriñémosle. Por una parte, hombres de honor, mujeres virtuosas.... Nada, nada con estas gentes. Por otro lado, hombres un poco comprometidos, mujeres en las que la virtud no es más que á medias, pero á las que se tolera, sin embargo, unas veces por su fortuna, otras por su nombre, muchas por costumbre, y más que nada por el temor que inspiran.... Nada tenemos que ver con éstos. Como no tienen gran cosa que perder y son muy hábi-

les, no suelen dejarse intimidar. Quédannos todavía aquellos que pasando por verdaderamente honrados, no lo son, y las mujeres cuya reputación no ha sido nunca atacada, y que carecen de ella sin embargo.

—Y que son, en verdad, numerosos,—dijo la señora de Fontenay.

El marqués de Arnage no hizo caso de la observación, y continuó diciendo:

—Nuestra sociedad se ha impuesto la misión de quitar la máscara á estos hombres honrados y á esas mujeres virtuosas. Misión delicada y con frecuencia peligrosa de cumplir. En lugar de cantar, se torna á veces en perjuicio de los mismos cantores. Hasta ahora nada de esto nos ha sucedido. Mi relación no señala ningún accidente desgraciado....: en cambio hemos obtenido muchos éxitos felices.... Ese gran señor extranjero que todo París conoce, saluda y respeta, nosotros lo hemos desenmascarado, conocemos sus costumbres impenetrables, y aunque cambiase de pronto, nos pagaría su rescate. Este otro, francés, un parisién al que podíamos perder si divulgásemos sus vicios, que oculta con tanto cuidado y que sólo nosotros hemos descubierto. Nosotros nos callamos, y él desembolsa su dinero. El tercero, un hombre serio, bastante bien considerado, de posición elevada, casado, padre de familia, tiene tres casas distintas. En cada una

de ellas se le cree soltero, y se le conoce bajo un nombre distinto. Mientras que él no se olvide de nuestras rentas, su vida por partida cuádruple no será turbada, y su reputación de buen marido y de perfecto amante seguirá intacta. Este último ha entrampado en el juego. Sorprendido *in fraganti* delito, amenazado de ser denunciado inmediatamente, perdió la cabeza, y se decidió á hacer confesiones por escrito...., y estas confesiones le cuestan caras. He aquí, si no me equivoco, los mejores tributarios que en estos momentos tiene nuestra sociedad. Decidme si olvido alguno.

—Ninguno,—dijo sencillamente Montbarán, con el tono de un accionista que adiciona sus dividendos.

—Tenemos también las mujeres,—añadió la señora de Fontenay.

—Entendido (replicó de Arnage); ya llegaremos; este es el mejor capital de la sociedad. Primera: linda rubia, los ojos azules elevados al cielo, una cabeza de ángel, sonrisa divina. Su marido cree en ella como los españoles en la Virgen. Él es un joven encantador, elegante, distinguido, y ella le engaña con un *book maker*, ordinario en sus modales y en su lenguaje, y que no tiene nada de joven. Hemos penetrado en el misterio; pero nuestra discreción es completa...., y ella pone precio. Pasemos á otras. La señora A, la baronesa B, la deliciosa señorita D...., sor-

prendida por nosotros en una bonita casa de la calle de la Arcada la víspera de un matrimonio que debía darle una fortuna considerable. No se ha casado, ni mucho menos; pero nosotros no hubiéramos querido causarle ningún perjuicio. Sin embargo, tenemos todavía, y siempre por escrito, la confesión de su falta, y con tal documento.... Llegamos á la duquesa de X....

—Esa bien vale la pena,—dijo la señora de Fontenay.

—Tú la conoces aún mejor que nosotros, mi querida Prudencia (dijo Montbarán); hablemos de ella mientras descansa el Marqués. Esta larga reseña que nos ha hecho ha debido fatigarle.

Sin responder una palabra, de Arnage se dejó caer en su diván, mientras que Prudencia de Fontenay, aprovechando la invitación de Montbarán, se expresaba de este modo:

—Yo había encontrado muchas veces á la bella Duquesa en el Bosque, en la Ópera y en los *salons* de la Comedia francesa, á los que no faltó nunca, y allí se hacen bien estas observaciones teniendo un buen lente. La Duquesa se encontraba siempre festejada, rodeada y obsequiada por una turba de adoradores. Tomé mis notas; se me había dicho que era un armiño para la virtud, y su marido un oso feroz, que la estrangularía á la menor sospecha.... Vamos con tiento. Si cayese, ¡qué triunfo para *las corbatas*

blancas! Un día, merced á mis frecuentes recepciones, á mis magníficas *soirées*, que me ponían en relación con todo el *demi-monde* masculino, supé por uno de ellos que la Duquesa buscaba una profesora de italiano. Entonces me dije: Rachel, á quien no hemos lanzado todavía al mundo, y que permanece desconocida en el apartado retiro donde la colocamos, habla el italiano tan bien como el francés, y ninguna puede encargarse de este negocio mejor que ella. Dicho y hecho. La recomendé eficazmente á mi amigo, quien lo hizo del mismo modo con la Duquesa. Supo agradar, entró á desempeñar su cometido, y descubrió, por fin, lo que nadie hubiera podido sospechar. Unos amores clandestinos, de los cuales me dió parte al momento, arrancándola con no poco trabajo sus confidencias, porque esta niña tiene á veces escrúpulos inexplicables.

—¡Yo la enmendaré! (dijo de Arnage.) Á pesar de que creo que mi lección de esta noche le habrá aprovechado bastante.

—Me puse acto continuo en campaña (continuó la señora de Fontenay), y logré por fin descubrir el nido encantador donde, en un retirado cuartel de París, la Duquesa ocultaba sus debilidades. Á fuerza de destreza y astucia logré penetrar en el apartado nido y hacerme dueña de toda una correspondencia amorosa que el afortunado amante no había tenido valor para quemar, y

que creyó más segura estando oculta en aquel asilo ignorado de todos, que en su habitación. Con aquellas cartas, todas pruebas de estos amores ya antiguos, nos hemos hecho dueños de la Duquesa. Ahora, dispensad una expresión vulgar, «hemos matado dos pájaros de un solo tiro». Por un lado comprometemos á Rachel para tenerla bien sujeta, y hacer que permanezca bajo nuestra completa dependencia, logrando por este medio reembolsar cuanto habíamos desembolsado. La idea que inculqué en su espíritu de ataviarse una noche con los diamantes de la Duquesa, germinó, creció en ella, y al fin se decidió. Se creyó que los había robado, cuando no había hecho más que tomarlos prestados. Se la fué á detener...; pero por otro lado yo había hecho mis gestiones cerca de la Duquesa. La hice saber que tenemos armas poderosas contra ella. La Duquesa tuvo miedo de perder á su amante y miedo á la vez de su marido, y el temor la hizo pasar por cuanto queríamos, y más tarde pasará por cuanto queramos. He aquí la historia. ¿Está bien contada?

—¡Á las mil maravillas!—dijo Montbarán, que tenía mucho por que ser perdonado.

De Arnage, de pie y delante de la chimenea, dijo:

—El inventario de la sociedad está hecho. Tenemos presente en la imaginación su historia

hasta el día; todo su pasado. Ocupémonos ahora de su porvenir.

XIX.

Prudencia de Fontenay, acostumbrada desde hacía mucho tiempo á aquellas largas veladas, en las que se discutía hasta la mañana los intereses de la sociedad de *Las corbatas blancas*, tenía siempre la costumbre de dejar colocado sobre una mesa, en un rincón del salón, todo lo necesario para tomar el té. Aquella noche, viendo que la discusión se prolongaba, puso ella misma el fuego á la lámpara de espíritu de vino, hizo hervir el agua, y ofreció al marqués de Arnage una taza de te, al mismo tiempo que, con acento dulce, le dijo:

—Nos habéis prometido, querido Marqués, hablarnos acerca del porvenir de nuestra sociedad.

—Ese porvenir (contestó de Arnage, que había tenido tiempo de reflexionar mientras que la señora de Fontenay llenaba sus deberes de dueña de casa) puede ser más brillante que lo ha sido jamás, si, en lugar de explotar solamente, como hemos hecho hasta aquí, á los corrompidos, á los viciosos, á las gentes que faltan

á su honor y á las mujeres culpables, somos bastante hábiles, nos sentimos bastante fuertes para atacar á los verdaderos criminales.

—¿Á los verdaderos criminales? ¿Eso sería productivo?—preguntó con candidez la señora de Fontenay.

—Me extraña, querida amiga (dijo el Marqués con acento firme), que me hagáis vos semejante pregunta. Nadie lo sabe mejor que vos, que ha podido vivir largo tiempo...., y vivir bien...., á expensas de un hombre que, en una hora de arrebató y de locura, tuvo la desgracia... de matar á uno de sus semejantes.... Suponed que vos os hubierais dicho.... «Montbarán no labra mi felicidad.... Puesto que ya he renunciado á él, ¿por qué no he de explotar á uno de esos muchos criminales que siempre logran escapar á todas las asechanzas de la justicia?» Hoy sería colosal vuestra fortuna.

—¿Lo creéis así?

—Seguramente. Se comete un crimen. Seguidamente los noticieros de los periódicos entran en campaña, mucho antes que la policía y la justicia. Con frecuencia suelen estar mejor enterados que los mismos autores. Un antiguo Jefe de seguridad, el señor Macé, reconoce esto mismo. Y se comprende: ellos se entremeten, preguntan, y se hacen simpáticos. Hacen, como suele decirse, causa común con los agraviados,

y se dejan llevar de la corriente. Los magistrados, por el contrario, imponen, intimidan, acobardan; se comprende que concluyan por inspirar temor hasta á los más honrados. Temen que se les confunda con los criminales, se les acuse y se les detenga.

»Bien reconstruido el crimen, se reflexiona, se pesan uno por uno todos los detalles, y se procura formarse una opinión absolutamente contraria á la de la justicia.... Y es claro: alguna vez se acierta, puesto que al encontrar señal de que se sigue una pista falsa, es necesario tomar otra.... La mayor parte de las veces se engaña uno, lo confieso; esas pesquisas, esa especie de proceso íntimo, no obtendrán mejores resultados que el proceso oficial.... Pero si por casualidad no se equivoca uno, si se da con el verdadero delincuente, se le dice: «Hijo mío, partamos las ganancias, ó hago que te prendan. Dame la mitad, ó te quedas sin nada. Recompénsame las fatigas que he pasado para encontrarte y mi gran habilidad, ó te llevo á presidio, y acaso al cadalso». Un discurso así tiene probabilidades de buen resultado, y eso es lo que yo llamaré el gran timo.... ¿No sois los dos de mi opinión?

—No del todo (dijo Montbarán); la mayor parte de los ladrones se escapa; pero es difícil que la justicia no encuentre al autor de un asesinato algo notable.

—¡Oh! ¡Oh! (contestó el marqués de Arnagè.) Mal momento escogéis para hablar así.... Difícilmente se os creerá.

—Es cierto; pero no todos los crímenes se aprovechan. Se asesina por celos, por venganzas.... Y en esos casos, ¿qué participación podemos esperar?

—¡Qué niño sois para vuestra edad, querido! Felizmente estoy yo aquí, y puedo guiaros. ¿Por qué no ha de ser rico, muy rico, un hombre que se vengue?... Si adivináis su secreto, os vais á él, y le decís: «¿Tenéis empeño en ser denunciado á la policía? ¿en que ella se mezcle en vuestra vida, y en que se vea precisada á dictar un auto de prisión, como hará de seguro si le damos vuestro nombre? No, ¿no es verdad? Pues entonces, ¿qué nos dais á cambio de nuestra discreción?

—Bueno; pero si el hombre de quien se trata es un hombre valiente y resuelto, que, en vez de confesar, echa mano á su revólver y nos quita de en medio á vos ó á mí....

—Por eso es necesario ponerle enfrente otro valiente como él,—respondió el Marqués.

—Pero no le tenemos (dijo la señora de Fontenay); hasta ahora siempre hemos obrado nosotros mismos.

—Eso es precisamente lo que no debemos hacer en adelante. Concluiremos por no compro-

meternos en nada, para no quemarnos al jugar con el fuego..... Además, que para las nuevas operaciones que medito, nosotros no servimos.... Respecto á mí, únicamente lo que puede servir es la cabeza. En cuanto á Montbarán, por más que tenga pretensiones todavía, me permito dudar de su vigor. No nos hagamos ilusiones, amigo mío. Los años no se pasan en balde.

—¡Pero si no tenemos á nadie!—exclamó Prudencia.

—¿Y el joven de esta noche?

—¿Roberto du Chatel?

—Sí. ¿No pensáis afiliarlo á nuestra sociedad? Habéis tenido bastante habilidad para traerlo á vuestro terreno. Se halla dispuesto á complaceros. Lo he estado observando; es joven, robusto, y en su mirada se deja adivinar el valor. Desconoce la vida, y se deja guiar por cualquiera. Además, es pobre, según me habéis dicho, y desea hacer fortuna. Esto es una gran ventaja.

—Querido Marqués (dijo Prudencia); os apresuráis mucho. Primero que yo consiga que ese joven se conforme á prestarnos su concurso....

—¡Bah! Os olvidáis de la hermosa Rachel.... En toda la noche ha dejado de mirarla. ¡Debe haberle producido indudablemente gran sensación! Lanzadla sobre él con habilidad, como sabéis hacerlo; enseñadle á la joven la lección.

Esta obedecerá seguramente. Antes de un mes, vuestro Roberto habrá perdido la cabeza, y obedecerá ciegamente á Rachel; es decir, nos obedecerá á nosotros.

—Si no le pedimos algo demasiado extraordinario.

—Podremos pedirle cuanto se nos antoje, porque sabremos comprometerlo, perderlo, como hemos comprometido y perdido á Rachel.

—Si se deja perder.

—Sí se dejará.... Por lo demás, amiga mía, y vos también, Montbarán, fijaos bien en mis palabras: Si queréis que continúen nuestras operaciones y que acrezcan en importancia, buscadme un auxiliar, un colaborador joven y robusto....: ese ú otro...., porque os advierto que si no lo encuentro, no sólo peligrará la asociación de *Las corbatas blancas*, sino que nosotros personalmente nos encontramos muy amenazados.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntaron á la vez la señora de Fontenay y Montbarán.

—Pues quiere decir que corremos serios peligros.

—¿Cuáles?

—Armando Le Forestier vuelve á entrar en campaña; continúa buscándonos; lo sé de seguro, lo veo, lo presento.... No olvidéis que ha jurado vengar á su madre, que es tenaz y resuelto, y que dispone de recursos inmensos. El

año pasado llegó hasta á ofrecer cien mil francos á uno que ha sido polizonte, para que le ayudase en sus pesquisas. El polizonte, que me conoce, porque tengo amigos hasta en el infierno, vino á pedirme que lo presentara en algunos círculos de París, para estudiar las fisionomías y establecer una especie de vigilancia.... Yo mismo le acompañé por todas partes.... Armando Le Forestier no se cansa, no se cansará jamás; os lo aseguro, y á fuerza de perseverancia y de tenacidad puede llegar á conseguir su objeto.

—¿Y la prescripción? —dijo Montbarán.

—Nos protege, desde el punto de vista legal; pero no nos protege contra él. Nos salva de ir á presidio, pero no nos salva de una puñalada.

—¿Creéis que?....

—Creo que os mataría como á un perro, querido Montbarán, si supiese que sois el asesino de su madre.

—¿Y vos?

—¡Yo! Yo prefiero, á pesar de mi inocencia, no exponerme á sus furores, y precisamente por eso necesito un aliado, un defensor joven, vigoroso, valiente y leal por necesidad.

—¿Cómo podrá defendernos?

—Atacando, que es la mejor manera, y librándonos de nuestro encarnizado enemigo.

—¿Queréis que lo mate?

—Para que él no nos mate á nosotros....: ¡pues es claro!

—¡Un crimen! No lo consentiré, — exclamó Prudencia asustada.

—¿Quién os habla de crímenes? Un duelo afortunado puede bastar.... Vaya, concluyamos, que son las cinco de la mañana, y es hora de que cada mochuelo se retire á su olivo. Meditad sobre lo que acabo de decir; pronto volveremos á vernos, y no olvidéis, sobre todo, á Armando Le Forestier. Os aseguro que es peligroso. Y bien sabéis que no soy de los que se asustan por cualquier cosa.

XX.

Mientras los cómplices que el señor de Beuvret tuvo en otros tiempos tramaban nuevas infamias, él vivía solo con Clara en su retiro de Auteuil. Era éste una casita tranquila, modesta, tal vez algo pequeña, pero lo suficientemente capaz para dos personas, que no tenían más que una criada. Hallábase rodeada de solares en venta, y separada de ellos por un jardincillo. Desde los balcones del único piso que tenía alcanzaban á ver á lo lejos el Bosque de Bolonia, y más cerca la vía férrea, por donde pasaban y cruzaban á

año pasado llegó hasta á ofrecer cien mil francos á uno que ha sido polizonte, para que le ayudase en sus pesquisas. El polizonte, que me conoce, porque tengo amigos hasta en el infierno, vino á pedirme que lo presentara en algunos círculos de París, para estudiar las fisionomías y establecer una especie de vigilancia.... Yo mismo le acompañé por todas partes.... Armando Le Forestier no se cansa, no se cansará jamás; os lo aseguro, y á fuerza de perseverancia y de tenacidad puede llegar á conseguir su objeto.

—¿Y la prescripción? —dijo Montbarán.

—Nos protege, desde el punto de vista legal; pero no nos protege contra él. Nos salva de ir á presidio, pero no nos salva de una puñalada.

—¿Creéis que?....

—Creo que os mataría como á un perro, querido Montbarán, si supiese que sois el asesino de su madre.

—¿Y vos?

—¡Yo! Yo prefiero, á pesar de mi inocencia, no exponerme á sus furores, y precisamente por eso necesito un aliado, un defensor joven, vigoroso, valiente y leal por necesidad.

—¿Cómo podrá defendernos?

—Atacando, que es la mejor manera, y librándonos de nuestro encarnizado enemigo.

—¿Queréis que lo mate?

—Para que él no nos mate á nosotros....: ¡pues es claro!

—¡Un crimen! No lo consentiré, — exclamó Prudencia asustada.

—¿Quién os habla de crímenes? Un duelo afortunado puede bastar.... Vaya, concluyamos, que son las cinco de la mañana, y es hora de que cada mochuelo se retire á su olivo. Meditad sobre lo que acabo de decir; pronto volveremos á vernos, y no olvidéis, sobre todo, á Armando Le Forestier. Os aseguro que es peligroso. Y bien sabéis que no soy de los que se asustan por cualquier cosa.

XX.

Mientras los cómplices que el señor de Beuvret tuvo en otros tiempos tramaban nuevas infamias, él vivía solo con Clara en su retiro de Auteuil. Era éste una casita tranquila, modesta, tal vez algo pequeña, pero lo suficientemente capaz para dos personas, que no tenían más que una criada. Hallábase rodeada de solares en venta, y separada de ellos por un jardincillo. Desde los balcones del único piso que tenía alcanzaban á ver á lo lejos el Bosque de Bolonia, y más cerca la vía férrea, por donde pasaban y cruzaban á

cada momento trenes, que con su trepidación y su estruendo turbaban á menudo el silencio profundo de aquella casa solitaria. Clara había amueblado la vivienda á su gusto, dejándose llevar de su fantasía, sin que su padre hiciese la más pequeña observación, ni la propusiera el cambio más insignificante. Rodeada de cuanto amaba, había vivido largo tiempo en aquel rincón feliz, ó, por lo menos, libre de preocupaciones, indiferente á las cosas de la vida, ocupándose en leer, en bordar, en estudiar música ó en charlar con su padre, que jamás se separaba de ella. Por sí misma cuidaba afanosa su jardincillo, lleno de verdor y de frescura desde que entraba la primavera, y sólo de tarde en tarde ocurríasele pedir al señor de Beuvret que la acompañase á dar un paseo á la caída de la tarde.

Pero desde que regresaron de Royat, la señorita de Beuvret descuidaba sus libros, su piano, sus labores, y apenas bajaba al jardín, donde ya iban faltando las flores y comenzaba á crecer la hierba. Su pensamiento no estaba ya allí, ni con su padre. La imaginación la llevaba al París aquel habitado y bullicioso, al boulevard Haussmann..., y su corazón dócil y obediente seguía los mismos rumbos, y sin querer se iba á los mismos sitios.

Este cambio en las costumbres de Clara, sus

eternas distracciones, su invencible tristeza, no pasaban inadvertidos para el señor de Beuvret, quien sufría horriblemente, porque no dejaba de decirse que él era la causa de todas aquellos males. ¿Cómo no había adivinado ó presentido que aquel joven que le presentaba el doctor du Chatel era Armando Le Forestier? ¿Á qué fatalidad se debía aquel encuentro y aquel amor que él, complacido y sonriente, había visto crecer?

¿Cómo se habían borrado de su imaginación las facciones de aquella criatura? ¿De aquella criatura, á quien él había dejado huérfana!

Era que se cumplía su destino; era que se sentía castigado en su amor de padre, como Armando Le Forestier había sido lastimado en su amor filial.

Pero sus sufrimientos no se limitaban á esto. Cada día, cada instante le llevaba un nuevo suplicio. Su hija, al salir alguna vez de sus profundas meditaciones, en el almuerzo, en la comida, en el paseo, le acosaba á preguntas relativas al crimen de antaño, porque deseaba conocer al pormenor todos los horrores que lo habían rodeado. Al principio se negaba á contestar; pero la joven insistía, se lo suplicaba cariñosamente, echándole los brazos al cuello, y el pobre padre, temeroso de que concibiese sospechas, acababa por responder. ¿No era todo aque-

llo natural? No; ella le había dicho con su franqueza acostumbrada, con esa franqueza que no le permitía ocultarle nada: «No hemos renunciado, ni Armando ni yo, á volvernos á ver y á obtener al cabo tu consentimiento.... El busca sin descanso á los asesinos de su madre, y cuando los encuentre y los haya castigado, vendrá á decirte: Ahora ya no tenéis nada que temer; soy completamente de vuestra hija: dádmela».

¿No era, pues, natural que por su parte, y con toda su alma, buscase afanosa?

Y así y por estas razones, el padre y la hija reconstruían juntos una y otra vez las escenas terribles del drama en que uno de ellos había sido actor principalísimo.

XXI.

—Dime (decía la hija, sentada frente á su padre, mirándole con fijeza); dime tú, que conservas el recuerdo de aquel crimen, y á quien el señor Le Forestier se lo ha contado, ¿cómo pudo introducirse en la casa aquel criado, aquel Antonio Guiraud? ¿Quién le colocó allí, quién le recomendó? ¿Cuántos días transcurrieron desde su entrada hasta el crimen?... Hazme otra vez su retrato.... ¿Saña algunas veces? ¿Qué amigos tenía?

¿A qué hora penetró en la habitación la noche del crimen?... Cuando Armando le sorprendió en la alcoba de su madre, ¿qué hacía? ¿Estaba cerca de la cama?... ¿Estás seguro de que no ayudó al otro para asesinarla? ¿Qué opinas tú?...

—Opino.... opino (decía el desgraciado padre, oprimido por el remordimiento, pero obligado á contestar y á fingir calma); opino que el criado no tuvo participación alguna en la muerte, que quería evitarla; y si no, recuerda sus palabras.

—¡Oh! Eso no prueba gran cosa. Puede que las dijera para que las oyera el niño y las repitiese después.... ¿Por qué le encerró en aquel cuarto oscuro? Para evitarse la presencia de un testigo.... ¿Quién asegura que después, cuando la pobre criatura no estaba allí ya, no ayudara á su cómplice á cometer el asesinato?

—No, no, te equivocas....; te lo aseguro. Eres más severa que los mismos magistrados, hasta más severa que el propio señor Le Forestier...., puesto que éste confiesa que aquel hombre le salvó....

—Lo salvó (exclamaba la joven, interrumpiendo á su padre), porque retrocedió ante la idea de un doble crimen, de la muerte de un niño indefenso...., lo cual le hubiera llevado de seguro al cadalso.

—¿Por qué has de negarle que tuviera algún sentimiento bueno...., uno siquiera?... ¿Por

qué te ensañas siempre tanto con ese hombre?

—Porque es el más culpable.

—¡Él! ¡Él!... ¡Oh!

—Pues es claro.... Los otros dos no conocían ni á la madre ni al niño. Uno proyectó el crimen desde lejos y lo dirigió desde cierta distancia. Otro, si son exactas las noticias que por entonces publicaron los periódicos, no entró en el cuarto hasta el último momento. Le habían dicho: roba, mata si es preciso. Pero no había visto jamás á la que iba á matar.... Antonio Guiraud es otra cosa, es otro hombre mucho más miserable.

El señor de Beuvret escuchaba con los codos apoyados en la mesa, la cabeza entre las manos, las yemas de los dedos sobre los cerrados párpados, como si quisiera abstraerse, no perder ni una sola sílaba de lo que la joven decía; pero en realidad para evitar sus miradas.

—Sí (proseguía su hija), escúchame, y de seguro serás de mi opinión.... Ese Antonio Guiraud se introduce en casa de la señora Le Forestier diez días antes del 16 de Enero, fecha fijada para cometer el crimen.... Vive durante diez días con sus amos. Tropieza á cada momento con ellos en la casa, les sirve á la mesa, lleva al niño al colegio, le hablan y contesta. El niño...., que ya debía ser cariñoso y simpático...., el niño le dirigiría palabras de afecto, le pregun-

taría tal vez: ¿De dónde has venido? ¿Tienes mujer? ¿Tienes algún hijo como yo? Es menester que me cuides bien, que me quieras mucho, como yo te querré á ti.... ¿Y la madre? El señor Le Forestier me ha enseñado su retrato.... Delgada, pálida, de aspecto triste, joven todavía, pero ya con el pelo encanecido. ¡Había sufrido tanto!.... El criado la ve también diariamente. Acaso era buena y cariñosa para él.

»De todos modos, aquel hombre es durante unos días testigo presencial del amor de aquellos dos seres.... Ella no tenía más que un pensamiento único, vivir, envejecer y morir junto á su hijo, en sus brazos.... Pues bien: ese hombre que veía, y oía, y sentía todo eso; ese hombre que tal vez pertenece á una clase social elevada...., tuvo la crueldad de separar á esos dos seres, de romper los lazos que les unían, de matar.... ó dejar que otro matase.... á esa madre al lado de su hijo.... ¡Oh! ¡Eso es infame, infame!»

El señor de Beuvret lloraba al oirla, y como ella también derramaba lágrimas, no mostraba extrañeza por las de su padre. Alguna vez intentaba defenderse, ó, mejor dicho, defender á Antonio Guiraud. «Una pasión, decía, una pasión terrible que enloquece á un hombre, le embota los sentidos y no le permite discurrir». Pero luego se detenía, creyendo que no debía hablar

de pasiones á aquella muchacha, cuyo casto amor estaba dispuesto á ahogar. Cuando más, sólo se atrevía á hablarle de los crueles tormentos que aquel infeliz habría sufrido durante veinte años.

¿Podía uno mostrarse inexorable con él?... Veinte años de tormentos morales incesantes eran peor que veinte años de presidio, y al condenado no se le piden cuentas después de haber cumplido su condena, sino que, por el contrario, se le deja vivir en paz, porque realmente sería brutal querer castigarlo de nuevo. ¿Por qué el hombre que había expiado su crimen en la soledad, en el recogimiento, que de seguro se había impuesto con el trabajo á que se había entregado; el hombre, cuyo corazón había sufrido cuando menos tanto como habría sufrido su cuerpo en las cuadras de un presidio, no había de tener derecho á la misma indulgencia, á la misma inmunidad que el presidiario cumplido?

Un día llegó á decirle:

—Si Antonio Guiraud tuviese hoy una familia, mujer, hijos, ¿querrías tú perseguirlos, castigarlos, deshorrarlos á todos?

XXII.

Después de un modesto desayuno en compañía de su hija, pues Roberto, desde hacía algún tiempo, se dejaba ver con poca frecuencia de su familia, el doctor du Chatel dijo á Juana:

—Se me critica porque hago poco ejercicio, porque permanezco inactivo, yo que he sido siempre lo contrario. Á fin de complacer á mis compañeros de facultad, estoy tentado de hacer, ya que el día está tan hermoso, una larga visita.

—¿Una visita, papá? (replicó la señorita du Chatel.) Ya sabes que te está prohibido.... Tranquilidad absoluta.... Completo reposo. Si vas hoy á casa de alguno de tus clientes, mañana tendrás que ir á casa de otro, y así sucesivamente. Después vendrán las consultas, y concluirás por volver de nuevo á trabajar.

—Pero ¿qué locuras son esas, mi querida Juana? (dijo el Doctor con voz cariñosa y sonriendo.)

No se trata de mis enfermos; por ahora los tengo á todos dados de alta. La visita que me propongo hacer no es como médico. Trato de dar un paseo y cumplir una promesa que hace tiem-

po tengo hecha. Pienso ir á ver al señor de Beuvret..., le recordarás seguramente..., aquel que conocimos en Royat.

—¡Ya lo creo! (contestó Juana.) Aun cuando no fuera por otra cosa, por Armando, que siempre me está hablando de su estancia allí.

—¡Ah! ¿te habla de eso?

—Constantemente. ¿Y con quién ha de tener esas confianzas más que con su hermana?

—¿Y tú también las tendrás con él?— preguntó du Chatel con cariñoso acento.

—Yo, no señor (se apresuró á contestar la joven); yo no me caso, ni quiero tampoco.

—Di que no puedes, por culpa de mi abandono.

—¿Tu abandono llamas, padre mío (exclamó la joven), á tu bondad, á tu generosidad?

—No, no hables de mi bondad. Yo no he sido bueno para ti, no he estado precavido. Me hubiera sido sumamente fácil haberte reunido un dote.

—¡Oh, padre mío! Has tratado de reunir el dinero, lo has ido guardando, y después...

—He concluído por gastarlo.

—No; se lo has prestado á algunos amigos, que han tenido la desgracia de no poder devolvértelo.

—Es cierto; pero en lugar de dar el dinero á los amigos debí haberlo colocado en una com-

pañía cualquiera de seguros sobre la vida, y con los réditos que devengara, hubiese tenido un día, hoy por ejemplo, una bonita suma, que pudiera servirte de dote. Pero no he pensado en eso. No me he cuidado del porvenir; no se me ocurrió prever esto; mis visitas, mis consultas, mis folletos, me ocupaban en un todo, y, egoísta, no me acordaba de ti para nada.

—¡Oh, padre! ¿egoísta tú?

Y acercándose á él precipitadamente, empezó á besarle en la frente y en la boca.

—Vamos, vamos (dijo la joven); no hablemos más de estas cosas.... Tu idea de hacer una visita al señor de Beuvret me parece excelente. Armando se pondrá muy contento esta noche cuando le digas que le has visto. Figúrate que el pobre no sabe una palabra de ellos, que no se atreve á escribir, y que la señorita de Beuvret, por su parte, no puede hacerlo tampoco.... Además, hablarás con su padre, y yo sé que eres capaz de decidirle á que dé su consentimiento.... Cuando quieres, cuando no te encuentras preocupado por problemas científicos de tu profesión, eres muy hábil, eres todo un diplomático.... ¡Qué alegres nos pondríamos todos, si tu hijo, mi hermano Armando, te debiese su felicidad!.... Vamos, ponte la levita nueva, que yo voy á echarme un vestido.

—¡Ah! ¿Me acompañas?

—¡Pues es claro! No he hecho más que ver á medias á la señorita de Beuvret. Acuérdate que nos íbamos á marchar cuando ellos llegaron á Royat. Tú empezaste á hablar con su padre, porque os conocíais de haber escrito juntos en la misma revista. Yo no hice más que cambiar tres ó cuatro palabras con Clara.... Me es muy simpática, y me agradaría mucho intimar con ella.

—Vamos, di la verdad, chiquilla.... ¿Se te figura que no veo bastante para ir solo? Temes que tropiece con alguien, ó que me atropelle un coche.... Bueno, hija mía; voy á ponerme mi levita de los domingos. Vístete tú, y me servirás de lazarillo.

En el camino que recorrieron, mitad por ferrocarril, mitad á pie, el señor du Chatel decía á Juana:

—Con tal que no echemos el viaje en balde, y que nos reciban. Porque ese bueno de Beuvret no es aficionado á molestar, ni á que lo molesten.... En la redacción de nuestra revista tiene fama de salvaje, porque ninguno de los redactores le conoce.... Creo que no ha estado allí más que una vez para ver al director y ponerse de acuerdo con él para los trabajos.... Envía los artículos por el correo cada quince días, y por cierto que no los firma. ¡Oh! ¡le tiene sin cuidado

la gloria!.... Me costó un trabajo enorme averiguar su nombre un día que tuve empeño en darle las gracias por las frases halagüeñas que dedicó á un folleto mío.... Aquí *inter nos*, creo que no se alegrará mucho de nuestra visita.

—Tal vez, papá; pero su hija, en cambio, se pondrá muy contenta, te lo aseguro. Ya tendrá ella buen cuidado de buscar medio de abrirnos la puerta de par en par.

Ni el padre ni la hija se habían equivocado. La casita del señor de Beuvret, muy difícil de encontrar en medio de los solares de que se hallaba rodeada, estaba además defendida contra las visitas por una vieja, antigua criada inflexible, que no atendía más que á su consigna.

—¿El señor de Beuvret?

—No está.

—¿Volverá pronto?

—No puedo deciros.

—¿Cuándo se le puede encontrar?

—Nunca.

—¿Y su hija?

—Ha salido con él.

Esas eran las respuestas que aquella canchero insoportable tenía orden de dar á todo el mundo, y que dió al señor du Chatel y á su hija.

Pero Clara de Beuvret, que estaba en su cuarto y había oído ruido de voces en el jardín, levantó un poquito los visillos del balcón, miró

hacia fuera, y reconoció á la persona que algunos meses antes la había presentado á Armando Le Forestier. Latióle el corazón, salió rápidamente de su cuarto, y bajando la escalera de cuatro en cuatro escalones, fué á recibir aquella visita.

—Perdonadme (dijo sofocada y jadeante). Estarían diciéndoos que no estábamos en casa.... Perdonad.... Como mi padre trabaja tanto, se encierra en su despacho y no recibe á nadie; pero os recibirá á vos seguramente, si queréis pasar adelante.

El Médico y su hija le siguieron, y como Clara temía que su padre se negara á recibirlos si le pasaban recado, introdujo á los dos visitantes en la habitación donde el señor de Beuvret estaba trabajando.

—Papá, aquí están el doctor du Chatel y su hija.

El señor de Beuvret levantó de pronto la cabeza, consiguió disimular un movimiento de contrariedad, y saludó á sus inesperados visitantes.

La conversación, al principio, no tuvo importancia. Hablóse de la estancia en Royat, del regreso, de la salud de cada uno de ellos. Pero el Doctor no había ido á eso, y Clara, que lo comprendía así, adivinó bien pronto el verdadero objeto de la visita. Para dejarle el campo libre,

sacó á Juana de la habitación, pretextando el gusto que tendría en enseñarle la modesta casa y su cuartito de soltera.

El Doctor no esperaba más que aquel momento para entrar en materia, y tan luego como se vió solo con el señor de Beuvret, le dijo:

—Ya supondréis, amigo mío, que no he venido á haceros una de esas visitas de cumplido, que siempre son molestas para los hombres que trabajan mucho. Ciertamente tengo especial gusto en veros, pero por proporcionármelo solamente no habría venido á interrumpiros.... Vengo á abogar por un joven que tuve el placer de presentaros hace algún tiempo, el señor Armando Le Forestier.

—Perdonad, pero á quien me presentásteis fué al señor Paul Girard.

—Ya sabéis ahora que es la misma persona (replicó el Doctor). Por razones que él os explicó, que yo conocía y aprobaba, me había suplicado que no os dijese su verdadero nombre.... No siento haber accedido á su deseo, tanto más, cuanto que se trataba de una simple presentación y no podía yo suponer que entrarais luego en relaciones de amistad íntima.

—Pero no sólo me ocultasteis su verdadero nombre (interrumpió el señor de Beuvret con tono algo seco), sino que, además, y perdonad

lo crudo de la frase, me ocultasteis también su verdadera posición, su gran fortuna.

—Siempre accediendo á sus deseos...., deseos muy naturales.... Le gusta viajar de incógnito, como todas las personas modestas á quienes molesta la notoriedad.... Pero ¿acaso tratáis de reprocharle por ser dueño de esa fortuna, que hasta ahora ha empleado muy bien, que empleará en lo sucesivo mejor todavía, si tiene la fortuna de ser algún día vuestro yerno?

Como el señor de Beuvret no contestaba, y el Doctor deseaba una respuesta categórica sobre aquel primer punto, con objeto de ir desarmando poco á poco á su adversario, le dijo:

—Permitidme que insista, amigo mío.... ¿Negáis formalmente la mano de vuestra hija al señor Le Forestier porque es demasiado rico?

—No, no es por eso,—se vió obligado á contestar el señor de Beuvret, que no consideraba bastante sólido el terreno en que se había colocado para seguir defendiéndose en él.

—Bueno.... ¿Se la negáis entonces porque quiere perseguir y castigar, cuando los encuentre, á los asesinos de su madre?

—No se lo echo en cara, porque es cosa que no me atañe.... Lo único que digo es que esas pesquisas incesantes, por fuerza han de perjudicar á la mujer á quien ama....; que si ellas le dan resultado y castiga á los culpables, tomándose

la justicia por su mano, como proyecta, la cosa puede traer consecuencias desagradables, y acontecimientos que me asustan por mi hija.

—¿Y es eso todo? ¿No tenéis otros motivos de queja contra él?

—No, ninguno.

—Entonces, amigo mío, no hay nada en la actualidad que os impida dar vuestro consentimiento para esa unión.

—¿Por qué?

—Armando Le Forestier renuncia á sus pesquisas y al castigo que tanto os asusta.... Sacrifica su venganza á su amor.

XXIII.

Persuadido de que el señor de Beuvret tenía otras razones que las que manifestaba para oponerse al casamiento de su hija con Armando Le Forestier, el doctor du Chatel acababa de dar un golpe á su adversario, con la esperanza de que éste se descubriera, es decir, que le dejara conocer la verdadera causa de su negativa.

—Sí (continuó, sin avergonzarse de una mentira que creía necesaria): he hecho comprender á Armando que sus pesquisas no podían ser

eternas, y que debía hacer vida nueva, más tranquila, más reposada. Le he educado con mis hijos, y como á un hijo le quiero; él, por su parte, me respeta, y cree en mí como si fuera su padre. Por eso ha oído mis consejos, y ya podéis entregarle vuestra hija sin temor.

El tiro, en efecto, dió en el blanco, como quería el Doctor. ¿Qué había de responder el señor de Beuvret? No ponía más que un impedimento para aquella unión, y éste acababa de desaparecer. ¿Qué decir? ¿Qué inventar? Buscaba; pero buscaba en vano. Su resolución, sin embargo, era más firme que nunca; estaba decidido á evitar aquel matrimonio á todo trance.

—Quien calla otorga, ¿no es verdad, amigo mío?—preguntó el Doctor, después de un momento de silencio.

—¡No! ¡No! No consiento,—exclamó enérgicamente el señor de Beuvret.

—¿No consentís? Pues entonces, no comprendo...

—¿Quién me responde de la sinceridad del señor Le Forestier? Ahora lo dice de buena fe; convenido; le creo firmemente; hace por mi hija un gran sacrificio. Por su amor renuncia á un proyecto que ha acariciado largo tiempo; pero tengo el derecho de temer que más adelante lo recobre, y que cuando Clara sea su mujer, procure realizarlo con su concurso. Contestad, ea-

ballero; contestad á esto, ya que tanto os interesa ese matrimonio.

—¡Ya lo creo que me interesa!... Por Armando, que está desesperado; y también por vuestra hija, que sufre mucho.

—¿Cómo lo sabéis?

—No hay más que mirarla. No tiene el mismo semblante que cuando yo la conocí hace pocos meses. La pobrecilla está más delgada, más pálida, y hasta su mirada ha perdido su brillo habitual. Sólo se ha animado un instante, cuando nos ha visto á mi hija y á mí, y esto porque le parecía que le traíamos algo del hombre amado; algo así como un perfume que proviene de él... ¡Ay, amigo mío!; yo no soy solamente el médico del cuerpo; pretendo serlo también del alma. Los enfermos morales son mucho más difíciles de curar, y yo siempre me he interesado por ellos. Prescindiendo ahora de Armando, tal vez tengo á mi lado en mi casa otra criatura que sufre....: esa que ha salido hace un instante de aquí con la señorita de Beuvret.

—Emplead entonces toda vuestra inteligencia y todo vuestro amor en curarla, y dejad, amigo mío, que cuide yo mismo á mi hija, porque espero llegar á curarla sin que me abandone, sin separarme de ella.

—¿Sin que os abandone? ¡Ah! Ahora comprendo los verdaderos motivos, las verdaderas

razones de vuestra negativa. Yo me decía: las razones dadas hasta ahora no me satisfacen. Debe tener otras... No queréis que se case vuestra hija porque no os abandone para no quedarnos solo.

El señor de Beuvret hubiera podido responderle: «No, porque yo se la di á Paul Girard, puesto que estaba todo decidido, y había prestado mi consentimiento». Pero comprendió que debía, por el contrario, confirmar el error, la creencia de su adversario. Se le acusaba de egoísmo paternal. ¡Sea! Pasaría por egoísta, con tal de no confesar las causas que le obligaban á oponerse al matrimonio.

—Pues bien (dijo bajando la cabeza, como si se avergonzase de lo que iba á decir). ¿Por qué he de tratar de ocultarlo por más tiempo... á vos, que también sois padre como yo, y debéis comprender, si no lo habéis comprendido ya, á qué obedece mi resistencia... No tengo más que esta hija, la que hoy es todo para mí, así como yo lo he sido antes para ella. He hecho con ella las veces de madre; la he mecido..., y la llevaba en mis brazos cuando no podía andar todavía.... La sostenía cuando empezó á dar los primeros pasos. Después, cuando fué mayorcita, la enseñé á leer, á escribir, á pensar, á expresarse.... Jamás ha ido á un colegio; no ha tenido más profesor que yo.... Después, cuando se fué desarrollando

su inteligencia, la proporcioné los estudios que veía eran más de su agrado.... Siempre ha estado á mi lado; ni por un solo instante, ni por un solo momento he llegado á separarme de ella. Por las mañanas, al despertar, corre á mi encuentro. Trabajo á su lado, la consulto á menudo, se interesa en mis trabajos; si estoy triste, abatido, cosa que no tiene nada de particular, ¿no es verdad?, porque todos tenemos nuestros ratos de desaliento, salgo á buscarla á su cuarto ó al jardín; cuando nos separamos por la noche al acostarse, su último beso es para mí, como lo es el primero del día siguiente.... ¿Y queréis que renuncie á estas alegrías de todos los instantes? ¿Á estas costumbres, llamémoslas así, pero costumbres que son mi vida, de las cuales no podría prescindir? ¿Qué sería de mí, sólo en esta casa, cada uno de cuyos rincones me recuerda una frase de cariño, una sonrisa, una caricia de mi hija?

Y en esto decía verdad, porque á menudo se había preguntado si tendría valor para seguir viviendo cuando su hija le abandonase. Y, sin embargo, la quería tanto, su cariño era tan poco egoísta, que no habría vacilado en casarla con cualquiera que no fuese Armando Le Forestier.

En tanto que hablaban así, las dos jóvenes, por su parte, charlaban en el cuarto de la señorita de Beuvret, un cuartito amueblado modes-

tamente, pero de aspecto alegre y sonriente.

Sin rodeos, Clara había dicho á Juana, alargándola la mano:

—¿Queréis que seamos amigas?

Y la señorita du Chatel, con el mismo afecto, y estrechando la de su compañera, había contestado:

—¡Ya lo creo que quiero! Para eso he venido... Os conozco muy bien, siquiera por lo muchísimo que de vos me ha hablado mi hermano Armando desde su regreso á París.

—¡Oh! Yo os conocía mucho más aún... Cuando estábamos en Royat, jamás pasó un día entero sin que me hablara de su hermana, que se había quedado aquí.

—Pues entonces (dijo Juana sonriendo), hablemos de él, en recompensa de haber hablado tanto de nosotras en ausencia nuestra... ¿Queréis?

—Bien sabéis que no deseo otra cosa (respondió Clara, sonriendo también, pero ruborizándose un poco). ¿Qué hace desde que volvió á París?

—¡Oh! No pierde momento. Se puso en seguida en campaña; emprendió la campaña convenida entre vosotros dos.

—¡Ya! Ya sé cuál es, y siento mucho verme privada de darle mis consejos.

—Ha convertido en auxiliar á mi hermano,

que es muy joven, y que, á pesar de darse aires de hombre serio para intimidarme, no tiene mucha experiencia; pero es muy inteligente y muy leal... Los dos buscan juntos sin cesar; están siempre ocupados; Roberto casi no parece por casa... Ayer mismo le decía yo riendo: «Ya no eres ni hermano ni abogado; te has convertido en agente de policía».

—Y ese agente de policía, ¿está ya sobre la pista?

—Creo que todavía no...; pero desde hace unos cuantos días tiene cierto aspecto misterioso... En la mesa, cuando come, lo cual hace pocas veces, en vez de hablar, medita... Le creo á mi lado, y en realidad le hallo con el pensamiento á cien leguas de distancia.

—¿Le veréis esta noche?—preguntó la señorita de Beuvret.

—Le espero, aunque no tengo seguridad... ¿Tenéis algún encargo que darne para él?

—Para él, ó para el señor Le Forestier.
—Es lo mismo, porque entre ellos no hay secretos. Decidme lo que queráis, que yo se lo repetiré á cualquiera de mis dos hermanos.

—Por lo que creo comprender (dijo Clara), Armando se ocupa principalmente en buscar al asesino, cuya mirada le impresionó siendo niño... ¿Quién le asegura que ese hombre vive todavía, ó que no se halla lejos, muy lejos, y al

abrigo de todo género de pesquisas? ¿Por qué no buscar al mismo tiempo al otro asesino, á Antonio Guiraud?... No se acuerda del segundo tan bién como del primero; pero en cambio hay varios testigos que conocieron al criado. Acaso alguno de ellos no haya olvidado su fisonomía, y pueda ayudarle á encontrarlo.

—En efecto: me hacéis pensar en ello (respondió Juana du Chatel). Armando ha conservado en su casa á la antigua doncella de su madre, á Julia, la cual vivió ocho ó diez días con Antonio Guiraud, y asegura que se acuerda muy bien de él, y que le reconocería en seguida que lo viese.

—¡Ah! Pues bien: esa es la persona que necesitamos. Quisiera conocer á esa criada, porque me daría pormenores de que carezco.

—Nada más fácil que enviárosla aquí. ¡Oh! Armando no se opondrá á ello.

—Eso es. Mi padre la verá también y la interrogará, porque sabe lo que pienso respecto de ese Antonio Guiraud, que, en mi concepto, es el más culpable de los tres.

XXIV.

Desde el entresuelo las voces subían, vagas, confusas, fuertes, sin embargo, hasta la habita-

ción donde se encontraban ambas jóvenes. El doctor du Chatel, con su habitual viveza y el interés con que defendía aquella causa que consideraba tan justa, combatía uno por uno todos los argumentos de su adversario.

—Hasta hoy (le decía) no se ha manifestado que la violencia de vuestro amor paternal os impidiera.... Por las circunstancias excepcionales de la muerte de vuestra esposa, que os sumió en una profunda tristeza y condenó al más completo aislamiento, reduciéndoos á vivir acompañado únicamente de vuestra hija.... Mas esos temores, esos sufrimientos tan crueles, no me eran desconocidos; habíais dejado entrever en más de una ocasión que no tendríais valor suficiente para sacrificaros por la dicha de vuestra hija.... Vamos á ver: ¿por qué no la habéis dicho: «Tú serás constantemente mi hija. No gozarás las alegrías de la mujer ni de la madre. No podrás casarte mientras yo viva...?» No solamente no le habéis hablado así, sino que, por el contrario, habéis alentado su amor hacia Armando Le Forestier.

El señor de Beuvret quiso protestar. Pero el Doctor le interrumpió con viveza:

—¡Sí, alentado! ¿Acaso no se le podía ocurrir á un hombre reflexivo y sensato como vos no prever lo que había de pasar? Habéis tenido encerrada á vuestra hija en esta casa. No la

abrigo de todo género de pesquisas? ¿Por qué no buscar al mismo tiempo al otro asesino, á Antonio Guiraud?... No se acuerda del segundo tan bién como del primero; pero en cambio hay varios testigos que conocieron al criado. Acaso alguno de ellos no haya olvidado su fisonomía, y pueda ayudarle á encontrarlo.

—En efecto: me hacéis pensar en ello (respondió Juana du Chatel). Armando ha conservado en su casa á la antigua doncella de su madre, á Julia, la cual vivió ocho ó diez días con Antonio Guiraud, y asegura que se acuerda muy bien de él, y que le reconocería en seguida que lo viese.

—¡Ah! Pues bien: esa es la persona que necesitamos. Quisiera conocer á esa criada, porque me daría pormenores de que carezco.

—Nada más fácil que enviárosla aquí. ¡Oh! Armando no se opondrá á ello.

—Eso es. Mi padre la verá también y la interrogará, porque sabe lo que pienso respecto de ese Antonio Guiraud, que, en mi concepto, es el más culpable de los tres.

XXIV.

Desde el entresuelo las voces subían, vagas, confusas, fuertes, sin embargo, hasta la habita-

ción donde se encontraban ambas jóvenes. El doctor du Chatel, con su habitual viveza y el interés con que defendía aquella causa que consideraba tan justa, combatía uno por uno todos los argumentos de su adversario.

—Hasta hoy (le decía) no se ha manifestado que la violencia de vuestro amor paternal os impidiera.... Por las circunstancias excepcionales de la muerte de vuestra esposa, que os sumió en una profunda tristeza y condenó al más completo aislamiento, reduciéndoos á vivir acompañado únicamente de vuestra hija.... Mas esos temores, esos sufrimientos tan crueles, no me eran desconocidos; habíais dejado entrever en más de una ocasión que no tendríais valor suficiente para sacrificaros por la dicha de vuestra hija.... Vamos á ver: ¿por qué no la habéis dicho: «Tú serás constantemente mi hija. No gozarás las alegrías de la mujer ni de la madre. No podrás casarte mientras yo viva...?» No solamente no le habéis hablado así, sino que, por el contrario, habéis alentado su amor hacia Armando Le Forestier.

El señor de Beuvret quiso protestar. Pero el Doctor le interrumpió con viveza:

—¡Sí, alentado! ¿Acaso no se le podía ocurrir á un hombre reflexivo y sensato como vos no prever lo que había de pasar? Habéis tenido encerrada á vuestra hija en esta casa. No la

habéis consentido las distracciones propias de su edad. No la habéis permitido tratarse con nadie. El mundo para ella ha quedado reducido á vos. Un día la lleváis á unos baños, la ponéis á la vista de un joven simpático por todos conceptos. La consentís el que se vean á todas horas, constantemente; por espacio de tres meses se hablan, se toman afecto. Y cuando llega el momento en que llegan necesariamente á amarse, decís: «No, no....; eso no me conviene.... ¡Nada de amor, nada de matrimonio! Amo demasiado á mi hija; me hace demasiada falta, y no puedo consentir que me abandone....» ¡Esto debisteis haberlo pensado antes!.... Porque en todo ello sólo obráis impulsado por el egoísmo, por el egoísmo únicamente.... ¡Eso es incomprensible, cruel!

—¡Caballero!

—Caballero, estáis en el deber de escucharme; estáis en el caso de escuchar las reconvenciones que puede dirigiros Armando Le Forestier. Le habéis hecho concebir grandes esperanzas, y después queréis que las abandone, que las arroje, como si se tratase de una mala hierba: ¿no os parece que está en el caso de protestar? Pues yo protesto en nombre suyo. Es mi derecho de padre. Sí, de padre, porque le amo como á un hijo.

Era aquella protesta vehemente, aquel grito lo que subía desde el entresuelo al piso princi-

pal, mientras Juana du Chatel, solicitada por Clara de Beuvret, accediendo á los ruegos de esta, le contaba en voz baja sus penas, le hacía sus confidencias, después de haber escuchado las de su nueva amiga.

Conocía desde hacía muchos años á Luciano Deroche. Le encontraba varias veces á la semana en casa de algunos amigos, en algunas reuniones de confianza.

Á las frases breves y entrecortadas que cambiaron al principio, ya en la mesa cuando estaban uno junto á otro, ya valsando, siguieron pronto conversaciones más tiradas, que les permitieron conocerse y apreciarse mutuamente. Un día, siendo Luciano Deroche nada más que teniente, tuvo que marcharse al Tonkin, y en la pena que ella experimentó al saberlo, en sus cuidados, temores y zozobras, conoció la joven que no era sólo simpatía lo que tenía por el ausente, sino algo más. Éste volvió de capitán y con cruces ganadas en el campo de batalla, y fué fiel á sus recuerdos, porque su primer cuidado al volver á su patria fué solicitar su mano. Pero una muchacha sin dote no puede casarse con un oficial, y como la pobre no le tenía, ni su padre podía darle nada, se resignó.

—¡Resignarse! ¿Á qué?

—Á no casarme jamás.

—¿Y le amáis?

—Sí (murmuró Juana); pero se lo ocultó á mi padre, para que no sufra sabiendo que soy desgraciada.

—¿Sabe Armando lo que acabáis de decirme?

—Sabe que han pedido mi mano, pero cree que no me quiero casar.

—Eso es poco probable (dijo Clara, tras un momento de silencio), porque os quiere demasiado para no leer en vuestro corazón; si vos os resignáis con vuestra desgracia, él no se resigna á veros sufrir. Estoy segura que os prepara un porvenir bien distinto del que pensáis.

—No comprendo.

—Ya veréis. Esperad, y tened confianza.... como yo.

Á este punto de sus confidencias llegaban, cuando las llamaron desde el piso bajo.

El Doctor, después de renunciar, al menos por el momento, á convencer al señor de Beuvret, decidió retirarse. Clara y Juana se besaron, prometiendo volver á verse, y el señor du Chatel, á quien el mal éxito de sus gestiones había puesto de muy mal humor, se marchó apresuradamente con su hija, sin entretenerse en una larga despedida.

Su descontento no podía pasar inadvertido para la señorita de Beuvret, la cual, sin embargo, no juzgó prudente preguntar la causa. ¿Á qué interrogar? ¿Acaso no adivinaba lo sucedi-

do? El Doctor había ido allí, sin duda con objeto de defender la causa de aquel á quien amaba como á un hijo. Después de todo, hacía mucho tiempo que Clara esperaba aquella visita tan natural, puesto que, no teniendo Armando padre ni madre, era natural que hiciese las veces de ellos su buen amigo.

¿Qué se había tratado en aquella conferencia? Más tarde lo sabría; pero por de pronto no podía hacerse ilusiones, toda vez que si el Doctor se marchaba descontento, evidentemente era porque habían fracasado sus propósitos.

Pero la señorita de Beuvret, con objeto de demostrar á su padre que si se sometía á sus mandatos por el presente, no renunciaba en manera alguna á sus esperanzas, sacó la conversación á la hora de comer, sobre el asunto de que hablaban con tanta frecuencia.

—Hoy he sabido (dijo) una cosa muy interesante.

—¿Qué es ello?—preguntó el señor de Beuvret, levantando la cabeza.

Por instinto y por costumbre, sentía miedo de todo.

—Ya sabes (continuó diciendo su hija) que aquel testigo importante, la doncella de la señora Le Forestier, Julia, cuya declaración publicada por los periódicos hemos estudiado tantas veces juntos...

—Sí, ya me acuerdo,— balbuceó de Beuvret.

—Vive todavía.... ¿Á que no adivinas dónde está?

—No sé.

—En casa del señor Le Forestier, que la conserva allí en recuerdo de su madre.... Sí, vive en el hotel del boulevard Haussmann, donde manda casi en jefe, porque la han hecho algo así como ama de llaves. Tiene, sobre todo, encargo de cuidar la habitación donde se cometió el crimen, la cual ha sido conservada por Armando en el mismo estado en que se hallaba.

—¡Ah!.... Pero no veo en eso nada interesante, como me anunciabas.

—¿De veras no lo ves? Entonces no te acuerdas de lo que te dije hace unos días.

—¿Qué?

—Decía yo, que Armando hacía mal en dirigir sus pesquisas todas contra uno solo de los asesinos, y en no ocuparse más de Antonio Guiraud, el fingido criado, el que yo creo más culpable de todos. Si, siguiendo mi consejo, el señor Le Forestier se decide á buscarlo, esa mujer, esa Julia puede serle sumamente útil.

Aquel infeliz tuvo fuerza suficiente para murmurar:

—¿Y se acuerda de él?

—Muy bien; según parece, lo recuerda como

si estuviera viéndolo, y afirma que tiene la seguridad de conocerlo en cuanto lo vea.

—¡Ah! ¿Está segura de ello?

—Sí....; y mira, se me ha ocurrido la idea de interrogar yo misma á esa mujer.

—¡Tú! ¡Tú!

—¿Por qué no? Tú mismo me has dicho muchas veces que los jueces de instrucción no se contentan con leer las declaraciones escritas de los testigos. Prefieren verlos, oírles, estudiar sus fisonomías, el sonido de su voz; y como hace algún tiempo (añadió sonriendo) que vengo actuando de juez de instrucción, quiero hacer lo que ellos hacen. Tú, padre mío, no puedes enfadarte porque me interese tanto este asunto. Te aseguro que necesito distraerme. Te obedezco, y espero; pero los días son largos cuando uno no tiene más que esperanzas.

—¿Cómo y dónde vas á ver á esa mujer?— preguntó Beuvret de pronto.

—¿Cómo y dónde? Pues como no puedo ir á hablarle á casa del señor Le Forestier, vendrá ella aquí. La cosa es muy sencilla.

—¡Aquí!—exclamó su padre, retrocediendo espantado.

XXV.

Al saber que Julia, aquella mujer que era posible reconociera á Antonio Guiraud, iba á ir á su casa, y que estaba expuesto á encontrarse en su presencia, el señor de Beuvret no pudo reprimir un movimiento de espanto, y dejó escapar una exclamación; pero comprendiendo la imprudencia que acababa de cometer, no tardó en reponerse y en recobrar su sangre fría. ¡Su sangre fría no! Era la cólera la que le ayudaba, la cólera que pugnaba por estallar hacia tiempo, la excitación nerviosa que apenas podía dominar, á consecuencia de la lucha que venía desde hacía tiempo sosteniendo.

Tan luego como se hubo repuesto, se dirigió á su hija, y con descompuesto ademán, le dijo:

—Esa mujer, esa criada del señor Le Forestier no entrará en esta casa.

Esta vez fué la joven la que retrocedió temblando, y no supo qué responder. Era la primera vez que le hablaba su padre en aquella forma.

—No (replicó el señor de Beuvret); no entrará en esta casa. No debe entrar.... No quiero recibir ¡á esa mensajera del señor Le Forestier, y no

comprendo cómo se atreve á enviarla, después de lo que ha ocurrido entre nosotros.

Al oír la joven aquel ataque á su amante, no pudo dejar de contestarle:

—He sido yo quien la he mandado llamar; no ha sido él quien la ha enviado.... Él ignora por completo....

—Eso será seguramente (replicó su padre, interrumpiéndola), porque esa mujer os servirá para cambiar vuestra correspondencia.

—¡Oh, padre mío!

Sin hacer caso de esta exclamación, continuó: —No quiero.... El doctor du Chatel se ha permitido ayer censurarme por haber alentado las esperanzas del señor Le Forestier. Sí; él trató de hacermé responsable de sus decepciones y de sus sufrimientos.... ¡Y de qué manera me censuraba! ¡Si lo hubieras oído! ¿Á qué título lo hacía? ¿Cómo padre? Lo soy yo únicamente.... Yo solo, quien tiene el derecho de decidir, de juzgar.... Yo soy el que le censuro, por haberme ocultado la verdadera posición del que me presentó...., y todavía trata de engañarme, diciéndome que el señor Le Forestier ha renunciado á sus proyectos...., que sacrificaba su venganza á su amor.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, eso ha dicho; son sus mismas palabras.

—¡Se ha equivocado! (contestó la joven con

energía.) El señor Le Forestier no puede renunciar á sus proyectos. Su amor por mí no será motivo, estoy segura, de que cometa ninguna debilidad.... Sabe que lo desaprobaría.... Sé además, por Juana du Chatel, que hoy busca con más actividad que nunca á los asesinos de su madre.

—¡Que los busque! (contestó el señor de Beuvret con cierta agitación); pero no quiero que mi hija le ayude á buscarlos.... Cuando me opongo á tu casamiento con él, es porque no quiero que cuando seas su mujer te mezcles en nada que se relacione con ese asunto, con ese drama. ¿He de consentirlo hoy, que no eres todavía su prometida?... ¡No, y mil veces no! Esta es una cuestión terminada. No hay que hablar más sobre ella. Se ha concluído.... En cuanto á esa criada, daré las órdenes más terminantes para que cuando venga no se la reciba.

—Yo misma las daré, padre mío, si me lo permitís,—dijo la joven con humildad.

Llamó, y dijo á la criada, que no tardó en presentarse:

—Si vienen luego á preguntar por mí, sea quien fuere, decid que no estoy en casa.

Se inclinó respetuosamente ante su padre, y sin abrazarlo por primera vez, se retiró á su habitación.

Cuando se quedó solo, se aplacó su cólera; pero

le acometió un temor verdaderamente infundado. ¡Si su hija, al verle oponerse sin un motivo justificado á su matrimonio, se la ocurriera averiguar la verdadera causa de su oposición, como la trataba de averiguar el doctor du Chatel! Si él no consentía que Julia fuera á su casa, sería motivo para que pudiera decirse: «Aquí debe haber alguna cosa extraña, algo misterioso». Todo le asustaba, hasta lo imposible. Sentía los mismos terrores que el día después de cometido el crimen. Se preguntaba si el marqués de Arnage y el señor de Montbarán, sus cómplices, y de los cuales no había vuelto á oír hablar, se presentarían también, de pronto, como había ocurrido con aquella criada, aquella Julia, especie de testimonio resucitado. Abusando de su autoridad, acababa de tomar una determinación peligrosa; pues el prohibir que aquella mujer entrara en su casa podía dar margen á suposiciones. ¿Pero no podía encontrarlo en cualquier parte, y al verlo reconocerlo? Durante veinte años había tenido la suerte de no encontrarse con ella. Pero estaba en el caso de desconfiar de todo: después de veinte años, la casualidad había hecho que tropezara en su camino con el hijo de su víctima.

Esto también podía ser casual. Aquella mujer, que era una especie de ama de gobierno, podía querer conocer á la que su amo amaba, con la que quería casarse, la que sin duda le re-

emplazaría con otro título, y la que tomaría la dirección de la casa. ¿Conseguiría siempre no ser reconocido, en aquel París tan grande, donde se pasan años y meses sin que se encuentren dos amigos; pero luego la casualidad hace que se encuentren diez veces en un mismo día? ¿Le podría ella conocer? ¿Por qué no? La memoria hace milagros con frecuencia. Se olvida del rostro del compañero de ayer, y se acuerda del amigo de otras veces, del amigo á quien no hemos vuelto á ver desde el colegio. Era delgado, y se ha puesto grueso; su aspecto es diferente. Sus cabellos han cambiado. Era imberbe, y ahora tiene la barba cana. Pero eso no importa: siempre es el mismo. Se le ve venir desde lejos, se le estrechan las manos al pasar, y se le dice: «Buenos días, querido anciano; ¡cuánto tiempo hace que no nos vemos y, qué cambiados estamos!» «Pero no me he olvidado de ti, ya lo ves. Sin embargo del tiempo, á pesar de nuestra casi total transformación, no dejo de reconocerte». Si llegaba á ser reconocido, estaba perdido. En efecto: él no podía decir: «Esta criatura se engaña, está loca». Su negativa para verla, su terror al saber que iba á ir, su conducta extraña desde el día en que Armando Le Forestier le había hecho su confesión: todo le acusaba; todo parecía decir: «¡Ese, ese es! No se atreve á entregar su hija al hijo de la mujer que ha asesinado».

Dada su situación, ¿no sería prudente el dejar á París, á Francia, fijar su residencia lejos, en el extranjero? Podría vivir sin temor y morir lo antes posible en los brazos de su hija, que le creería siempre un hombre honrado.

¿Mas consentiría ella en seguirle? Había querido, en previsión del porvenir, hacer de su hija una mujer enérgica y con voluntad propia. ¿Cómo podía destruir su propia obra, decir á la mujer: «Conviértete en una niña, vuelve á estar bajo mi tutela, obedece á mis caprichos»?

¡El suicidio! ¡Oh! No era la vez primera que se le ocurría pensar en él... Pero un suicidio en las actuales circunstancias, ¿no serviría acaso para aumentar las suposiciones? Huir de la vida suele á veces ser tan peligroso como huir de donde se vive. Se buscan las causas de una muerte violenta, se averiguan, y á veces se hallan. En este caso, ¿qué sería de su hija, á la que no dejaba ninguna fortuna, ningún recurso, puesto que vivía únicamente de su trabajo, y con la cual ni Armando Le Forestier ni ninguno quería casarse?

Toda la noche se pasó haciéndose estas reflexiones.

Al día siguiente, aquel trabajador infatigable no pudo escribir una sola línea ni abrir un libro. Buscaba, buscaba sin descanso un medio para poder evadirse del peligro que le amenazaba segu-

ramente. Al menor ruido se dirigía á la ventana, y miraba con cuidado por entre las cortinas. Aquella mujer, aquella Julia, su antigua compañera de oficio, su camarada, cuando él se llamaba Antonio Guiraud, debía venir seguramente. Quería verla sin ser visto, para que se le quedaran grabadas sus facciones, para conocerla bien, y poder huir de ella si alguna vez llegaba á encontrarse con ella.

Pero pasó el día y la noche sin que se presentara.

¿Armando Le Forestier no habría querido enviar á Julia á ver á la señorita de Beuvret, como ésta deseaba? No. Pero le había dado tres días antes permiso para que pudiera ir á provincias á ver á su familia.

Cuando volvió, le dijo:

—Ahí tenéis las señas escritas en ese papel; id casa del señor de Beuvret, y preguntad por él, por él solamente... Si os recibe, le saludáis en mi nombre y le entregáis esos libros que me prestó cuando estábamos en Royat.

Con su exquisita sensibilidad, había comprendido que era al padre y no á la hija á quien debía enviar á Julia, á fin de dejar al señor de Beuvret en entera libertad de consentir ó no que tuviese su entrevista con Clara.

Julia se puso en camino á las cuatro próximamente, y al llegar á la casa, cuya dirección

se le había dado, preguntó por el señor de Beuvret. Si hubiera preguntado por su hija, en atención á las órdenes recibidas, no la hubieran hecho entrar. Pero la criada, creyendo que la orden recibida no alcanzaba á su amo, creyó deber hacer pasar á la persona que preguntaba por él.

—Señor, desean hablaros,—dijo, al mismo tiempo que abría la puerta del gabinete de trabajo del señor de Beuvret.

Julia entró.

XXVI.

Julia no encontró en el salón al señor de Beuvret, sino á su hija. Hacía unos días que aquel se hallaba un tanto más tranquilo, suponiendo que Armando Le Forestier pensaba sin duda que no debía enviar á nadie á su casa; ó tal vez mi hija (se decía para sus adentros), para no exponer á la vieja criada á un viaje inútil, habrá hecho saber mi resolución á la señorita du Chatel.

Con más tranquilidad de ánimo, menos agitado y al mismo tiempo entristecido, al ver que por primera vez en su vida se hallaba violento al lado de su hija amantísima, había tratado de hacerse perdonar á fuerza de cariño las violen-

cias de algunos días antes. La joven debía suponer que su padre no tenía razón, porque cuando todos los días hablaba con su hija del triste drama que tanto le interesaba, una tarde, de repente, á consecuencia de una amistosa visita del Doctor, había prohibido casi brutalmente que le volviese á decir una palabra sobre el particular.

El señor de Beuvret obtuvo fácilmente su perdón, en primer lugar, porque su hija no podía guardarle rencor; luego, porque ésta había quedado impresionada por la resignación de Juana du Chatel, que, amando y siendo amada, se avenía á verse separada de su prometido, á perder la esperanza de casarse, por no atormentar á su padre, por no decirle: «Una pícara cuestión de dinero me impide ser dichosa; procúrate la dote que me hace falta para ser feliz». ¿No debía ella imitar ese ejemplo, respetando la voluntad de su padre?

Con objeto de habituarse poco á poco á la sumisión, quizás al sacrificio, si era necesario, no volvió á hablar ni de Armandó Le Forestier ni del asesinato de su madre. El señor de Beuvret no comprendió bien lo que pasaba por su ánimo, sino que atribuyó su silencio y su docilidad á otras causas. Acaso reflexionaría sobre la escena ocurrida, y trataría de explicarse la razón por la cual se prohibía que entrase en la casa un testigo del asesinato. En tal caso, la disposición de ánimo

era peligrosa. Tal vez fuera mejor que modificase la resolución y que fingiera no oponerse á la anunciada visita, que al fin no había de verificarse. ¿Qué peligro había en que hablase Julia con su hija? Bastaba para salvarse no verla él ni salir á la visita.

—Quizás (dijo en voz baja, aquella mañana, almorzando) he ido demasiado lejos prohibiéndote que hables un rato con la persona que quieren mandarte para que la veas. Si volviésemos á ocuparnos del particular, tal vez te diría que hicieses lo que quisieras. Cuanto á mí, como he perdido ya demasiado tiempo, no quiero que me entretengan más con visitas, sean de quien sean.

—Tranquilizaos, padre mío (respondió tranquilamente la señorita de Beuvret). Ni vos ni yo nos molestaremos en lo más mínimo. La persona de quien habláis no vendrá por aquí.

El señor de Beuvret comprendió que, según había sospechado, su hija tenía tomadas todas las disposiciones para que Julia no la visitase. Aquello significaba sencillamente que no iría, porque, si hubiera debido ir, lo habría hecho ya.

Aquella tarde tuvo necesidad de consultar una colección de tomos amontonados en un cuarto destinado á trebejos que tenía en el piso principal. Subió á la habitación donde se hallaban, tomó sus notas, y durante ese rato fué cuando la

criada, interpretando mal las órdenes de su señorita, creyó deber introducir á Julia en la sala.

Clara de Beuvret, que estaba cosiendo junto á un balcón, se levantó, dirigió una mirada de curiosidad á la persona que acababa de entrar, y por su aspecto, por su edad y por sus maneras, adivinó en seguida quién era.

—Venía preguntando por el señor de Beuvret, señorita (dijo Julia). Vengo de parte del señor Le Forestier, que me ha dado un encargo para él.

—¡ Ah! ¿ Venís á ver á mi padre?—dijo Clara con asombro.

Peró con el tacto propio de la mujer, comprendió en seguida el móvil delicado de Armando, y replicó:

—Mi padre me ha encargado mucho que no lo distraigan de sus trabajos. ¿No podéis decirme á mí lo que ocurre?

—Sí por cierto, señorita. El señor Le Forestier saluda al señor de Beuvret, y tiene el gusto de devolverle los libros que ya no necesita, dándole muchísimas gracias.

La criada puso encima de la mesa tres tomos envueltos en un periódico, y, terminada su comisión, iba á retirarse, cuando la señorita de Beuvret, después de vacilar por segunda vez, se detuvo, diciéndole estas palabras:

—¿No tenéis nada de particular que contarme?

—No, señorita. El señor, lo único que me ha mandado, es que conteste á cuanto me preguntéis vos ó vuestro padre, si queráis preguntar-me algo....

—Bueno. Pues entonces sentaos en ese sillón, porque tengo algo que preguntaros.

Titubeó un momento más; pero luego, recordando las palabras dichas por su padre á la hora de almorzar, creyó que podía hacer lo que tanto deseaba.

—Os agradeceré mucho (empezó á decir en voz baja) que recordéis hechos ocurridos hace tiempo, hace mucho tiempo.... ¿No conocisteis á Antonio Guiraud, uno de los asesinos de la madre del señorito Armando?

—Sí, señorita, y me acuerdo muy bien de él.

—¿De él como era entonces? ¡En veinte años se cambia tanto!

—¡Oh, señorita! Es que me parece estarlo viendo como debe ser ahora, y no como era entonces.... He pensado tanto tanto en ese hombre, que, por decirlo así, he ido siguiéndolo á medida que envejecía, he asistido diariamente á todas sus transformaciones.

—¿Cómo os lo figuráis ahora?

—Naturalmente.... alto, pero un poco encorvado por la edad y por los disgustos.... Su mirada no es mala, sino, al contrario, hay en ella

cierta melancólica expresión que le hace muy simpático. Debe haberse afeitado el bigote y haberse dejado crecer la barba, para que no se le conozca; pero yo le reconocería.

—¿Habéis dicho que debe estar encorvado por la edad? ¿Suponéis, según eso, que le hace muy desgraciado el recuerdo de su crimen?

—¡Sí, sí, muy desgraciado! Porque os advierto que no era un mal hombre.... Obedeció á la fatalidad... El cuartito que ocupó en el quinto piso de casa, durante quince días, estaba contiguo al mío.... No nos separaba más que un tabique, y por las noches le oía suspirar y quejarse.... Una vez le oí llorar. Sin duda sostenía una lucha consigo mismo, y se desesperaba al pensar en el crimen que, obligado acaso, estaba en la necesidad de cometer.

—Y, sin embargo, acabó por cometerlo, —interrumpió la señorita de Beuvret.

—Sin duda es un gran culpable; pero hasta el último momento se defendió de su cómplice.

—¿Cómo lo sabéis?

—El otro...., el verdadero culpable, pasó en el cuarto de Antonio la noche del 15 al 16 de Enero. No pude oír lo que hablaban, porque no percibía sus palabras; pero luego, cuando me enteré de la catástrofe, comprendí que habían estado disputando. Uno amenazaba; otro suplicaba, y

éste era Antonio. Luego me dormí, y durante mi sueño se consumó aquel crimen.

Clara de Beuvret siguió preguntando.

—¿No pudisteis ver al cómplice de Antonio Guiraud?

—Sí, señorita; cuando entró á las cinco de la tarde en el cuarto contiguo al mío, con el pretexto de esperar á su amigo, que debía subir en seguida.

—¿Y podríais reconocerlo?

—Tal vez, si me encontrase de pronto frente á frente con él; pero no tendría la misma seguridad que con el otro. Temería equivocarme.

—¿No os ha pedido nunca el señorito Armando que hicieseis pesquisas por vuestra parte?

—Sí, señora, y he hecho algunas; pero inútilmente. Tal vez en adelante sea más afortunada.

—¿Seguiréis haciéndolas?

—El señorito Armando me ha mandado que vaya á establecerme un poco de tiempo en casa del señor Roberto du Chatel, es decir, en la casa donde tiene su bufete, calle de la Chaussée-d'Antin, que es muy pasajera. Desde el piso principal se ve á todo el que pasa. Verdaderamente tengo así más probabilidades de lograr algo que siguiendo encerrada en nuestro hotel del boulevard Haussmann.

—Sí, es una buena idea. Decid al señorito

Armando que lo apruebo. Pero me parece que baja mi padre, y entrará aquí. Podéis darle el recado que traéis para él, y, si lo permite, charlaremos otro rato cuando se vuelva á trabajar.

Abrióse la puerta, y entró el señor de Beuvret.

XXVII.

Se ha tratado de calcular la velocidad del pensamiento. El cálculo es difícil: la velocidad depende de la viveza de imaginación de la persona pensante y también de la impresión que haya recibido, del golpe que la hiera ó de la conmoción experimentada. En el momento de entrar en el salón el señor de Beuvret, vió una mujer sentada al lado de su hija, y pensó:

—¡Es Julia! Soy perdido si vacilo, si me marcho ó si dejo traslucir mi emoción.... Es preciso servirse de la audacia, es preciso.

No articuló los sonidos de aquellas palabras, pero fulguraron todas de súbito en su inteligencia. Propúsose asimismo que su cuerpo inclinado se enderezara, que no temblasen sus piernas, que no vacilara su voz y que su fisonomía fuera imperturbable, y con todos estos propósitos puestos por obra, avanzó lentamente, con la vista fija

en la antigua criada, como si lo único que la sorprendiese fuera verla en aquel sitio y quisiera interrogar con la vista qué mujer era aquella.

—¡Padre mío! (dijo al punto la señorita de Beuvret): esta es la persona de quien os he hablado, que viene por encargo del señor Le Forestier. Se la ha hecho entrar directamente aquí, porque preguntaba por vos, y no por mí. Como estabais ocupado, me he creído en el caso de rogarla que se sirviera esperar.

—Bien has hecho, hija mía,—manifestó Beuvret.

Y luego, volviéndose á Julia, preguntóla:

—¿El señor Le Forestier sigue bueno?

Julia cumplió la comisión que se la había conferido, sin que por un momento revelara la más pequeña emoción.

No le había reconocido, pues. No, y nada más natural: seguía ella en la opinión de que el criminal se llamaba Antonio Guiraud; estaba equivocada. Ella se acordaba sólo de la imagen, de la fisonomía, del retrato que ella misma se había trazado. Poco á poco, sin que pudiera darse cuenta ella misma de aquella lenta metamorfosis, la fisonomía del sujeto, que le era tan conocida, había ido modificándose poco á poco en su imaginación, y se había transformado, se había alterado por completo. Y dejando de ver al hombre del pasado, vivo, real, le veía transfor-

Armando que lo apruebo. Pero me parece que baja mi padre, y entrará aquí. Podéis darle el recado que traéis para él, y, si lo permite, charlaremos otro rato cuando se vuelva á trabajar.

Abrióse la puerta, y entró el señor de Beuvret.

XXVII.

Se ha tratado de calcular la velocidad del pensamiento. El cálculo es difícil: la velocidad depende de la viveza de imaginación de la persona pensante y también de la impresión que haya recibido, del golpe que la hiera ó de la conmoción experimentada. En el momento de entrar en el salón el señor de Beuvret, vió una mujer sentada al lado de su hija, y pensó:

—¡Es Julia! Soy perdido si vacilo, si me marcho ó si dejo traslucir mi emoción.... Es preciso servirse de la audacia, es preciso.

No articuló los sonidos de aquellas palabras, pero fulguraron todas de súbito en su inteligencia. Propúsose asimismo que su cuerpo inclinado se enderezara, que no temblasen sus piernas, que no vacilara su voz y que su fisonomía fuera imperturbable, y con todos estos propósitos puestos por obra, avanzó lentamente, con la vista fija

en la antigua criada, como si lo único que la sorprendiese fuera verla en aquel sitio y quisiera interrogar con la vista qué mujer era aquella.

—¡Padre mío! (dijo al punto la señorita de Beuvret): esta es la persona de quien os he hablado, que viene por encargo del señor Le Forestier. Se la ha hecho entrar directamente aquí, porque preguntaba por vos, y no por mí. Como estabais ocupado, me he creído en el caso de rogarla que se sirviera esperar.

—Bien has hecho, hija mía,—manifestó Beuvret.

Y luego, volviéndose á Julia, preguntóla:

—¿El señor Le Forestier sigue bueno?

Julia cumplió la comisión que se la había conferido, sin que por un momento revelara la más pequeña emoción.

No le había reconocido, pues. No, y nada más natural: seguía ella en la opinión de que el criminal se llamaba Antonio Guiraud; estaba equivocada. Ella se acordaba sólo de la imagen, de la fisonomía, del retrato que ella misma se había trazado. Poco á poco, sin que pudiera darse cuenta ella misma de aquella lenta metamorfosis, la fisonomía del sujeto, que le era tan conocida, había ido modificándose poco á poco en su imaginación, y se había transformado, se había alterado por completo. Y dejando de ver al hombre del pasado, vivo, real, le veía transfor-

mado, al cabo de veinte años, en un hombre salido de la fantasía de su inteligencia fatigada de considerar siempre un solo punto. Los enormes esfuerzos empleados para no apartar de la memoria aquel rostro, habían acabado por hacer que no lo viese tal cual era.

Beuvret comprendió, pues, que estaba en salvo, y para redoblar su seguridad, dijo á su hija:

—Vaya, en tanto que me esperabas, habrás ocupado el tiempo á tu gusto en conversación con esta señora.

—Sí, padre mío (respondió ella ingenuamente). Después de lo que esta mañana me habéis dicho, me ha parecido que estaba autorizada para mantener tal conversación.

—Te ha parecido bien. Desde luego no me es eso agradable, te lo confieso.... No es nunca grato que una muchacha de tu edad se ocupe de asuntos tan tristes, de crímenes, de asesinatos; pero toda vez que tu imaginación ha dado en fijarse en eso, y no depende de tu voluntad ni de la mía dirigirla, habla, cuestiona, y haz lo que gustares; al fin, eso no será tan melancólico como pensar en ello y no decirlo. Veamos; ¿de qué te has ocupado en la conversación mantenida con esta señora.... Julia, eh?

—Julia, servidora....; sí, señor.

—Pues bien, querida Julia: ¿habéis podido

comunicar alguna importante observación á mi hija?

—Sí, padre mío (repuso Clara); un detalle que me hace considerar de otro modo al Antonio Guiraud. Debo confesároslo; le juzgo como vos el otro día, en que le defendíais y yo le tenía por el más culpable de los tres.

—No, defenderle no.... Yo no le defendía. Lo que hice fué, sin disculparle, hacerte observar que merecía alguna piedad, sin que por esto deje de ser un gran criminal.

Como se ve, el pobre Beuvret atacaba entonces al criminal, recargaba de color su delito, sin otro objeto que alejar á Julia de toda sospecha respecto de él, en el improbable caso de que las hubiera concebido.

Luego preguntó á su hija:

—¿En qué fundas tu benevolencia de hoy respecto de ese hombre?

—Sus vacilaciones, las luchas consigo mismo, su repulsión á que el crimen se consumara.

—Eso le hace más culpable, puesto que tenía conciencia de la magnitud del delito que iba á perpetrar.

Beuvret se sentía desfallecer de emoción; pero sentía ansiedad terrible de saber si su hija, que tan duramente le había atacado antes, le defendía en aquella ocasión. Lo consiguió, por dicha suya. Con esa facilidad, con esa flexible condi-

ción de la inteligencia femenina, que le permite cambiar de opinión y defender la última con mayor energía que la precedente, Clara decidió convertirse en defensor entusiasta de Antonio Guiraud.

—En realidad (dijo), quería que se dejase á la señora Le Forestier, que no la mataran.... Llegó hasta defenderla.

—Sin entusiasmo y sin lucha. Debíó matar á su cómplice antes que éste tocara á un cabello de aquella infeliz.

—¿Y si era el más débil?

—Haber llamado, gritar; que el otro hubiera tenido miedo.

—Pero si lo que debe tenerse en cuenta no son esas observaciones vuestras, sino que Antonio protegía al niño; que mientras se lo llevó para encerrarle, no podía defender á la víctima, y que el asesinato de ésta se consumó en aquel instante.

—Sí, es verdad; así pasó.

Esta frase, escapada involuntariamente, más del corazón que de los labios, le sobrecogió después de pronunciarla, en términos que palideció hasta la lividez. Comprendió al punto que Julia y su hija le oían asentir, pero no sospechaban nada.

Clara continuó:

—El arrepentimiento y los remordimientos

es evidente que se apoderaron después de él. Más tarde, recordarás, padre mío, que devolvió los seiscientos mil francos, devolución que significaba: «Yo he robado tan sólo, y devuelvo lo robado, para ver de conseguir el perdón de ese robo». Si hubiera sido asesino, no habría devuelto el oro robado, porque nada podía aliviar su conciencia, ni podía esperar por la restitución el perdón de sus crímenes. ¿No es así?

—Sí, hija mía, dices bien. El defensor del acusado hubiera hablado lo mismo, sin duda alguna, y hasta pienso que hubiese convencido á los jueces, como tú me convences á mí.

—Y que (añadió Clara) debe tenerse en cuenta lo que decía en la carta con que devolvió los seiscientos mil francos. Yo no recuerdo bien sus frases, pero sí que me impresionó muchísimo. ¿Estabais vos, Julia, con el señor Le Forestier cuando recibió esa carta?

—Estaba en su casa, sí, señora; no me he separado de él nunca desde el fallecimiento de su madre.

—¿Sabéis si conserva la carta?

—Tengo seguridad de ello.

—¡Oh! ¡quisiera leerla!

—¿Para qué?—preguntó vivamente el señor de Beuvret.

—Porque el estilo, el carácter de letra, podrían darnos indicios estimables. Por lo menos

nos harán comprender si ese hombre era un hombre bien educado.

—De eso no puede dudarse,—observó Julia.

—Pues ya ves....; esa lectura no podría iluminarte gran cosa.

—Perdonad, padre mío; se puede conocer á una persona por la letra, como se le conoce por la fisonomía, por los ademanes. Si vos no veis inconveniente en ello, os ruego que pidáis la carta al señor Armando; sí, que nos la envíe.

Beuvret se estremeció.

—Bueno; pero será bueno que me la dirija á mí.

—¡Qué recomendación tan innecesaria! Á ti habrá de dirigirla, como á ti, según sus deseos, ha venido á ver la señora....

Cambiáronse algunas otras frases, y después se retiró Julia, quedando satisfecho Beuvret de que ninguna sospecha había pasado por la imaginación de aquélla, toda vez que había hablado durante una hora con el que tan bien creía conocer, sin que la más ligera idea viniera á revelárselo.

—Ahora me permitirás (dijo á su hija) que vuelva á mi trabajo.

—Sí, sí, trabaja; no te molestaré más.

Y le abrazó como en señal de gratitud por no haberla reñido, sino, por el contrario, haberse mostrado indulgente con la visita de Julia, que

antes no había permitido. Luego fuése á acostar, deseosa de descanso y de soñar que soñaba con ella el que respiraba con su aliento y amaba como ella le amaba á él.

También Beuvret estaba necesitado de reposo y de soledad para tranquilizar su ánimo. Los esfuerzos de voluntad consumidos en conservarse sereno, en mantenerse tranquilo ante un testigo peligroso, invencible, le habían rendido. ¡Y si al menos hubiera visto á aquella mujer ante otras gentes, aunque fuera el mismo Armando Le Forestier! Pero, ¡delante de su hija! ¡Qué horror! Pudiera haber dicho aquella mujer: «¡Ese es, ese es, le reconozco; es el mismo; no puedo equivocarme; ahí tenéis al criminal!» Por fortuna había pasado ya aquel riesgo, y casi se alegraba de haberlo pasado, para sentirse más tranquilo, con más sosiego.

Se sentía más fuerte, más animoso. Pero, ¿y si más tarde cualquiera sospechaba que él?... Esto era inverosímil; pero por fuerza había que contar hasta con lo inverosímil.... ¡Bah! Podía desvanecer toda sospecha. ¡Pues qué! ¿Julia no había de haber reconocido á Antonio Guiraud? Se alegraba en cierto modo, bostezaba, sonreía, atravesaba una crisis nerviosa, en medio de la cual se acordó de la carta que hacía tiempo escribiera al señor Le Forestier, y que éste debía remitirle.

El la recibiría, eso sí; pero la carta rigurosamente era para que la leyera su hija, y ésta quería leerla. Negarse á esto era más comprometido, ó tanto por lo menos como haberse negado á ver á Julia: para no recibir á ésta en su casa había hallado buenas razones, sus quehaceres y su propósito de no tener relaciones ni aun indirectas con el señor Armando Le Forestier; pero en cuanto á la carta, no podía inventarse pretexto para que Clara no la leyese después de haber autorizado el que la pidiera.

—¡Oh, si conocía la letra!.... Sí, la letra, por la cual puede reconocerse á un hombre, como ella había dicho, «como por su propia figura». Y la frase no expresaba un concepto baladí.... Él mismo, en cierta ocasión, deseando saber si un manuscrito antiguo no firmado era de tal autor ó de tal otro, había llegado, con el auxilio de peritos calígrafos, á saber que el manuscrito era, no sólo apócrifo, sino á averiguar su procedencia. Además, en el caso presente, no había tenido cuidado de desfigurar la letra. ¿Cómo imaginar que con el tiempo hubiera de tener amistad con Armando Le Forestier? ¿No sabía él que desfigurar la letra, si no se consigue hacerlo bien, es una circunstancia comprometedora para el que lo ejecuta?

¿Qué debía hacer?

Cada día se presentaba un nuevo peligro. No

había adoptado aún resolución alguna, cuando al siguiente día recibió por el correo, bajo un sobre lacrado, su carta, su temible carta.

XXVIII.

Fijó la vista en el sobre abierto con que él mismo había remitido la carta. Tuvo mucho cuidado al escribirlo de hacer unas letras muy gruesas, muy redondas, muy desfiguradas, no parecidas en nada á las suyas.... Por allí no había que temer.

Sacó con mano nerviosa una amarillenta hoja de papel, que si el tiempo había cambiado de color, no había desfigurado en el contexto. Los caracteres eran perfectamente legibles. Los primeros renglones, escritos con lentitud, revelaban el propósito de haber querido disimular la letra; pero después se hacía más cursiva, estaba escrita con rapidez. La mano había temblado como la conciencia, y se había olvidado de todo disimulo.

Fijándose bien en la carta, cobró Beuvret esperanzas. La letra, sobre todo la de los hombres que escriben mucho y de prisa, cuya mano se carga y cuyos nervios se contraen, cambia de aspecto periódicamente. Á veces se maravilla

uno mismo cuando contempla en la vejez lo que escribió en la juventud.

El mismo no conocía la letra; luego tampoco su hija podría reconocerla.

Entonces quiso leer la carta por entero. Una línea, una palabra sin importancia para Armando, podía ser toda una revelación para Clara.

Leyó, y lo primero que vió fueron las frases que Le Forestier le había dicho, sin duda por conservarlas en la memoria:

«No puedo conservar más tiempo en mi poder este dinero que me mata, que quema mis manos, y os lo devuelvo.»

Luego estas otras líneas: «Es una parte del millón ochocientos mil francos robados á vuestra madre. Esta restitución me deja pobre, muy pobre; pero me condeno á trabajar toda mi vida, á trabajar sin descanso, mientras mi cabeza pueda pensar y mi mano obedecerla.»

Luego, este supremo grito de desesperación:

«¡Ah, caballero! ¡Si supieseis lo que he sufrido, lo que sufro, lo que sufriré hasta el último momento de mi vida! No ha habido jamás falta ni crimen más cruelmente expiados que yo he expiado el mío... ¡Oh! Perdonadme por hablaros de mis sufrimientos, á vos que lleváis el luto en el corazón y que lo llevaréis siempre... Si yo fuese culpable de otra cosa que del robo, no me atrevería á escribiros de este modo, porque no

se atreve uno á tratar de enternecer al hombre cuya madre ha asesinado. ¡No, no! Éste no puede dejarse enternecer, ni debe tampoco consentir que lo parezca. Pero os aseguro que soy completamente ajeno á ese crimen espantoso. No lo he cometido; traté de evitarlo, y aun cuando bien sé que diréis que si yo no hubiese introducido al asesino en la casa no habría ocurrido la catástrofe, debo juraros solemnemente que había ido nada más que á robar, á robar conmigo. ¡El robo me ha conducido á lo demás!

»¡Perdón, perdón! Recordad que cuando quiso heriros á vos, también yo os protegí, rechazándolo con energía, y os llevé en brazos á lugar seguro, sin pensar siquiera que vuestros gritos y lágrimas habrían podido perderme.

»¡Ah! ¿Por qué no fueron oídos aquellos gritos? ¿Por qué no acudieron en auxilio de vuestra madre? ¿Por qué no me prendieron? Tal vez me habrían condenado á muerte; pero creed que para mí el castigo ha sido haber vivido.

»Pero por qué os digo todo esto? Porque no puedo evitarlo. Ya supondréis que jamás se lo he dicho á nadie; no he vuelto á ver á mis cómplices, y hoy tengo necesidad de contárselo á alguien, de hablar, de llorar.

»No me hagáis traición. No tratéis de reconocerme por la letra de esta carta. Al principio quise desfigurarla, pero no he podido... ¡Ah!

Si llegaseis á descubrirme, y me delatarais é hi-ciéseis que me prendiesen, sería terrible; por-que soy padre.... ¡Qué sería de mi hija sin mí.... Yo os salvé la vida, y á mi vez pido gracia, gra-cia para un ser inocente, por el cual temo á la miseria.... ¡Oh! No es el presidio, no es el ca-dalso lo que me espanta.

»Me detengo, porque no sé ya qué decir.... Mi pensamiento se extravía, mis ojos están em-pañados por las lágrimas, y, además, os hago daño á vos también.... Esta carta no os será en-tregada, sin duda, hasta más adelante, cuando seáis hombre, y os traerá á la mente terribles recuerdos.

»La última palabra. Bien sé que no podéis perdonar, pero tened un poco de compasión. Os lo implora mi hija, que no os ha hecho daño al-guno.»

La carta terminaba con esa súplica.

No. Nada había en ella que pudiese compro-meterle. ¿El trabajo? No era él el único que tra-baja en el mundo. ¿La hija? No era él el único padre que hay por ahí.

Quedaba la cuestión del carácter de letra.... Á primera vista, no llamaría la atención á su hija; solamente cuando la estudiase de una ma-nera detenida podría chocarle la semejanza. Aquello era bastante para que no tuviese que pensar en inutilizar, en quemar la carta. Diría

que no la había recibido, y nada más. El correo tendría la culpa.

¡Sí; pero ¡si recibía tan pocas cartas! Su hija, que esperaba el envío de Armando Le Forestier, preguntaría y se extrañaría.

Mejor era hacer en aquellas circunstancias lo mismo que había hecho el día antes con Julia: desafiar el peligro y jugar el todo por el todo. La primera prueba le había salido bien, y le daba valor para ensayar la segunda.

Aún estaba reflexionando, cuando entró en la habitación la señorita de Beuvret. En su modo de mirar comprendió que buscaba algo, y no quiso darle tiempo para que le interrogase.

—¿Me preguntas, no es eso (dijo con un tono muy natural), si el señor Le Forestier me ha en-viado lo que habías pedido?

—En efecto, padre mío,—contestó con fran-queza.

—Pues bien, sí. Como ves, no ha tardado.... Ahí, bajo aquél pisa-papeles, encontrarás la car-ta de remisión, y otra además....; puedes leerla.

—¿La habéis leído, padre mío?

—Sí, para saber si tú podías leerla.

—¿Y puedo?

—¡Perfectamente!.... Siéntate delante de mi mesa; te cedo el puesto. Tengo precisión de an-dar. Trabajo desde hace mucho tiempo, y tengo frío.

Le obedeció, rompió el sobre, y leyó con cuidado algunas líneas de las escritas por el señor Le Forestier, y pasó en seguida á leer la otra carta.

El señor de Beuvret, sin dejar de pasearse á lo largo de la habitación, observaba atento los más insignificantes movimientos de su hija: de seguro no la había llamado la atención la letra, cuando nada decía. Por el contrario, lea silenciosa, y en su semblante comenzaba á dibujarse la conmiseración que aquella lectura le producía. De pronto asomó una lágrima á sus ojos.

¡Ah! ¡De qué buena gana y en aquel instante habríase acercado á ella, para exclamar, estrechándola contra su corazón:

—Te compadeces de él, comprendes que ha sufrido bastante ese desgraciado!

Pero tuvo que contenerse, é impasible, con la mirada fija en ella, continuar paseando.

La joven acabó de leer, y con voz conmovida:

—Comprendo ahora (dijo), por qué Armando se ha ocupado siempre en buscar al otro criminal. No quería encontrar á éste. No le perdona, porque claro está que es imposible, como él mismo reconoce en esta carta; pero no quiere castigarle. Se acuerda de la súplica que se le hace en nombre de una criaturita inocente, que á esta fecha debe ser ya grande, que sin duda

ama y respeta á su padre, y que, si supiera algo de esto, moriría.

—Acaso perdonara,—se atrevió á balbucear el señor de Beuvret.

—Sí, es posible. Se perdona, pero en seguida se muere uno de vergüenza y de pesar.

Siguióse un largo silencio. La joven continuaba con la vista fija en la carta. Su padre tuvo miedo.

—¿Estás observando la letra?—preguntó.

—No; ¿para qué? (respondió Clara.) Me sucede lo que á Armando; ya no quiero encontrar á ese hombre. Y de todas suertes, me pesaría que esto que él ha escrito en momentos de arrepentimiento y contrición, sirviera para que le descubriésemos. ¿Comprendes lo que pasa por mí, no es verdad?

—¡Oh, sí; muy bien, muy bien!

¡Que si lo comprendía! ¡Habría querido por ello comérsela á besos!

—No debemos conservar esta carta (continuó la joven, tras un momento de pausa), porque sin duda forma parte de una colección que el señor Le Forestier guardará como oro en paño. Devolvédsela, padre mío, y dadle en mi nombre las gracias.

—Sí, sí; tienes razón. No puedo hacer cosa mejor.

Cogió la pluma para concluir pronto; metió la

carta en el sobre sin detenerse, á fin de que su hija no se enterara, y menos impresionado, no quiso ni aun leerla. Pero en el momento de concluir de escribir le asaltó un nuevo temor. Si Armando Le Forestier encontraría semejanza entre los dos escritos, entre el antiguo y el moderno. Todo era posible. Armando había conservado su sangre fría, mientras que Clara la había perdido desde los primeros momentos.

Meditó algunos instantes, y al cabo dijo:

—¿Sabes que me cuesta menos trabajo escribir un artículo que ciertas cartas?... Escríbela tú por mí. Después de todo, es muy natural que mi hija me sirva de secretario.

Sin hacerse rogar, la joven escribió algunas palabras galantes que la dictó su padre. Puso la carta en el mismo sobre, la cerró, y la envió seguidamente.

Por el momento, el señor de Beuvret estaba libre de todo temor (1).

(1) La continuación de este relato y su terminación puede hallarlos el lector en el libro titulado: LA EXPLOTACIÓN DEL SECRETO, que se vende al precio de 2 pesetas 50 céntimos en todas las librerías.

LIBRERÍA

DE

EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

OBRAS DE MEDICINA.

Pesetas.

- Charcot.**—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.*—1882: Dos tomos en 4.º, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromolitografiadas. (Quedan pocos ejemplares.)..... 26
- Fonsagrives.**—*Tratado de materia médica, traducido y anotado por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor. Tres grandes tomos en 4.º mayor, con más de 2,000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto.*..... 30
- Fonsagrives.**—*Tratado de la higiene de la infancia, traducido y anotado por el Dr. D. Manuel Flores y Pla.*—Madrid, 1885: un tomo en 4.º mayor..... 10
- Fonsagrives.**—*Higiene y saneamiento de las poblaciones. Versión castellana del Dr. D. Eduardo Blanco Vázquez.*—1885: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas..... 6
- Fonsagrives.**—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.º mayor con grabados. (Quedan pocos ejemplares.)*..... 5
- Pouillet.**—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN LA MUJER. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.*—1883: un tomo en 8.º mayor. (Quedan pocos ejemplares.) 2,50
- Pouillet.**—*La Espermatórrrea. Tratado de las pérdidas seminales. Traducido de la última edición francesa por un Doctor en Medicina.*—1884: Un tomo en 8.º mayor. 2,50
- Pouillet.**—*Tratado de los flujos blenorragicos contagiosos, agudos y crónicos, del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto, de sus accidentes y de sus complicaciones, seguido de un Estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos. Traducido de la última edición francesa por el Dr. D. Eduardo Blanco.*—1884: un tomo en 8.º mayor..... 4
- Pouillet.**—*Estudio médico-psicológico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN EL HOMBRE. Traducción de D. José Olave y Alonso, Licenciado en Medicina y Cirugía.*—1884: un tomo en 8.º mayor..... 3

carta en el sobre sin detenerse, á fin de que su hija no se enterara, y menos impresionado, no quiso ni aun leerla. Pero en el momento de concluir de escribir le asaltó un nuevo temor. Si Armando Le Forestier encontraría semejanza entre los dos escritos, entre el antiguo y el moderno. Todo era posible. Armando había conservado su sangre fría, mientras que Clara la había perdido desde los primeros momentos.

Meditó algunos instantes, y al cabo dijo:

—¿Sabes que me cuesta menos trabajo escribir un artículo que ciertas cartas?... Escríbela tú por mí. Después de todo, es muy natural que mi hija me sirva de secretario.

Sin hacerse rogar, la joven escribió algunas palabras galantes que la dictó su padre. Puso la carta en el mismo sobre, la cerró, y la envió seguidamente.

Por el momento, el señor de Beuvret estaba libre de todo temor (1).

(1) La continuación de este relato y su terminación puede hallarlos el lector en el libro titulado: LA EXPLOTACIÓN DEL SECRETO, que se vende al precio de 2 pesetas 50 céntimos en todas las librerías.

LIBRERÍA

DE

EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

OBRAS DE MEDICINA.

Pesetas.

- Charcot.**—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.*—1882: Dos tomos en 4.º, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromolitografiadas. (Quedan pocos ejemplares.)..... 26
- Fonsagrives.**—*Tratado de materia médica, traducido y anotado por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor. Tres grandes tomos en 4.º mayor, con más de 2,000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto.*..... 30
- Fonsagrives.**—*Tratado de la higiene de la infancia, traducido y anotado por el Dr. D. Manuel Flores y Pla.*—Madrid, 1885: un tomo en 4.º mayor..... 10
- Fonsagrives.**—*Higiene y saneamiento de las poblaciones. Versión castellana del Dr. D. Eduardo Blanco Vázquez.*—1885: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas..... 6
- Fonsagrives.**—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.º mayor con grabados. (Quedan pocos ejemplares.)*..... 5
- Pouillet.**—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN LA MUJER. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.*—1883: un tomo en 8.º mayor. (Quedan pocos ejemplares.) 2,50
- Pouillet.**—*La Espermatórrhea. Tratado de las pérdidas seminales. Traducido de la última edición francesa por un Doctor en Medicina.*—1884: Un tomo en 8.º mayor. 2,50
- Pouillet.**—*Tratado de los flujos blenorragicos contagiosos, agudos y crónicos, del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto, de sus accidentes y de sus complicaciones, seguido de un Estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos. Traducido de la última edición francesa por el Dr. D. Eduardo Blanco.*—1884: un tomo en 8.º mayor..... 4
- Pouillet.**—*Estudio médico-psicológico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN EL HOMBRE. Traducción de D. José Olave y Alonso, Licenciado en Medicina y Cirugía.*—1884: un tomo en 8.º mayor..... 3

Dumontpallier. — <i>La Metaloscopia y la Metaloterapia ó el Burguismo.</i> Conferencias dadas por el Dr. Dumontpallier, seguidas del <i>Estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del Dr. Burg.</i> Traducción de don Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 4.º (Quedan pocos ejemplares).	3
Núñez. — <i>Estudio médico del veneno de la Tarántula según el método de Hahnemann, precedido de un Resumen histórico del TARANTULISMO Y TARANTISMO, y seguido de algunas indicaciones terapéuticas y notas clínicas.</i> —1864: un tomo en 4.º	5
Verdés. — <i>Acción terapéutica del alcohol sobre las Pneumonia y Cardiopatías agudas.</i> Obra premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.—1884: un tomo en 8.º mayor	3
Audouin. — <i>Tratado de las enfermedades del estómago.</i> Versión española de D. H. Carilla.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Boletín oficial de la Sociedad Hahnemanniana Matritense. —Cinco tomos en 4.º Cada uno	40
Anales de medicina homeopática, publicados por la Sociedad Hahnemanniana Matritense.—Cinco tomos en 4.º Cada uno	40
Jaccoud. — <i>Lecciones de clínica médica.</i> (1.ª serie.) Versión castellana de D. Esteban Sánchez de Ocaña.—1886: un tomo en 4.º	12,50
Jaccoud. — <i>Lecciones de clínica médica.</i> (2.ª serie.) Versión castellana de D. F. Javier Santero.—1886: un tomo en 4.º	12,50
Santero. — <i>Elementos de higiene privada y pública.</i> —1886: dos tomos en 4.º	20

EN PRENSA.

Legrand du Saullé.—*Medicina legal.*
Olérix.—*Técnica anatómica.*

LITERATURA.

E. Delpit. — <i>Las Represalias de la vida</i> (novela), traducida por Miguel Bala.—Madrid: un tomo de 445 páginas en 8.º mayor	2,50
Ulbach. — <i>El Suplicio de un padre,</i> traducida por Carlos Nésgra.—Madrid. (Segunda edición)	2,50
A. Ennery. — <i>El Príncipe de Moria,</i> traducida por Ricardo Hinojosa.—Madrid: un tomo de 384 páginas en 8.º mayor	2,50
X***. — <i>Al lado de la dicha</i> (novela). Versión española de E. Nésgra.—1883: un tomo en 8.º mayor	2,50
Henri Rivière. — <i>El Combate de la vida.</i> —Primera parte: <i>La Juventud de un desesperado.</i> Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50

Henri Rivière. — <i>El Combate de la vida.</i> —Segunda parte: <i>El Coronel de Breilac.</i> Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Henri Rivière. — <i>El Combate de la vida.</i> —Tercera parte: <i>Las Fatalidades.</i> Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Edmond. — <i>La Leñadora.</i> Versión española de Miguel Bala.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Cubas. — <i>El Ángel del presidio</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor	4,50
Cubas. — <i>La Mortaja de limosna</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor	1,50
Ortega Munilla. — <i>Orgía de hambre</i> (novela y cuentos).—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Zaccane. — <i>Los dramas de la Bolsa</i> (novela). Versión castellana de doña Faustina Saez de Melgar.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Gautier. — <i>Fortunio y La Muerta enamorada</i> (novelas), traducidas por un Aprendiz de estilista.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Gautier. — <i>Novelas corias.</i> —1886: un tomo en 8.º mayor	2,50
Vascano. — <i>Javier Malo</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Bouvier. — <i>Las Borgoñas del día</i> (novela). Versión española de Angel Luque.—Dos tomos en 8.º mayor	5
Arsène Houssaye. — <i>La Comedianta</i> (novela). Versión española de un Redactor de El Cosmos.—Un tomo en 8.º mayor	2,50
Jorge Onhet. — <i>Lisa Fleuron</i> (novela). Traducida por José de Olave.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Jorge Onhet. — <i>El gran Margai.</i> Traducción de J. de la Cerda.—1885: un tomo en 8.º mayor. (Segunda edición)	3
Jorge Onhet. — <i>Las Señoras de Croix-Mort.</i> —Traducción de D. Carlos de Ochoa: un tomo	3
Cuentos escogidos de los mejores autores, tales como Balzac, Hoffmann, Brockman-Chatrion y otros.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Cañizo. — <i>Justicia y Providencia</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Barbey d'Aurevilly. — <i>Lo que no muere.</i> Versión española de Ricardo Pérez.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Cubas. — <i>El Panal de miel</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Arambillet. — <i>Agnes.</i> —Un tomo en 8.º mayor	4
J. de La Cerda. — <i>La Tela de araña.</i> —Un tomo en 8.º mayor	4
J. de La Cerda. — <i>El gran problema</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Dickens. — <i>Días penosos</i> (novela). Versión española del Licenciado Barbadillo.—1884: un tomo en 8.º mayor	2,50
Fortunio. — <i>La Virgen de Belem</i> (novela). Versión española de Carlos B. Figueredo.—1884: un tomo 8.º mayor	2,50

Sotes Eguitaz. — <i>En el quinto cielo</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Eca de Queiros. — <i>El Primo Basilio</i> (novela).—1884: dos tomos en 8.º mayor.....	5
Paul Mahalin. — <i>La Bella horchatera</i> . Primera parte: <i>La Víctima inocente</i> . Versión española de José Olave y Alonso.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Paul Mahalin. — <i>La Bella horchatera</i> . Segunda parte: <i>El Castigo del culpable</i> . Versión española de José Olave y Alonso.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Trucha. — <i>El Gabán y la Chaqueta</i> (novela).—1884: dos tomos en 8.º mayor.....	5
Enault. — <i>Gabriela de Célestangé</i> (novela). Versión española de Angel Luque.—1884: un tomo en 8.º mayor...	2,50
E. Zola. — <i>Germinai</i> (novela). Versión española de Angel de Luque.—1885: dos tomos en 8.º mayor de más de 500 páginas cada uno. (Segunda edición).....	6
E. Zola. — <i>Su Excelencia Eugenio Rougon</i> .—Traducción de J. de La Cerda: dos tomos.....	5
Belot. — <i>Loca de Amor</i> .—Traducción de J. de La Cerda.—1885: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Belot. — <i>La Culebra</i> (continuación de <i>Loca de Amor</i>). Versión castellana de J. de La Cerda.—1885: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Belot. — <i>Las corbatas blancas</i> .—Traducción de D. Angel de Luque.—1886: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Feuillet. — <i>La Muerta</i> .—Traducción de Carlos Frontaura y Carlos Ochoa.—1886: un tomo en 8.º mayor. (Segunda edición).....	3
Ossorio y Bernard. — <i>Romances de ciego</i> (poesías).—1884: un tomo en 8.º.....	1
Ossorio y Bernard. — <i>Cuadros de género trazados á pluma</i> .—Un tomo en 8.º.....	2
Ossorio y Bernard. — <i>Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol</i> .—Un tomo en 8.º.....	2
Galería de desgraciados (poesías); escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, é ilustrada con grabados.—Un tomo en 8.º mayor.....	1

EN PRENSA.

Belot.—*La explotación del secreto*.

Los pedidos de todas estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Montera, 24, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.



U A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

TE